

ALESSANDRO ROBECCHI
ÉSTA NO ES UNA
CANCIÓN DE AMOR



ESTA NO ES UNA CANCIÓN DE AMOR

ALESSANDRO ROBECCHI

ALESSANDRO ROBECCI

ÉSTA NO ES UNA
CANCIÓN DE AMOR



Ésta no es una canción de amor

Alessandro Robecchi

ISBN edición en papel: 978-84-16237-27-2

ISBN libro electrónico: 978-84-17384-22-7

Primera edición en libro electrónico (epub): noviembre 2018

Reservados todos los derechos sobre la/s obra/s protegida/s. Quedan rigurosamente prohibidos, sin la autorización de derechos otorgada por los titulares de forma previa, expresa y por escrito y/o a través de los métodos de control de acceso a la/s obra/s, los actos de reproducción total o parcial de la/s obra/s en cualquier medio o soporte, su distribución, comunicación pública y/o transformación, bajo las sanciones civiles y/o penales establecidas en la legislación aplicable y las indemnizaciones por daños y perjuicios que correspondan. Asimismo, queda rigurosamente prohibido convertir la aplicación a cualquier formato diferente al actual, descompilar, usar ingeniería inversa, desmontar o modificarla en cualquier forma así como alterar, suprimir o neutralizar cualquier dispositivo técnico utilizado para proteger dicha aplicación.

Título original: *Questa non è una canzone d'amore*

Traducción del italiano: Julia Osuna Aguilar

Ilustración de la cubierta: Tony García / Getty Images

Copyright © Sellerio Editore, Palermo 2014

Copyright de la edición en castellano © Ediciones Salamandra, 2018

Traducción de las letras de las canciones de Bob Dylan (excepto las de las páginas 26 y 232) de Miquel Izquierdo, José Moreno y Bernardo Domínguez Reyes. Letras 1962-2012, Malpaso, 2016.

Publicaciones y Ediciones Salamandra, S.A.
Almogàvers, 56, 7º 2ª - 08018 Barcelona - Tel. 93 215 11 99
www.salamandra.info

*I know it was all a big joke
Whatever it was about.
Someday maybe
I'll remember to forget.*

(Ya sé que todo fue una broma,
da igual la razón.
Tal vez algún día
me acordaré de olvidar.)

BOB DYLAN,
Tight Connection to My Heart

CERO

Las urgencias más cercanas son las de via Crivelli, las del hospital Gaetano Pini, como sabe cualquier milanés que haya resbalado alguna vez con el hielo o se haya roto una pierna por una razón u otra. De ahí a la avenida Tibaldi se tardan sólo cinco minutos, aunque, da igual, ya han comprendido que no hay prisa.

Los de la ambulancia, por tanto, se lo toman con calma, no ponen la sirena —para qué— y se limitan a encender las luces azules giratorias, más que nada por la niebla.

El conductor las apaga cuando desciende por la rampa de acceso del hospital y dos hombres con batas blancas salen por la puerta de Admisiones.

Uno se enciende un cigarro.

El otro le hace un gesto a la chica que está bajando de la ambulancia por el lado del copiloto. Médico de urgencias, voluntaria de guardia. Mona.

Una pregunta muda. La chica niega con la cabeza.

Bajan la camilla con gestos acostumbrados, ensayados, casi mecánicos.

Está tapada con una sábana.

Conducen el carrito al interior, empujándolo como en el supermercado. La joven médico, vestida con un mono naranja, sigue al de la bata blanca. El otro médico apaga el cigarro con el zueco y aspira una bocanada de niebla milanesa.

Es poco más de la una.

Cómo conduce la gente, coño.

Y su turno no termina hasta las seis.

Hay que joderse.

UNO

Marino Righi está sentado en un sillón de terciopelo rojo. Un sillón incongruente, un mueble que parece fuera de lugar en una habitación con la elegancia propia del diseño nórdico: maderas claras, tonos neutros, cortinas en crudo. Hasta los cuadros de las paredes son de colores suaves, sin nada llamativo, nada que destaque. Una misma gama de colores, *ton sur ton* y esas historias.

El sillón, sin embargo, es rojo bermellón.

Buscad al intruso.

Marino Righi se ha sentado sin pensar —¿qué iba a pensar?— cuando el hombre ha entrado en su casa y le ha dicho:

—Pongámonos cómodos, tenemos que hablar.

¿Por qué lo ha dejado pasar? Reflexiona un momento y no sabe qué responderse. Aunque sí, claro que lo sabe.

Porque se siente culpable, porque sabe que le debe algo, por mucho que haya aducido todas las explicaciones, esgrimido las excusas, consumido las coartadas, agotado las discusiones.

Pero las tornas han cambiado.

Y es que, nada más entrar, el hombre se ha llevado una mano al bolsillo y la ha vuelto a sacar enseguida, empuñando una pistola pequeña, cromada, que apunta hacia él. Marino Righi, más perplejo que asustado, ha reulado hacia el salón y se ha dejado caer en el sillón; ha sido un gesto natural. El otro se ha plantado enfrente y se ha sentado en el filo de un sofá de color crema, ligeramente desplazado hacia la izquierda, porque en realidad, justo delante del sillón, hay un televisor de plasma de un montón de pulgadas, encendido

pero sin voz, casi una pantalla de cine, tan grande que uno se pregunta cuándo va a pasar el de las palomitas.

Un tipo achaparrado; no es que sea gordo, pero sí más bajo de la cuenta, según los cánones actuales. El sombrero que lleva es demasiado grande para él y se le baja hasta los ojos; tiene una nariz de tamaño considerable y la boca carnosa. No es guapo, la verdad, y menos con esa altura, aunque tiene su aquel. El chaquetón oscuro y voluminoso le confiere un aspecto aún más corpulento y grueso. La pistola, en la mano derecha, no le tiembla ni siquiera un poco.

—Tenemos que hablar —repite.

Pero luego no dice nada.

Se limita a extender el brazo hasta que el cañón de la pistola queda a treinta centímetros de la frente de Marino Righi. Y aprieta el gatillo.

Estruendo. Seguido de silencio.

Ya son dos las manchas que desentonan en ese triunfo de blanco, beis y tonos pastel: el sillón rojo y el circulito que tiene Marino Righi en medio de la frente, del que mana poco a poco un hilillo de sangre, igual de rojo.

Los proyectiles del calibre 22 no son ni los más rápidos ni los que provocan las heridas más aparatosas, pero lo mismo da: una vez dentro, tienen casi todo el trabajo hecho. Y si no encuentran una zona blanda por la que salir, rebotan varias decenas de veces contra los huesos del cráneo, como una bola de *pinball* contra los topes.

Premio especial, lucecitas y toda la pesca, pero ganar, aquí no se gana nada.

El canijo fornido recoge el casquillo del suelo y lo envuelve en un pañuelo blanco que se guarda en el bolsillo del pantalón. No se da prisa, lo hace todo con suma tranquilidad, metódico y preciso.

Se pone unos guantes. De látex o de algodón blanco, ajustados, cuesta meterlos.

Desaparece por el pasillo hacia las otras habitaciones, acaba en el estudio

y se sienta ante el escritorio. No sabe qué buscar y, en realidad, no busca nada. Se limita a curiosear, sin desordenarlo.

Abre cajones y los cierra. Abre una carpeta celeste, lee sin mucho interés una hoja. Hasta que, de pronto, algo llama su atención y, por primera vez desde que ha tocado el timbre, frunce el ceño y entorna los ojos.

Relee.

Lee una vez más.

Dobla en cuatro la hoja, con precisión, y se la guarda en el bolsillo interior de la chaqueta.

Milán no es una ciudad que deba mirarse a la altura de los ojos. Para entenderla de verdad hay que mirar hacia abajo, donde los semisótanos bullen de trasiego y están repletos de almacenes, talleres, gente que cose bolsos, gente que limpia alfombras, que compila datos informáticos, artesanos refugiados en los subterráneos de los edificios porque el local costaba demasiado, o la nave se la ha quedado el banco, o ya sólo son dos empleados, de los veinte que había... qué le voy a contar, señora...

O hay que mirar hacia arriba, donde los edificios de principios del siglo XX han ido creciendo como por levitación, con sotabancos, acodos verticales. Las buhardillas construidas encima de los cuartos pisos hicieron de pilares del quinto, del sexto y a veces hasta del ático. Unas protuberancias casi siempre absurdas, abominables desde el punto de vista arquitectónico, que parecen un pegote añadido sin el estilo ni la elegancia. Algunas no están tan mal. Las hay con terraza y vistas pasables, como ésa.

Aquí los Navigli, allí el resto del mundo.

El hombrecillo se recrea un momento ante la ventana. Nubes.

Después regresa al salón.

Marino Righi parece mirarlo con indiferencia.

Indiferencia, por decir algo.

Le ha llegado una gota roja al cuello de la camisa, tras pasar por la aleta izquierda de la nariz, rodear los labios y caer lentamente por la barbilla.

El canijo se pone a la tarea. Metódico, tranquilo.

Diez minutos.

Y recoge el instrumental.

Y apaga las luces.

Y sale y tira de la puerta, recluyendo de este modo, con el clic del cerrojo, al televisor encendido sin voz, al ático con vistas a los canales y a la cubitera sacada del congelador y abandonada a medio vaciar sobre la mesa de la cocina.

Y a Marino Righi sentado en el sillón.

Ya en el ascensor se quita los guantes, pulsa el botón de la planta baja con el nudillo del índice, llega al portal y sale a la calle.

Un coche arranca. Un Peugeot ni nuevo ni viejo, gris ceniza.

El hombrecillo se monta por el lado del copiloto.

—¿Hecho?

—Hecho.

—¿Algún problema?

—Nada.

—¿Has encontrado algo?

—Puede. Ya veremos.

Y se acabó, nadie dice nada más.

DOS

—Eres gilipollas.

—Yo también te quiero.

—Te lo digo en serio, este tipo de cosas no se tiran a la basura sin más. Están ofreciéndote veinticinco. Veinticinco mil por programa. Treinta y ocho programas al año. A saber por cuántos años. Si quieres, te hago las cuentas.

—No.

—Y luego está todo lo demás: actividades derivadas, publicaciones, suma y sigue. Sacarás dinero con sólo poner tu nombre, «Un programa de», «Una idea de». Patrocinadores, derechos... Ya sabes cómo funciona.

—No.

—No sé si lo que pretendes es regatear... pero más de eso lo veo complicado... hasta para ellos... Aunque si te empeñas en hacer el gilipollas... —Se queda como en pausa por un momento, hasta que añade—: La verdad es que no te entiendo... —Un suspiro esta vez.

Que no entiende, dice. La idea está bastante clara.

Pero lo sabe. Ella también estaba. Vio. Oyó. Asistió con entrada de primera fila de patio de butacas, Coca-Cola en mano, lista para aplaudir. No era una mera espectadora. Él, Carlo Monterossi, ese hombre que tiene ante ella con cara de querer estar en cualquier otra parte, es el payaso, pero ella también forma parte del circo.

—Tú no te meterías en un tonel de mierda ni por veinticinco mil euros — dice Monterossi.

—No estés tan seguro... Aunque haría falta un tonel bastante grande — responde ella, riendo.

Una risa ronca, a medio camino entre el barrunto del trueno previo a la tormenta y el rugido de una hembra de puma defendiendo a sus cachorros. Durante el terremoto, dos tetas enormes se zarandean como sandías sobre la mesa y las arrugas del cuello se le estiran como las de la iguana gigante de Borneo cuando come. El collar de perlas acompaña el movimiento sísmico y tintinea.

Se trata de Katia Sironi, ni más ni menos.

Katia Sironi es la agente del tal Monterossi ahí sentado. Se encarga de los asuntos de su representado y se embolsa el quince por ciento de unas sumas que, sin ella, él no reuniría ni atracando bancos. Así, a ojo, pesa lo que Tyson con Foreman en brazos, y tiene un sentido del humor tan fino como el que puede encontrarse en un salón de billar de la baja Brianza, aunque ligeramente más burdo.

Un portentoso monumento a la carne humana envuelto en una especie de túnica negra, con collar, pendientes descomunales, un poco más de maquillaje del permitido por ley, cigarro encendido, voz ronca y mirada inteligente, tras un escritorio de estilo sansírico-babilónico sobre el que podría aterrizar un Tupolev, despejado y reluciente como el que más, en madera rojiza, probablemente de cerezo.

Monterossi conoce todo lo que hay que conocer de Katia Sironi, de esternón para arriba.

Y juraría que con eso le basta.

Es competente. Le cae bien. En cierto modo, le debe mucho.

De manera que ahora le toca a él suspirar y repetir:

—No.

La agente cierra los ojos y junta las yemas de los dedos. Toma aire, produciendo el mismo sonido de succión que la resaca en los escollos, esa que mata a los surfistas, si es que ellos se lo buscan. Entonces sigue hablando en un tono mecánico, sin inflexiones, como un aviso a navegantes: vientos de sur sureste, marejada o fuerte marejada...

Así:

—Resumo para sordos. Se te ocurre una idea. No es la penicilina, pero

bueno, se puede vender. Voy yo y la vendo. Hacen un programa de televisión que va muy bien el primer año y que el segundo se convierte en una especie de asunto de Estado, gracias también a un par de golpes de suerte que pasarán a los anales de la historia, bien de la televisión, bien de los golpes de suerte. Va a empezar la tercera temporada, te cubren de oro, te lo piden de rodillas, te quieren a toda costa, lo nunca visto. Y tú, contra toda lógica, vas y te disfrazas de humanista, de tipo sensible y culto, políticamente correcto, muy noble y muy muy tonto, y los mandas a tomar por culo. Con un «No quiero tener nada que ver con esa mierda». Pero, Carlo, es tu mierda, así que ¿qué sentido tiene hacerse ahora el remilgado? ¿No te parece?

Llegados a ese punto, tendría que responderle con otro no.
Porque no, no le parece. Las cosas no han sido así.
Él sí sabe cómo han sido.

En realidad, «Crazy Love» —así se titula el tonel de mierda— nació de una idea muy muy simple.

De un pronto, un pálpito.

Un juegucito, más bien.

¿Qué pasaría —se preguntó una noche— si la industria mundial del cotilleo se centrara en el mundo real, en el ciudadano de a pie, en esas personas que nos empeñamos en llamar «la gente normal»? Si en lugar de dilatar de asombro y contrariedad las pupilas de la joven actriz sorprendida en el cochazo del actor casado, del empresario acaudalado, del futbolista o del amante de turno de las Fulanitas y Menganitas que triunfan en las alfombras rojas, el flash de los paparazzi sorprendiera en actitud sospechosa a doña Marisa, administrativa de la Seguridad Social, y a su compañero de trabajo, Marzio, cuarenta y siete años, director de oficina con posibilidades de ascenso, chalecito en la playa de Fregene, espumoso frío para la ocasión.

Cómo sería, en definitiva, el amor en los tiempos de la paga extra, de la mensualidad de la hipoteca, del recibo con descuentos en el hipermercado, si a alguien le diese por contarle tal como se cuentan los amores de los yates, de los *resorts* de golf y de polo, de las suites del George V.

«*Regarde, ma chérie. Cette ville étonnante, Paris, est à toi!*»

«¡Toma, qué bonito está el Barrio Latino de noche con tantas luces!

¿Verdad? Pero, hombre, ya, quítate esa chaqueta, que hace calor.»

Una tontería, en definitiva.

Un jueguito que surgió a modo de último coletazo de una velada aburrida, cuando la charla había tomado ya una inercia cansada, los platos sucios de la cena estaban amontonados sobre la mesa de la cocina y los amigos a punto de irse («Se ha hecho tarde, Carlo, nosotros nos vamos»).

Poco más. Las florituras llegaron luego, como siempre que se diseña una trama. Prácticamente solas.

Seguirlos, entenderlos, describirlos. Fotografiarlos a escondidas y presentarlo todo como en la prensa amarilla. Invitarlos a contar su historia. A ellos, a los maridos que no sospechan nada, a las mujeres que viven en la inopia, a los compañeros cómplices o envidiosos, los recuerdos, los relatos, las feas estrofas de las feas canciones que se habían recitado, todas las doñas Marisa y los directores de oficina Marzio de nuestro descontento: en el asiento trasero de un Golf, frente a la casa de ella o de él. Los bastidores, los dramas, los flirteos, los embustes, las ilusiones, los subterfugios, las pasiones.

Aquella indómita —y al mismo tiempo trivial, y al mismo tiempo desesperada, y al mismo tiempo regeneradora— huida de la vida propia para construirse otra fotocopiada, para fingir construirse otra.

Para crear la ilusión de evadirse del jefe con las manos largas, o de la factura del dentista de Gigginio —«Entonces ¿qué, señora? ¿Le ponemos el aparato al niño o no?»—, del cuarto de hora semanal de sexo, consumado por obligación, a la espera de que se vuelva quincenal, más tarde mensual y luego sanseacabó, porque, hombre, Mario, ¡a nuestra edad!

El amor, en definitiva, de toda esa gente de la nación que ni es buena ni es nada.

«Es una idea de mierda —dijo en su momento Katia Sironi. Acto seguido, aspiró dos toneladas de aire como si fuera un fuelle de Italsider, y despegó—: Tan mierdosa que puede gustarles. Entusiasmarlos. Dame algo con lo que trabajar. Mándamelo todo escrito, tal como me lo has contado, pero dándole más bombo. No hace falta que te cuente los trucos. Transforma ese truño en un bombón envuelto en papel dorado, que vamos a intentar venderlo.»

Lo vendió.

Bien.

Muy bien.

Donde Carlo había visto la idea descorazonadora de la ineluctabilidad — y, al mismo tiempo, inutilidad profunda— del amor, ella había visto anuncios de detergentes y cifras de Auditel. Donde él había visto pequeñas Bovary de provincias y contables en busca del tiempo perdido, ella había visto contratos, un formato con depósito legal en la SIAEy negociaciones con las productoras.

Cinismo.

Adivinad cuál de los dos era el tonto.

La Gran Televisión Comercial —la Imparable Fábrica de Mierda— parecía estar esperándolo como agua de mayo.

Se llamó «el proyecto» durante un año. Pusieron a su disposición a una presentadora de primera fila, Flora De Pisis, así como infraestructura, personal, una redacción de lo más selecta, rapiñada de otros programas de prestigio —tipo *Sorpréndela en la cocina* o *Cuando la justicia se equivoca*—, guionistas capaces de escribir textos inspirados del tipo «Y usted, señor Procopio, ¿qué pensó cuando Mara lo abandonó?», un plató deslumbrante cuyas luces se volvían cada día más claras y chillonas, a la caza y captura de la edad de la presentadora, que aparecía rodeada de un resplandor extraterrestre.

Encargaron estudios de mercado que predijeron justo lo que acabó pasando: una penetración fortísima entre las capas bajas de la población, público eminentemente femenino, aunque no sólo femenino, altas probabilidades de crear lo que se conoce como un fenómeno social —con la consiguiente conquista de un público más «elevado»—, bajo coste, beneficios altos, posibles programas derivados del tipo «Crazy Love, calentando motores» o «Crazy Love: cómo acabó», o incluso «Crazy Love, la moviola del amor».

Como pasa con el cerdo: se aprovecharía todo.

Carlo Monterossi asistió hipnotizado a los acontecimientos.

Vio cómo se inflaba su idea, se expandía, se desarrollaba en todos los sentidos menos en el que había imaginado. La misma diferencia que podría haber entre un viaje romántico a Praga y la invasión soviética con los tanques.

Al mismo tiempo, sin embargo, fue estrechando manos, encajando cumplidos —de gente a la que, por lo general y de buena gana, habría fusilado contra una tapia—, cobrando cheques, cambiando de casa, de coche, de guardarropa, de lugar de veraneo.

Katia Sironi lo vendía como si luciera en el escaparate de Tiffany mientras que Flora De Pisis concedía entrevistas en las que aseguraba: «Carlo es un genio como no hay otro. Yo lo único que hice fue descubrirlo y regalárselo al mundo.»

Bastaron unos pocos programas para que las palabras «Un programa de Carlo Monterossi», escritas en blanco sobre azul fluorescente, con música *house* amansada y efectos gráficos a lo Mondrian, le sonasen más bien a «Carlo Monterossi pasa crack a las puertas de las guarderías» o «Carlo Monterossi, violador en serie».

El problema era «maquillar» las historias. En la jerga de la Gran Fábrica de Mierda, «maquillar» quiere decir adaptar la historia al «lenguaje televisivo». Embellecer lo feo, dramatizar lo banal, exaltar lo ordinario. No es que cueste mucho: basta con elegir a una dependienta de unos grandes almacenes, a ser posible guapetona, inventar para ella un breve pasado como modelo, una carrera que habría sido rutilante de no ser por... la enfermedad de su madre... el hermano yonqui... el padre aplastado por el tractor..., ¡y ya tenemos un bonito maquillaje dramático!

Perfilar, dar color y matizar.

Él se oponía, se resistía, se empecinaba. Carlo, el Mulo.

—Hay que dejar algo de margen —decía—, dejemos que rían, que lloren de verdad, no porque lo diga en el guión.

O sea: dejemos que se derrumben por sí solos.

Y se derrumbaban, ¡y de qué manera!

En su primer año, «Crazy Love» consiguió de media un treinta por ciento de *share*, con la cifra récord de ocho millones de espectadores a mediados de noviembre, cuando la señora Gilda Speranzini, de treinta y ocho años, esposa de un rico notario y con un *sex-appeal* a lo Sharon Stone, como el que cabe imaginar en un chalecito de Udine, fue a contar su triste historia.

Enfundada en un vestido blanco que costó al menos seis reuniones del equipo de vestuario, con las manos ajadas de jugar al bacarrá y grupo sanguíneo A-gin-tonic-positivo, Gilda Speranzini lo contó todo siguiendo un orden y en un italiano de lo más televisivo.

Que había apostado con las amigas de su círculo a que conseguiría volver loquito por sus huesos a un tal Guido Villalta, de cuarenta y dos años, instalador de calderas, bien plantado pero irremediablemente obrero. Rollo señora bien con bestia de la industria pesada. Un pasatiempo, un capricho, como la que reserva un crucero o se apunta a pilates.

Gran éxito amatorio.

Pero la casualidad quiso que el amigo Guido Villalta se enterara de la apuesta, y con una sencilla suma de dos más dos que cualquiera sabe hacer, reinterpretó algunas frases lánguidas de la señora, las citas de Claudio Baglioni y Cesare Cremonini, los ardientes encuentros en los moteles de la zona —esperados, ansiados, anhelados febrilmente— como lo que eran: la broma de una señora aburrída que jugaba a *épater le bourgeois*, o sea, a sí misma, con el corazón de él.

Corazón que, dicho sea de paso, lo había llevado a dejar esposa e hijos, piso de tres habitaciones con terracita y, casi, el trabajo.

De este modo, a fuerza de cartas anónimas, rumores envenenados y lenguas largas, Villalta despertó al durmiente Gianfilippo Speranzini, notario de Udine, hijo, nieto y bisnieto de notarios, que decidió ir a ver a un abogado. Y el abogado, hijo, nieto y bisnieto de abogados, para cerrar el círculo, fue a ver a la señora Gilda Speranzini y, sin muchos rodeos, le dijo más o menos lo siguiente: «¿Qué hacemos, señora, salimos con las manos en alto sin formar un escándalo o la mandamos directamente al hospicio?»

Todo correcto, ¿no?

No.

Porque a eso de las veintidós y treinta de esa noche de noviembre, con cuatro de cada diez televisores de la séptima potencia mundial sintonizando

sus patéticos asuntos privados, poco antes de la pausa publicitaria, la (ex)señora Speranzini por fin confesó lo inconfesable.

Desprovista del Mini Minor fucsia y el chalet con jardín, expulsada de los círculos del Udine bien, del club de damas, excluida para siempre de las vacaciones notariales en Sankt Moritz —donde en cierta ocasión había visto a uno de los Agnelli, ni ella sabía a cuál—, regresó a casa de sus padres en las afueras de Spilamberto, donde se la puede encontrar a día de hoy tras el mostrador de un digno kiosco-bebidas-bocadillos. Y desde allí —o sea, desde el estudio de una Flora De Pisis en el cénit de la iluminación antiarrugas, pero en realidad desde un rincón olvidado del mundo— quiso gritar su amor, ahora sí, sincero, transparente, imperecedero e innegociable, por el instalador de calderas Guido Villalta, al que sí, había engañado, pero también luego había querido con todo el amor del mundo.

El susodicho Villalta, al ser interpelado por teléfono en directo por la propia Flora De Pisis, declaró que «de esa zorra» había olvidado hasta el nombre, que las cosas le iban bastante bien, que las amigas de la señora —señoras de verdad, éstas sí— lo tenían en alta estima, y que en la vida había instalado tantas calderas en casas bonitas y elegantes de mujeres de mediana edad. No sé si me entienden.

Pues eso.

Al final de ese programa, Carlo Monterossi apagó el televisor, volvió a contemplar su tremebunda palidez en el espejo del baño y destripó como un loco cajas —llevaba dos días en su nueva casa— en busca de la botella de Oban y de aquel viejo disco en el que Bob Dylan decía:

I can manipulate people as well as anybody

Force'em and burn'em

Twist'em and turn'em.

I can make believe I'm in love with almost anybody

Hold'em and control'em squeeze'em and tease'em¹

En cuanto al par de «golpes de suerte» evocados por Katia Sironi, es tontería explayarse sobre el tema porque no hay en Italia persona que no lo sepa.

Filippo Vendemmiati, oriundo de Parma, tenía intención de contar en

directo lo que pensaba de Katia Saffi, su amante desde hacía once años, quien le había prometido que iba a dejar a su familia para vivir con él una nueva etapa de su vida, pero que en aquellos momentos estaba pidiendo perdón a su marido en antena, entre lágrimas y suspiros, jurando que esa «pequeña aventura» no cambiaba nada entre ellos.

Flora De Pisis, por supuesto, no se mantuvo al margen y concedió derecho de réplica a Vendemmiati, quien, no obstante —pequeño detalle—, llamaba desde un bar donde se había atrincherado, armado como un estudiante de Wisconsin, con seis rehenes, entre ellos, dato que desconocía, un carabinero de paisano.

Por desgracia, antes de la conexión llegaron un par de coches patrulla, con la consecuente irrupción, el tiroteo y dos cadáveres: el propio Vendemmiati y el sargento Cosimo Pistelli, con mujer y tres hijos, a punto de jubilarse.

Y todo esto —los gritos, los disparos, el sonido de los pasos y el «¡No disparen, me cago en la puta!»— en directo con el estudio de «Crazy Love» y once millones de hogares italianos. El regidor se centraba en primeros planos de Flora De Pisis cada vez más luminosos en los que aparecía horrorizada, luego abatida, después destrozada y seguidamente desesperada, antes de improvisar su apostilla favorita: «¡El amor también tiene estas cosas!»

Cuarenta y tres por ciento de *share*, con su pico máximo a las 22.43 h: doce millones seiscientos cuarenta y tres mil ochocientas veintiuna personas que no habrían cambiado de canal por nada del mundo.

Federica Liperi, por su parte, había preferido tirarse ella solita desde el sexto piso de un feo bloque a las afueras de Cosenza, al reconocer a su marido Franco en el relato de Mirella Serti, eterna universitaria y contable precaria de una asesoría. Del relato de la joven fatal se desprendía que el adorado Franco estaba con un muermo de mujer, triste, siempre deprimida, mientras que ella le hacía tocar el cielo con las manos; él ya había tomado una decisión y era sólo cuestión de días o semanas.

Federica Liperi no esperó ni días ni semanas. Lo que tardó en coger al crío de dos años y medio y tirarse con él ante la mirada del equipo que había mandado Flora De Pisis para hablar con la señora y comprobar lo de si era un muermo y lo de la depresión, y que había acabado, en cambio, siendo testigo

de su muerte.

Cuarenta y cuatro coma seis por ciento de *share*, con doce millones ochocientos noventa y seis mil setecientos trece telespectadores.

El amor también tiene estas cosas.

Como cabría esperar, se sucedieron debates, declaraciones, invectivas, críticas, papeles timbrados, preguntas parlamentarias, trabajo extra para *maîtres à penser*, apocalípticos, conformistas, editorialistas, expertos en medios auténticos y supuestos, ectoplasmas de McLuhan, gente que prefiere la radio, fiscales del Estado, abogados y curas.

Y trabajo extra para la propia Flora De Pisis, quien, en el programa siguiente, había aparecido vestida de negro, entre tensa y dolida, y había lanzado una filípica espantosa sobre lo perjudicial que puede ser la televisión, a la que, sin embargo, a fin de cuentas, había que absolver porque en realidad, por supuesto, como siempre, vosotros que nos seguís en tan gran número lo sabéis perfectamente, «el amor también tiene estas cosas».

Por esa razón, a Carlo no le queda más remedio que mirar a los ojos a Katia Sironi y no dar su brazo a torcer.

—No.

Ella parece amilanarse, aunque Carlo sabe que Katia no se amilana nunca.

—Dime la verdad —dice, adquiriendo rasgos casi humanos, con los ojos dulcificados y la voz menos áspera—. Dime la verdad... ¿esta decisión suicida es, en parte, cosa de ella?

«Ella.» La llaman así. «Ella.»

Cuando no: «Ésa.»

Pero es que además «ella» ya no existe, se fue y él la dejó ir.

—No es cosa de ella —contesta Carlo—. Esto no. Esto es cosa mía.

—Eres gilipollas —concluye la montaña parlante, liberando al mismo tiempo otro de sus suspiros, de esos que podrían hacer ganar una competición de vela de la America's Cup.

Aunque no se atrevería a jurarlo, a Carlo le parece percibir una nota de

afecto en su voz, pero lo más probable es que se equivoque. Al fin y al cabo, el quince por ciento de muchísimo dinero es un montón de dinero, y Katia Sironi lo sabe mejor que nadie. Su gallina de los huevos de oro quiere ponerse un tapón en el culo y no es algo que le entusiasme precisamente.

—Mañana volverá a antena —comenta—. De Pisis en persona me ha llamado ocho veces esta semana. Queda lo de «Basado en una idea de Carlo Monterossi», eso no he conseguido que lo quiten, y por contrato pueden mantenerlo. Además, eso nos deja un resquicio, por si recuperas el juicio. Hablamos. Sigue pensándotelo, por favor.

Suena un poco a: «Vaya con Dios, buen hombre.»

Y efectivamente se levanta, le lanza un beso con la mano y se va.

Pensar se lo pensará, sí.

Basado en una idea de Carlo Monterossi.

¿Es cosa de ella?

Veinticinco mil.

Un tonel de mierda.

El amor también tiene estas cosas.

A tomar por culo.

TRES

—Pónganse cómodos, enseguida está con ustedes.

Joven y guapa.

La secretaria que todo el mundo esperaría encontrar en un sitio así.

Cristales impecables, parquet claro, láminas en las paredes, luz por doquier, porque quienes creen que en Milán nunca sale el sol son idiotas. Y en esas oficinas ha salido incluso más de la cuenta, estampado sobre un cielo blanco, cegador.

La chica también parece percatarse, puesto que atraviesa la habitación con dos zancadas decididas, pulsa un botón y oscurece ligeramente los dos ventanales que dan a la plaza de San Babila.

—Un minuto —les pide.

Sonríe a modo de disculpa y sale mientras el hombre alto, un rubito con cara de chuleta, le hace una radiografía rápida, comenzando por las piernas y subiendo poco a poco: rayos X, TAC y resonancia magnética.

—Nada mal —comenta cuando se cierra la puerta y se quedan a solas.

Su compañero se ha sentado en un sofá pequeño y está jugueteando con el móvil, distraído.

—¿El qué?

—Que digo que nada mal, la señorita.

Pero el otro está ya enfrascado en una llamada, entre el enfado y la exaltación.

—Que no, que para las cuatro no me da tiempo... A ver, que estoy trabajando... ¡Está en la otra punta de la ciudad! Vale, te vuelvo a llamar... Que sí, que sí, que he dicho que te vuelvo a llamar... ¡Que te he dicho que llamo yo, coño!

Lleva un traje oscuro, elegante pero arrugado. Camisa azul celeste, corbata con el nudo flojo. Sin barba ni bigote, algunas canas. Guapo. Se guarda el teléfono con una mueca.

El rubio, en cambio, viste más informal. Vaqueros negros y un polo de los caros. Está bronceado y en la boca se le dibuja una sonrisa torcida, pero no porque algo le parezca gracioso. Es su cara.

—¿Pasa algo?

—Tengo que ir a un sitio.

—¡Ése es mi socio! ¡Fiel hasta la muerte! ¡Siempre al pie del cañón! ¿Qué toca hoy, la suegra está mala? ¿Hay que pasarse por la tintorería?

O quizá la sonrisa burlona sí sea de verdad.

—Vete a tomar por culo y no metas cizaña tú también... Pero ¿esto qué mierda es? ¿Cuándo piensan atendernos?

No ha terminado la frase cuando se abre la puerta. La rubia de antes.

—Perdonen la espera, señores, ya pueden pasar a ver al abogado.

El abogado en cuestión es un petimetre más alto que un pino, con gafitas redondas, chaqueta ligera de color claro, camisa, corbata y la raya del pantalón hecha a láser o similar. Impecable. De esos que te caen como el culo a primera vista.

A segunda, en cambio, quieres matarlos. Y con aquellos dos bien podría ser algo más que una forma de hablar.

No tiende manos para estrechar. Cierra la puerta y se sienta en un sillón de cuero, tras el escritorio. Los otros dos delante, cada uno en una silla.

—Gracias por venir —les dice—. Siento comenzar con algo tan obvio y previsible, pero querría aclarar desde el minuto uno que esta conversación nunca se ha producido, aunque confío que en su... mmm... ramo... se trate de una práctica habitual.

—¿Que confía? —pregunta el rubio.

—Estoy seguro de que —le traduce su socio.

—Por eso les pido que hagan el favor de apagar sus móviles y, si es posible, les quiten la batería.

El rubio trastea unos segundos con el suyo y lo pone sobre el escritorio con la batería a un lado. El otro apaga el iPhone y lo deja al lado.

—Lo siento, pero a éstos no se les saca la batería.

—Siempre se le puede pegar un tiro —sugiere el rubio.

—Es solamente un exceso de prudencia, no pasa nada —se excusa el abogado, conciliador, aunque empieza a mascarse la tensión.

«Que es buena para los negocios», piensa el rubio.

«Aligeremos», piensa el otro.

Por supuesto, acuden con los deberes hechos; no son unos aficionados. Ese figurín salido de una revista es una especie de abogado de lo mercantil que vela por los intereses de muchos ricachones milaneses, empresas, compañías, consorcios, consejos de administración y demás chusma. No es precisamente abogado de oficio. De nombre, Edoardo Finzi, cuarenta y seis años, con mujer florero, dos hijos adolescentes, chalet en Monza, piso en el centro a dos pasos de la torre Velasca, casi un millón de renta anual en el último trienio, un velero en Cerdeña, un Land Rover y un Porsche de color retinto.

«Un tono que combina a la perfección con el pelo de la rubia», piensa el del traje arrugado.

—Huelga decir que vienen recomendados por personas de confianza que... en fin, quedaron satisfechas con sus... mmm... servicios.

Abre el primer cajón del escritorio, extrae un sobre amarillo y lo desliza sobre el tablero de la mesa con mucha parsimonia. Uñas de manicura, manos perfectas, un puño de camisa que parece planchado hace un minuto y un reloj que debe de costar dos años de estudios en Harvard, con barra libre incluida.

El rubio coge el sobre y lo abre. Dos fotografías: una de cuerpo entero, con mucho grano, tomada de lejos y visiblemente aumentada; la segunda, con algo más de calidad, un primer plano. Se queda impasible, ni una arruga en el gesto, y se la pasa a su socio.

Aparte, una hoja con unas cuantas líneas impresas. Nombre, apellido, último domicilio conocido, edad estimada, un par de apuntes vagos.

—Más bien poco —comenta el rubio.

—Más bien demasiado poco —matiza el otro.

—Me hago cargo, señores. El caso es que, verán... mmm... es todo lo

que sabemos.

El rubio hace ademán de levantarse. El otro, el de la corbata floja, el que parece más reflexivo de los dos, el más sabio, por decirlo de algún modo, esboza una sonrisa que desarma.

—¿Vamos? —le pregunta el rubio.

—Un momento —le contesta su compañero, que apela entonces al abogado—: Señor Finzi, a ver si he entendido bien. Usted nos pide, sin pedirnoslo, evidentemente, estamos entre caballeros... Nos pide que matemos a un tipo basándonos en una foto y dos líneas de descripción. Lo entiendo, es lo que pasa cuando se ven demasiadas películas. Pero, verá, las cosas no funcionan así...

—Somos una empresa seria —interviene el rubio, con una sonrisa ahora abiertamente burlona.

—Verá —prosigue el otro—, con tan pocos elementos no podemos saber si este hombre es peligroso, si actúa por su cuenta, si utiliza armas y, en tal caso, cuáles, si se huele que alguien anda detrás de él, si se trata de un caso «caliente» del que ya se está encargando alguien, tipo la policía, por ejemplo...

—Son cosas que marcan bastante la diferencia —apunta el rubio.

Llevan años trabajando juntos, saben del tema, y por lo general el que charla con un asesino a sueldo no está lo que se dice cómodo. Con dos, menos todavía.

Con esos dos, peor imposible.

—Pero, como en realidad todavía no nos ha dicho nada, podemos hacer como si nunca hubiéramos venido, todo en orden, santas pascuas y gracias por el café.

Finzi se queda blanco, como su camisa. No sabe qué decir y acaba soltando lo más tonto que se le ocurre, una genialidad que no sabe contener:

—Ah, ¡perdonen! ¿Les apetece un café?

—No.

—Ya estamos bastante nerviosos.

Vuelven a hacer ademán de levantarse, ahora de verdad, los dos a la vez.

Alargan la mano para recuperar los teléfonos de la mesa.

—Un momento, un momento, señores... Mmm... Pónganse en mi lugar... No sé si estoy autorizado a... Es una situación delicada y, en fin... no es que yo haga todos los días encargos de este tipo. —Contrae el rostro como si estuviera comiéndose un limón cuando se pilla un dedo con la puerta. Sus interlocutores no abren la boca—. Vamos a hacer una cosa: les digo lo que sé... Mi clien... quien me ha hecho el encargo cometió, digamos... una pequeña equivocación. Contrató a un hombre para un trabajo... no del todo legal, eso es. Un asunto complicado, por lo que sé. Un terreno muy interesante que podría venderse, pero... ¿cómo decirlo?... Está en unas condiciones que impiden la venta... Ocupado, eso es, ¡ocupado! —Lo dice como quien encuentra una palabra que lleva años buscando—. Total, que al tipo en cuestión se lo contrató para crear cierta... agitación, eso es, una agitación para que el terreno quedara libre y pudiera procederse con la venta... ¿Me he explicado?

—No.

—No.

—Pero la operación no llegó a buen puerto. Es más, se podría decir que nuestro hombre montó una buena y que mi cliente fue... temerario al fiarse de él. Vamos, que en lugar de resolverlo, lo complicó todo aún más. Y no sólo eso, sabe cosas que... en fin... que preferiríamos que no supiera.

El rubio resopla y mira la hora.

Su compañero pone cara de resignación, como quien habla con un niño de seis años, no demasiado espabilado.

—A ver si lo he entendido. Su cliente quiere desalojar a alguien de un terreno del que puede sacar un montón de pasta y contrata a un quinqui con cara de tonto para acelerar esa especie de desahucio, ¿me equivoco? Pero el muy capullo la lía, y, por si no fuera suficiente, sabe todo lo que usted no quiere contarnos a nosotros...

—Y los tiene cogidos por los huevos —añade el rubio, al que le encanta su papel de contrapunto.

—De manera que la solución es llamar a alguien —prosigue el otro—, esta vez a unos profesionales, para que arreglen el marrón, le cierren el pico a ese imbécil que sabe demasiado y que la ha armado buena, y todo sin

ponernos al corriente ni de la magnitud del marrón, ni de si alguien más está buscando a ese imbécil por el mismo motivo...

—Un poco arriesgado —dice el rubio.

—Es que verá, Finzi, nosotros también tenemos familia —concluye su socio.

La alusión a la palabra «familia» provoca que Finzi vea desfilar ante sus ojos una serie espantosa de luchas, intimidaciones, cochazos de lujo en llamas, mujeres llorando, niños horrorizados.

En realidad, todo depende de ese terreno.

Basta con echar una semilla, que, si la tierra es buena, la imaginación hará el resto, y de un simple brote puede surgir un baobab. Es probable que el letrado esté ya viendo sus dóbermans degollados y a la bonita secretaria buscando trabajo en la sección de clasificados...

De hecho, ya no parece tan impecable, empezando por la voz, que se le quiebra ligeramente cuando dice:

—Comprendan ustedes, señores, que nadie quiere caer dos veces en el mismo error... Tenemos que asegurarnos... Discreción absoluta... Es de vital importancia... —Está balbuceando.

Como por arte de magia, la sonrisita del rubio se relaja.

Y saca entonces de su repertorio la sensatez sosegada del cajero que explica los intereses de la hipoteca tras la ventanilla.

—Señor Finzi, pero ¡qué insinúa! —Lanza una mirada de perplejidad a su socio—. Nuestro trabajo es matar a gente, algo ya de por sí delicado. Luego no vamos por ahí presumiendo o contando batallitas en la hora feliz del bar... «¿Conoces a Finzi, ese abogado tan simpático? ¡Nos ha pedido que matemos a un tío!» Las cosas no funcionan así, caballero. El acuerdo de confidencialidad va incluido en el encargo. Contrato por obra y servicio, ¿me sigue? Si salimos por esa puerta con un encargo en firme, usted obtendrá su servicio, limpio y preciso. Si algo se tuerce, a nosotros puede suponernos entre veinte y treinta años de cárcel; ése es nuestro riesgo laboral y lo sabemos. Pero si se tuerce porque resulta que hay detalles que tendríamos que haber sabido y no supimos... Bueno, digamos que saldremos un poco antes que usted...

Esa vez es el socio el que apostilla:

—Yo diría que como acuerdo de confidencialidad es suficiente, ¿no?

Llegados a ese punto, a alguno de los presentes en la habitación no le vendría mal un licor reconstituyente. Y no es ni al rubio ni a su socio.

Edoardo Finzi se levanta del sillón de cuero negro, con suspensión, regulable, ergonómico, y se acerca a la ventana. Se toma un momento para mirar la plaza de abajo. Después vuelve a ponerse de cara a los dos hombres y empieza a hablar como si hubiera decidido esquivar un obstáculo.

«Venga, cuéntenoslo todo», piensa el rubio.

«Hay que joderse, siempre la misma historia», piensa el socio.

También el abogado quiere acabar cuanto antes. No puede más. Si la chica de fuera es la pelota antiestrés que imaginan, esa tarde va a tener que hacer horas extras.

—La historia viene de hace unos meses. Hay un terreno a las afueras de Rozzano. El contrato estaba ya hecho, el asunto cerrado, el proyecto bastante avanzado, en definitiva, que se podía empezar a construir al día siguiente...

—¿Pero...?

—Hay un campamento gitano. Y no son cuatro caravanas en corro, que basta con untarlos un poco para que desalojen por las buenas. No, es una comunidad organizada, y encima con el ayuntamiento haciendo experimentos, esas cosas de izquierdas... Convivencia en la diversidad y esas cosas por el estilo... Mi cliente pensó ingenuamente, y subrayo la palabra, «ingenuamente»... mmm... que un acto violento podría desbloquear... Un incendio, por ejemplo... con las consecuentes protestas de la población residente en las inmediaciones del asentamiento... Total, ya me entienden... una solución extrema... cínica, si me apuran, pero solución, al fin y al cabo... Porque, mientras el asunto estuviese parado, las obras no podían comenzar, tendríamos a la gente de brazos cruzados, sin trabajar...

—¡Exacto! ¡Convivencia en la diversidad, pero sin pasarse! —El rubio sonríe ahora con una burla descarada.

—Prosiga —le pide en cambio el otro.

—El tipo de la fotografía acepta el encargo, pero digamos que... lo subestima, eso es, lo subestima. Una noche hace unos meses, en febrero, sí,

como a finales de febrero, se presenta con sus compinches a las puertas del campamento, tira un par de cócteles molotov, pega unos cuantos tiros al aire, algo imperdonable, soy consciente...

—¿Con el resultado...?

—De cuatro heridos, quemados, dos graves, entre ellos un niño, seis caravanas destrozadas y...

—¿Y...?

—Un municipal muerto por culpa de una bala perdida. Había ido a hablar con los jefes del campamento, también en el marco de...

—De la convivencia en la diversidad —termina la frase el rubio, que se ha puesto serio, casi sombrío.

Se hace entonces el silencio previo a la Creación. No se oye pasar ni un meteorito. De pronto, Edoardo Finzi parece interesadísimo en los nudos de madera de su escritorio, los mira fijamente como si fueran un prodigio, una novedad digna de toda su atención.

El hombre de la chaqueta arrugada rompe el hechizo.

—¿Ha visto como no era tan difícil, señor Finzi? Venga, ahora cuéntenos el final.

—¿Qué final?

—¿Se cree que somos tontos o qué? —Es la primera vez que uno de los tres levanta la voz. Un papel que le toca al rubio, lo han hecho decenas de veces, un guión que se saben de memoria.

—Hace diez días... once... en realidad..., el tipo este se puso en contacto con mi cliente de un modo un tanto... insólito... Mmm... Digamos que le dejó un gato muerto en el asiento del coche, que tenía aparcado en el garaje de la empresa, acompañado de una nota en la que le pedía cincuenta mil euros a cambio de no decir nada sobre el encargo que le había hecho.

El socio mira con perplejidad a su compañero, que le devuelve una mirada parecida y pregunta:

—¿Y se los dio?

—Sí.

—¿Cómo?

—Tirándolos desde un paso elevado de la circunvalación, en la salida de

Linate, mientras él esperaba en la carretera de abajo para recogerlo.

—¿Fue usted?

—Sí.

—Su cliente no me parece lo que se dice un indigente... Cincuenta mil euros comparados con varios años de cárcel... con bastantes años... No creo que sea pedir demasiado...

—Tenemos motivos para creer que no será la única..., sin contar con que... mmm... a mi cliente lo del gato muerto... no le ha hecho mucha gracia, eso es... No le gusta que lo amenacen.

—Ah, bueno, ¡si se trata de una cuestión de principios...! —exclama el socio.

Todavía siguen riéndose cuando sacan el coche del aparcamiento bajo la plaza San Babila.

—¡Que no le hace gracia lo del gato muerto! ¡No te jode!

—¡Si es que la gente está fatal, ¡¿qué coño tiene en la cabeza?! Un colega que va a atacar a unos gitanos y se carga a un municipal... ¡A ese idiota lo mato hasta gratis! —dice riendo el del traje arrugado. Cuando ríe, es un hombre realmente atractivo. Mira de reojo la hora—. Las tres y veinte, a lo mejor llego y todo... ¿Dónde te dejo?

—Nada, aquí al lado, me vuelvo en taxi.

—¿Se ha grabado?

El rubio saca del bolsillo de los vaqueros un pequeño cilindro metálico, coge unos auriculares de la guantera y los enchufa a ese artilugio de espías. Le da al *play* y asiente.

—Perfecto. —Señala el sobre amarillo y otro, más grueso, con el anticipo—. Voy a guardar todo esto. Nos vemos mañana por la mañana, ¿no?

El otro se limita a asentir porque está ya al teléfono:

—Sí, sí, vale, que llego... Voy de camino... ¡Que te he dicho que llego, coño! ¡Que te digo que voy yo!

Cuelga y sale quemando rueda.

CUATRO

Y ahí tenemos a Carlo Monterossi, invitado de honor a su propio funeral.

Esta noche estrenan la tercera edición de «Crazy Love». La Fábrica de Mierda lleva días martilleando con los anuncios, los patrocinadores se han dejado la pasta, los periódicos han llenado página tras página. El obispo de Turín ha invitado a los fieles a no ver el programa, lo que significa que los creyentes piamonteses estarán ante sus televisores igual que en los tiempos del concurso «Lascia o raddoppia».

Como el pusilánime que es, Carlo ha decidido no asistir a la masacre.

Como el pusilánime al cuadrado que es, ha programado la grabación con la idea de tener un documento para el recuerdo, por si algún día necesita un empujón para suicidarse.

Por lo demás, ha anulado compromisos, declinado invitaciones, rechazado a amigos que se invitaron para el gran acontecimiento.

Y, a falta de unos minutos, finge ocuparse con otra cosa, vagando por el gran salón de su casa, con el televisor apagado y la botella a mano.

Y llaman al interfono.

Raro, ¿no?

De todos los aparatos con los que la gente se comunica con otra gente, es el último de la lista, sin esperanza, en descenso directo, un par de puntos por encima del telégrafo, probablemente un empate por los pelos.

Por esa razón, Carlo tarda en comprender qué es lo que le molesta, porque está escuchando algo desde, ¿cómo decirlo?, una nueva perspectiva, y esa disonancia tan desagradable —un pitido, un gallo agudo, una interferencia— lo perturba.

En la cubierta de *Live at Budokan*, Dylan incluyó dos líneas de dedicatoria a una «*sweet girl*» que conoció en una «*geisha house*», precisamente por esos lares, en Tokio o un sitio similar.

No le pega nada poner dedicatorias en los discos —hay que ser hortera—, y lo que hace Carlo en esos momentos es intentar comprender —con los ojos cerrados, la luz tenue de la lámpara junto a los sofás, el volumen ni muy bajo ni muy alto— si, cuando Bob canta «*Do you love me, or are you just extending goodwill?*»,² aunque sea un poco, en un rinconcito suyo, en una ventana de Word oculta pero siempre abierta, también está pensando en ella.

Si todavía siente un vacío. Y si, en definitiva, antes o después lo experimentó. Y si esa forma descarada pero al mismo tiempo pudorosa y timorata de darle vueltas a la frase tiene algo que ver con ella.

Sweet girl.

Budokan no es un disco muy querido por los dylanistas. Bob ya los había hecho de todos los colores, por decirlo de algún modo, pero verlo así, los ojos perfilados con *kohl*, la cara blanqueada con albayalde, las coristas con un toque maravillosamente *lo-fi*, podía ser irritante.

Por no hablar de los arreglos, desde luego, trinos y pífanos en contrapunto, guitarras eléctricas que se encaraman como trepadoras espinosas sobre estribillos que antes eran cristalinos. O de los latidos de reggae injertados en canciones que generaciones y generaciones de tipos sensibles del mundo entero habían escuchado entre suspiros, heridos, como arrodillados sobre garbanzos, sufriendo de verdad.

Hombre, que Billy *el Niño* muera como un perro bajo el sol, pensando en su madre, y que vaya él, precisamente quien lo hizo inmortal con una de sus baladas más conmovedoras, y merme la canción de esa manera, en esa versión descafeinada, desenfadada y ligera... Eso no se hace... Pero, en fin...

Otra vez el interfono. Un pitido más largo e insistente.

A ver, digámoslo así: Carlo Monterossi, como hombre de mundo que es, recibe muchos correos. Algún SMS de vez en cuando o mensajes de WhatsApp. Están también Twitter, la red y toda la pesca. Y, por si fuera poco, las llamadas de verdad, donde la gente habla con voz humana, por

decirlo de algún modo. E incluso llamadas al fijo, porque el «siglo breve» no parece terminar nunca.

Pero sabe que si alguien llama al interfono no hay duda: es un tocacojones.

Al interfono llaman los testigos de Jehová, los vendedores de *Lucha comunista*, la policía, y ahora mismo no se le ocurre nadie más.

De modo que se levanta, baja un poco el volumen, coge el vaso de whisky que casi no ha probado desde que ha decidido explorar esa nueva perspectiva dylaniana de la pequeña *geisha*, y va hacia el panel que hay al lado de la puerta.

Un cacharro moderno, un videoportero de éstos de lujo, última generación, pura elegancia, diseño, tecnología punta, píxeles por un tubo. Es probable que le haya costado lo mismo que un Porsche, pero ya se sabe —tal como le dijo el agente inmobiliario poco después del «acabados de lujo» y «un barrio elegante»—, «nunca se está lo suficientemente seguro». Exacto.

Será por eso por lo que cuando uno pulsa el botón de vídeo para ver quién osa arrancarlo del sofá, o de la ducha, o —no lo quiera Dios— de la cama, ve extrañas figuras mitológicas, todas deformes, encorvadas, tan pixeladas que podrían ser cualquiera o cualquier cosa, el hijo secreto de Alien, uno del Partido Democrático o Kate Moss, perdida en la noche milanese, por mucho que no sean ni las nueve y no tenga cara de ir perdiéndose por ahí.

Por eso, a pesar de haber instalado un prodigio de la tecnología, uno se ve obligado, igual que en el siglo XVII, a decir lo que dice Carlo en esos momentos.

Carlo Monterossi, el Hombre Irritado:

—¿Sí? ¿Quién es?

Al otro lado, una sombra oscura con el contorno en tonos violeta, un trozo de acera, borrones, manchas de Rorschach y una voz:

—Un paquete. Feltrinelli. Perdona la hora, pero es el último del reparto. Hoy vamos un poco atrasados, y si no es mucha molestia...

—Tercera planta —dice Carlo, y pulsa otro botón para abrir la puerta de la calle.

De todas las cosas que no entiende, que son bastantes, aunque jamás lo

admitirá, ésa le resulta especialmente misteriosa: no sabe por qué las editoriales y sus departamentos de prensa se empeñan en mandarle libros. Puede que forme parte de los misterios de la cadena alimentaria; los escritores presionan para que la promoción de sus obras maestras llegue lo más lejos posible, los de los almacenes para que alguien les vacíe los estantes, y los departamentos de prensa ceden a las presiones para quedar bien y poder decirle al autor atribulado: «Sí, sí, Fulanito lo ha recibido.» Es posible que sus directorios daten de la misma época que las pinturas rupestres de Lascaux. A lo mejor hay hasta quien manda entregar brevariarios, novelas y panfletos incendiarios a Pascoli y Manzoni. «¿Residencia de los Carducci? ¡Un paquete para don Giosuè!»

Resultado: en estos momentos, Carlo se encuentra ante la puerta con un vaso en la mano, esperando un paquete envuelto en papel marrón con sus señas, el sello «LIBROS» y el logo de la editorial.

Sabe que probablemente se lo entregue una espantosa criatura envuelta en un muestrario completo de cortavientos mugrientos, mitad hombre, mitad ciclomotor, con casco, rasgos indios de la selva boliviana y manos callosas, habituadas a mojar la punta de las flechas en curare. Personajes de fábula que aceleran entre los humos de esta ciudad de hombres y para quienes los semáforos son esculturas modernas y, por tanto, incomprensibles; que miran las señas de *stop* pintadas en el suelo como nosotros las líneas misteriosas de Nazca o los círculos en los sembrados, muy bonitos, sí, pero a saber qué coño significan, nadie tiene ni idea.

Por lo general, te tienden una hoja arrugada y un bolígrafo que sacan de uno de los millones de bolsillos con cremallera, a la espera de un garabato, para irse luego por donde han llegado, y desaparecer engullidos por la calle, salvajes, inalcanzables.

Con todo, ese mensajero en cuestión, a juzgar por su voz y los melindres por la hora y su «si no es mucha molestia», no tiene pinta de indio tupinambá, aunque vete tú a saber. Tal como está el mundo editorial, se dice Carlo, tampoco le extrañaría que hicieran las entregas directamente los autores, los editores o los delegados de la zona en persona, con tal de eliminar intermediarios.

Total, el tipo es bastante alto, más o menos como él. Lleva un gorro calado en la cabeza, una especie de capucha como la de los esbirros de Don Rodrigo en la novela de Manzoni, pero ésta es de lana, sin casco. Eso sí, tiene unas gafas de aviador gigantescas, azulonas, en la línea del Franco Califano de la época del «Chúpate ésa», tan pasadas de moda que hasta un monóculo llamaría menos la atención. Viste un cortavientos oscuro y un jersey beis de cuello alto, que ha estirado para que le tape hasta la nariz. No lleva ningún paquete en la mano, pero Carlo no se percata.

Porque el hombre da un paso decidido y se planta ante él, en el vestíbulo previo al salón, donde la música sigue sonando como si tal cosa. No los separan ni dos metros.

Y tiene una pistola en la mano. Pequeña. Cromada. Con un agujero negro que apunta a Carlo. Uno de esos por los que puede colarse el universo y quedarse ahí para siempre.

Habla tras ese velo de lana cruda que le cubre el rostro, pero se le oye perfectamente. Vocaliza bien.

—Conque hacer justicia es un incordio, ¿eh?

Sí, en este punto quedaría bien una de esas frases despectivas que saben decir los verdaderos héroes al tercer o al cuarto golpe de claqueta. O bien una invocación o un ruego repentino de piedad, un gesto, por lo menos, qué te digo yo, las manos en alto o hincar las rodillas.

Sin embargo, Carlo Monterossi se limita a decir:

—¿Eh?

Su cara no rebosa inteligencia, la verdad sea dicha, ni pese a los atenuantes del caso.

El otro avanza.

Sigue empuñando la pistola con la mano derecha, con ese agujero negro que no pierde de vista a Carlo. Y tiene algo en la otra mano, que no sabe identificar y no llega a ver bien, porque, en fin, en ese momento tiene mejores cosas en las que pensar: como en que no lo maten, por ejemplo.

En ésas, el falso mensajero y falso Califano, pero verdadero asesino a sueldo, vuelve a hablar:

—Vamos a ver si es verdad.

Si esto fuera una serie, habría que despedir a los guionistas en el acto. Dos tipos enfrentados: uno amenazante, con la puerta de entrada entornada tras él, el otro en modo estatua de sal, con un vaso en la mano, diciendo agudezas del tipo: «¿Eh? ¿Ah?... ¿Cómo?...»

Ni un movimiento rápido, ni un arrebato, nada original. Una trama plana, previsible.

Y por ende, con un final igual de previsible: Carlo Monterossi retorciéndose en el suelo con un agujero chorreante en algún punto del cuerpo —siempre y cuando el disparo no se lo cargue en el acto— y el otro registrando la casa, tirando todo lo que pilla y escapando luego escaleras abajo con algún *souvenir* de poco valor, pero el caso, señor comisario, es que el móvil del robo parece evidente.

Ya estoy divagando, ¿no?

¿Os parece el momento?

Y bueno, no hay nada como una pistola apuntándote para reconsiderar ciertas cosas. Por ejemplo: ella. Carlo piensa que no volverá a verla, pero de verdad, y esta vez al menos no será por su culpa. Se imagina el discursito: «Mira, querida, esta vez es distinto... es que... me han disparado.» Tal cual.

Y las luces, con esa penumbra de salón de provincias. No quedan bien, se dice Carlo, ¿estamos en una película italiana, o qué?

Además, ya puestos, habría escogido otro disco para ese momento. Una ocasión especial. No todos los días lo matan a uno.

Carlo entiende que en momentos como ése se piensan cosas absurdas. Nada de la película de tu vida pasando ante tus ojos, eso es una gilipollez. Ahora bien, cosas insulsas, a espuestas. Por ejemplo, le fastidia por la camisa, porque ya se sabe que la sangre no sale. Por no hablar del agujero...

Y el hombre ha vuelto a decir algo. ¿Qué ha sido? Ah, sí.

—Como los otros dos —ha dicho mientras Carlo criticaba el guión.

Ocurre entonces algo de lo más singular.

Mientras Monterossi está allí paralizado, mirando a aquel impresentable

con esas gafas de aviador, el cuello alto del jersey subido hasta la nariz y la pistola en ristre, no tiene otra cosa que hacer, contra todo pronóstico, que moverse en una especie de espasmo, con un reflejo incontrolado, como un acto involuntario pero fulminante.

Y va y le tira los tres dedos de whisky a la cara, como hacen las chicas en los restaurantes a hombres mediocres y malos, por lo general en películas mediocres y malas que va a ver gente mediocre y mala, que encima se divierte.

Carlo sabe perfectamente que es un movimiento de lo más estúpido. Cuando un hombre armado se enfrenta a un hombre con un vaso de whisky... Bueno, no hace falta ser Sergio Leone para saber quién va a ganar.

Pero resulta que a Califano parece afectarlo, porque arruga el gesto y vuelve la cabeza por un momento. Quizá una gota de alcohol haya conseguido traspasar ese parabrisas monstruoso. Se lleva una mano a la cara, se le cae algo, despotrica...

Oban, *single malt*, catorce años, destilado en Escocia, condado de Argyll, desde 1794, aunque Carlo Monterossi lo descubriera algo después.

Le gusta, se lo recomendaría a todo el mundo, incluso a gente que no está en el punto de mira.

Mascullando, el asesino se restriega un ojo con la mano izquierda bajo esas gafas de chuloputas.

Y en ese momento se le ocurre la idea a Carlo, daos cuenta del milagro.

¿Por qué sólo el contenido y no el continente? ¿Por qué lo líquido y no lo sólido?

Los vasos para licores fuertes no tienen tallos finos ni formas delicadas y ligeras. El que tiene en la mano es un *tumbler* bajo, de esos que algunos bármanes llaman *old fashioned glass*, aunque sea más bien de bourbon, si nos ponemos quisquillosos.

Es una especie de cilindro, bajo, aunque tampoco tanto, de cristal macizo, fondo grueso tipo lentes de miope en el último estadio. Pesa. Hay que agarrarlo con toda la mano, como algo a lo que te aferras, lo que, hablando de alcohol, tiene una carga metafórica importante.

Vale, sí, no nos enrollemos.

Carlo ve salir el vaso como un proyectil y aterrizar justo en las lentes de esas gafas de Califano en concierto, *live in Torvajánica*, os quiero, sois un

público estupendo. Lanzamiento perfecto, fuerza justa, inclinación óptima, puntería impecable.

Todo sin querer, por supuesto.

Posiblemente Carlo también habría oído el sonido del impacto, si entretanto no hubiese explotado todo en un estruendo espantoso.

Qué buenas, ¿eh?, las películas de pistoleros, asesinos, policías íntegros, sin miedo y sin tacha, o con miedos y tachas, etcétera, etcétera. Pero cuando se dispara en una habitación cerrada, salvo al muerto, que juega con la ventaja de no poder quedarse sordo, a los demás se les infla una especie de balón aerostático en los oídos. Porque el estallido es fuerte, rebota en las paredes, vuelve, retumba, se amplifica, eclipsa el resto de los sonidos, los cubre, los envuelve, lo rodea todo, te aturde.

Y antes de que el eco se disipe por completo, el tipo está ya precipitándose escaleras abajo, Carlo cae de rodillas con las manos en las orejas, la puerta de la entrada se queda abierta al rellano y un cristal de un metro de alto acaba su viaje interestelar desde la pared, donde estaba colgado en su marco, hasta el suelo de parquet oscuro, convertido en un millón de esquirlas, pedazos, filamentos destellantes y trozos puntiagudos como puñales.

Todo se vuelve entonces como líquido, psicodélico, y se oscurece, y por lo general, en tales circunstancias, la gente suele perder el conocimiento y desplomarse, y Carlo, en efecto, pierde el conocimiento y se desploma — ¿para qué engañaros?—, aunque sin perder en ningún momento la lucidez que lo caracteriza.

De hecho, piensa: «Me voy a desmayar.»

Y, como no puede ser de otro modo, se desmaya.

Carlo Monterossi, Hombre de Palabra.

CINCO

¡Rápido, las sales! ¡El señorito se ha desmayado!

Pero ¡qué sales ni qué sales!

Lo que despierta a Carlo Monterossi son unas bofetadas ligeras y tímidas —aparte del aliento pestilente— del vecino de abajo, el comendador Buglioli, que hace lo que puede por reanimarlo y que jadea a dos dedos de su nariz como si acabara de escalar el Annapurna, cuando en realidad sólo ha subido dieciocho escalones.

Luego, en cuanto Carlo abre los ojos, se entrega de lleno a la romería del asombro y el sobresalto, justo en el momento cumbre: la procesión de los flagelantes.

—¡Está volviendo en sí! ¡Está volviendo! —grita Buglioli, como si hubiera obrado un milagro con sus propias manos.

Katrina, el ama de llaves del «señorito» y portera del bloque en sus ratos libres, está de rodillas, con los ojos clavados en el cielo, mientras cuchichea con la Virgen de Medjugorje, medio agradeciéndole que no esté cadáver, medio riñéndola por lo acontecido, y tal vez intentando convencerla de que, en el fondo, es buena gente. A pesar de la basura de programa ese que hace, claro.

La anciana esposa del comendador, en competición directa con la señora del piso de arriba, se apretuja en el rellano, entre la puerta y la barandilla de las escaleras, para curiosear como puede desde el vestíbulo, en la fosa de Lázaro. Pálida como si le hubieran disparado a ella.

La señorita Bernasconi, que vive en la buhardilla y nunca se deja ver, coetánea probablemente de Brunelleschi, se juega el fémur para abrirse paso con los brazos cargados de medicamentos: alcohol, algodón, pastillas para la

tensión, supositorios para la gota, pomadas contra las pústulas, remedios para el páncreas, el hígado, la vesícula biliar, un bote tamaño familiar de bicarbonato y un tubito de glicerina, no vaya a ser que el vecino al que han disparado, el simpático señor Monterossi del tercero, tenga las manos agrietadas.

Todos preguntan qué ha pasado y, a continuación, se lo relatan a los demás, que a su vez van añadiendo detalles.

Ladrones. No, ha sido sólo uno. Alto. Pero ¡si era un enano! Tenía una escopeta. No, era una metralleta. ¿Una mujer? A lo mejor, puede ser. Pero joven, una chiquilla. ¿O eran dos? ¿Dos enanitos? ¿Es posible?

O sea, adiós muy buenas a la escena del crimen: sólo faltan los de las banderas, la barbacoa y las carreras de saco.

El suelo es una alfombra de esquiras de cristal, con Carlo en medio, que se ha incorporado por fin y se levanta como puede.

A la fiesta se suman dos hombres de uniforme, que a saber quién ha llamado. Se encargan de bajar el telón.

—Gracias, señores, gracias, nosotros nos encargamos —dice uno.

Eso es. Sólo falta el «Circulen, por favor, aquí no hay nada que ver», y listos.

—Circulen, venga, aquí no hay nada que ver —dice el otro.

Eso.

Se presentan a la víctima: oficial Franco Nicosia y agente Gherardo Lupoli. ¿Qué es lo que ha pasado? ¿Se encuentra bien? ¿Confirma los disparos de un arma de fuego comunicados por llamada al 113 de —vistazo a la libretilla— Teresa Ghizzoni Buglioli, de setenta y un años de edad? ¿Vive usted aquí? ¿Hay alguien más en la casa? ¿Qué ha pasado?

Carlo los conduce al salón, apaga la música, enciende algunas luces.

—Sí, un momento...

No le da tiempo a sentarse cuando entran otros dos. Éstos sin uniforme. O, lo que es lo mismo, uno de paisano y otro que parece salido de un bar clandestino del Chicago de los años treinta, con un traje de raya diplomática,

chaqueta cruzada y unos faldones enormes, tocado con un Borsalino y —a Carlo le cuesta creerlo— zapatos bicolor.

—¿Qué es lo que ha pasado aquí? ¿Se encuentra bien? ¿Le han disparado? —pregunta el primero.

—¿Vive usted aquí? ¿Hay alguien más en la casa? —pregunta el segundo.

Carlo se sienta.

Se presentan.

—Inspector Semproni —informa el primero.

—Subinspector Ghezzi —dice el segundo. Cuando se da cuenta de que Carlo lo mira como si hubiera salido de un *biopic* de Dillinger, se disculpa—: Estaba metido en un operativo, no he tenido tiempo de cambiarme.

No sé si lo sabéis pero, cuando a uno le disparan, se pone nervioso. Carlo no lo disimula.

—¿Empiezo ya o esperamos a más amigos?

—Un momento —le pide el jefe, el de paisano, que les da órdenes a los patrulleros—: Vosotros id a preguntar a los vecinos si han visto o han oído algo. —Y luego a Carlo—: ¿Son muchos?

—Abajo vive una pareja mayor, los que han llamado, creo. Arriba hay una señora, que vive con el hijo. Y una especie de bruja centenaria en la buhardilla. Ah, y la portera, claro, que se llama Katrina y vive en la portería. Si había algo que ver, lo habrá visto ella, porque el resto no rige mucho.

Un movimiento de barbilla del inspector, y los dos agentes uniformados desaparecen por las escaleras.

Semproni se sienta en un sofá. Su colega, el Al Capone de punta en blanco, señala el pasillo que da al resto de las habitaciones y pregunta:

—¿Le importa? —Carlo niega con la cabeza.

—Entonces... —dice el inspector Semproni.

Entonces Carlo emprende el relato. Más para sí mismo que para el otro. Con calma, sin saltarse ningún pasaje: el interfono, las gafas, la cara enmascarada, la pistola, las palabras del hombre, la ceguera por el whisky, el lanzamiento de vaso, la detonación y... ya.

Lo interrumpen otros dos tipos, que acaban de aparecer; miran a Semproni y se limitan a decir:

—¿Aquí?

—Allí —indica el jefe.

El subinspector Ghezzi vuelve a asomar por el salón.

—Bonita casa.

Si echa de menos a las señoritas de melena corta que bailan charlestón, no lo deja entrever.

Carlo se levanta para ir a echarse un trago. Después del susto, el ruido y el aliento del comendador Buglioli, le parece lo mínimo. No le iría mal un barril, desde luego.

Vuelve de la cocina con tres vasos.

—¿Quieren?

—No, gracias —Semproni.

—Gracias, pero no podemos cuando estamos de servicio —Ghezzi.

Dos visiones del mundo.

—¿Le ha tirado uno de éstos al hombre? —pregunta, señalando el vaso.

—Sí.

—Un buen porrazo.

Los dos del vestíbulo están haciéndole la autopsia a Bob Dylan.

El proyectil que tendría que haber liquidado a Carlo lo ha alcanzado a él justo en medio de los ojos. Aparecía en un cartel de época, un concierto en el Village —1964, cuando cantaba que los tiempos estaban cambiando, aunque todavía nada había cambiado—, guapo, joven, con chaqueta negra, las manos cruzadas sobre el pecho, cara de niño, prácticamente a tamaño natural, protegido por el vidrio que ha acabado por todas partes.

Carlo mira a los dos técnicos con el rabillo del ojo —«Pobre Bob», piensa — mientras va respondiendo a la letanía.

¿Nombre? ¿Apellido? ¿Edad? ¿Lugar de nacimiento? ¿Esperaba a alguien? ¿Vive solo? ¿Se dedica a algo por lo que alguien pueda querer dispararle? ¿A qué se dedica?

—Escribo para la televisión.

Lo miran como si hubiera dicho que mata osos en parques nacionales.

¿Tiene enemigos? ¿Armas en casa? ¿Sabe que ha corrido un riesgo innecesario? ¿Sabe que ha sido un imprudente? ¿Cómo se le ha ocurrido abrir la puerta sin preguntar? ¿No sabe que esta ciudad es una jungla? Si supiera todo lo que ven ellos... ¿Qué podrían querer robarle? ¿Es rico? ¿Tiene horarios fijos? ¿Alguien más tiene llave? ¿Y aparte de la tal Katrina? ¿Mujeres? ¿Novias? ¿Asuntos de cuernos pendientes? ¿Apuestas? ¿Deudas? ¿Droga? ¿Es homosexual? ¿Está metido en política? ¿Ha visto algo que no tendría que haber visto?

Entretanto, dan las diez y media.

El subinspector Ghezzi mira el reloj, una baratija dorada más grande que el tapacubos de un camión, y señala la botella de Oban.

—Ahora sí que me voy a tomar una. Ya no estoy de servicio.

De la habitación contigua llega la melodía de un móvil. Carlo lo deja sonar. Vuelven a llamar.

Suena una vez más.

Los dos policías se miran.

—Responda, si quiere —le dice el jefe.

Pero Carlo se levanta, vuelve con el teléfono y lo apaga sin siquiera mirar la pantalla.

Los dos de la Científica asoman por el salón y uno informa a Semproni:

—Una del veintidós, tenemos hasta el casquillo. Un único disparo, que ha dado en el cuadro. Si estaba usted de pie, se ha librado por poco, cuestión de unos centímetros.

Semproni asiente y los otros dos desaparecen.

No hay mucho más que decir, y de hecho no dicen nada. Carlo siente un pequeño escalofrío.

Se ha librado por poco.

Centímetros.

El subinspector deja el vaso sobre la mesa del salón y se ajusta la corbata por debajo de la chaqueta de Frank Tres Dedos.

Semproni le tiende a Carlo su tarjeta.

—Llámeme si surge cualquier cosa, si recuerda algo, lo que sea. ¿Tiene algún sitio donde quedarse esta noche?

A Carlo no se le había pasado por la cabeza.

Se imagina entonces una llamada a esas horas. La voz titubeante. Perdón. Ya lo sé. No tendría que haber llamado. Es que... No, no. Nada que ver. Es que... me han disparado. No es seguro quedarme en casa... No. No pasa nada. Perdona otra vez. Cagada. No tendría que haber llamado.

Se siente un auténtico imbécil. Se dice que, cuando ser patético sea disciplina olímpica, no tendrá rival. Por una vez no ganarán los chinos.

—Me quedo aquí —decide.

—¿Seguro?

—Sí, seguro.

—Entonces, lo esperamos mañana por la mañana en comisaría, para la denuncia. Es posible que tengamos más preguntas. En via Fatebenefratelli... pongamos... ¿a las nueve?

—Pongamos a las diez.

—A las diez.

—Gracias.

—Cierre bien.

Se van.

No pasa ni un minuto.

Lllaman a la puerta. Otra vez la poli. Carlo abre con fuerza. Está nervioso.

Carlo Monterossi, el Hombre Cuestión De Unos Centímetros.

—¡Sí! ¿Qué?

Pero es Katrina.

—Voy limpiar cristal de suelo, don Carlo, si no se corta.

—Pero déjalo, Katrina, vete a la cama, que es tarde...

—¿Y cómo voy dormir? ¿Dormir con asesino en casa? ¿Dormir con disparos? Limpio y voy. Va dormir, don Carlo. Yo limpio lo grande con escoba, mañana arreglo mejor con aspirador, porque si pongo ahora... ¡Oh!

—Señala hacia el piso de abajo.

El joven Dylan está apoyado en una pared, sin marco y con un agujero del calibre 22 entre los ojos.

*It's gettin' dark, too dark for me to see
I feel like I'm knockin' on heaven's door.*³

Carlo niega con la cabeza: «Ya no puedo hacer nada por ti, Bob, amigo mío.» No sabría decir si sólo lo ha pensado o si también lo ha dicho a media voz.

Decide entonces ir a la cocina para picar algo, una reacción nerviosa, una forma de convencerse de que sigue con vida, pero vuelve al poco, porque Katrina lo llama desde el vestíbulo.

—Don Carlo, ¿qué es esto? ¿Dónde pongo?

Le enseña un frasquito de plástico blanco, del tamaño de un vaso, pero con una tapa roja. De los que dan para los análisis de orina.

—Estaba debajo mueble —dice, señalando la consola de la entrada.

Es lo que llevaba el tipo en la mano izquierda mientras lo apuntaba con la derecha. Normal que se fijase en la pistola y no se percatara de qué era aquello. Ni siquiera lo entiende ahora.

Y, en cualquier caso, enhorabuena a la Científica... Carlo siente un acceso de rabia que se le mezcla con el miedo.

Niega con la cabeza: menos mal que no han ido los artificieros, que podrían haberse olvidado una bomba. Ya puestos, los de Estupefacientes podían haberle dejado un pastor alemán.

Katrina se va con dos bolsitas de esquirlas puntiagudas como el puñal de Sandokán mientras él busca la tarjeta de visita de... Semproni, eso es, ahí está.

Enciende el teléfono para comunicarle el hallazgo al policía y en el acto lo saludan los números rojos en los pequeños iconos de colores.

Llamadas perdidas, cuarenta y dos.

Mensajes, cincuenta y ocho.

WhatsApps, trece.

De las llamadas perdidas, seis son de Katia Sironi. No recuerda un

bombardeo similar desde que la conoce, que no es poco. Seis llamadas en dos horas es una especie de plusmarca, de modo que pulsa el botón de llamada y oye el ladrido:

—¡Hombre!

—¡Joder, Sironi, que me han pegado un tiro!

—¡Ya lo creo que sí! —exclama, y estalla en una de esas risotadas que desplazan varios centímetros el eje del planeta y alteran las estaciones, las mareas y los eclipses.

Y también hace que Carlo Monterossi empiece a cabrearse.

Cuando oye lo que le cuenta su agente, se cabrea todavía más.

Resulta que el primer programa de la tercera temporada de «Crazy Love», el primer tonel de mierda sin las inestimables aportaciones de Carlo Monterossi, cuyo estreno ha coincidido con la competición de tiro al blanco en la que él ha hecho de diana, no ha ido ni bien ni mal, todo en orden, sin grandes golpes de efecto. Es decir, piensa Carlo, que nadie se ha hecho más daño de lo previsto, nadie ha tomado rehenes, bebido cianuro ni recurrido a la violencia, como dicen los carabineros.

Sin embargo, hacia el final del segundo bloque, cuando se registra el máximo de audiencia y el pueblo está pendiente de los labios de Flora De Pisis como si fuese el Oráculo de Delfos, ésta ha pedido la cámara —«¿Me dais la uno?»— y le ha regalado al público uno de sus típicos primeros planos radiantes. Pero la cosa no ha quedado ahí.

—Bueno, si lo has grabado, puedes verlo —le dice Sironi, que añade—: ¿Qué es eso de que te han disparado?

—Nada, nada, luego te cuento.

Cuelga.

Es suficiente: Carlo Monterossi pasa a modo tocado y hundido. No quiere saber nada del resto de las llamadas ni los mensajes, no quiere vivir, no quiere existir en este planeta, la próxima vez no quiere escapar de las balas; no quiere volver ni a comer, ni a beber, ni a respirar. Y ante todo, no quiere ver la grabación de la masacre.

Que es justo lo que hace en ese momento, en un arrebató, con manos

temblorosas.

Según el temporizador de la grabación, que ha guardado hasta el último dichoso fotograma en el disco duro, todo empezó a las 22.34 h, es decir, más o menos la hora en la que estaba hablando con los dos polis y el teléfono no paraba de sonar.

Tras despedir con un abrazo a una señora de Viareggio, compungida tras descubrir que el marido la traicionaba con el perro, aunque todavía enamorada de él, Flora De Pisis pide la cámara para un «llamamiento urgente» y ocupa hasta el último rincón de la pantalla, fascinante como una supernova en plena explosión. Con esa iluminación, hasta Picasso en su lecho de muerte habría lucido la piel de un bebé.

Carlo conoce bien a Flora, y por eso la teme y la odia. Está en su versión «Con el corazón en la mano», la más insidiosa. Mira a la cámara como la chica de instituto a los ojos de su primer amor, convencida de que será el único.

—Carlo. Me dirijo a ti, Carlo Monterossi. Si este programa existe, es gracias a ti. Gracias a ti, millones de italianos saben... sí, saben bien, que el amor también tiene estas cosas. Y este año no nos acompañas, a aquellos a los que siempre nos has guiado y alentado. No estás con todos aquellos que sabemos lo agotador que resulta... hablar del amor de los demás, de sus infinitos matices, de sus idealizaciones, de las trampas... Quizá te haya afectado, Carlo. En este programa hemos vivido momentos muy dramáticos. Porque la vida de la gente está llena de momentos dramáticos. Porque la vida en sí, Carlo, es dramática...

Sigue en el gran sofá blanco. Está a punto de vomitar.

—Carlo, nosotros sabemos bien cómo es el amor, ¿verdad? Es un rayo, un relámpago, una maldición... pero ¡tan dichosa! Piénsalo, Carlo... Relatar con tu sensibilidad, con tu toque especial, el amor de los demás y luego... sufrir como me cuentan que estás sufriendo. ¡Carlo, tienes que ser feliz! Cuando quieras, sea cuando sea... aquí nos tienes, Carlo. «Crazy Love» es tu casa.

Llegados a ese punto, el encuadre se ensancha y, por ambos lados del plató, entra despacio, como de puntillas, el ejército de colaboradores del programa: redactores, redactoras, sastres, maquilladores, peluqueras, técnicos, regidores, consultores musicales, guionistas sénior, guionistas júnior, aspirantes a guionistas, auxiliares de plató, productores del programa, productores ejecutivos, asistentes de producción, personal de atrezo, conductores, mensajeros.

Conmovidos, empiezan a aplaudir primero tímidamente, luego con más ahínco y cada vez más y más, hasta que el público del estudio se une y...

Y Flora De Pisis abre los brazos para calmar el alboroto, apagar el ardor, aplacar a las masas como el emperador que manda callar al anfiteatro.

—Carlo, yo... y todos... te esperamos. Pero, más que nada, queremos que seas feliz. Tienes nuestra puerta siempre abierta, Carlo. Ánimo. El amor también tiene estas cosas.

¿Para qué aguantarse las ganas? ¿Por qué reprimirse?

«Una pena por la alfombra —piensa Carlo Monterossi—. Habrá que llevarla al tinte.»

Después de lo cual, entre la pasta de dientes y el Oban *single malt*, se decanta por el segundo. Repasa la lista de llamadas perdidas. Lee por encima los mensajes de amigos y conocidos.

«¡Vuelve! ¡Esta casa te espera!»

«Pero ¿qué le has hecho a Flora?»

«¡Carlo! ¡El amorrrrr!»

¡Whisky, rápido!

Pero la botella está vacía. Se levanta dando tumbos y va a la cocina a por otra. «Va a ser una noche memorable —se dice—. Además, si alguien quiere venir a matarme, yo le ayudo, le pongo la nuca para el golpe de gracia.»

Por un instante piensa que todo podría haber terminado hace tres horas, y a estas alturas estaría descansando en paz en alguna parte, fundido ya con la inmensidad del universo, donde nada se crea ni se destruye, donde sólo se es

una minúscula partícula del Gran Todo y nadie pone en evidencia a nadie en directo, ante diez millones de personas.

Va renqueando hasta la cocina.

El frasquito blanco con la tapa roja sigue encima de la mesa.

Un recuerdo de su asesino.

Lo abre sin pensar. Contiene algo que no identifica, sumergido en un líquido rosado.

Lo mira con mayor detenimiento, pero sigue sin entender.

Vierte entonces todo el líquido sobre la mesa. Lo vuelca sin ceremonias ni cautela alguna.

Porque está cabreado, triste, herido. Se siente un capullo redomado. Está solo. Y le han disparado. Y se ve ridículo ante sí mismo y ante el mundo entero.

Y lo vuelca todo con rabia sobre el mármol blanco de la mesa. El tostador lo mira. Los armarios, el extractor, el microondas, todo lo mira. Las sillas lo miran. Los imanes de colores del frigorífico lo miran.

Pero él mira la mesa, y en la mesa ve lo que había en el frasquito del asesino.

Un dedo. Un dedo humano.

Hay que joderse.

SEIS

El viejo enfría el té.

Lo pasa de un vaso a otro con una cascada larga y medida. No se pierde una gota. Se nota que es un gesto que lleva haciendo desde hace siglos; desde antes de que existieran las caravanas, o los Mercedes con los que tirar de ellas, las hornillas eléctricas o los cables de cobre. Un gesto que habla de tiendas y fogatas, de alfombras sobre tierra, de violines, de armónicas, de carromatos, de huidas en plena noche, de esposas niñas, de reyertas a navajazos, de llanuras del este.

Ante él, sentados de piernas cruzadas en el suelo, Hego y Clinton beben *slivovitz* en unos vasitos de colores.

Hego tendrá unos cuarenta años, pero eso es pura suposición. Lleva una chaqueta dos tallas más grande, una camisa de rayas anchas en vertical y una corbata que no pega ni con cola. No es de aquí, todo le resulta nuevo, todavía no sabe si le gusta. Tiene hijos en alguna parte, mujeres en alguna parte, millón y medio de primos. En alguna parte.

Sólo sabe hacer una cosa. Y se le da bien, hasta él lo reconoce.

Clinton es joven, musculoso, guapo, con una de esas bellezas salvajes que no hay manera de domar. Lleva puesto un sombrero de paja, aunque sabe que, delante del viejo, no debería. Sin embargo, también sabe que el viejo comprende sus razones. Es una competición entre machos: gana el más fuerte o el que se muestra superior al más fuerte, más magnánimo.

Así ganan los dos.

El viejo se dirige a la mujer que ha servido el té y el aguardiente. Se limita a decir un nombre:

—Helver.

La mujer desaparece. Nadie habla. El viejo sigue pasando el té de un vaso a otro.

Entra un chiquillo, tímido, respetuoso, atemorizado. Tendrá unos doce años, puede que menos. A una señal del anciano, se sienta también de piernas cruzadas, orgulloso de estar allí, pero a la vez aterrado.

—Habla, Helver —pide al chico.

—Vi tres. El jefe iba en un coche lujo, oscuro, creo un BMW, o puede un Mercedes, largo. Fuerte, grande, músculos. Disparó él. Pistola grande, mucho retroceso, cuando dispara, la mano sube arriba. Eso no pasa con pequeñas. — Clinton mira a Hego y sonríe. El niño prosigue—: Al segundo no he visto. Estaba detrás de alambrada y hay plantas. Si asomaba... peligro. Pero al tercero... joven. Veinte años. Pelo claro. Algo escrito en brazo... Tatu... ta... No sé cómo se dice, escrito en brazo.

—Tatuaje —lo ayuda el viejo.

—Lanzó dos botellas que le dio jefe. Una, lanza, luego otra, lanza. Mucho fuego. El jefe sacaba de maletero de coche grande, encendía mecha y daba para lanzar. Luego se escapó en Vespa azul claro... —Hego contiene la respiración. Los ojos de Clinton son una hendidura mínima—. He quedado con matrícula Vespa —anuncia el crío, que baja los ojos—. Puede no toda... —Abatido, aterrado.

Enseña un papelito grasiento con unos números.

Clinton lo lee, se lo pasa a Hego, y el papelito desaparece en un bolsillo de la chaqueta demasiado holgada.

Ahora Clinton se queda mirando al pequeño Helver a los ojos, incisivo como una cuchilla, más tiempo de la cuenta. El niño siente un escalofrío, pero logra controlar el temblor. Y el adulto le pone su vasito de *slivovitz* ante las rodillas dobladas.

Es un gesto sencillo que contiene siglos de persecuciones, pogromos, hogueras, matanzas, violaciones, crucifixiones, huidas, deportaciones, torturas, fosas comunes, hornos crematorios.

Helver no puede saberlo, pero lo sabe.

Igual que sabe que ha de bebérselo de un sorbo.

Igual que sabe que no debe toser.

El viejo le da una colleja cariñosa en la nuca, por encima del pelo largo y sucio.

—*But chave, but zore*⁴ —dice.

Helver sale cabizbajo de la tienda, la que hace de porche de la caravana más grande del asentamiento.

La cabeza le da vueltas. Se enciende un cigarro.

Mirsada lo mira con sus ojos enormes. Tiene once años y es guapísima.

Helver atraviesa el campamento y desaparece en la oscuridad.

SIETE

Un golpe en la mesa. Muy fuerte, con la mano abierta. Que hace que peguen un salto los bolígrafos, los folios, la botella de agua, la pantalla de un ordenador —de época precristiana aproximadamente—, un marco de plata con mujeres e hijos dentro y, por supuesto, los presentes, que se esfuerzan por clavar la vista en un linóleo sucio cuya datación requeriría del carbono-14.

—Pero ¿no se da cuenta? ¡Ha ocultado usted pruebas! ¡Ha entorpecido a la Justicia! ¡Ha... —boquea— ha obstaculizado el trabajo de las fuerzas del orden!

Personajes y reparto.

El comisario de policía Antonio Gregori, el del manotazo, el que boquea y chilla igual que un hincha del Atalanta. El inspector Semproni, con cara de «Donde sea, donde sea menos aquí», y su subalterno, el subinspector, Ghezzi, que intenta mimetizarse con la tapicería; algo bastante complicado si tenemos en cuenta que va vestido a lo John Lennon en las escaleras del edificio Dakota, con un chaquetón de piel que a duras penas le tapa una camisa de flores, las gafitas redondas y hasta melena postiza. ¿De infiltrado dónde? ¿En una convención de los Beatles?

Y luego está el invitado de honor, Carlo Monterossi, que todavía no ha abierto la boca mientras disfruta de la escena de *Ley y orden*.

Presión arterial, glucosa, ritmo cardíaco, respire hondo, diga treinta y tres, y ya está Gregori listo para seguir:

—¡Una prueba importante! ¡Y encima un resto humano! Y lo trae usted

aquí como si tal cosa, a las diez de la mañana, sin avisar, ¡tan campante! ¿Qué se cree, que estamos aquí para hacer lo que le viene a usted en gana?

Es un hombre corpulento, fuerte, con una altura imponente incluso estando sentado. Tiene una buena dotación de pelo tupido, sin apenas canas. Si se dejara barba y patillas parecería un casco integral. Un tipo bravío, podría decirse. Y de hecho:

—¡Un dedo! ¡Me trae un dedo! ¡Como el que viene a renovar el pasaporte! Pero ¿se da cuenta usted?

Semproni calla. Ghezzi juega al camaleón contra el fondo, con la esperanza de volverse invisible, aunque en realidad dé más el cante que un *hare krishna*.

No queda otra, le toca a Monterossi.

—Comisario, no me dé las gracias, sólo cumplo con mi deber ciudadano. Como usted sabe, anoche intentaron asesinarme, de modo que debo alentar y facilitar la investigación. Al ver que sus hombres de la Científica no han considerado importante este pequeño indicio, o no lo han encontrado tras el atentísimo examen de los dos, a lo sumo tres, metros cuadrados de suelo, me ha parecido oportuno traérselo. No tenía un papel bonito, si no, se lo habría envuelto en un paquetito.

Todo hay que decirlo, la rabia está apoderándose de él. Será una cuestión de acumulación: después del sentido llamamiento de Flora De Pisis, las tomaduras de pelo, los mensajes, las llamadas, el disparo, el dedo en la mesa de la cocina, el vómito, el dolor de cabeza, el miedo que lo ha acompañado toda la noche, ahora va y le toca el rapapolvo.

Esboza su sonrisa «cabrón 2», la de las grandes ocasiones, pone cara de inocente y dice:

—¿Hay alguna recompensa?

Hasta él se daría de hostias.

Semproni sigue callado, y como Ghezzi continúe cavando para sepultarse, pronto encontrará petróleo.

El comisario clava la mirada en ese gracioso de la televisión y pulsa el botón negro de un aparato que hay sobre el escritorio, sin apartar por un

momento su mirada amenazante —que sostiene como Mata Hari ante el pelotón de fusilamiento—, hasta que entra una agente uniformada. Rubita, bajita, gordita.

—Dígame, comisario.

—Senesi, compruebe todo lo que haya que comprobar de este... —Mira una hoja que tiene delante—... Carlo Monterossi. —Lo señala con la barbilla, como diciendo: «Éste de aquí.» Y añade, a voz en grito—: ¡Antecedentes, causas pendientes, denuncias, todo! ¡Hile bien fino, rápido, ya! ¡Largo!

La agente gordita hace ademán de irse, pero se vuelve de golpe, como un perro que ha olvidado la cadena y sale despedido hacia atrás. Clava la vista en Carlo. Lo mira como afinando la puntería, lo encañona con un índice regordete y dispara:

—Pero ¡si es él! ¿Por qué no vuelve con Flora, eh? ¡Cómo se le ocurre hacerle eso!

Sale de la habitación.

Aunque sigue sin abrir la boca, al menos esta vez se atisba un destello de vida en los ojos de Semproni. Ghezzi levanta la cabeza como si hubiera entrado en el despacho la mismísima Yoko Ono. El comisario Gregori es el primero en reaccionar; a uno no lo hacen comisario así porque sí, y menos en esta meritocracia en la que vivimos, no lo olvidemos.

—¿Cómo? ¿Qué ha dicho? ¿Quién es esa Flora?

Monterossi suspira mientras piensa cómo abordar la cuestión, cómo dar una explicación resumida y convincente sin suscitar otra docena de preguntas.

Por suerte para él, en ese momento se abre la puerta y entra un hombre. Inspector y subinspector se levantan a una, solícitos.

Gregori, en cambio, despega el culo unos milímetros, un gesto ensayado durante años, pulido, revisado, llevado a la perfección. Un gesto que hunde sus raíces en siglos y siglos de administración pública, de jerarquías estatales, de su excelencia, señoría, a su servicio, diga, señor. Un gesto que es a la vez la aceptación de las reglas y una pequeña rebelión.

Un gesto que quiere decir: «Vale, sí, me he levantado, pero sólo un poco. Lo respeto, sí, la jerarquía y todo eso, pero no estamos aquí para besarnos el culo.»

A continuación, hace las presentaciones:

—El ayudante del fiscal, el señor Marco Ghioni. A nosotros nos conoce a todos. El caballero —vuelve a señalarlo con la barbilla— es Carlo Monterossi, la víctima... la presunta víctima.

El tal Ghioni debe de ser el juez de instrucción. Todo un avance desde anoche: dos patrulleros, Semproni y su subinspector travestido, los Abbot y Costello de la Científica, seguidos de un comisario y ahora un juez.

Quién sabe, si nuestro héroe se dedica a llevar más dedos hasta puede que tenga el placer de conocer al jefe de policía e incluso al ministro.

Ahora hay otro jefe en la habitación, se dice Carlo, ha llegado un nuevo sheriff a la ciudad. Y ciertamente Gregori parece agachar la cabeza, un gesto casi igual de imperceptible que el del culo, pero que notarse se nota.

Semproni hace ademán de ofrecerle el sillón en el que está sentado, pero Ghioni tiene la modestia de retirar una silla y sentarse con cara de «Tranquilo, tranquilo...».

Es alto, delgado, cuarenta y pico, con barba de dos o tres días. Pantalones de pana, chaqueta de pana, chaleco de pana, gafas de pana, medio purito toscano apagado de pana, orejas de pana, maletín de pana y Clarks beis. Si los jueces quieren dejar de parecer comunistas, harían bien en renovar el armario.

—Empecemos —propone el hombre de pana.

A Gregori no hay que decírselo dos veces. Coge una foto de debajo del montón de folios del escritorio y la empuja por el tablero de madera hasta dejarla bajo los ojos de Monterossi, que se queda mirándola. Es el primer plano de una mujer, ni joven ni vieja, de unos cuarenta y pico mal llevados o cincuenta y tantos bien llevados (o, en el caso de estar en la treintena, es que ha vivido en la indigencia en la periferia de Bucarest).

El cabello más cardado que haya visto Carlo en su vida, una blusa rosa, rasgos corrientes, cara anónima. Si alguna vez alguien le dijo «qué guapa eres», debió de ser antes de la primera comunión.

—¿Conoce a esta mujer?

Ni un segundo de vacilación.

—No.

—¿Seguro?

—Segurísimo. No la he visto en mi vida. ¿Quién es?

El comisario le acerca otra instantánea por encima de la mesa.

—A lo mejor la reconoce en esta otra foto.

Es la misma mujer, pero en blanco y negro, sin construcciones futuristas en el pelo, la piel tirando a grisácea, con los ojos cerrados y puede que un hematoma en el derecho. Y un agujerito redondo, perfecto, en medio de la frente.

Monterossi traga saliva, puede incluso que haya hecho ruido, porque no es muy amigo del tema cadáveres y no lo disimula.

—No. —Con la sensación de haber sido demasiado telegráfico, añade—: ¿Puedo saber qué está pasando? ¿Les traigo un dedo y me enseñan un cadáver?

«Si llego a traer un brazo...», le gustaría decir, pero no es el momento de hacerse el gracioso. Y aunque lo fuera, la foto le ha quitado las ganas.

Semproni toma entonces la palabra por primera vez:

—Señor Monterossi, ¿podemos preguntarle dónde estuvo el lunes por la noche? A eso de... ¿desde la hora de cenar hasta la medianoche?

Carlo ladea la cabeza como quien echa cuentas a toda prisa, antes de responder:

—El lunes por la noche se me hizo un poco tarde, estuve en la presentación de un libro, cené en la *trattoria* de debajo de casa, a eso de las nueve y media y luego subí y estuve solo... Me acosté... ¿sobre la una? Más o menos... Si sirve de algo, recibí un par de llamadas y usé el ordenador e internet... ¡Ah, es verdad! Vi una serie tipo *CSI*, de esas en las que la Científica no va por ahí olvidándose dedos amputados, ¿saben? —La misma rabia de antes. ¿Es eso? ¿Están pidiéndole una coartada?—. Ahora, para anoche, tengo las espaldas cubiertas, porque estuve haciendo de muñequito de tiro al blanco y después eché una horita muy buena con estos dos

señores... Siempre y cuando el ejemplar de John Lennon que tenemos aquí hoy —señala a Ghezzi con la cabeza— sea el mismo que ayer parecía haberse escapado del rodaje de *El padrino*... ¡Ya saben! Recuérdenlo por si algún colega se lo pregunta.

Semproni tuerce el gesto.

Gregori, por su parte, le dispararía de buena gana. Es probable que lo contengan tanto la mirada de la familia de la foto enmarcada —«Papá, no lo hagas, te queremos»— como la presencia del juez.

Este último se decide a hablar:

—Puede que hayamos empezado con mal pie —dice a todos y a nadie en concreto. Luego a Monterossi—: Entonces, no sabe usted quién es esta mujer. Lodovica Répici, o Repìci. ¿Ni siquiera le suena el apellido?

—No. No la he visto nunca ni me suena de nada. De verdad.

—La señora Répici fue asesinada —prosigue el hombre de pana— en su domicilio de la avenida Porta Romana de un disparo en la frente del calibre veintidós, el pasado lunes, entre las nueve y las doce de la noche. Es posible que la sometieran a... un interrogatorio, por decirlo de alguna manera. Pero, en fin... el caso es que la encontró la criada a la mañana siguiente, sentada en el sofá, donde llevaba muerta unas diez horas. Le faltaba... el índice de la mano izquierda... Se lo habían serrado, podríamos decir, a la altura de la tercera falange, *post mortem*.

—¿Y creen que es el dedo que les he traído? ¿El que tenía mi asesino?

—Probablemente.

—Probablemente, como dice el señor Ghioni —interviene Gregori refiriéndose al juez—. Estamos comprobándolo. Eso sí, si lo hubiera traído anoche, ¡seguiría pareciendo un dedo, no un mojón de perro!

Carlo se dispone a replicar cuando suena el teléfono de la mesa del comisario. Es un bitono gris del primer período Sip, puede que sea incluso de la era tardoStipel, mesozoico superior, de disco, un hallazgo maravilloso.

Gregori gruñe por el auricular y lo cuelga de mala gana. Se queda mirando a sus dos subordinados y les dice:

—Bajad, ha encontrado algo.

Ambos salen disparados hacia la puerta y casi chocan con la agente gordita, que justo está entrando y se acerca al comisario. Le susurra algo al oído, le deja una hoja con unas cuantas líneas y se va.

Carlo sonríe maliciosamente porque lo ha entendido.

El amigo Monterossi está más limpio que un bebé tras el baño. Lindo, casto y virginal. Cero antecedentes, cero denuncias, de causas pendientes ya ni hablamos. Ni un mísero porro. Nada de violencia, peleas, escándalos, robo de ganado, delitos sexuales, terrorismo, objetos robados, usura, proxenetismo, peleas de perros, gallos, tenencia ilegal de armas, ocultamiento de cadáveres. Nada.

¿De joven? Un santo.

¿Hoy? Santo y mártir.

Carlo Monterossi, el Hombre Sin Tacha.

Gregori parece decepcionado, pero lo encaja sin comentario alguno. Ghioni, que también debe de haber entendido la situación, atraviesa al policía con una mirada de pana que quiere decir: «Conque intimidando a los testigos, ¿eh? ¿Estamos locos?» Y a la vez: «Lo entiendo, yo habría hecho lo mismo.»

La gordita sale, no sin antes volver a observar de reojo a Carlo, el de la tele, el que le ha hecho ese feo a Flora De Pisis. Lo mira como si fuera el Monstruo de Florencia, resucitado y presente para entregarse.

Silencio. Nadie dice nada.

Carlo no logra apartar los ojos de la foto de la señora Répici, o Repìci, y en concreto, de una de las dos instantáneas: esa en la que no le molestó el flash, para que nos entendamos.

Hasta que vuelven el inspector y su subalterno.

La perplejidad se dibuja en sus caras. Llegan con un folio en la mano; debe de ser marca de la casa no presentarse nunca con las manos vacías. Se quedan de pie, el primero junto a la mesa, y el segundo cerca de la puerta, limpiando las gafas redondas con un pañuelo de seda de estampado psicodélico. Gregori lee en silencio hasta que el ayudante del fiscal tose un poco y sube de pronto el volumen.

—En el frasquito, dos tipos de huellas... las tuyas —señala vagamente a Monterossi— y...

—Puede que las de Katrina, lo encontró ella... mi asistente —explica Carlo, en beneficio del juez.

—El frasquito es de los que se compran en las farmacias —sigue Gregori —, para la orina. Podemos investigar, pero no apostaría mucho. Y... —Tiene sentido del suspense, lo disfruta, por mucho que ninguno pique y decida terminar la frase—: Y el dedo no es de la señora. Es de un hombre. Tenemos las huellas, aunque algo estropeadas... y una identificación. —Todos lo observan—. Marino Righi, nacido en Verbania en 1968, residente en... —se inclina sobre el folio— Milán, via Vigevano, veintisiete.

—Eso es por la zona de los Navigli —apunta John Lennon Ghezzi.

—Vamos —ordena Gregori.

—Semproni, dos coches, rápido, yo voy con el juez y vosotros delante, con la sirena. Llevaos a un agente, o a dos si hay. Nos vemos allí.

Carlo Monterossi tiene entonces la repentina sensación de ser transparente, de no existir y haber desaparecido. Pero se equivoca de medio a medio, porque cuando el hombre de pana llega a la puerta, se vuelve, lo mira fijamente y le pregunta:

—¿Y al tal Righi lo conoce?

—Sí.

—Quédese aquí hasta que volvamos, que tenemos que hacerle unas preguntas. Bastantes, la verdad.

«Marino Righi —piensa Carlo—. ¡Mierda!»

OCHO

Hego está sentado al sol de la mañana, ante la caravana más grande del campamento, en una vieja silla de cocina de formica azul con las patas cromadas veteadas de óxido.

Lleva su característica chaqueta holgada y una corbata que no pega ni con cola.

Es lo único que no se mueve en el campamento, y eso le da un aura de misterio.

A su alrededor se desarrolla un trasiego sosegado, vociferante, pero a la vez como atenuado.

Hego huele la leña mojada de los primeros fuegos y respira el humo acre. Le gusta.

Ha visto centenares de asentamientos parecidos, los ha visto despertarse. Igual que allí. Los niños juntándose para algún recado o misión. Igual que en ese momento. Hay hasta alguno con la mochila del colegio y el aire chulesco y feliz del que es el último de la clase por definición, por historia, por tradición, por fuerza, y siempre lo será.

El campamento está bien. Es grande. Los ha visto mucho peores. Cada caravana tiene su espacio alrededor. Él pondría la suya ahí, entre esos dos árboles raquíticos, pero árboles al fin y al cabo. El sitio está ocupado, si bien sabe que para él se quedaría libre.

Hace mucho tiempo que no tiene caravana en un campamento.

Es más gitano que sus gitanos.

Dos crías enjuagan con desgana unos botes de plástico, detergentes o

friegasuelos reciclados de los contenedores de basura. Van echando en un barreño grande el agua con burbujas que sale. Y de ahí, rellenan botellas. Llegan otras mujeres y niños, que recogen una botella por cabeza de esa agua verdosa, residuo diluido de productos químicos, y se encaminan después hacia la salida del campo. Servicio limpiaparabrisas.

Semáforos, tubos de escape, colas nerviosas, un euro, medio euro, «¡Vete a la mierda, gitana!».

La mujer del viejo le lleva una taza de café. Negro, fortísimo, amargo. Hego le da las gracias con una mirada, más de lo que ella había esperado.

Otra más joven tiende la ropa de cualquier manera sobre una cuerda que cuelga de una caravana y una alambrada, en la linde del asentamiento. No sabría decir su edad. Está embarazada, enorme, un caracol sobre la tierra batida.

Tres hombres descargan de una maltrecha furgoneta blanca todo tipo de chatarra de cobre: montones de cables, trozos de motores, dinamos, de todo un poco, la cosecha de la noche. El viejo está hablando con ellos. Discuten sin exaltarse. Siguen descargando la furgoneta, que tiene pinta de no poder con su alma.

Le suena el móvil a Hego. Descuelga pero no dice nada, ni siquiera «Diga». Escucha, cierra los ojos. Escucha con atención y vuelve a guardarse el teléfono en el bolsillo.

Clinton llega a paso lento, con su sombrero —nunca se lo quita— y el chiquillo, Helver, trotando a su lado. Se lo ve feliz, entusiasmado. Lleva en la mano un cuchillo con el mango de asta y una hoja que brilla al sol de la mañana. Va cambiando el agarre, desplazando el pulgar del final de la empuñadura al principio del acero, según simule un ataque o una defensa. Clinton le corrige el movimiento del brazo, la posición de los dedos, le enseña un giro de muñeca. Más fluido y veloz.

—¡*Más rápido!*⁵— exclama. Y asiente.

El crío aprende rápido.

Hego sonrío.

—Vamos —dice.

Suben a la furgoneta blanca. Clinton al volante, Hego al lado, con un codo por fuera de la ventanilla. El niño se monta atrás, donde antes estaba la chatarra de cobre, y desaparece tras el portón abollado.

Se marchan del campamento dejando tras de sí una estela de humo negro.

NUEVE

Indro Montanelli no tocaba en los Rockets. Una lástima.

Pero, a juzgar por la estatua que le han hecho, se diría que sí.

En bronce claro, brillante, reluciente al sol, el escritor mecanografiando en una pequeña Olivetti apoyada sobre las rodillas. Puede que la idea fuera la del gran corresponsal de guerra, pero parece más bien un refugiado del siglo XX.

O un periodista precario del XXI, de los de ocho euros por pieza, que no tienen ni escritorio.

O un cadáver de los de las pelis de 007, de esos que Goldfinger pintaba de dorado.

Pues eso.

Si partís de ese Montanelli abrigado con Sidol, atravesáis en diagonal los jardines hacia Porta Venezia, sobrevivís al cruce con Bastioni, esquiváis el barullo de la avenida Buenos Aires y en su lugar seguís por la paralela a la izquierda, podréis haceros una idea de lo que es el Marais parisino extirpado, empaquetado y trasladado a Milán.

Via Tadino es una calle larga y estrecha, igual de larga y estrecha que las que la cortan en ángulo recto: Casati, Castaldi, San Gregorio. Es el antiguo enclave del lazareto, donde los *monatti* llevaban los cadáveres de los apestados durante el siglo XVII, tal como lo contó Manzoni en el XIX, cuando un metro cuadrado costaba el equivalente a cinco o seis mil euros de finales del XX, y donde hoy se libra una batalla sin cuartel.

La gentrificación de via Tadino y alrededores parte como una ola desde la

plaza Oberdan, cerca de los jardines donde reluce Montanelli, el sexto Rocket, y se bate en armas contra una resistencia aguerrida, indómita, invencible.

Por cada pequeña *boutique* que abre lo suficientemente esnob para llamarse «*atelier*», aguanta con firmeza su posición un barbero magrebí. Por cada heladería artesana donde un cono de un sabor cuesta lo mismo que un gramo de coca —pero pesa menos—, se hace fuerte un *take-away* chino.

Una batalla metro a metro.

La galería de arte moderno convive con el supermercado de marcas blancas. La cocina fusión con la pizza al corte. Va uno de compras por el Village y de pronto está en Bombay buscando comida, y dos metros más allá, en un anticuario vienés, seguido de un trapero de la periferia de Shanghái.

Y hay tanta gente de Apulia que parece que está uno en Milán.

Y los turcos con sus kebabs. Los chinos disfrazados de japoneses con su sushi. Porterías calabresas implacables, milaneses pudientes que se han mudado allí porque «es tan pintoresco», o que siempre han vivido allí, tal vez desde la peste, o antes incluso, y se conocen los rincones, los trucos, los pasajes, los misterios de los patios interiores.

Y luego están las oficinas, los hoteles de una, dos, tres, cuatro estrellas, estudios para las putas de los anuncios —novedad brasileña completísima, preliminares de campeonato—, familias, colegios de primaria, artesanos de la madera, del hierro, del plástico, del bambú, del lapislázuli, del jamón y los móviles.

Por los portones, el efluvio de las señoras milanesas —¿Mitsouko? ¿Chanel? ¿Balenciaga?— que van trotando hasta el Smart aparcado de canto se mezcla con la tufarada del curry, con el del carburante de las motos, demasiado graso, con el de la fritura rancia. Hay modelos con el *book* bajo el brazo, albañiles albaneses haciendo reformas, cojos, jubilados abonados al bar recreativo del sindicato y librerías de moda.

En el número 27, segunda planta, tiene su sede CLAC S. L.

Una puerta blindada corriente, con una placa de latón. Cuando se abre, otra puerta, más maciza, de acero gris y cerradura con combinación. Dentro,

las oficinas de la empresa: un pequeño vestíbulo, dos habitaciones, un trastero-archivo.

Se llama CLAC porque había que poner algún nombre en la puerta, las oficinas anónimas suscitan preguntas, y no se les ocurrió otra cosa.

El ruido que hace el escobillón de goma cuando sale del cañón al limpiar la pistola, arrastrando con él la grasa, los restos de combustión, la pólvora.

CLAC. Limpieza. Mantenimiento. Servicios rápidos y eficientes.

¡Clac!

El rubio de la sonrisita burlona está echando el aceite y, cuando acaba, pasa el escobillón. Lleva un polo azul, vaqueros negros y unas Nike gastadas. Encima del escritorio hay un periódico del día anterior abierto por la sección de deporte, para no manchar. Y una Sig-Sauer P226 Tactical a medio desmontar que está limpiando con esmero.

Cuando la gente piensa en Suiza, no suele ir más allá del chocolate y los relojes. Bueno, como mucho, se acuerda de los bancos. Pero ahí arriba también saben lo suyo de semiautomáticas.

Le pasa un trapo blanco por todas las partes exteriores. Le gusta así, limpia, no reluciente.

El otro hombre retira una silla y se sienta enfrente. El rubio ni siquiera levanta la vista.

—A ver, cuenta.

—Los clientes primero.

—Vale. No le ha hecho gracia el gato —dice el rubio, acentuando su sonrisita.

—Candido Cafiero, setenta y dos años. El mandamás de... Terfim S.A., la empresa que compró el terreno del asentamiento gitano. A un organismo, al parecer.

—Sobornos.

—Es posible. Seis hectáreas y media, buena ubicación, con casas alrededor, populares casi todas, bloques. Un barrio algo mejor un poco más lejos, chalets, urbanizaciones.

—Desde aquí huelo el aroma del centro comercial.

—Como mínimo.

El hombre se levanta, se quita la chaqueta, la cuelga en el respaldo de la silla, se alisa la corbata azul y vuelve a coger los folios.

—Te ahorro el entramado de la empresa, participaciones, socios... Si lo necesitas, está todo aquí, pero, vamos, que quien manda es él. Un chalet en Cisliano, poca broma, con piscina y toda la pesca. El coche del gato, para que te hagas una idea, era un Maserati Quattroporte GTS... La sede de la sociedad está cerca de la avenida Vercelli... en via... Belfiore. Me he acercado, se ve todo en orden. El garaje está bastante bien vigilado, hay que jugársela para evitar las cámaras... Habría que estudiar un poco el asunto. Una está bien disimulada. Verja electrónica, no se puede saltar. Se necesitaría un mando o un chisme de esos de frecuencias.

—¿Estás diciéndome que nuestro hombre no es tan inútil?

—Estoy diciendo que sabe abrir una puerta electrónica sin la llave. Y atrapar a un gato.

—¡Ya ves!

¡Track, track! Dos movimientos, pocos segundos, una vuelta de muñeca rápida. La Sig-Sauer está montada, engrasada, limpia y lista. Encima de la mesa.

El hombre de la corbata sonrío, piensa que el rubio ha nacido para eso, que forman un buen equipo, que, como siempre, en los primeros compases de un encargo, todo parece lento y pesado. Pero ya se embalará la cosa.

Saca un revólver de una funda tobillera. Es un pequeño Smith & Wesson modelo 360, calibre 38, de cañón corto, armazón de aleación ligera, cachas con apoyo para el meñique. Se puede coger con una mano, pero hace agujeros así de grandes, si encuentra al que se lo ha buscado.

Lo deja sobre el periódico abierto, ya un poco salpicado de aceite.

—¿Te importa preparar éste también? Así yo voy avanzando...

El rubio echa mano del arma sacudiendo la cabeza, abre el tambor y sonrío. Si se encuentra con un malo muy malo a más de diez metros de distancia, acabaría antes tirándosela a la cabeza. Pero nunca ha visto a su socio a más de diez metros del objetivo. Le gusta mirarlos a la cara.

El otro carraspea, con una tos seca, de fumador, o ex fumador.

—Pasemos a las cosas serias: nuestro amigo.

—A ver.

—De fotos sólo tenemos ésta, la del primer plano, la otra no vale para nada. Sergio De Magistris, treinta y ocho años, nacido en Verona pero ha vivido siempre en Milán. Huérfano de madre desde hace poco, unos dos años. Del padre no se sabe nada. Domicilio, una vivienda protegida de tres habitaciones, por la zona de via Padova, cerca del parque Trotter... A ver... en la calle Angelo Mosso... número once. Hace varios meses que no aparece por allí, nadie sabe nada, los vecinos no sueltan prenda.

—¿Por miedo?

—Puede ser. O quizá porque se la suda.

—Sigue.

—Trabajitos por aquí y por allá, no se sabe muy bien. Puede que tenga algún tipo de negocio, hablan de paquetes y entregas, nada ilegal, correo ordinario, Bartolini, mensajería, cosas de ésas. Todo parado desde hace unos meses. De ultraderecha, o nazi directamente. Entre los datos que nos ha dado el cliente, hay un par de grupúsculos de exaltados, tipo... Nuevo Reich y Grupo 88, gente que critica a Hitler, pero porque son aún más radicales. Dicen que no terminó el trabajo... Pero tampoco parece que los frecuente mucho, es más bien una especie de lobo solitario que va por libre, un elemento incontrolado.

—Un capullo.

—Eso seguro.

—¿Antecedentes?

—Para dar y regalar. Reyertas, incluso dentro del estadio. Cocaína, casi cincuenta gramos, aunque consiguió alegar consumo personal. Amonestado. A la terapia de desintoxicación ni siquiera se presentó. Lo arrestaron otra vez, en coche, pero empapelaron a la mujer que iba con él.

—¿Vehículo?

El hombre hojea los apuntes.

—Un Golf negro, un GT de los viejos. Matrícula BH347DE. Lleva meses aparcado debajo de su casa.

—Perdona. Continúa.

—Un par de movidas políticas, y tenía también un hacha en su casa y bates de béisbol con eslóganes nazis. Los encontraron tras una reyerta en el estadio. Salió libre sin cargos. En dos mil nueve apuñaló a uno, uno de un centro social...

—Otro capullo.

—Lo acusaron de homicidio en tentativa, que se quedó en agresión con agravantes y luego solamente en agresión. Se chupó un mes y medio a la sombra, en la cárcel de Opera, y después, indulto, etcétera, etcétera...

—Tiene un buen abogado.

—Ahora voy a eso. Amigos y compañías. Hasta hace un tiempo se lo veía mucho por un bar de Affori... en via Cialdini. Billar, maquinitas, alguna puta que otra, tal vez póquer, aunque no es seguro. Un socio o algo parecido, un compañero de correrías, o dos más bien. Uno murió hace un año, un tal Roberto Nicalzi, treinta y un años, accidente de tráfico, iba dopado como un ciclista. El otro, en la cárcel, en Vercelli, por intentar matar a su mujer, a la que, por lo demás, prostituía.

—Un ambiente de categoría.

—Abogado. Ferdinando De Rosa, de los que defienden a esa gentuza, nazis y compañía. Dicen que es un tipo duro, un exmilitar, una especie de Rambo pero en versión abogado. Los libera, paga para que retiren las denuncias, unta los engranajes... Muchos colegas carabineros y polis, gente de extrema derecha, de los que apuntan «riña» en vez de «agresión», «lesiones» en lugar de «heridas de arma blanca», camaradas de uniforme...

El rubio sopla con fuerza por una ranura, cierra el tambor, pasa el trapo blanco por la cacha del Smith & Wesson y lo apoya en la mesa, al lado de la Sig.

Qué bonitos. Hermanitos.

Guarda los trapos, el bote de Ballistol —«*Cleans! Lubricates! Protects!*»—, el resto de los chismes y las cajas de balas.

Sigue sin levantar la vista.

—Vamos, que no tenemos una mierda. ¿Mujeres?

—A la que encerraron por lo de la coca. Se chupó varios meses... Marzia Senzapane... Bonito apellido... Seguro que está encabronadísima si fue él quien la vendió.

—Yonqui.

—Fijo.

El rubio tuerce el gesto.

—Yo empezaría por el Rambo de los abogados.

—Sí, tenemos quince días.

El rubio levanta la cabeza por primera vez y mira a su socio.

«¿Tan poco? ¿Por qué? El figurín no nos ha puesto fecha. Además, sería mucho mejor esperar a que el muy capullo vuelva a pedirle dinero, para que vayamos nosotros a llevárselo...»

Y el rubio lo sabe: las prisas son malas consejeras. Cuando lo encuentras, empieza lo bueno. Seguirlo, conocerlo, esperar el momento. Sin prisas, sin riesgos. Limpieza, mantenimiento, servicios rápidos y eficientes. Pero más eficientes que rápidos, qué coño...

No levanta la voz, pero separa las palabras:

—¿A qué viene tanta prisa?

—Marta ha reservado para ir a la nieve a finales de mes. Dice que llevamos una eternidad sin ir a ninguna parte, que trabajo demasiado, que se aburre, que si los niños...

—¡Venga ya!

—Eso digo yo, ¡venga ya!

—Pero ¡díselo a ella, macho!

Silencio.

El socio se levanta entonces, coge el revólver pequeño y se lo guarda en la funda tobillera. Se pone la chaqueta. Recoge los folios que ha leído y desaparece en el cuarto contiguo. Vuelve a los pocos segundos.

—¿Entonces? ¿El abogado?

—El abogado. Repíteme el nombre.

—Ferdinando De Rosa.

—Ya me cae como el culo.

—Aquí a las nueve.

—A las nueve.

—¿Quedamos a las ocho y nos tomamos un aperitivo?

—¿En Affori?

—Bonito sitio.

—A las ocho.

DIEZ

La agente gordita se llama Olga. Olga Senesi. Oficial destinada en la secretaría del comisario Gregori, veintiocho años, seis de servicio, bachillerato científico, dejó Derecho a medias, dos años de patrullera, hasta llegar a la brigada de Homicidios con el jefe arisco, Ghezzi y Semproni...

—Que es el mejor —dice, y le brillan un poco los ojos.

Flora De Pisis ya habría visto ahí toda una novela.

Carlo se ha tomado dos cafés de la máquina; asquerosos.

Carlo Monterossi, el Hombre a la Espera.

Ha hojeado revistas absurdas con títulos como *Policía*, *Orden Público*, *Servidores del Estado*, *Seguridad y Libertad*, *Disparémosle Bien* y *Cachiporra Hoy*. Ha estado charlando con *Olga la Gordita*.

Le ha dicho que le encantan los nombres rusos; que le puede conseguir una entrada para «Crazy Love», o sea, para ir de público, quizá incluso en un sitio donde la enfoquen; que le hará llegar una foto autografiada de Flora, cegada por la apoteosis de la luz antiarrugas; que él no es ni malo ni insensible, como podría parecer por haber dejado un programa que, en el fondo, inventó él; y que, sin intención alguna de fugarse ni pasar a la clandestinidad, le gustaría ir a comerse un bocadillo en el bar de enfrente de la comisaría.

Permiso concedido.

En cambio, una vez fuera, sigue paseando hasta via Solferino. Ya ha visto suficientes polis por un día y dentro de poco le tocará ración doble, de modo que mejor un bar sin uniformes.

Un trozo de tarta y otro café. Esta vez que se pueda beber.
Y dos llamadas.

La primera a Nadia, obligada.

Nadia Federici, su fuera de serie, su departamento de Investigación y Desarrollo.

Veintiocho años, ojos verdes que se vuelven grises cuando se enfada; o sea, grises la mayor parte del tiempo. Huraña. Complicada. Capaz de hacer cualquier cosa bien en poco tiempo y hacerte sentir un imbécil por lo fácil que le ha resultado.

Si hay que indagar algo, ella lo averigua: el precio de la mantequilla en Japón, la lista de los concesionarios Honda de Tailandia, el sistema de pensiones de Bélgica, personas desaparecidas, reaparecidas, dónde está enterrado Garrincha, la declaración de la renta de quien sea, juicios, hospitalizaciones...

Nativa digital.

Nativa precaria.

Carlo le ha encontrado un montón de trabajos. Él queda estupendamente cuando dice: «Te voy a mandar a una auténtica crack», y ella trabaja como una esclava por seis euros la hora en redacciones repletas de pobres desgraciados que no serían capaces de dar con su coche en un aparcamiento desierto.

Es probable que lo odie.

Es probable que lo ame.

Pero no nos equivoquemos. Es experta en artes marciales, pega hostias como panes, cree que las criaturas de sexo masculino no deberían haber salido jamás de la guardería, se desplaza sólo en bici, su único amor es su Mac y es más bien lesbiana.

Responde al tercer tono.

—¡Sí, buana!

—Hola, tío Tom.

Y ahí acaban las tonterías. Habla ella.

—No voy a preguntarte nada de Flora De Pisis, del papelón de anoche, de que hayas quedado como el culo, de la porquería de programa que te inventaste ni de nada de la televisión... Así que, si buscas un hombro en el que llorar, mejor que busques en otra parte.

—Genial. Contratada.

La chica ríe.

—¿Qué coño quieres?

—¿Tienes trabajo?

—Poca cosa. Traducciones. Entrego mañana.

—¿Quieres trabajar para mí?

—Pero ¿para ti para ti o... para algún programa de desgraciados, tipo *Adiós a la celulitis*, en una de esas cárceles de privación sensorial llenas de retrasados en las que me metes de vez en cuando?

—Para mí.

—¿Haciendo qué?

—Investigando.

—La entrevista de contratación cuesta una cena. Y luego quiero un mes entero, dos mil euros, por ejemplo. Mil a la firma.

—Tres mil. Mil a la firma. Más dietas, si hay. Y cena tradicional milanesa esta noche: sushi, sashimi, uramaki, esas cosas.

—A las nueve en el Miyako.

—A las nueve y media, que estoy liado.

—Hay que joderse. Nueve y media.

—Ah, Nadia...

—Ahora viene la trampa...

—Te doy dos nombres, para que empieces a husmear.

—Eres lo peor de lo peor.

—¿Tienes para apuntar?

—No, pero espera, que me corto una vena y lo escribo con sangre...
Venga, anda, dime.

—Lodovica Répici o Repìci...

—Répici.

—¿La conoces?

—No, lo que conozco es el italiano.
—Murió el lunes. Y... Marino Righi.
—A las nueve y media.
—Gra...
Ha colgado.

La segunda llamada es más rápida.

Oscar Falcone. Liante, buscavidas, periodista de investigación, ratón de archivos, aventurero, precario del conocimiento, infiltrado especial, experto en periferia, desviaciones y marginalidad, bebedor de aperitivos, donjuán, embustero y de una habilidad indignante para todo lo que sea hacer cosas al margen del código penal.

Carlo le hizo un favor en cierta ocasión.
Desde entonces, él le ha hecho un millar.
Un tono.

—Pero, ¡hombre, Carlo! ¿Qué le has hecho a la reina Flora?
—Déjalo, anda. ¿Estás libre?
—A partir de las ocho.
—A las nueve y media en el Miyako.
—¿Te has metido en un lío?
—Es posible.
—¡Toma!
Hay que ser cabrón...

ONCE

Han encontrado a Marino Righi.

Cadáver, en su casa, sentado en el sillón. Con un agujero del calibre 22 en la frente. Está convirtiéndose en un clásico.

Y con un dedo en el culo.

Qué agradable, ¿verdad?

El dedo —tienen que confirmarlo los análisis, pero están casi seguros— de la señora Lodovica Répici, asesinada la noche del lunes.

La noche del martes le tocó a Righi.

Carlo estaba previsto para el miércoles.

Carlo Monterossi, el Hombre que Burló a la Muerte.

Está hablando el inspector Semproni. Parece sentarle bien el trabajo de campo, porque se lo ve lleno de vitalidad, no como antes, cuando jugaba a la momia de Similaun.

—De modo que hemos llegado a la conclusión perspicaz de que el dedo índice de Marino Righi tendría que haber acabado en su culo.

El comisario Gregori despacha con un gruñido a Semproni y Ghezzi, que va vestido de enfermero, zuecos blancos incluidos, aunque nadie parece darle importancia, y Carlo es el único que lo mira como si estuviera viendo a Lady Gaga en bikini en una mezquita de Teherán.

Salen sin despedirse, seguramente vayan a averiguar quién es el tal Righi; a escarbar en la vida del muerto antes de que alguien cave su sepultura.

Se quedan Carlo, Gregori, el ayudante del fiscal de pana y Olga *la Gordita*. Esta última toma posición tras una mesa más pequeña, pegada a la ventana, y enciende un ordenador mastodónico, que, dentro de unos cuarenta

minutos, se iniciará con unos gemidos espantosos. Es probable que tenga el sistema operativo que utilizaban los egipcios. De hecho, terminaría antes con papiros o tablillas de cera.

—¿Empezamos? —pregunta Carlo—. He quedado sobre las nueve.

—Usted ha quedado cuando yo se lo diga —masculla Gregori.

Esta vez no es una charla.

Es un interrogatorio.

¿Quién es el tal Righi? ¿Cómo lo conoció? ¿Cuándo? ¿Negocios en común? ¿Mujeres? ¿Dinero? ¿A qué viene lo del dedo en el culo?

Carlo Monterossi responde como puede, aunque ya antes, mientras hojeaba con sumo interés la prensa de los maderos, ha estado dándole vueltas al asunto.

Gregori lo mira como si fuese el Carnicero de Riga. Ghioni, en cambio, hace de poli bueno:

—Cuéntenos todo lo que recuerde o le venga a la cabeza. Luego ya entraremos en detalles.

Así que empieza:

—Por lo que yo sé, Righi era un chanchullero. Pululan muchos alrededor de este negocio. Creo que se presentaba como organizador de eventos, productor, no sé... —La gordita va tomando nota—. Lo conocí... hará un par de años, creo que en un cóctel, en la presentación de la programación o algo por el estilo. Me pidió que mediara para que Flora De Pisis asistiera a no sé qué acto benéfico y/o caritativo y/o solidario en Apulia. Una historia que él iba a promover, organizar y grabar, para que más tarde la emitiera un puñado de canales locales, porque, de vez en cuando, hasta las subastas de colchones y alfombras pueden ser demasiado apasionantes, y la gente necesita aburrirse un rato.

—Senesi, no apunte las tonterías —protesta el comisario Gregori.

—Ni se lo comenté a Flora... —prosigue Carlo—. Digamos que no estaba a su altura; es como si el Ternana quisiera fichar a Cristiano Ronaldo... Esta gente se mueve por contratos, agentes, dinero... Así que

empezó a darme la tabarra con nombres menos conocidos... Le valía cualquiera que hubiera salido por lo menos una vez en un canal en condiciones, para poder ir a la verbena del pueblo de turno, a decirle a una panda de borregos: «Os he traído a los divos de la televisión.» Por lo que yo sé, era un charlatán, un liante, para que nos entendamos...

—¿Y qué más? —pregunta Gregori.

—¿Qué más de qué? Ya está..., ¡Ah, sí, es verdad! Hay otra cosa. Algo que me dejó un poco descolocado y me hizo pensar: «¡Este hombre está chalado!» —Todos prestan atención—. Un día se presentó para preguntarme si estaría dispuesto a testificar en un proceso laboral. No recuerdo los detalles... Hablo de hace unos meses... Mmm... ¿Febrero, principios de marzo? La historia era más o menos así: probablemente había estado dando la vara a mucha gente y... ya se sabe cómo son estas cosas, que uno tiene que saber decir no. Pero los hay que titubean, se toman su tiempo, dicen: «Ya veremos»... A lo mejor alguien, para quitárselo de encima, le dijo incluso: «Sí, tranquilo, me planto en el culo del mundo para hacer un programa benéfico que verán veintiséis personas, siempre que no tengan que levantarse del sillón para cambiarse el catéter»... Total, que me dio una lista de nombres... varios cantantes... actores de segunda y tercera fila... Ni me molesté en investigar porque pensaba que estaba loco y no quise darle cuerda. Lo que me imaginé en su momento fue que le habría colado una de sus estafas a algún alcalde o que alguna cadena pequeña le habría aflojado dinero por organizar no sé qué acto. Y luego supongo que las «estrellas», por llamarlas de alguna manera, le habían dicho «tururú» y él se había quedado con dos palmos de narices.

Turno del hombre de pana.

—¿Se mostró agresivo? ¿Le pareció... desesperado? ¿Con el agua al cuello?

—No, no especialmente..., y además hablábamos por teléfono... o por correo... Si quiere saber si me estaba implorando... yo diría que no. Daba más bien la impresión de decir... yo pruebo, a ver si cuela... Como si, para él, fuera un modo como otro cualquiera de hacer dinero... Vale, ha ido mal con el ayuntamiento de Atomarporculistán, vamos a probar con el abogado... Algo por el estilo...

—¿Y qué le respondió usted?

—Que no, por supuesto.

—¿Insistió?

—Sí... bueno... tampoco tanto, dos o tres llamadas... Recuerdo que le respondí por correo, intentando que no se notara que me parecía un loco. Le dije que no lo veía claro, que un juicio contra personas con las que tal vez tuviera que trabajar algún día... Que testificar es siempre un fastidio, que ir a una audiencia a Caserta, Cefalù o Siracusa suponía un engorro... En fin...

—¿En fin qué?

—¡En fin, pues que era absurdo, vamos! No creo que hubiera nada en papel, ni contrato ni nada. Para estas cosas, por norma se habla con los representantes... No se pregunta directamente a los... a los artistas, por llamarlos de alguna manera... Uno puede iniciar un pleito si cuenta con un contrato, que luego en realidad no sirve para nada, porque esos contratos ya prevén sanciones... Vamos, que si yo le digo que el domingo voy a pescar y al final no voy, usted no me demanda, ¿verdad? Pues eso, me pareció algo así, supongo que no será relevante...

—¿Ya está?

—En cuanto a mis relaciones con Marino Righi, ya está. Nunca lo vi a solas, siempre en algún acto... social, por así decirlo. Lo demás todo por teléfono y correo...

—¿Sabe cómo le iba?

—A ver, no creo que le fuera divinamente, teniendo en cuenta a qué se dedicaba... Pero, a su manera, se veía que tenía clase, creo que conducía un cochazo, siempre con alguna señorita al lado, de esas que fantasean con el mundo del espectáculo.

—¿Casado?

—Creo que separado, divorciado... Pero la verdad es que no lo sé.

—¿Alguien más que lo conozca?

—¿Como yo? En realidad, en el ambiente, un poco todo el mundo... Creo que lo de dar por culo lo practicaba con todo el mundo, la verdad...

La gordita deja de repiquetear en el teclado de bambú del Nilo, del siglo IV antes de Cristo, aproximadamente.

—Oiga, Monterossi... —El hombre de pana junta las yemas de los dedos de ambas manos, los flexiona, cavila y busca las palabras—. Oiga... Misma pistola. Misma bromita del dedo, aunque uno parezca mejor cortado que el otro... A Répici la obligaron a hablar. Da la impresión de que a Righi no. En cualquier caso, estará de acuerdo en que no se trata de asesinatos al azar, ¿verdad? —Carlo asiente, ¿qué otra cosa puede hacer?—. Entonces, debe usted preguntarse qué podía unir de algún modo... Lo que fuera... lo más superficial... lo más absurdo... Qué podía unir a tres personas que debían morir del mismo modo y las tres con un mismo mensaje adjunto... el dedo en el culo... En fin, me parece usted un tipo legal, un hombre con la cabeza en su sitio... Entiende que algo ha de haber, ¿no?

Tiene razón. Pero, aun así, Carlo empieza a irritarse.

Carlo Monterossi, el Testigo Material.

Lleva allí más de ocho horas, después de una noche de mierda y toda la pesca.

—¿Se cree que no lo he pensado? No pienso en otra cosa. ¿Se habrán confundido de persona? O, como en las películas, ¿habré visto algo que no debía y ni siquiera me he enterado? ¿Sé algo sin saber que lo sé, pero ellos sí saben que lo sé?

Gregori se abalanza como un halcón sobre un borreguito.

—¿Ellos?

Esta vez Carlo se enfada de verdad.

—Pues sí, él, ellos... quienes sean o quien sea. Déjese de juegucitos conmigo, comisario. ¡Le recuerdo que yo soy aquí la víctima y no voy por ahí cortando dedos ni metiéndoselos a la gente por el culo!

Al rescate, el bombero de pana:

—Bueno, bueno... Es normal... Son las siete pasadas... Estará usted cansado después de todo lo sucedido... Nosotros... lo único que le pedimos es su colaboración, señor Monterossi. Le ruego que olvide el incidente de la Científica. Tenga presente que nuestro trabajo es buscar asesinos. Esta noche pondremos una patrulla en la puerta de su casa, para quedarnos todos más

tranquilos. Bueno, mejor no, dejémonos de coches patrulla. Le mandamos a un hombre de paisano, con un coche corriente... —Mira a Gregori como pidiéndole su aprobación, por mucho que en realidad esté dándole una orden. Esta gente tiene unas dinámicas muy raras... Luego prosigue—: Le pedimos que no salga de la ciudad y que nos informe si realiza desplazamientos... largos, digamos... —Se ve que no ha terminado. De hecho, pasa a un tono más grave, que le sienta muy bien—: ¡Ah! Esto va por todos, y usted, comisario, dígaselo a los suyos. No quiero ver ni un titular sobre asesinos en serie, dedos en el culo ni nada por el estilo. ¿Entendido? ¡Sólo nos faltaba tener a los reporteros revoloteando por aquí! Hagan el favor.

Todos ponen la típica cara de «¿Quién? ¿Yo?». Carlo añade el matiz ofendido del «Pero ¿con quién se cree que está hablando?», y la alegre comitiva se separa tras unos gélidos apretones de mano.

Cuando sale al sol del ocaso, ni frío ni caliente, en via Fatebenefratelli, Carlo se dirige a su coche, sube y arranca.

Por un extraño mecanismo tecnológico que no sabría explicar, pero que seguramente cuesta una pasta, su teléfono y su coche se entienden a la perfección, de modo que, cuando marca, los tonos al otro lado de la línea se propagan por el habitáculo como un coro de querubines.

Lo siguiente es una voz:

—¡Bueno, bueno! ¡Nuestro rompecorazones favorito! Pero ¿qué le has hecho a la pobre Flora? ¿No ves que está sufriendo?

—Déjate de historias, Paolo, no es el momento. ¿Dónde estás?

—¿Dónde quieres que esté? ¡En la redacción!

—Te veo abajo dentro de diez minutos.

—¡No!... Joder, que estoy escribiendo...

—Venga, que luego escribes mejor. Voy para allá.

Cuelga pulsando un botón rojo que le dice al coche que le diga al teléfono que le diga a Paolo que la conversación ha terminado.

Hecho. Lo ha conseguido por las buenas.

O, como diría el viejo Dylan:

He got no place to escape to, no place to run.

*He's the neighborhood bully.*⁶

DOCE

—¡Es él!

Hego y Clinton se vuelven como un resorte hacia Helver.

El chico señala con un dedo al otro lado del parabrisas sucio de la furgoneta, a un joven rubito con el pelo por los hombros, chaquetón negro sobre camiseta blanca, vaqueros grises y Adidas.

Acaba de quitarse el casco y ha levantado el sillín de un *scooter* grande y gris.

Hego se queda pensativo.

Ha cambiado de moto, pero no de casa.

—¿Seguro? —pregunta al chico.

Helver está a punto de responder, pero recuerda que es un asunto de mayores.

De modo que, desde la parte de atrás de la furgoneta, se inclina sobre los asientos delanteros, casi hasta la palanca de cambio, para ver mejor. Mira bien al joven, que saca una cadena y se agacha para atar el *scooter*.

—Es él. Seguro.

El rubio se quita entonces el chaquetón y lo deja en el sillín. Se atusa el pelo con un gesto afectado. Tiene una cosa en el brazo derecho, algo escrito.

Hego sonrío.

—¿Ya? —pregunta Clinton.

El otro niega con la cabeza.

—Todavía no. Va a entrar y luego salir. Cuando vuelva. Esperamos.

Y han esperado varias horas. Casi todo el rato en silencio. Helver ha estado practicando con el cuchillo. Clinton le ha hablado lentamente, como a

un cachorrillo.

—Nunca defiendas con brazo que lleva el cuchillo, siempre el otro. Si te hieren en derecho, ya no puedes golpear, no tienes fuerza.

Le ha enseñado el brazo izquierdo, dos cicatrices violeta un poco por debajo del codo.

Se ha reído.

—¿Ves aquí...? ¡Herido pero vivo!

Helver también ha reído.

Hego no.

El tiempo ha seguido pasando. Han aparcado la furgoneta en un buen sitio, a unos diez metros de la entrada del bloque, un bonito edificio de tres plantas en la avenida Piave.

Han seguido esperando, hambrientos y sedientos.

Helver se ha bajado entonces de la furgoneta, ha doblado una esquina y luego otra.

Ha vuelto con una bolsa de pan de molde y tres latas de cerveza.

—Supermercado. No hay guardias.

Esta vez Hego sí que ha sonreído.

El rubio ha salido y se ha ido con el *scooter*.

—Luego vuelve —ha dicho Hego—. Esperamos.

TRECE

—Sopa de miso no —dice Carlo Monterossi.

—Puff, qué pesado —se queja Nadia.

Pero es que no tiene mucha hambre. No consigue quitarse de la cabeza la imagen de sí mismo sobre una camilla de la morgue, su cadáver con un agujero en la cabeza y el dedo de Marino Righi en el culo. «Hay mejores maneras de morir», se dice.

Aparte, no consigue dejar de pensar: si ella habría ido al funeral, si iría, si irá.

Nadia no.

Ella.

La chica, por su parte, pide media carta, más unos cuantos extras, una ración doble de algo, y sake, claro, que entra bastante bien, tiene que admitir Carlo.

Saca los palillos, los despega y los deja cerca del cuenco de la soja. Después hace otro tanto con los de Carlo.

—Ha sido un detalle que llamas justo antes de comer, así no he tomado nada y ahora puedo resarcirme.

Nadia Federici es experta en supervivencia urbana; e incluso extraurbana, si me lo permitís. Si se la lanza en paracaídas a mediodía sobre una ciudad desconocida, a primera hora de la noche ya habrá conseguido un sitio donde dormir y algún trabajillo con el que sobrevivir. Tiene menos de treinta años, una carrera, cuatro idiomas, sabe escribir y contar y utiliza el ordenador como si no hubiera hecho otra cosa en su vida. Y está más cabreada que una

orangután.

Está convencida de que los de la generación de Carlo —y, en general, todas las precedentes— han gozado de inenarrables privilegios inmorales mientras derrochaban derechos conquistados por padres y abuelos, derechos que adquirieron a golpe de fusil, luchando y haciéndose mala sangre. Ellos, en cambio, esos parásitos de mediana edad, han tenido un trabajo fijo, con sus fines de semana, sus vacaciones pagadas, su paga extra, seguro médico, pensión y *panettone* por Navidad.

No es una cuestión de ciclos económicos, etapas históricas, dinámicas sociales, política, planificación o mercados globales.

No.

Es una cuestión personal.

Nadia sabe que, durante años, gente que valía diez veces menos que ella entraba a las nueve a un trabajo que no le importaba una mierda y, a las cinco, ya estaba saliendo para volver a una casa que podía permitirse gracias a un sueldo, con unos hijos que había podido criar gracias a ese sueldo, además de incurrir en tres o cuatro pecadillos pequeño-burgueses que podía pagarse, también gracias a ese sueldo.

Mientras que ella, que sabe hacerlo casi todo y que casi todo lo hace bien, no puede permitirse una casa si no la comparte con alguien —por suerte, ahora con su chica—, y es capaz de saltarse el almuerzo para resarcirse en la cena si paga otro.

Más personal, imposible.

Por eso Carlo no puede evitar sentirse un poco culpable, por más que nunca haya tenido ni un puesto fijo, ni fines de semana, ni vacaciones pagadas, ni paga extra, ni seguro médico, ni pensión ni *panettone* en Navidad.

Por eso le gusta verla comer.

Como si comiese él.

—¿Y este capullo qué hace, que no viene? No pienso quedarme a dormir—dice Nadia.

—Vamos a darle diez minutos más —propone Carlo.

Carlo Monterossi, el Hombre Paciente.

Comienza su relato. El tipo de la pistola, el impacto mortal entre los ojos de Bob Dylan, las chapuzas de la Científica, el dedo, la policía, la pobre señora Répici, el difunto Marino Righi, su índice, que tendría que haber acabado donde todo el mundo puede intuir, la fauna de la comisaría, el subinspector Ghezzi, el Rey de los Camaleones, y la Justicia de pana.

Nadia lo resume de maravilla:

—¡Joder!

Exacto, eso mismo.

Llega entonces Oscar Falcone y la chica se encarga del resumen, porque Carlo ya ha tenido suficiente.

Oscar escucha, pide con gestos —nadie entiende bien cómo lo consigue — sashimi de salmón, sin interrumpir en ningún momento, sin preguntar ni hacer bromas. Y al final dice:

—¡Joder!

Eso es, ahora que están todos de acuerdo ya pueden comenzar.

—A ver, Lodovica Répici —empieza Nadia—. Nacida en Trieste, cuarenta y seis años. Viuda de un empresario del sector del mueble, una especie de carpintero evolucionado, con su pequeña fábrica en Brianza y toda la pesca. No le pilló la crisis, vendió, lo rentabilizó todo a finales de los noventa e invirtió en el ladrillo. Después, se quitó de en medio. Un cáncer de pulmón. La viuda heredó una decena de pisos, todos con buenas rentas, según tengo entendido. Sin problemas económicos. Como mucho, un poco de aburrimiento. Un mal que curaba con unos cuantos viajesitos y las reuniones en el Rotary, club de Lecco, donde tenía un pisito. Ah, y un barquito que llevaba sin tocar desde que murió el marido, pero que no vendió, no sé, tal vez por fetichismo conyugal...

Carlo la mira como miraría uno a un recién nacido que levanta en brazos una cebra.

—Un Alfa Romeo MiTo de hace año y medio —prosigue Nadia—, blanco, no lo utiliza mucho, creo que para ir a Lecco y poco más. Cuenta en el Intesa San Paolo, en una sucursal al lado de su casa. No frecuenta

compañías masculinas... Ya sabéis a lo que me refiero. Vida tranquila e intachable. Una mujer invisible, por decirlo así.

—Pero ¿cómo has conseguido...? —murmura Carlo, pasmado.

Nadia ni se molesta en mirarlo y sigue pasando páginas en el iPad.

—Tu Marino Righi es más divertido...

—De él sí que sé algo —dice Carlo.

—Y yo —interviene Oscar, que come con desgana el salmón pero bebe con avidez el sake.

—¿Tú? ¿Qué sabes tú? ¿Cómo es que...?

Oscar señala a Nadia con la barbilla.

—Nosotros hablamos, ¿sabes? No quiere tema conmigo, pero me llama.

Si fuese una mierda de caballo humeante sobre una pizza recién salida del horno, tal vez Nadia lo contemplaría con mayor benevolencia.

La chica retoma la palabra:

—Marino Righi, cuarenta y cinco años, de Verbania, después Milán. Vale, pequeños espectáculos para televisiones locales, sobre todo del sur. Para fliparlo. Te leo algunos títulos: «Tras las huellas de San Cataldo Obispo», Brienza, provincia de Potenza; verbena en la plaza después de la procesión, con la actuación de Alma Sirenes, bailarina estrella de la Scala, a la que no habrán visto en su vida por la Scala, me apuesto algo. Yimmi (escrito así) Feluca, cómico, y Ka Millo, el rapero sordo. —Oscar se ríe y se lleva una mano a los ojos—. ¡Uf, tengo un montón! —Nadia también se ríe—. «San Potito te ve y sabe», festividad religiosa con espectáculo en Tricarico, Matera, con Roberto de «Amici» (vamos, que hizo los castings de «Amici» y lo echaron a patadas). El dúo cómico Par Teté y... ¡adivina! ¡Ka Millo, el rapero sordo! ¿Sigo? «La mano santa», concurso de canto de la Virgen de Belvedere, Carovigno, Bríndisi. Os ahorro los concursantes, pero que sepáis que ganó una tal Fatima, que cantó a cappella «Alice», de Francesco De Gregori. El segundo clasificado...

—¡Ka Millo! —chilla Oscar.

—Exacto. Con un tema suyo, «Mírame desde los cielos», probablemente dedicado, para hacerle la pelota, a la Virgen, quien sin embargo lo hizo quedar segundo.

Nadia mira a sus acompañantes con una sonrisa hermosa, llena de dientes, de vida, descaro y desafío.

—Decenas y decenas. De algunos tengo hasta los carteles... *Arte povera* es decir poco. Y todo emitido por televisiones locales. Publicidad, patrocinadores, donaciones a la beneficencia, pequeñas asignaciones de consorcios municipales. No sabría hacer cálculos, pero digamos que Righi se agenciaba sus veinte o treinta mil por velada... Pongamos unos diez por mes, o cinco por lo menos, y bueno, aunque fuera sólo en primavera y verano, tenía de sobra para darse la vida padre, y tal vez expandir el negocio...

—Eso sí, guardando un poco para abogados, supongo —comenta Oscar.

—¿Por qué lo dices? —pregunta Carlo. Parece el tonto del grupo.

Oscar saca otro iPad.

—Sólo he tanteado por encima, todavía no he escarbado mucho — advierte. Y empieza con su letanía sobre el Telemaratón Benéfico de Marino Righi—: Torre Santa Susanna, Bríndisi, recaudación donada a la ANNS, Asociación Nacional de Niños Seropositivos. Montemesola, Taranto, beneficios para el GAIER, Grupo de Apoyo a la Investigación de las Enfermedades Raras. Arpaia, Benevento, recaudación de la rifa benéfica donada a la ANAIV, Asociación Nacional de Apoyo a la Infancia Violada. Ailano, Caserta...

—Vale, vale. Una especie de santo.

—Sí, santísimo —dice Oscar.

—O San Timo —apostilla Nadia entre risas.

Oscar se sirve otro sake.

—¡Ay, Carlo, espabila! Todo paja, todo falso... ANNS, GAIER, ANAIV..., ninguna existe. Ni tampoco URCIAN, ni ANSCIP, SOLIS..., decenas de siglas falsas. Un invento. Nada. ¡Cero! Y, de hecho, nuestro querido difunto, Marino Righi, coleccionaba denuncias por estafa, le caían por todos lados. Ya he encontrado seis, pero me falta casi todo el último año...

Nadia le pasa el iPad a Carlo y toquetea la pantalla. Comienza una melodía grotesca a la que pone ritmo un retrasado con un sombrero amarillo, pantalones seis tallas más grande, camisa vaquera negra y zapatillas de baloncesto como barcas.

Carlo lo mira sin entender.

—Ka Millo —le explica la chica—. *Live in Cinquefrondi*, Reggio Calabria. Si quieres, te la descargo y te la pones en el coche.

Se separan sobre las once. Mañana hablamos. Adiós, adiós. Ten cuidado. Ya nos cuentas. Ojo con la bici. Ojo tú. Llama. Chao.

Carlo Monterossi aparca en la plaza de garaje que tiene en el edificio y llega al portal. Está agotado.

Hay un Ritmo azul sin tapacubos, con dos hábiles abolladuras en el lado derecho del parachoques, pero con una antena plegable con la que seguramente pueda sintonizarse Radio Vancouver o incluso dirigir la misión a Marte. O escuchar las frecuencias de la brigada móvil. Su ángel de la guarda.

Decide llamar a la ventanilla del coche de época. El que está al volante da un respingo, deja *La Gazzetta dello Sport* y baja la ventanilla. Con la manivela.

—¿Son de la comisaría? —pregunta Carlo.

El hombre recoge su ADN policíaco de la alfombrilla.

—¿Y usted quién es? ¿Quién dice que seamos de la comisaría?

—Vivo aquí y creo que tiene usted que vigilar para que no me vuelvan a disparar... En fin, buenas noches.

Carlo Monterossi, el Hombre Educado.

Aunque tampoco tanto. Da media vuelta sin esperar respuesta, saca las llaves y entra en el portal.

Ya está. Ahora tendría que quedarse frito.

Pero algo lo inquieta. La casa le parece más oscura de lo normal. Dylan, sin marco ni cristal antirreflejos, y con un agujero en la frente, está apoyado contra la pared.

La cama lleva deshecha desde por la mañana, señal de que Katrina no ha estado en el piso. Tampoco tiene ganas de darse una ducha, ni de meterse en la bañera o tirarse en el sofá.

Incluso la visión de la botella de Oban le produce náuseas.

Hasta ese momento no se había dado cuenta de que lo han violado, de que lo han invadido, disparado, interrogado, vilipendiado, amenazado. De que ha estado en los pensamientos de un tipo que se ha plantado en su casa con un dedo y con la idea de metérselo por el culo y, quizá, cortarle a él también uno para el culo de otro desgraciado.

De que no sabe qué está haciendo.

De que no sabe qué busca ni por qué.

De que está harto de estar solo.

De que no tiene ganas de quedarse ahí metido.

No en esos momentos, no esa noche.

Como por impulso, guarda en una bolsita el cepillo y la pasta de dientes. Al otro lado de la plaza, pasados los árboles y la parada de taxis, está el hotel Continental, un cuatro estrellas muy digno donde siempre ha pensado que, tarde o temprano, pasaría una noche.

Pues nada, ha llegado la hora.

Piensa en avisar al ángel de la guarda lector de *La Gazzetta*, que vigila en su coche de antes de la guerra. Ni siquiera tendrá que moverse, el Continental está justo enfrente, o tal vez el hotel tenga aparcamiento y el ángel de la guarda se quede más tranquilo si hace su trabajo allí, se dice.

Baja, está en la calle, se dirige al Ritmo azul. Va a llamar a la ventanilla...

Se detiene.

Está durmiendo.

Medio tumbado en el asiento, con el periódico en las rodillas, las hojas desperdigadas y arrugadas, el agente que vela por la seguridad y el bienestar de Carlo Monterossi, el Hombre en Peligro, duerme como un angelito después de eructar. Como un bebé canguro en el marsupio de su madre. Como un varón adulto, sano y viril, después de un buen polvo.

En el Continental le dan la 318.

Buenas noches.

CATORCE

Si hay algo que han aprendido a hacer es a entrar en un bar.

Ni juntos ni separados del todo, una cuestión de segundos y centímetros. De este modo, el primero en empujar la puerta del bar de Affori, en via Cialdini, es el rubio. Su socio entra justo después. Uno de sport, el otro de chaqueta y corbata. Lo suficiente para que todos los presentes levanten la vista, pero lo justo para que no salgan corriendo a la trastienda. Un punto medio.

Tras la barra hay un hombre con canas, una cicatriz que le parte el labio en dos, una camisa clara de manga corta que parece haber sido puesta a prueba durante la jornada, y ya no se le ve nada más.

Mitad hombre, mitad barra.

Desde hace siglos.

Y realmente lleva allí toda la vida, desde la época en la que Affori aún era un pueblo, y alrededor había prados y las primeras naves, todavía no se veían pisos altos, la gente decía «Vamos a Milán» como si se fueran de viaje y las putas eran italianas.

Lo suyo es cuestión de experiencia: sabe que no son maderos, pero también sabe otra cosa.

Problemas.

Ambos inspeccionan el lugar. Tres abuelos jugando a las cartas. Un joven con mal aspecto leyendo el *Tuttosport* con un *amaretto* delante, sobre una mesita con un hule de flores y los cercos de los vasos de otros que han leído el *Tuttosport*, bebido un *amaretto* y desperdiciado la vida antes que él.

Cuatro maquinitas de póquer flanquean otras dos puertas: una con un

cartel de SERVICIOS y la otra con uno que dice PRIVADO.

Una anciana echa monedas sin la más mínima confianza. Los taburetes ante la cristalera los ocupan dos señoritas demasiado maquilladas con sendas copas delante.

El rubio ni siquiera las mira: con la de aficionadas que hay con ganas de divertirse, las profesionales no le interesan.

El socio, en cambio, sí que les da un repaso: las alegrías del matrimonio.

—Un *negroni sbagliato* —pide el rubio.

—Una caña —pide el de la corbata.

De la puerta con el cartel de PRIVADO, sale un tipo bajito, de unos cincuenta y pico años. En cuanto los ve a los dos en la barra, da media vuelta y desaparece de nuevo tras la puerta.

Llegan las bebidas. El socio de la corbata levanta el vaso de cerveza y lo devuelve rápidamente al sitio. Señala con un dedo un recipiente con patatas fritas. Es posible que daten de la época de la guerra civil estadounidense, y que ya entonces los confederados las rechazaran por estar rancias.

Saca una foto del bolsillo de la chaqueta y se la planta en las narices al tabernero, que en cierto modo se lo esperaba.

—Estamos buscando a este amigo nuestro —dice.

El otro finge mirar la foto unos segundos y contesta:

—No lo he visto en mi vida.

El rubio sonrío. O es su típico gesto burlón, nunca puede estar uno seguro.

—A ver si a mí se me da mejor.

Le quita la foto de las manos a su socio, se vuelve un minuto hacia las putas de los taburetes, les lanza una mirada de las suyas, del tipo «Cómo he podido vivir sin conoceros», y luego vuelve a mirar al tabernero.

Acompaña la foto con un billete de cincuenta euros. Y, como si tal cosa, en lo que parece un gesto espontáneo, igual que si estuviera arreglándose la ropa, levanta un poco la camiseta por encima de la cinturilla de los pantalones para que se vea —basta un segundo— la culata de la Sig-Sauer.

—Estamos buscando a este amigo nuestro —le repite.

El camarero suspira. Coge el billete y se lo guarda en el bolsillo de la camisa. No es la primera vez. Reconoce el tono. Sabe cómo van estas cosas.

—Sergio. Sergione —dice—. El apellido no lo sé.

—Eso ya lo sabemos —objeta el rubio.

—¿Dónde podemos encontrarlo? —pregunta el otro.

—Hace ya mucho que no se lo ve... desde antes del verano, abril, puede que marzo incluso.

—Y cuando se lo veía, ¿venía con alguien? ¿Tiene algún amigo por aquí? ¿Negocios? ¿Alguien que lo conozca?

—Solo. Creo que venía solo. Una vez vino con un rubiales. No es muy simpático que digamos, por si les interesa saberlo.

—Nosotros nos preguntábamos por qué alguien que vive en via Padova, donde hay tantos bares, cruza todo Milán para venir a esta tasca, que no es precisamente el café Cova... ¿No te parece raro?

El camarero se encoge de hombros.

—¿Y yo qué coño sé dónde vive?

—Si te molestamos, lo dejamos. Siempre podemos preguntarles a los de ahí dentro —dice el rubio, señalando con la barbilla la puerta con el cartel de PRIVADO.

No es una amenaza muy contundente, va a hacer falta otra.

—¿Qué hacen ahí? ¿Póquer? —pregunta el socio.

—Partidillas entre amigos, nada ilegal.

—Ah, bueno, a nosotros lo ilegal, en fin... —comenta el rubio.

—¿Venía en coche?

—Sí.

—¿Un Golf?

—No. —Se alegra de poder echarles un hueso a los perros.

—No, ¿y...?

—Un BMW deportivo, blanco.

—¿Modelo?

—Un modelo de pardillo, un Z4.

—¿Matrícula?

—No suelo fijarme en las matrículas de los clientes... Además, tampoco es que lo aparcara aquí dentro. —Un arranque de dignidad.

—A ver entonces si lo he entendido: un tío con un cochazo de pardillo pasa del centro de Milán para venir a echar una birra aquí porque le caes bien, el ambiente es acogedor y regalan los chochitos. ¿No es eso?

El camarero mira primero a uno y luego al otro. Ha comprendido que no son de los que se achantan fácilmente.

—No sé, quizá venía a pasar un gramo o dos. Pero no aquí. Yo aquí no quiero follones de éstos.

—¿Y de cuáles quieres? —El rubio.

—Nosotros los buscamos. Nos dedicamos a eso, sólo hay que pedirnoslo.
—El socio.

El camarero levanta la barbilla con un respingo. Señala a las chicas de los taburetes.

Le toca al rubio, por supuesto.

—Señoras, perdonen que las moleste —les dice con una sonrisa a lo Belmondo mientras deja la foto entre los dos gintonics—, pero es que estamos buscando aquí al amigo, lo echamos mucho de menos y nos gustaría saber dónde está.

Una es rubia, con raya en medio y raíz negra, gorda, cara de infeliz y un vestido minúsculo y ligero que quizá le quedaba bien hace veinte años y con treinta kilos menos.

—No lo he visto en mi vida.

La otra es joven, de unos veinticinco, morena, con un maquillaje demasiado espeso pero con ojos profundos y un perfil curioso, pómulos altos al natural, sin retocar. El rubio piensa que quizá fue hasta guapa, hace diez mil pollas.

—Sergione —dice la guapa.

—No queremos hacerle nada.

—Por mí como si se la machaca.

—¿Sabes dónde está?

—No.

—¿Conoces a alguien que pueda saberlo?

Vacilación.

—No.

—¿No del todo, no un poquito, no de ninguna manera o no porque te caigo mal?

Interviene entonces el socio, que entretanto se ha acercado. Lleva la cerveza en la mano. Ahora sí que parece que están de juerga.

—Nosotros perdiendo el tiempo, vosotras chafándoos el aperitivo, alguien se va a poner nervioso y va a haber pelea. ¿Dónde podemos encontrar a este capullo? —Luego, a su compañero—: Así aligeramos.

—Pero ¡qué modales son éstos! —exclama el rubio.

La guapa sonrío y le da un sorbo al gintonic.

—Lo habré visto un par de veces. Siempre aquí, en el bar. Pasaba algo de coca, creo, no mucho. Y un día me pidió...

—¡No me lo digas! —gorjea el rubio.

La guapa ríe. Ojos bonitos, dientes bonitos. Sigue teniendo vida, por los bordes...

—Me pidió que iniciara a su mujer, o sea, que la ayudara a empezar, poco a poco, una especie de rodaje... Ay, ni siquiera sé si era su mujer... Me la trajo una noche...

—¿Y qué tal?

—Un caso perdido. No hacía más que llorar y montar el numerito.

—Es que... hace falta tener un poco de vocación —comenta la rubia.

La guapa no se molesta en mirarla, está a otro nivel y quiere que lo noten.

—Decía: «Pero si yo lo quiero, yo lo quiero, ¿por qué me hace esto?» Se la llevó a los dos días, ni un cliente, no hizo más que llorar y dar por culo.

—¿Y...? —pregunta el socio.

—Y nada. Luego me contaron que estuvo en la cárcel... por culpa de él, creo, pero tampoco es que haya ido preguntando por ahí. Rumores. A saber... Ella decía que, de hacer la calle, nada, en la vida. Hablaba de un trabajo con vídeos, películas, cosas por el estilo, pero no sabía de qué hablaba. Él sabía más, decía.

—¿Nombre de la parienta?

—Marisa no... Michela tampoco... ¡Marzia! Sí, Marzia, eso.

—Pues sí, todo un caballero —comenta el socio, señalando la foto.

—Si conoces a alguno mejor, preséntamelo —dice la guapa, que le sonrío.

—Y lo quería... —dice el rubio a media voz, como para sus adentros.

—Las cosas... —suspira Lady Quintal, sacudiendo su cabeza bicolor—.
¿Qué es lo que dice la de la tele? ¡El amor también tiene estas cosas!

El socio deja veinte euros sobre la barra.

—Para los cócteles de las señoritas.

—Entonces ¡otra ronda, Augusto! —grita la rubia.

El rubio recoge la foto de la mesa de las chicas y se queda mirando a la guapa.

—Si eso, ¿te busco por aquí?

—Si eso.

—Bueno, pues a lo mejor nos vemos.

—Pero que no sea para hablar del capullo ese.

Le sonrío. *Belmondo 2. La venganza.*

—Yo nunca hablo. Me obliga él —dice, señalando al socio con la barbilla. La chica ríe—. ¿Cómo te llamas?

—Aisha.

—Nos vemos, Aisha.

QUINCE

Olga *la Gordita* está apuntando una pistola a la cabeza de Carlo Monterossi.

—¿Qué le has hecho a Flora? ¡Habla!

Semproni está en el silloncito de la esquina.

—Anda, déjalo —le ordena, poco convencido.

Entra entonces el asesino con las gafas de Califano.

—Dejádmelo a mí —dice.

—Ya está bien de bromas —interviene el subinspector Ghezzi, vestido de romano.

Carlo tiembla como un cristal azotado por el temporal.

Recoge del suelo las esquirlas, un dedo cortado y el cartel de Dylan en el concierto del Village.

Parece mirarlo.

Dice:

You got a lotta nerve

To say you are my friend

When I was down

*You just stood there grinning.*⁷

Siente luego que una mano le acaricia el pecho, la barriga, los abdominales, bueno, en fin, los pocos que tiene.

—Pero ¿qué dices, tontorrón? ¿Hablas en sueños?

—¿Eres tú?

—Soy yo, estoy aquí. Estoy durmiendo aquí, ¿vale? Me tienes aquí al lado. Abrázame y verás como no te pasa nada.

—Me han disparado.

—Ya lo sé.

—¿Y tú?

—Yo estoy aquí.

La mano sigue bajando. Lenta. Cálida.

—No puedo creer que me hayan disparado.

—Anda, déjalo ya. La gente dispara y se deja disparar todos los días.
Cállate un ratito.

—Es verdad. Cuántas sirenas se oyen...

Sirenas.

Y más sirenas.

Carlo abre los ojos de golpe, y reconoce el lugar.

La habitación 318 del hotel Continental.

Y está sonándole el teléfono.

DIECISÉIS

Sin problema.

Un momento.

Clinton ha entrado en el portal, que ha abierto en menos de un minuto, medio agachado, como si buscara las llaves.

Ha subido a la tercera planta y se ha sentado en las escaleras.

Al llegar, el chico ha abierto la puerta de la casa y justo entonces Clinton se ha abalanzado como un gato sarnoso sobre el descansillo de la segunda planta, le ha tapado la boca, lo ha empujado dentro de la casa y ha cerrado la puerta a su espalda.

Un truco más viejo que los bosques.

Y pasan diez minutos.

Llaman al interfono.

Clinton abre y Hego va de visita, como un amigo de la familia.

—¿Y el chico? —pregunta Clinton.

—En furgoneta. Espera —responde Hego.

—Mejor —dice Clinton con una sonrisa.

Cosimo De Giorgi, el rubiales, está atado a un silloncito de madera con el respaldo y el sillín acolchados. Tiene las muñecas sujetas a los reposabrazos con varias vueltas de cinta de adhesiva. Las pantorrillas, igual, atadas a las patas delanteras del sillón. Una postura parecida a la de la silla eléctrica.

Y por lo que tiembla, parece que el sillón sea realmente eléctrico.

También tiene cinta de embalar en la boca.

Hego y Clinton ni siquiera lo miran. Dan una vuelta por la casa: tres habitaciones, un baño grande con bañera, ducha, azulejos celestes. La cama está deshecha y hay ropa tirada por aquí y por allí. El otro cuarto es un pequeño estudio con escritorio, ordenador, varios estantes, algunos libros, discos.

Sigue siendo el cuarto de un niño, por mucho que en el carnet de identidad que está sobre la mesa de la cocina —donde lo ha puesto Clinton tras registrar al chico— ponga veintiséis años. Metro sesenta y ocho, pelo rubio, ojos castaños, rasgos distintivos, ninguno.

De risa.

Porque Cosimo De Giorgi tiene un rasgo más que distintivo en el brazo derecho, algo escrito en caracteres góticos que empieza en el hombro y termina un poco por debajo del codo. Cuatro líneas.

Las tres primeras son sólo números:

20

04

1889

Y dos letras en la cuarta:

H. H.

Hego sabe lo que significa: «*Heil Hitler.*»

Ahora están en la cocina. El chico atado a su sillón y Hego sentado en una silla y con un brazo apoyado en la mesa.

Clinton rebusca por los estantes, en los armarios, el frigorífico.

Pone un plato con queso en la mesa. Parmesano. Abre una botella de tinto tras una breve pelea con el sacacorchos. Luego busca dos vasos.

Saben cómo proceder.

Saben que ahora el chico es como un café turco.

Tienen que dejar que se deposite todo bien en el fondo. Primero el estupor, luego la rabia, después las preguntas. ¿Quiénes son? ¿Qué coño

quieren? ¿Quién podría ayudarme? Muy lentamente, los posos del café deben hundirse del todo. Nunca hay que andar con prisas cuando se tiene delante un buen café turco.

Ha de quedar sólo el líquido, el aroma, el color.

Y el miedo.

Cosimo De Giorgi tiene los ojos muy abiertos, desorbitados. El miedo ya está ahí.

Clinton le ofrece un cuchillo a Hego. Para el queso. Él se saca otro del bolsillo. No es de cocina.

El chico no logra apartar la vista de la hoja. Clinton se la pasa bajo la nariz para que la vea bien.

—Si no gritas, te quito la cinta. ¿Te parece? ¿Entendido?

El chico asiente enérgicamente con la cabeza.

Clinton se la quita de un tirón seco.

—¿Quiénes coño sois?

—Gente que se mueve —dice Hego. Clinton acerca una silla a la mesa, de un mármol reluciente, se corta un trozo de queso y echa vino para Hego y para él—. Gente que va a contarte una historia —sigue.

Empieza a hablar poco a poco, con un hilo de voz, pero muy nítido. Una cascada perfecta de palabras, un ritmo sincopado, pausado, casi un susurro, aunque sin ser monótono. Resulta natural esperar la siguiente palabra, la siguiente frase.

Así es como deberían contarles los cuentos a los niños.

—Nuestra historia comienza en Rakovnik. ¿Sabes dónde es Rakovnik? — El chico niega con la cabeza. No entiende nada. Tiene miedo—. Eh... Rakovnik es ciudad cerca de Praga. Bohemia. ¿Has estado en Bohemia? — Otro «no» con la cabeza—. Lástima... Bohemia muy bonita. Rakovnik está cerca de Praga... eh. —Ríe en voz baja—. Hoy, cerca de Praga. En tiempos de esta historia no cerca, viaje largo. Mi abuelo era de Rakovnik. Mi familia era de Rakovnik. Un clan grande, abuelos, tíos, primos, hermanas, hermanos... Mi padre tenía ocho, ocho hermanos. Él era el mayor...

Vuelve a reír en voz baja. Clinton bebe el vino a sorbos pequeños mientras escucha. De Giorgi sigue sin entender nada.

—... Era el jefe de hermanos. Familia grande, todas nuestras familias son familia grande... Eran gitanos ricos. Carros grandes, caballos fuertes. Moviéndose, siempre moviéndose. Te he dicho somos gente que se mueve. Rakovnik, Lubná, Krivoklat, Krasov, Zebrak. Toda Bohemia era bosque grande con sembrados y fábricas grandes. Mi familia se movía. Reparaba ollas de cobre, vendía también. Compraba, hacía negocios, arreglaba tuberías y tejados. Y seguía moviéndose. Hermano de abuelo mío tenía oso, iba ferias, fiestas de pueblo. Llegaban gitanos, siempre llegaban gitanos.

El chico no pierde detalle. Clinton mastica el queso y mira a Hego con un respeto casi reverencial.

—Yo no era en esos tiempos... Además, nostalgia engaña. Todo parece bueno, aunque no sea todo bueno. Entonces también a gitanos se perseguía, se quemaban carros, pogromos...

De Giorgi empieza a entender y se remueve un poco en el sillón. Tiene las manos blancas a causa de la cinta, que le aprieta las muñecas. Su cara es, más o menos, una máscara de terror.

—... Aunque eso era nada... normal... Pero luego vienen alemanes. Uniformes grises, carros grandes con motor, carros armados. Población bohemia parece que gusta alemanes, acoge... —Otra risa cansada—. Qué mundo, ¿eh? Alemanes allí sólo por unas semanas y parecían jefes. Gitanos estaban allí desde siempre y eran el enemigo. Empiezan arrestos. Cárceles... —Hego busca una palabra—... Redadas. Muchos gitanos escapan en bosque... Visoký Tok... ¿sabes Visoký Tok? Casi todos asesinados, metidos en fosas comunes. Un disparo aquí. —Se toca la nuca—. También mujeres, niños... Pueblos vecinos oyen disparos dos días y dos noches... A otros llevan a Praga, estación de Praga. Y al tren. Y el tren hasta Auschwitz. Tren incómodo, todos de pie. Cientos de gitanos de Bohemia. Miles de gitanos de Bohemia. Sólo de mi familia, cuarenta y uno. Abuelos, tíos, primos, hermanas. Mi padre y sus hermanos. Él tenía trece años.

Se hace un silencio extraño, doloroso.

Clinton no se atreve a hablar. Está mirando al vacío. El único ruido es el jadeo de Cosimo De Giorgi. El de un perro huyendo, el aliento del miedo. Hego ni siquiera lo mira. Cuenta su historia como para sí mismo.

—Ay... todos dice Auschwitz... No es tan fácil. Auschwitz era muchos campos, muchas formas de morir. Gitanos eran en sector BIIe, *Familienzigeunerlager*, en Auschwitz II, Birkenau. Rodeados de guardias, alambre eléctrico y perros pastores. Abandonados. Sin comida, sin agua. Abandonados dos años para morir, bebiendo sólo meado, comiendo madera de barracón. ¿Has comido madera? Yo sí. No es comida pero llena barriga. Masticas mucho. Después vomitas, pero primero, una o dos horas, tienes barriga llena... Los vivos llevaban a los muertos a los hornos. Para gitanos, sólo hambre y enfermedades... y cámaras de gas. Todos muertos. De mi familia, todos. Mi padre llevaba a sus hermanos a los hornos. Salió con dieciséis años. Volvió a Rakovnik con diecinueve. Hizo camino a pie...

—Somos gente que se mueve —apunta Clinton.

—Cuando volvió a Bohemia, no había gitanos, así que ha seguido a moverse. Bohemia del sur, luego Moravia, Silesia, hasta Hungría... Encontró otra familia. Encontró mujer. Pero no venían hijos... Polla no funcionaba, nada funcionaba. Los carros funcionaban, los caballos funcionaban, pero polla de mi padre no funcionaba ya. Hasta que... —una sonrisa muy dulce— un día polla de mi padre se levanta. Tenía treinta y un año. ¡Eh! ¡Con treinta y uno mujeres gitanas son abuelas! A mi padre lo llamaban el padre abuelo. ¡Y así yo nací!

Hego levanta un poco la voz por primera vez, como quien anuncia una fiesta, o un nacimiento, justamente: el suyo.

Clinton levanta el vaso. Hego lo imita. Brindan con el tinto, esta vez con un sorbo largo.

Hego abandona la voz de cuento.

—El día veinticinco de febrero tú tiras cócteles molotov contra caravanas de campamento. Hiciste mucho daño a dos mujeres y dos niños. Uno muerto semana después. Dos años. Tienes escrito en brazo fecha de cumpleaños de Hitler, así que ya conocías la historia que he contado. Ahora yo te hago pocas

preguntas y tú respondes.

—¡No! ¡Yo no fui! ¡Es un error! ¡Os equivocáis, joder, os equivocáis!
Hego sonrío.

Clinton no.

—Sí, somos gitanos —vuelve a hablar Hego—. Pero no venimos a robar. Si no hace falta, no hacemos daño a nadie. ¿Estás herido? ¿Duele algo? No. Todo está tranquilo. Tú cuentas, nosotros nos vamos. Si no cuentas, nos quedamos. Mi amigo Clinton está nervioso, pero yo contengo. Es amigo mío de mucho tiempo... ¿Nosotros matamos gente, Clinton?

—¡No! Hacemos preguntas...

—¿Ves? Hablas y vamos. ¿Quiénes eran otros dos?

—No los cono...

Se detiene, comprende que se ha traicionado. Gilipollas.

—¿Quiénes eran? Nombres. Dirección. Qué coche tienen. Dónde viven. Todo. —Esta vez habla Clinton.

—Te ayudamos. Uno era joven como tú. Puede que más. Estaba en otro lado de valla... Luego estaba el jefe, el de coche grande. Tenemos que hablar con él, tienes que decirnos quién es...

—¡Al otro no lo conozco!... —Está casi llorando. Tiene una mancha en los pantalones que va ensanchándose: se ha meado encima.

—Nombre.

—Lo llaman el Guita, no sé más... es delgado, muy delgado... ¡Ah, sí...! Toca el bajo. Toca en un grupo que se llama... se llama Zyklon B... ¡Es el que toca el bajo! Así podéis encontrarlo, ¿no? Con eso está bien, ¿verdad? Igual que me habéis encontrado a mí... Os he ayudado, ¿verdad?

—Zyklon B... Bonito nombre —dice Hego.

Ahora interviene Clinton:

—A ver, amigo, tú nos das el nombre del pequeño porque tienes miedo del grande. Pero valoremos la situación: tú estás atado y nosotros no. Yo tengo un cuchillo y tú no. Así que responde: ¿de quién tienes más miedo, del jefe grande que disparó en el campamento o de nosotros?

—Y no en general, ahora mismo —dice Hego.

—¡No sé cómo se llama!

—Ah, ¿tú vas matar niños y mujeres que duermen en sus casas y no sabes con quién? —pregunta Hego, como si estuviera perplejo, pero dispuesto a creerle.

El ratón y el gato. El ratón y dos gatos.

Clinton deja en la mesa el cuchillo, el suyo. Coge una silla y se sienta delante del chico.

Frente a frente.

—Ahora te cuento otra historia. Y no interrumpas porque no lo hago tan bien como Hego y me lío con palabras. Mi familia era de Peć. ¿Sabes dónde está? Es una ciudad pequeña, antes estaba en Serbia y ahora en Kosovo, cerca de Albania y de Montenegro. Qué mala suerte, ¿eh?

Hego ríe en voz baja.

—Serbios odiaban albaneses, albaneses odiaban serbios. Para serbios, gitanos albaneses eran sólo albaneses. Para albaneses, gitanos serbios eran sólo serbios. ¿Entiendes la broma? Si había que matar, ni siquiera éramos gitanos. ¡Peor! Albaneses odiaban serbios y gitanos, también gitanos albaneses. Serbios odiaban albaneses y gitanos, también gitanos serbios. ¡Muy muy feo! Por eso yo me voy... Me voy a España... Un buen sitio... Pero te cuento qué hacían nacionalistas serbios a gitanos albaneses capturados. Ellos querían como nosotros, nombres, direcciones. De la resistencia, la guerrilla... Metían un alambre de espino en tubito de goma, como caño de grifo, un cilindro pequeño... pero no duro... flojo... blando. Y luego metían tubito en prisioneros por agujero del culo. Molesta, pero no duele. Un tubito en el culo no duele... A algunos gusta... Pero luego... luego quitaban tubito de goma y en agujero del culo quedaba sólo alambre de espino...

—Y eso sí duele —dice Hego.

A Cosimo De Giorgi le viene una arcada. Tose. Las lágrimas le ruedan por las mejillas; está sudando, le caen goterones por la nuca, el pelo se le pega al cuello, estropajoso, sucio. Apesta a meado.

—Se llama Sergio. Sergio De Magistris. No sé dónde está, antes vivía por via Padova, a lo mejor sigue allí... El coche negro era robado, lo quemó después de lo del campamento. Los botellines con la gasolina los trajo él... No sé más... Tiene mujer... ¡Sí, la mujer! ¡Eso es! Se llama Marzia, el apellido no lo sé. Creo que está en la cárcel. De vez en cuando vende cocaína... A lo mejor así podéis encontrarlo... Vende coca, hasta en nuestro ambiente y todo... Por eso no lo quieren por las sedes ni los locales... Pero él está ahí, al margen, pero está... Si hay una reunión, por ejemplo, él no entra pero aparece por la zona... Tiene un coche negro... un Golf...

—Espacio, espacio... —dice Hego.

—¿Cómo contactas con él? —pregunta Clinton.

—Me llama él. Con número oculto... Yo nunca lo he llamado...

—¿Y dónde lo conociste?

—Lo conocí en un concierto... sí, de Zyklon B... Buscaba a alguien para un trabajo... El incendio del campamento gitano... No sabíamos que habría muertos. El muy gilipollas se cargó hasta a un poli... Nos dio mil euros a cada uno, a mí y al otro, al bajista... Nos dijo que sólo había que asustar al vecindario, para que echaran a los gitanos del campamento. ¡Yo no sabía que había niños!

Se ha puesto histérico.

Clinton le pasa el cuchillo bajo la nariz.

—¡Chist!

Pero el otro sigue con su falsete, lloriqueando:

—¡Yo no lo sabía! ¡No lo sabía!

—¿Dónde vive?

—¡Ya os lo he dicho! ¡Cerca de via Padova, al lado del parque! ¡El parque donde hay varios colegios! ¡No sé el nombre de la calle! ¡Si preguntáis, seguro que lo encontráis!

Hego se levanta. Tranquilo, con mucha calma. Acerca a la mesa la silla en la que estaba sentado, como si ordenara la habitación. Es un gesto que quiere

decir: «Hemos terminado.»

—Ahora me vais a desatar, ¿no? Os he ayudado, ¿verdad?

Clinton coge el cuchillo y se inclina sobre él. Apesta. Le aparta la camiseta sudada y le palpa la parte alta del muslo, intentando evitar la mancha de orina de los vaqueros. Después va moviendo la muñeca, unos centímetros, arriba y abajo. No hace falta cortar mucho. Lo ha hecho muchas veces con cabras. Sólo hay que llegar a la arteria femoral.

Sale mucha sangre, de hecho, chorrea por los pliegues de los vaqueros, baja por las piernas del chico y la pata del sillón, forma un charco en el suelo, negro, denso.

El chico mira el corte con los ojos abiertos como platos.

—Cuatro minutos —informa Clinton.

Hego asiente.

Esperan tres y medio.

Cosimo De Giorgi está más blanco que una nube. Jadea. No consigue mantener abiertos los párpados.

—Vamos —dice Hego.

Clinton guarda el cuchillo, da un paso hacia la puerta y se vuelve. Coge el queso del plato que hay sobre la mesa de la cocina.

—Para Helver.

Nadie habla en la furgoneta. El niño ha estado durmiendo en la parte trasera. Ahora se come el queso a bocaditos.

Entran en el campamento por el camino principal, apagan el motor. Hego no dice nada y se dirige a la caravana más grande, con paso lento pero decidido.

Vuelve del trabajo tras una larga jornada, tiene sueño.

Clinton se estira y se recoge el pelo en la nuca. Después le da un pescozón cariñoso a Helver.

—Buen chico. Gitano bueno.

También el niño se encamina lentamente hacia su caravana. Despertará a sus hermanos al meterse en la cama. Se siente mayor, se imagina en su propia caravana. Clinton le cae bien, le ha regalado un cuchillo. Está excitado, pero también cansado. En la furgoneta hacía calor.

Pero entonces una sombra se le acerca, alguien que lo agarra de la mano.

Mirsada.

Estaba esperándolo en las lindes del campamento.

Se pone de puntillas y lo besa en la boca.

Él abre un poco los labios, alarga tímidamente la lengua, que sabe a sueño y parmesano. Ella lo aprieta con fuerza, responde al beso.

Después se aleja y desaparece en la oscuridad.

Helver sigue hasta su caravana.

Está cansado, pero no pegará ojo en toda la noche.

DIECISIETE

—¿Dónde coño se ha metido?

—Buenos días, comisario, yo también me alegro de oírlo.

Dicen los cardiólogos, así como el resto de los médicos y profesionales, revistas científicas, programas radiofónicos de salud y bienestar, y quizá hasta vuestra abuela, que un despertar tranquilo es la mejor puerta de entrada a un buen día.

Por esa razón, oír en la oreja el ladrido del comisario Gregori, que encima lo despierta en lo mejor de un sueño que todos sabemos cómo iba a acabar, le provoca un cabreo considerable.

Pero Carlo decide no hacérselo notar porque, por encima de todo, es un caballero.

Así que cuelga.

Carlo Monterossi, el Hombre Malvado.

El champú del Continental es verde fluorescente en tonos Chernóbil y tiene la consistencia de la brea. Lo único que falta para hacer la gracia es que llegue alguien con una bolsa de plumas, como en el lejano Oeste. Así que champú, ducha, dientes lavados con cierto esmero y sin prisa y, en todo ese tiempo, el teléfono sin parar de sonar.

Para cuando está aseado, vestido y —él mismo se lo dice— bastante aparente, son casi las diez y entonces decide responder.

—¿Qué desea?

—¿Dónde está usted, señor Monterossi?

—Estoy en el hotel Continental, Milán, habitación trescientos dieciocho.

Se lo recomiendo, aunque, eso sí, traiga el champú de casa.

El tono del comisario ha cambiado. Suena casi empalagoso.

—¿Puedo preguntarle qué hace ahí y dónde se encuentra el hotel Continental?

—Con amabilidad, puede usted preguntarme lo que quiera, señor comisario. El hotel Continental se encuentra justo enfrente de mi domicilio, sólo hay que cruzar la plaza. Anoche no me sentía con ánimo de dormir en casa, ya sabe, soy bastante sensible...

—Le dijimos que nos informara de sus desplazamientos...

—No. Me dijeron que no saliera de la ciudad y que les informara de los desplazamientos largos. Creo que son sesenta metros, a lo sumo cien, si contamos las escaleras y la mediana. En cualquier caso, teniendo como tenía mi número de teléfono, espero que no se haya visto en la obligación de molestar al servicio secreto.

Admitámoslo: Carlo Monterossi sabe cómo poner de buen humor a la gente.

—¡Aun así, tendría que habernos avisado!

—Lo intenté, comisario... Pero me dio cosa despertar al angelito que me pusieron de la guarda. Me vio entrar en casa, porque lo saludé, y diez minutos después, cuando decidí irme a dormir al hotel, parecía cataléptico.

Gregori debe de estar echando humo por las orejas. Se lo oye tragar desde Groenlandia.

—No se mueva de ahí, que mando a alguien a buscarlo.

Olga *la Gordita* conduce con movimientos rápidos y secos un Alfa Romeo de color marrón mierda y con tubo de escape libre. Se la ve suelta; no se entiende cómo llega a los pedales, pero transmite seguridad, de modo que Carlo decide fiarse.

Él va detrás y Semproni delante, al lado de la conductora gordita, que pisa el acelerador como si estuviera en Le Mans.

—Pero ¿adónde vamos, al lago? ¿De excursión? ¡Habría que comprar los bocadillos! —Carlo se pregunta si puede exagerar y se responde que sí—: ¿Y el amigo Ghezzi no viene? Podría vestirse de buzo.

Enrabetada, la gordita cambia de marcha. Semproni se vuelve

ligeramente y le arroja al pecho un ejemplar de *La Repubblica*.

—Enhorabuena —le dice—. Se ve que su pasatiempo favorito es enmarronar a la gente.

Carlo intenta conseguir el cóctel perfecto: dos partes de estupor, una de indignación, una pizca de «Cómo se permite», y un chorrito de «No entiendo». Sírvese en frío, con una broma opcional:

—Pero ¡qué dice, Semproni! Tengo muchos defectos, pero ¡no escribo en *La Repubblica*!

Abre entonces el periódico y comprueba lo que ya sabe.

Que Paolo es un crack.

ASESINATOS EN SERIE, AMPUTACIONES, MENSAJES MACABROSLA POLICÍA ABRE LA VEDA CONTRA EL MONSTRUO DE MILÁN

Dos víctimas sin vínculos aparentes, ambas asesinadas de un tiro en la cabeza y con un dedo amputado. La jefatura no ha querido hacer declaraciones: «NO pasaremos por alto ninguna pista.» Ghioni, el ayudante del fiscal: «Estamos cerca de resolver el caso.»

—Os estáis haciendo famosos —comenta Carlo.

—Capullos —bufa Semproni.

Carlo no sabe si lo dice por él, por Paolo, por la prestigiosa estirpe de los periodistas, por su comisario, por el mundo, por los peatones que logran esquivar las ruedas del coche o por el juez instructor «cerca de resolver el caso». Es posible que lo meta todo en el mismo saco.

Pese a que Olga conduce como Nuvolari en las Mil Millas, Carlo consigue leer el artículo sin vomitar. Una lástima: podría haber hecho su aportación a la tapicería de los asientos, que ya de por sí parece un lienzo de Pollock.

Milán. Dos cadáveres, dos dedos cercenados, dos disparos del calibre 22 y un misterio. Éste es, desde ayer, el indigesto plato que tiene en la mesa la comisaría central de Milán, que investiga unos crímenes de contornos aún difusos.

Ante todo, las víctimas. Lodovica Répici, intachable viuda milanesa de cuarenta y seis años, hallada muerta en su piso del número 22 de la avenida Porta Romana. Lo más probable es que el homicidio se cometiera la noche del lunes. Cabe la posibilidad de que la víctima sufriera abusos violentos, aunque todavía no se conocen los resultados de la autopsia, pero lo que sí se sabe con seguridad es que murió de un tiro en la cabeza. Le amputaron el índice izquierdo *post mortem*. ¿Una advertencia macabra? ¿Un aviso para alguien? Eso creen los investigadores. Al día siguiente, el martes, se reveló parte del misterio, si bien esto complicó aún más el cuadro general y lo tiñó con tintes grotescos. Marino Righi, de cuarenta y cinco años, empresario del mundo del espectáculo, fue encontrado muerto en su casa de Porta Genova, un bonito ático en el número 27 de la via Vigevano. Mismo método: una bala del calibre 22 en la cabeza. Y el dedo de la primera víctima, la señora Répici, en la escena del crimen, y lo que es peor: introducido en el recto de Righi, a quien a su vez el asesino —o asesinos— amputó el dedo índice. Detalles estos que la jefatura habría preferido mantener en secreto.

¿Una cadena macabra de dedos cercenados y cadáveres vejados? ¿El principio de una trágica serie de asesinatos? La policía, molesta por la filtración de noticias, se niega a hacer declaraciones. El comisario Gregori lo zanja con un «Sin comentarios», que da cuenta del sonrojo de la comisaría milanesa ante un caso sobre el cual, a falta de información, toda conjetura es válida. ¿Qué tenían en común las dos víctimas? Y, sobre todo, ¿cabe esperar más? Al ser preguntado por *La Repubblica*, el ayudante del fiscal, el señor Marco Ghioni, encargado de la instrucción, no se muestra muy abierto: «Lo único que puedo asegurarles es que estamos cerca de resolver el caso, pero es evidente que toda filtración a la prensa dificulta nuestro trabajo.» Lo que, en el lenguaje de los instructores, significa más o menos: «Déjenos trabajar en paz»...

Impecable. Le siguen varias hipótesis fantasiosas, la pregunta retórica sobre dónde habrá acabado el dedo de Marino Righi, la ciudad conmocionada por los acontecimientos y el adjetivo «macabro» repetido en varias ocasiones, para sustentar la idea de que no es un suceso cualquiera, sino el crimen del

momento, del año incluso.

Y entre líneas: sólo pueden leerlo en estas páginas, ya que el resto de los periódicos, entre ellos el *Corriere*, no se han hecho eco de nada, por así decirlo.

Carlo contiene como puede una sonrisita de satisfacción.

—¿Ha sido usted?

—¿El qué?

—El que ha hablado con el capullo ese.

Le toca fingir verdadera indignación. Y ni siquiera le cuesta.

—Mire, Semproni, se lo voy a decir bien clarito: no, no he sido yo. Y vamos a dejarlo ahí, porque si me pusiera a hablar con la prensa, entre la Científica que parece míster Magoo y su centinela durmiente, se puede armar una buena. Así que no se lo permito, y haga el favor de mirar de puertas para adentro, porque los suyos no me parecen precisamente (dicho sea entre nosotros) ejemplos de manual, a menos que sea el de los Jóvenes Castores. —Silencio—. Ah, y puesto que soy un ciudadano libre sin antecedentes, hasta que se demuestre lo contrario, me gustaría saber adónde me llevan —añade.

Olga *la Gordita* aparca en una gran explanada con un derrape que les pone los pelos de punta.

—Aquí —anuncia Semproni.

—Instituto de Medicina Legal. O la morgue, si lo prefiere.

Están realmente cabreados. Entre el comisario y el hombre de pana, debe de haberles caído un rapapolvo épico, una bronca de campeonato. Se nota cierta tensión, en definitiva.

—Ah, ¿y a quién vamos a visitar? —pregunta Carlo para quitar hierro al asunto—. De haberlo sabido, habría traído flores.

—Vamos a presentarle a dos personas, a ver si las conoce —responde el inspector con frialdad.

¿Tenéis presente todo lo que habéis leído sobre las morgues? ¿El frío, el hedor a desinfectante, ese olor dulzón que no se sabe bien de qué es —casi mejor así— y esas cosas? Vale, pues es todo cierto.

Dentro los esperan Gregori y el hombre de pana, hoy en versión verde botella, todo un desmelene, en comparación con el marrón del día anterior.

Nadie dice nada, y Carlo está ya harto de jueguecitos, de modo que los sigue en silencio.

Lo plantan ante un cristal oscurecido por una persiana gris. Cuando alguien la levanta desde el otro lado, a modo de telón, comienza el espectáculo.

Ve dos mesas de acero con dos bultos tapados por sendas sábanas.

—¿Preparado? —pregunta Gregori.

O lo que es lo mismo: ¿listo para mirar dos muertos mientras nosotros, los vivos, lo observamos a usted?

Carlo asiente.

Un celador que está al otro lado del cristal aparta una de las sábanas y descubre una cara ancha, con labios carnosos y pelo negro corto. Por lo que alcanza a ver, parece un tipo bajito y entrado en carnes, y no puede distinguir nada más porque sigue tapado de pecho para abajo. Tiene un color grisáceo y parece dormido, siempre y cuando pueda uno dormir con un agujero en la cara que ocupa toda la parte superior del cráneo, un ojo, media nariz. Vamos, uno de esos maquillajes propios de las películas de terror que parecen totalmente falsos. Salvo porque éste es de verdad.

Carlo Monterossi vuelve la cabeza para apartar esa visión.

—¿Lo reconoce? —le pregunta Ghioni.

Gregori le hace la misma pregunta, pero con la mirada.

—No.

Una seña de Gregori al celador que se encuentra al otro lado y que aparta la segunda sábana y descubre al siguiente zombi.

—¿Y a éste?

—Tampoco.

—Piénselo bien.

—No hay mucho que pensar.

—Creemos que uno de los dos podría ser su asesino.

Carlo mira con mayor detenimiento el segundo cadáver. Por las dimensiones podría ser, el color del pelo también cuadra, aunque de la capucha de esbirro que llevaba apenas le sobresalía medio mechón, así que

no es fácil de decir. Entre las gafas y el cuello vuelto que le tapaba media cara, sólo pudo verle los pómulos, por no hablar de que se quedó mirando la pistola y en realidad no puede estar seguro de nada. Además, el colega sólo tiene un pómulo porque ha quedado tan reventado o más que su amigo. Una parejita muy mona: el muerto y el rematado.

—Podría ser... Por la altura, sí... Aunque lo suyo sería verlo de pie... Los rasgos también. Pero llevaba unas gafas enormes y a este de aquí... en fin, ya no le van a hacer falta.

—Vamos —dice Gregori.

Al contrario que el Museo Británico, el Louvre y el palco VIP del Santiago Bernabéu, la morgue del Instituto de Medicina Legal de Milán no tiene cafetería. De ahí que en esos momentos se encuentren en un bar de Città Studi, un barrio que a Carlo siempre le ha gustado, hasta hoy, después de enterarse de que ahí es donde acaban los que mueren a tiros.

Una china de edad indefinida, entre los veinte y los setenta años, les lleva café, agua mineral, pregunta si está todo bien, hace una pequeña inclinación y se va.

—¿Me he perdido algo? —pregunta Carlo.

—¿Te importa, Gregori? —pide el de la pana.

—Los han encontrado esta noche —comienza el comisario— en el aparcamiento del estadio de San Siro, en el interior de un Peugeot gris, un trescientos ocho monovolumen, a nombre del bajito. Ambos en los asientos delanteros, les dispararon desde atrás. El achaparrado se llama Franco Rivetti, cincuenta y seis años, obrero, electricista o algo parecido. El otro, el alto, creemos que es quien fue a por usted el otro día. Es... era... Sebastiano Saputo, protésico... que no dentista... una especie de mecánico de los dientes, en fin. Cuarenta y ocho años. Ambos residentes en Milán. Ambos sin antecedentes. Limpios, con el historial en blanco, sin denuncias, nada de nada. En la guantera encontramos la pistola, la del veintidós con la que le dispararon a usted, a Righi y a...

—Répici —va al rescate el señor Pana.

—Eso mismo. Había además una bolsa de celofán con algodón, gasas y un escalpelo afilado, todavía sucio. Estamos analizándolo pero, en fin... no

hay muchas dudas.

—¿Los conocía? ¿Le dicen algo los nombres? ¿Imagina por qué querían quitarlo de en medio?... Y a las otras dos víctimas, claro —lo interroga Ghioni.

Por una vez Carlo no necesita fingir estupor, es espontáneo.

—Ni los he visto, ni he oído sus nombres en mi vida.

El ayudante del fiscal de pana junta las yemas, mano contra mano, y flexiona los dedos.

—Señor Monterossi... —empieza a decir.

—Sí, ya lo sé, me lo dijo ayer. Tiene que haber algún vínculo, aunque ni me lo imagine ni lo sepa, etcétera, etcétera. Pero la respuesta es no. No me viene nada a la mente, y esos dos de ahí, destrozados como están, tampoco son de gran ayuda. Es lamentable, pero es así. Y, por cierto, no tengo ni el más mínimo interés en esconder nada...

—Eso nunca se sabe... —masculla Gregori.

—¿Puedo preguntar cómo...? Bueno, se ve que de un infarto no han muerto, pero...

Los otros dos se miran como si estuvieran valorando si responder o no. Gregori se decide.

—De un tiro en la nuca; ha sido rápido, primero uno y luego el otro. Pum, pum. Se acabó. Entre las diez y las once de anoche. Con un calibre grueso, como mínimo del nueve Parabellum, y por cómo han quedado, yo diría que fue con balas especiales, de punta cava, una clase que no se encuentra en la droguería de la esquina.

PanaMan está pensando en otra cosa, algo lo inquieta, lo carcome por dentro. ¿Decirlo o no decirlo? Entonces se mueve y habla:

—Le voy a contar otra cosa para demostrarle mi confianza. No es sólo que hayan utilizado balas poco habituales, sino que además son antiguas. Un material realmente raro, restos de guerra, de los años cincuenta o antes. Nos lo han dicho los de Balística, y por ahora no sabemos mucho más, sólo que no se han encontrado los casquillos y que las balas están destrozadas; una acabó en el salpicadero, muy deformada, y la otra perforó el parabrisas e impactó contra un poste de la luz.

—Sólo lo sabemos nosotros tres —le dice Gregori, amenazante—. Mañana veremos si lo saben también en *La Repubblica*.

—De eso ya he hablado con Semproni, comisario, y a mí no me mire.

—¿Le dice algo toda esta historia de las balas raras? ¿No se le ilumina alguna bombillita? —le pregunta Ghioni, aunque no se lo cree ni él.

—¿A mí? No he tocado una pistola en mi vida. Aparte de lo de apretar el gatillo, porque lo he visto en las películas, no sabría ni por dónde empezar a meter las balas.

Cosa que es cierta.

Aunque también es verdad que le ha proporcionado una idea.

—Lo llevo de vuelta —le dice Gregori.

—Gracias —responde Carlo.

Y salen disparados en dirección a su casa, a bastante velocidad bajo el sol de la plaza Leonardo, entre callecitas arboladas y casitas de estilo modernista ligeramente adulterado, y rodeando el Politécnico, de cuyas puertas afluyen en estado salvaje manadas de futuros arquitectos e ingenieros en paro.

DIECIOCHO

La casa está envuelta en una penumbra amiga, mullida.

Ha pasado Katrina, porque todo está ordenado, limpio y perfumado. Otra pista decisiva es la nota en italomoldavo sobre la mesa de la cocina donde pone: «Hecho compra metido en nevera. Come, por favor. Planchado camisas. Dejo esto. ¡Piensa, señor Carlo!»

«Esto» es un folleto sobre los peregrinajes a Medjugorje, doscientos treinta euros en autocar, cuatro días, pensión completa, con un rosario de regalo. «De plástico auténtico...», se dice Carlo.

Lo cuelga en el frigorífico con un imán redondo con la cara de Supergoofy.

Eso mismo: superpoderes en liza.

Después va a echarse al sofá, que parece de piel de cebra debido a las rayas que dibuja la luz que dejan pasar las persianas.

Se restriega los ojos con los dedos, respira hondo y se dice: «Resumamos. A ver. Un tío me dispara porque me mete en el mismo saco con otra gente que no tiene nada que ver conmigo. Después lo encuentran muerto junto con su socio, su cómplice, su amigo o lo que sea. Así que, en primer lugar, supongamos que fui un error en su ecuación, que confundieron una identidad o algo parecido, y entonces no debería preocuparme mucho. En segundo lugar, sigue habiendo un malo suelto, que se carga a mi asesino y al otro. ¿Por qué? Será por historias tuyas, quizá una venganza, tal vez andaba buscándolos ya desde antes, y los dedos cortados, los dos otros muertos y mi homicidio en tentativa no tienen nada que ver. O sí. Y entonces el nuevo asesino le lleva ventaja a la policía. Tampoco es que sea muy difícil: a lo

mejor hasta tiene un ordenador de este siglo y un teléfono con teclado.»

¿Cómo se defiende? ¿Va bien? ¿Le falta sólo la pipa para ser Maigret?
¿No dan ganas de servirle un vaso de Muscadet?

Qué va, sinceramente, se siente bastante tonto. Y además está acojonado.
Carlo Monterossi, el Hombre que Indaga.

Llaman al teléfono. En la pantalla se puede leer: «Katia Sironi.»
Bienvenido de vuelta al planeta Tierra.

—¡Noticias! —ruge en la oreja derecha de Carlo la representante de una tonelada de peso.

—Buenas, Katia. Dime.

—Vaya, qué humor. Si quieres te llamo cuando acabe el funeral. ¡Si no te incineran, claro! —Se ríe con el estruendo de una presa al romperse.

—Dime.

—Vale, llegan a los veintiocho, veintiocho mil. Y sabes lo que quiere decir eso, ¿verdad? Que, con un poco de tira y afloja, podemos llegar a los treinta. Pero ya está... Me han dado a entender que te echan de menos, pero que tampoco es que seas Maradona con el cerebro de Einstein, así que...

—Pero ¿por qué hacen eso? Es un montón de dinero...

Carlo sabe cómo van estas cosas. Ya ve a Producción convocando a sastres y maquilladores, a la redacción, el lumpenproletariado de la Gran Fábrica de Mierda reunido para un comunicado con el corazón en la mano... Ya se sabe... La crisis, han surgido gastos imprevistos... Os pedimos un esfuerzo... Tenemos que reducir un poco... pero sólo un poco... O sea, todo el mundo empeñado en robarles a los pobres para darle al rico, que en ese caso es él.

—¿Quieres los hechos o mi genial lectura? —Katia.

—Las dos cosas —Carlo.

—Los hechos son que el miércoles, mientras tú perdías el tiempo dejando que te dispararan, hicieron un veintiséis con ocho, que es una cifra de puta madre, pero no les vale.

—Pues, para el primer programa, yo lo habría firmado con sangre...

—Pues ellos no. Entre el despliegue publicitario, la expectación, las polémicas... Vamos, que esperaban más... Y luego lo cierto es que las

historias... ¿Has visto ya el programa o no?

—No, sólo el llamamiento desconsolado de Flora, mi degüello imperial.

—Sí, bueno, eso fue el pico, claro, con el treinta y dos con siete...

—Gracias, Katia, pero el cianuro me gusta frío... mezclado, no agitado...

La mujer vuelve a reír y a Carlo le parece oír que la gente se tira a la calle creyendo que se está produciendo un terremoto.

—Bah, mira... Voy a decirte una cosa, lo he hablado un poco con ellos... Las historias eran, sí... Estaban demasiado limpietas, demasiado embellecidas. No como las tratas tú, que siempre dejas algo al azar..., todo demasiado... sí, demasiado limpio...

—No se van a enterar nunca de que la verdad es mejor tal cual que con los arreglos que le hacen...

—Es que ése es tu toque, y ellos lo saben...

¿Entendido, gente? El toque mágico de Carlo Monterossi es dejar un poco de mierda pegada en las vidas de mierda que van a la televisión a desnudarse. En esas personas, en sus amores, sus sentimientos, las lágrimas, los maridos idiotas, infieles o puteros, las mujeres en busca de afecto o distracción, o enamoradas del panadero, las chicas de las pasiones imposibles, el salto de clase, el ascenso cultural... Pues eso, él les deja algo que se asemeja a la verdad, mientras que los demás, el resto de los «maquilladores» de vidas humanas, recortan y pelan hasta que todo queda uniforme.

Es una cuestión de matices, porque, de todas formas, como dice siempre Carlo, cuando te pones ante una cámara, la verdad está muerta y enterrada, y cuando vas camino de su funeral te dicen... Pero ¡si era ayer!

—Anda, venga, cuéntame tus asombrosas teorías de la conspiración —le dice, dejándose de rodeos.

—Muy fácil. Flora te quería antes y ahora te quiere todavía más. No por ti, no te hagas ilusiones. Lo que pasa es que está convencida de que si una mujer como ella se pone ante una cámara y te implora que vuelvas, es inconcebible que no lo hagas...

—La dama herida en su ego.

—Cuando algo es más grande que el Everest, es normal que se lleve

alguna herida... Pero hay algo más: el llamamiento en directo fue idea suya. Si no funciona, la herida es doble: por ti, que te lo pasas por el forro, y por los de alrededor, quienes le aconsejaron que no lo hiciera y empiezan a poner cara de «Teníamos razón»...

—Hay que joderse.

—Una propuesta.

—No.

—Déjame que hable con ellos, no seas burro. Me espero un poco todavía, dos o tres programas, por ejemplo... Les cuento que tienes una historia entre manos... los dejo en vilo y que vayan salivando...

—Puf, si quieres...

—¿Qué estás haciendo ahora?

—Tengo una historia entre manos.

—Imbécil.

—Mira, Katia, haz lo que quieras...

—A ver qué tal va el miércoles... Si sube el *share*, a lo mejor se calman un poco, pero como bajen del veinticinco...

—Vale, ya lo vemos.

—Oye, Carlo...

—Dime.

—Eres tonto del culo.

¿Por dónde iba?

Ah, sí, por el nuevo, el que hace agujeros más grandes y utiliza balas retro... ¿Quién será? ¿Se la tendrá jurada por algo? No sabría explicar la sensación, pero ese malo le da más miedo que los otros. ¿Por qué?

Le toca llamar a él. Nadia la Maga.

—¡Oh, mi corazón, luz de mi vida!⁸ ¡Si estás todavía trabajando con los dos muertos de ayer, que sepas que tenemos muertos frescos de hoy!

—Dime, Carlo —dice, y sorbe por la nariz.

No está en su casa. Ha pasado algo. Sólo entonces le viene un pensamiento absurdo. Tan evidente que lo más absurdo es que no se le haya ocurrido antes. Si él estaba en el punto de mira de un loco —y si, de algún

modo, sigue estándolo—, ¿no estará poniendo en peligro a gente que no tiene nada que ver? Oscar no le preocupa, porque se las arregla bien solito. Pero Nadia...

—Oye, ¿ha pasado algo?

—No, Carlo, dime.

Le informa entonces del nombre de los nuevos huéspedes de la morgue, en una especie de fotocopia verbal de lo que le han revelado Gregori y el juez, hasta el detalle de las balas clásicas. La oye escribir.

—Vale, dame unas horas.

—Oye, pero ¿seguro que va todo bien?

—Chao, Carlo.

Mujeres.

¿Por dónde iba? Ah, sí, como siempre, por ninguna parte. Cuando Nadia la Maga tenga algo, podrá sumar alguna piececita al puzle, que de momento no tiene ni forma ni color, en la caja no pone ni cuántas piezas son, y el que está intentando hacerlo está más ciego que Ray Charles, y encima es manco.

Pero se acuerda de la idea que se le ocurrió en el bar mientras hablaba con la Ley y la Justicia.

—¿Paolo?

—¡Hombre! ¿Has visto la bomba? ¡Esta mañana Serrini, la del *Corriere*, parecía su propia estatua de cera!

—Estupendo, si te suben el sueldo, me invitas a un café.

Carlo le hace el resumen de los últimos episodios, pero esa vez sin nombres ni detalles.

—Qué serie más corta la de este asesino —comenta Paolo.

Acto seguido, le cuenta lo que quiere de él. Con perífrasis, algunas indirectas, unos cuantos ejem-ejem, metáforas sutiles, alegorías, símiles arriesgados y otros ardidés que, en el caso de que los capte, lo entenderá todo enseguida.

—Dos cosas —dice Paolo.

—A ver.

—Uno: me parece una gilipollez. Dos: te voy contando.

Eso es síntesis y lo demás son tonterías.

En ese punto, tumbado de nuevo en el sofá, tendría que preguntarse una vez más: «¿Por dónde iba?»

Pero de pronto se le quitan las ganas de llegar a ninguna parte. Carlo Monterossi echa de menos su vida pasada, con o sin Flora De Pisis —mejor sin, si le dan a elegir—. Y una noche en la que consiga dormir bien y sin pesadillas, o con sueños de los buenos, pero a su gusto. Y...

El teléfono.

Paolo le dice un lugar, una hora y un nombre. Que pregunte por. Están esperándolo.

—Ah, y se me ha olvidado el punto tres —añade.

—Dime, dime.

—Es una gilipollez.

—¿Ése no era el punto uno?

—Es que las repeticiones... Siempre es mejor repetir la palabra «agua» que poner el «elemento líquido».

Carlo ríe.

Paolo no.

DIECINUEVE

El rubio conduce sin detenerse, a velocidad constante; no hay ni tráfico ni prisa. Son las ocho y media y es de noche en Milán, pero no está tan oscuro; ha habido un pequeño temporal, las luces parecen multiplicarse por dos y todo se ha quedado terso y nítido.

—No debe de haber tantos Z4 blancos —comenta.

—Lo compré de ocasión. Lo tengo calado, es un quiero y no puedo. Yo no perdería el tiempo —contesta el socio.

—¿La mujer o el abogado? —pregunta el rubio.

El otro hace una mueca.

—No me gustan los yonquis, no te puedes fiar... Y las yonquis, ya ni te cuento.

—Los abogados, en cambio... —masculla el rubio.

Van camino del centro. Por la radio surge la voz de Adele. «Skyfall.» Un 007 cansado y arrugado.

«Como yo», piensa el de la corbata.

El rubio canturrea siguiendo la melodía.

El socio contesta al teléfono.

Calla. Escucha.

—A ver... —intenta decir. Sigue escuchando. Baja la cabeza—. A ver, que estoy trabajando... No es el momento... Además... ¿qué quieres que haga?... ¡Pues claro que hablo yo con él! ¡Yo hablo! ¡Si no estoy nunca es porque trabajo, coño!

Sigue escuchando. Se dispone a replicar, pero se lo piensa mejor. Cuelga, o lo que es lo mismo, pulsa un botón.

Silencio. Adele. *Let the sky fall...*

El rubio no haría preguntas ni aunque le pusieran un cuchillo en el cuello. Así que habla el otro.

—El mayor —explica—. No hay quien lo meta en vereda, un culo inquieto de dieciséis años.

El rubio sonrío y dice:

—De todas formas, no creo que pillemos ya al abogado esta noche. Mañana averiguo cómo encontrarlo. Y busco también a la mujer. Te llevo a casa.

El otro no responde. Cierra los ojos.

Let the sky fall...

VEINTE

Via Civitali está al lado del estadio de fútbol y del hipódromo de San Siro. Cuando los partidos son a última hora, o en esas noches que uno va a arruinarse con los caballos, si se mira al fondo de la avenida, se ve una especie de aurora boreal, aunque en realidad son sólo los reflectores, los que obran el milagro de arrojar cuatro sombras sobre el terreno de juego.

Es una calle larga, de dos carriles, con una mediana que hace las veces de aparcamiento. Si se entra desde la ronda, por la avenida Aretusa en dirección a la Scala del fútbol, quedan a la izquierda unos bloques de los años setenta que han envejecido mal, con su ladrillo holandés, sus puertas de aluminio anodizado por fuera y su clase oficinista por dentro, igual de anodizada.

A la derecha, en cambio, se levantan unos pequeños bloques de cemento de color cemento con minúsculos patios comunes, balcones bajos; viviendas sociales de una, dos o tres habitaciones. Estilo periferia de Beirut sin bombas, pero, para eso, casi mejor que hubiera caído alguna.

Van y vienen jóvenes en ciclomotor, ancianas con carritos de la compra, mujeres con velo, hombres con rasgos de Oriente Próximo. Los milaneses sólo van por la zona para los partidos. Y esta noche no juega nadie.

El bar Derby —quién lo habría imaginado, ¿verdad?— tiene en exposición tras la barra camisetas del Inter y del Milán enmarcadas, una camarera a la que le gustaría estar en la cama desde hace horas, por mucho que sean sólo las ocho, y un hombre detrás de la caja que no le daría el recibo ni a un general de la policía fiscal.

¿Quién era ese que entraba por un agujero en una pared y salía en 1963? Ah, sí, un personaje de Stephen King. Pues eso mismo: Carlo Monterossi

empuja la puerta de cristal del bar Derby. Es cierto que los nombres de las camisetas son de jugadores actuales, pero faltan el diez de Rivera y el siete de Jair para que todo sea como en otra época; quizá hasta las moscas que revolotean alrededor de las lámparas verdes del billar sean *vintage*.

El resto es el típico rosario de la parroquia de la Virgen de los Suburbios: dos viejos rascando sin ganar, un negro aburridísimo apalancado en las maquinitas de póquer y una mesa en la esquina con tres profesionales de la veintiuna que eran jóvenes en los tiempos de Bava Beccaris, mudos e inmóviles, salvo para poner una carta en la mesa. Un bonito pesebre, en definitiva, que completa un tipo de pie, cerca de la barra, con una cerveza ante él.

En serio, quien quiera una buena dosis de nostalgia, que se pase por ahí. Será por los cristales sucios y el olor a carajillo, o tal vez por las caras que parecen haber salido del *boom* económico tras descubrir que no era para tanto. Decid que vais de mi parte.

Carlo, sin embargo, no dice de parte de quién va.

Le pide un café al hombre de la caja y va al grano:

—Estoy buscando al viejo.

El hombre de la caja señala con la barbilla al de la cerveza, que no tiene nada de viejo.

Monterossi se le acerca y se dispone a repetir lo dicho, pero el otro asiente, termina la cerveza y sale del bar. Así que Carlo se deja el café intacto —aunque, de haber visto la tacita, nadie se lo hubiese bebido— y lo sigue.

El hombre no camina ni lento ni rápido y no se vuelve en ningún momento para comprobar que el otro lo sigue. Entra en un patio interior y lo atraviesa, se adentra luego por un portal y baja unas escaleras. Enciende una luz. El sótano. Apesta a humedad y orines. Recorre pasillos y dobla esquinas, vuelve a subir unas escaleras y va a dar a otro patio interior. Carlo, detrás.

Otro portal. Esa vez, escaleras arriba. El hombre llama con suavidad a una puerta de la segunda planta, da media vuelta y desaparece por donde han llegado.

Abre un señor esmirriado. Ése sí que es viejo, por mucho que no tenga ni una cana, con el bigote moreno, el pelo renegrado y las cejas oscuras. O es así por naturaleza o tiene una fábrica de betún.

—Vengo de parte de Paolo.

—Ya lo sé.

Carlo espera en una cocina minúscula mientras el otro desaparece en la habitación contigua. Es todo muy modesto, pero está bastante limpio. Vuelve con una caja.

—Me ha dicho que eres un pijo, así que te he escogido una de pijo.

¿Veis lo que pasa cuando la fama te precede?

—Es una Glock diecisiete, robusta pero ligera, fácil de usar, hoy todo el mundo quiere de éstas. —Parece que esté vendiéndole un iPod último modelo—. No tiene número de registro. Pero no lo han limado, lo han quitado con ácido. —Lo dice como si fuera un extra importante—. Así no se sabe de dónde viene. No tiene seguro... Es decir... ¿Ves el doble gatillo? Si aprietas los dos, se desbloquea el percutor. Cuando sueltas, si los sueltas a la vez, se reactiva el seguro. Pero si aprietas sólo el grande, puedes volver a disparar... —Carlo Monterossi pone la misma cara que si se hubiese encontrado con Sadam Husein en el tranvía, pero el viejo no se percata porque está mirando la pistola—. Te aconsejo que no le echas el seguro. Puestos a pegar un tiro, mejor pegar dos, por si las moscas.

Después le explica otras cosas. El cargador. Meter una bala en la recámara, sacarla. No dejarla cerca del alcance de los niños. No ponerla debajo de la almohada. Limpiarla y engrasarla como es debido, utilizar Ballistol y un trapo de algodón. Pero no por celo estético o manías de fanático de la higiene y la salud, sino, más que nada, para que no le explote en la mano.

Lo que, en el fondo, es una manía de fanático de la salud.

Carlo asiente como si supiera de qué le habla.

—Son mil quinientos, pero por ser amigo de Paolo te la dejo en mil trescientos.

Carlo cuenta los billetes por encima de la mesa. Coge el paquete y se levanta. Le da miedo hasta metida en la caja. Pero el otro le soluciona el problema:

—La caja la dejas. Guárdatela así.

Hace que se dé la vuelta con un movimiento brusco y se la coloca en los pantalones, por detrás, con la culata un poco por fuera de la cinturilla y tapada con la chaqueta. Carlo entiende que así podría sacarla rápidamente con la mano derecha. Hace el gesto. El viejo moreno betún asiente.

Le da las gracias y se dirige a la puerta.

—¡Tú, pijo! —lo llama el hombre—. Si la vas a usar de pisapapeles, estupendo. Si no, te hace falta esto. —Pone sobre la mesa una caja de proyectiles.

«Calibre 9 Parabellum», se lee.

Carlo se guarda la caja en el bolsillo de la chaqueta. Le cabe por los pelos, pero tiene la ligera impresión de que es mejor no andar por ahí con una caja de balas en la mano. Aunque, en ese barrio...

—Son doscientos —dice el hombrecillo.

Carlo cuenta más billetes mientras piensa: «Aquí somos dos: uno tiene la pistola, pero el atracador es el otro.» Y se va.

Sale a una calle que no reconoce y entiende entonces la odisea por los sótanos: ni queriendo, sabría volver a casa del viejo. De camino al coche, va andando rígido y tieso, como si tuviera un palo de escoba metido por el culo. O una Glock 17 contra el sacro.

Se monta en el coche, guarda el arma en la guantera y sale del Bronx conduciendo con mucho cuidado, como si llevase a un bebé.

Carlo Monterossi, el Hombre con Miedo de Sí Mismo.

El teléfono le dice entonces al coche que le diga que está llamándolo alguien.

—¿Diga?

—Nadia. —Tiene voz triste.

—Cuéntamelo todo. ¿Has encontrado algo?

—¿Puedo ir a tu casa?

—Llego dentro de media hora. ¿Has comido?

—No tengo ganas.

—Hostias, entonces es grave —dice, intentando bromear.

—Media hora.

—¡Oye!

—Dime.

—No cojas la bici de noche, que no me gusta.

—¡Guay! ¿Me regalas un coche?

—No, te pago un taxi.

—Media hora.

VEINTIUNO

Hego está sentado en la silla plegable azul que hay a las puertas de la caravana más grande. Es su sitio, le gusta. Desde allí se ve todo el campamento. Hace unos días que le ronda por la cabeza la idea de tener una caravana propia, de parar una temporada. Extraño anhelo para un nómada. Pero no será ni ahí ni ahora.

La tormenta tal como ha llegado se ha ido. La tierra la ha acogido y ahora los charcos crean nuevos surcos en el campamento y los pequeños juegan. Lo hacen hasta que quieren demostrar que ya no son pequeños, y entonces se acaban los juegos.

Hego conoce la prisa que tiene su pueblo por hacerse mayor, por ser padres cuanto antes, por casarse pronto. Ha visto los ojos con los que la pequeña esa, ¿cómo se llama...?, Mirsada, mira al joven Helver. ¿Cuántos años tendrá? ¿Once? ¿Y el crío? ¿Trece? Ni eso. Dentro de dos o tres años, tendrán hijos. Así es este pueblo. Cuando no se tiene ni ejército ni se hace la guerra, se crece más deprisa.

Es la misma prisa que tiene Clinton. Coge una silla de madera y se le sienta al lado.

—¿Entonces? —pregunta.

—Nada.

Clinton resopla.

Hego sabe que debe calmarlo. La prisa te hace cometer errores. Los errores se pagan. Y lo que es peor, no te dejan terminar el trabajo. Para Hego su trabajo lo es todo.

—Clinton, esto es como el eco.

Al fondo del todo, tras los bloques blancos que se ven entre los últimos árboles del campamento, hay una puesta de sol roja. Le habían contado que era una ciudad gris. ¿Qué sabrá la gente? Él sí que ha visto ciudades grises con ganas...

—El eco, Clinton. Tú gritas y la montaña te devuelve la voz. Pasa un poco de tiempo. Puede que mucho. Y hasta dejas de esperar. Pero tu voz siempre vuelve. Nosotros hemos lanzado voz. Voz volverá.

Una joven llamada Marzia que estuvo unos meses en la cárcel de Opera por posesión y menudeo de estupefacientes. El tam-tam ya ha salido, se ha lanzado la voz. La montaña devolverá algo. Igual que el eco.

—Nuestro pueblo es numeroso y, de vez en cuando, acaba en cárcel. En cárcel se habla mucho, no se puede hacer otra cosa. —Ríe en voz baja—. Nuestras mujeres descansan allí unos días... Cuando salen, están más guapas que antes. Alguien hablará. Alguien sabrá algo...

La furgoneta blanca, hecha polvo y oxidada, sale del campamento. Esa noche son tres. Volverá llena de cobre, o de otra cosa.

Hego se muestra más animado. Tiene que calmar a Clinton y hacerlo como es debido. Todo lo hace como es debido.

—¿Te acuerdas de Londerzeel? —Clinton sonrío. Claro que se acuerda—. Estuvimos un mes.

—Situación difícil.

—Sí.

En Londerzeel, al norte de Bruselas, habían tenido que encargarse del burgomaestre y los consejeros de la asamblea ciudadana. Quienes, por desgracia, aparecieron muertos en circunstancias misteriosas, después de varios casos de violencia sexual contra niñas gitanas. Niñas pequeñas gitanas. Ni a Hego ni a Clinton les gustaba aquel asentamiento. Estaba ordenado, con barracones en fila, dormitorios comunes, literas, familias con otras familias. No estaba bien.

Y encima la historia de las niñas.

Para que luego digan que esta ciudad es gris.

Clinton sonríe al recordarlo: Londerzeel. Se habría quedado all  un año o diez, con tal de acabar aquel trabajo.

Hego sabe que Clinton lo ha entendido.

—Amigo mío, tormenta ha pasado y puesta de sol también.  Qu  hacemos dos pobres gitanos sin un vaso?

Clinton ríe. Se echa el sombrero hacia atrás, por la nuca, da unos cuantos pasos y llama a la puerta de la caravana grande, que en realidad está abierta. Vuelve a las sillas con dos vasitos de colores y una botella de *slivovitz*. Va pensando que le tiene mucho cariño a su amigo.

Que él combate en las batallas, pero Hego hace la guerra. La larga. La que no termina nunca.

Sirve el aguardiente mientras Hego se lleva el teléfono al oído. No habla, sólo escucha.

Cuelga entonces y el teléfono desaparece en un bolsillo de la chaqueta demasiado grande.

—El eco, Clinton. Ha vuelto el eco...  Ves?

VEINTIDÓS

Pero ¡qué sorpresa!

A las puertas de la casa de Carlo Monterossi, hay apostado un Alfa Romeo gris. Y parece incluso de este siglo... Quién sabe, quizá a las fuerzas del orden les haya tocado la lotería.

En el interior, tras la ventanilla abierta, con un cigarrillo que brilla en la oscuridad, distingue al subinspector Ghezzi, que se empeña a toda costa en aburrirse. Es de noche y Carlo no logra una mayor definición, pero sabe reconocer una camiseta del Barça cuando la ve. Y de eso va vestido Ghezzi, de blaugrana, con nombre y todo a la espalda: Messi.

—Infiltrado —dice Ghezzi con voz cansada, como para prevenir chistes y sarcasmos.

Es una palabra de diez letras, pero resume su vida entera, y en ese momento podría traducirse más o menos así: «Mi vida es una mierda, amigo mío, no como la tuya, que te codeas con las estrellas de la televisión.»

Carlo se hurga en los bolsillos en busca de algo gracioso que decir, pero entonces recuerda la pistola que le presiona la espalda y lo deja estar. ¿Lo veis? Las armas se cargan la conversación. Es decir, también la conversación, vamos. Se limita entonces a un:

—Buenas noches, agente Ghezzi. Perdón... subinspector —le dice.

El media punta Ghezzi hace un gesto con la mano, como para decir: «Vamos a dejarnos de cargos, que estamos entre amigos.» Aunque no suena tan de amigos lo de:

—Monterossi, esta noche no me venga con chorradas. A mi colega de ayer le han metido un buen paquete. Yo nunca me duermo, pero, si me pasa, no me gustaría que me despertase Gregori encabronado.

—Lo siento por su colega, Ghezzi. No me parecía una gran protección, ni despierto ni dormido. No es nada personal, si su comisario no me hubiera insultado esta mañana, a mí se me habría olvidado por completo.

El policía no abre la boca, pero le trasmite con su gesto que le importa una mierda, tanto el colega como Gregori.

—Suba a su casa y pórtese bien, haga el favor.

—La verdad es que estoy esperando a una amiga. Pero me portaré bien, sí, con ella no hay manera...

Complicidad masculina. Codazos imaginarios en la barra. Miradas de reojo a las tetas. Prestaciones mediocres de gregario vendidas como interpretaciones épicas de fuera de serie.

Hombres.

Carlo se da asco, pero le han dicho que se hace así. El resto de los hombres no espera otra cosa.

Y justo entonces se detiene un taxi. Cuando se baja Nadia, Carlo se acerca a la ventanilla y paga la carrera. Lleva un vestido ligero con una rebeca roja y zapatos bajos y tiene los ojos brillantes. La omnipresente mochila con el Mac y sus otros cacharros tecnológicos. Se le engancha del brazo y la conduce hasta el portal. Nadia saluda con un gesto al subinspector culé.

—Seré bueno —dice Carlo.

—Una pena —responde el otro.

La chica se quita la rebeca y los zapatos. Deja la mochila en el suelo y se queda mirando al Dylan del agujero en la frente, que sigue apoyado contra la pared.

—¿Qué te ha pasado, Bob? ¿Alguien ha escuchado «Shot of Love»?

Vosotros no lo entenderíais, pero para los dylanistas del mundo entero es un buen chiste.

Carlo ríe.

—¡Graciosilla! Bueno, ya se te ve mejor.

Pero, en ese momento, Nadia hace algo que nadie se esperaría.

Ni Carlo, ni ella, ni nadie de este mundo que crea conocerla mínimamente.

Estalla en un llanto torrencial, desesperado e inconsolable. Apoya la frente en el pecho de Carlo y llora. Golpea con los puños y llora. Se libera, se desata, se rinde, se vacía. Se desinfla igual que el *Hindenburg* en el incendio. Y llora.

—Se ha ido, joder. Se ha largado y ni siquiera me lo ha dicho. Me ha dejado una nota. Una nota de mierda con dos frases insulsas, ni siquiera ha perdido el tiempo, ni siquiera se ha parado unos dos segundos para decirme: «Ha estado bien, fue bonito mientras duró, lo siento.»

Llora y grita y aúlla a la luna, y escupe palabras, y jadea y gimotea y se retuerce de dolor. Pero lo hace por dentro, porque por fuera está inmóvil, con la frente apoyada en el pecho de Carlo.

Pues eso, hay momentos en que no puede decirse nada. Pero no porque no haya cosas que decir, frases bonitas, citas importantes o consuelos elegantes elaborados con palabras de poetas o cantantes. Lo que pasa es que, de pronto, todo suena tonto.

Así que Carlo no dice nada. La abraza con fuerza.

Nadia levanta la vista. Ahora sí que los tiene verdes, no grises. Empañados.

—Se ha ido con un hombre —apostilla.

Es como si dijera que se ha arrojado a las vías del tren. Que se ha tirado del Duomo. Que se ha inmolado en un mercado de barrio, «imagínate, era de Al Qaeda y yo ni lo sabía». Algo enorme, inabarcable.

Se apoltronan entonces en los sofás blancos como delfines que se hubieran quedado varados, cansados de la vida. Dejan que se instale el silencio.

Nadia va al baño. Carlo trastea por la cocina, entre el congelador y el microondas. Igual que Katrina siente devoción por la Virgen de Medjugorje, él la tiene por Katrina. Gracias a ella, el frigorífico parece la despensa de un restaurante.

Lleva al salón un plato de ensalada de pollo, dos *arancini* que dicen

«Cómeme rápido» —como Edwige Fenech en las películas del destape italiano—, un cuenco con esos pepinillos enormes que sólo la gente del Este desgajada del socialismo real sabe encontrar en Milán, agua mineral y una botella de vodka con el cristal esmerilado por el hielo.

Comen, beben, ríen en voz baja y con la amargura justa. Podría añadir que lloran, aunque obviamente Carlo no. Pero como si lo hiciera.

—Voy a echarla mucho de menos, ¿verdad? —pregunta Nadia.

—No lo sabes tú bien.

Carlo Monterossi, el Hombre sin Pelos en la Lengua.

Recoge los restos de la cena y vuelve con su amigo Oban y dos vasos.

Nadia ha encendido el Mac y ha sacado el iPad, unos folios y un boli. Se le han vuelto a poner los ojos grises.

Empieza:

—Sebastiano Saputo, nacido en Cosenza en el sesenta y cinco —empieza—. Estudió en Nápoles y se mudó a Milán en el noventa y dos. Protésico. Trabajó primero para un par de clínicas dentales, de las grandes, y luego abrió un laboratorio propio. No conozco el sector, pero yo diría que fue un salto cualitativo dentro de lo suyo. Sin mujer ni hijos. Una casa en la calle Meda, en propiedad, pequeña para una familia, grande para un soltero... Pero ya sabes mis estándares, así que haz tus cálculos. Sin coche, aunque tenía carnet. No me aparecen... no le aparecen a Oscar, quiero decir..., antecedentes penales ni nada por el estilo...

—Sí, me lo han dicho hoy.

—Bien. Resumiendo, nada reseñable. Ah... tampoco licencia de armas. Si se trataba de tu hombre, no llevaba gafas, era sólo un disfraz. Según los vecinos... a los que Oscar ha podido abordar hoy... era un tipo muy tranquilo, amable dentro de la media, sin deudas, sin vicios. De vez en cuando iba a verlo una chica... bueno, una mujer. Pero, al parecer, no se quedaba a dormir, aunque eso nunca se sabe. Nada de riñas, nada de nada. Un aburrimiento mortal.

—«Mortal» es la palabra.

Pausa. Beben un poco. Carlo baja la intensidad de las luces y pone música.

Sus provisiones de Dylan comprenden la discografía entera en vinilo, la discografía en cedé y una lista de reproducción en un portátil pequeño conectado a la cadena que lo contiene todo, incluidos conciertos, *bootlegs* piratas, rarezas, versiones estrafalarias, caras B, nanas, cantilenas, cintas robadas, grabaciones en bares de la época del accidente en moto, duetos, tributos y baladas que ni Bob sabe que escribió, tocó o cantó, y en algunos casos —creedme— es mejor así.

Empieza a sonar una de esas versiones del «Girl From The North Country» que enternecerían hasta a Kim Il-Sung si siguiera vivo.

—El otro, un poco mejor —sigue Nadia.

Quiere decir que tiene algo que contar: no hay nada más irritante para quien busca que descubrir que no había nada que averiguar.

—Franco Rivetti, nacido en Pavía en el cincuenta y siete... Antes de ayer fue su cumpleaños...

—¡Felicidades! —exclama Carlo, que se arrepiente al momento.

—En Milán desde que terminó los estudios, técnico en electrónica con pasión por los cacharros sofisticados. Tuvo una época dorada a finales de los setenta, cuando inventó una especie de... mmm... detector de frecuencias... Piensa que no existía el GPS... No sé, si quieres investigo un poco...

—No creo que sea importante —opina Carlo.

La chica, sin embargo, pulsa la pantalla y añade un signo de interrogación al lado de una línea de texto. Una maniática.

—De todas formas no hizo dinero, por temas de patentes. De hecho, trabajaba de electricista. Con su bolsa al hombro y de aquí para allá. Luego, ya en los noventa, se mete en el negocio de la seguridad antirrobo, y parece que se le da bastante bien. Abre una pequeña sociedad limitada de nombre FraMar. Hace instalaciones en pisos, pero también en chalets y fincas, la cosa funciona, está bien pagado. Se muda (vivía por Isola), no se va muy lejos, a via Farini, un piso grande de doscientos metros con terraza. Monta allí una especie de oficina, puede que para la contabilidad, tal vez no fuera un contribuyente modelo... —Baja la cabeza y se disculpa—: Conjeturas mías.

—Parece decir: «Que no lo tenga en cuenta el jurado.» O bien: «Protesto, señoría.»

El día que el cine de Hollywood abandone nuestras almas, entonces sí que nos quedaremos realmente huérfanos.

—Un tipo solitario, hasta que en dos mil uno, de pronto, golpe de efecto, se casa. La mujer se llama Margherita Colorni, milanese, del sesenta y tres... Es decir, que cuando se casan él tiene cuarenta y cuatro años y ella treinta y ocho, no es lo que se dice un amor adolescente... Sin hijos. Todo bien hasta que... —Se inclina sobre la pantalla del Mac para leer mejor—. Hasta que el veinticinco de febrero de este año... A eso de medianoche... de modo que técnicamente podría ser el veintiséis... —Lo apunta tecleando. Carlo la mira a la espera de la continuación—. En fin, el veinticinco o el veintiséis, el caso es que tuvo un accidente. Ella estaba volviendo a casa en moto... en una Yamaha 125... por la avenida Tibaldi esquina con via Brioschi... Esa avenida es una especie de autovía, ella tiene preferencia, puede que el semáforo estuviera en ámbar, no sé, pero el caso... Llega un coche disparado desde via Brioschi, se la lleva por delante y muere en el acto. Tengo el informe de tráfico, si lo quieres. No hay testigos, el pirata escapó y todavía no lo han atrapado...

Silencio.

¿Qué decía Kurt Vonnegut? «No hay nada inteligente que decir sobre una matanza.»

Nadia suspira.

—... Nuestro Franco Rivetti acusa el golpe. Cierra el negocio, de modo que, en la Cámara de Comercio, FraMar...

—FraMar... Franco, Margherita... —dice Carlo a media voz.

Nadia lo mira. Asiente. No se le había ocurrido. Carlo sabe que es infantil, pero se siente como quien marca un punto cuando va perdiendo mil a cero.

—... FraMar ya no aparece.

—Fin de carrera. Sabemos lo mismo que antes.

—Sí. Aunque...

—¿Qué?

—Rivetti lo cierra y lo liquida todo, deja de trabajar, vende hasta una casita en Valtellina que había comprado hace sólo tres años, vamos, liquidación total y persiana bajada, pero...

—¿Pero?

—Pero se queda con un pequeño laboratorio en alquiler, o un almacén, una guarida del lobo, secreta, no sé... En via Cusio, cerca de su casa, un semisótano lleno de cosas.

—¿Cómo sabes que está lleno de cosas?

—Cuando descubrí que tenía ese sitio alquilado, del que no hay constancia por ninguna parte... o sea... sólo en la Cámara de Comercio, cuando el negocio en sí aparece cerrado... En fin, que Oscar ha hablado con el dueño... el... ¿cómo se dice?, arrendador... Le ha colado una bola sobre que conoce a Rivetti y que le ha dado permiso para que vaya a ver el local porque quiere subarrendarlo, incluso con el consecuente aumento del alquiler, obviamente, y Rivetti va a estar fuera unos días y si pudiera darle las llaves...

—No me digas que se lo ha tragado...

—Con patatas. Parece que nuestro amigo muerto no era un crack de la puntualidad en los pagos, y la mayor preocupación del dueño es tener que pagar él el desalojo del local, que le quiten de en medio toda la porquería, en sus propias palabras, que hay dentro. Oscar, por supuesto, se lo ha currado: «No se preocupe, que yo me encargo de todo. No pido nada. Pago bien. Salude a su señora de mi parte.» Vamos, ya lo conoces, es un capullo, pero sabe moverse.

—Por cierto, ¿dónde está?

—Me ha pedido que te diga que va a estar fuera un par de días, pero que vuelve pronto y que pensará en nosotros... Mientras... —Hurga en un bolsillo de la mochila—. Aquí están.

Nadia deja un pequeño juego de llaves sobre la mesa.

—La guarida secreta del señor Franco Rivetti, que en paz descanse. Tenemos que devolverlas dentro de dos días, pero como mañana es sábado, pues el lunes. La excusa es que una joven arquitecta, o sea yo, tiene que tomar medidas para ver si el local es adecuado para nuestras necesidades...

Carlo Monterossi, el Hombre Exultante.

Piensa: «Al Mossad nos lo merendamos. ¿La CIA? Aficionados...»

Mira a Nadia a los ojos y le dice:

—¡De locos! ¡En una tarde!

—Y qué tarde...

Y entonces, cuando acaba la distracción del trabajo, la realidad vuelve a caerle sobre los hombros como una tonelada de barras de hierro, cemento, ladrillos para la construcción, vigas de madera, bloques perforados. Igual que tras un derrumbe, como la pequeña Nadia bajo los escombros, que, cuando llegan los bomberos, grita: «¡Ayuda!» Y en el telediario dicen que se oyen los lamentos bajo los cascotes y el reportero pregunta a una transeúnte: «Señora, ¿qué siente en estos momentos?»

Pues eso mismo.

Y se quedan en silencio mientras Dylan canta sólo para ella. No para vosotros ni para Carlo, ni para nadie de Toronto ni Bangalore, ni tampoco para algún personaje californiano, ni para los chicos de su última banda, ni para los viejos amores, ni para los campesinos pobres del Medio Oeste. Sólo para ella, Nadia Federici, de veintiocho años de edad, sola y abandonada:

*Please see for me if her hair hangs long,
If it rolls and flows all down her breast.
Please see for me if her hair hangs long,
That's the way I remember her best.⁹*

Tras lo cual, no queda mucho que hacer.

Sin decirse nada, Carlo le enseña la habitación de invitados, que tiene su pequeño baño propio y todo lo necesario. Le ofrece una camiseta para dormir, le promete un café a la mañana siguiente y el inaudito extra de un subinspector de policía vestido del mejor delantero del Fútbol Club Barcelona, que velará por su soledad, sus desilusiones, sus pérdidas, sus amores lejanos, esa mierda de vida que tienen, la botella de Oban medio vacía, la de vodka medio llena, y ese dedo que Dylan sigue metiendo en la llaga.

«Algo que, a fin de cuentas, siempre es mejor que en el culo», piensa Carlo.

VEINTITRÉS

Cuando Carlo recobra el conocimiento, después de dormir como un oso grizzly en hibernación, Nadia se ha ido.

La que está es Katrina, que limpia cosas que no pueden estar más limpias, recoge la enorme cocina, barre el estudio y otras habitaciones vacías que nadie usa nunca, en suma, da la vuelta de los sábados por la mañana para ver si «Señor Carlo todo bien».

Como se siente responsable de su felicidad —aparte de su alimentación, de su higiene personal y muchas otras cosas que sólo ella sabe—, se alegra de que una mujer haya pasado la noche en la casa. Pero pone mala cara cuando ve que ha ocupado la habitación de invitados. O sea, un pequeño paso para la humanidad, un gran paso para Carlo Monterossi, pero, ya puesto, podría haberlo dado un poco más largo. Bueno...

Katrina vuelve a alegrarse cuando ve que la Virgen de Medjugorje no ha acabado en el cubo del papel —separan la basura—, sino que los bendice a ambos, azul y blanca como una hinchada del Lazio, sujeta por Supergoofy.

—¿Hago café? —pregunta.

—No, Katrina, me lo tomo en el bar y así voy a por los periódicos.

—Entonces me hago para mí y termino ya.

—Muy bien.

Le lanza entonces una mirada inquisitiva, escrutadora; engancha el cebo al anzuelo y lo tira al mar.

—¿Cambio sábanas de cuarto pequeño o vuelve señorita?

—No sé qué decirte, Katrina... —responde Carlo.

Pero ve que Nadia ha dejado cosas, no su amado Mac, claro está, pero...

—No, no las cambies.

Katrina deja escapar una risita italomoldava que contiene todo lo que saben las mujeres de su edad —o creen saber—, de aquí a los Cárpatos, y más allá.

Paolo se ha ido un poco por las ramas, pero es otra obra de arte. Hasta tal punto que empieza en primera plana y, en lugar del típico reportaje, hay un editorial desconsolado del tipo «Adónde vamos a ir a parar», mezclado con «Bienvenidos a Gotham City» y un pequeño chorreón de «La policía, a tuestas».

CINCO HOMICIDIOS EN SÓLO CINCO DÍASUNA OLEADA DE CRÍMENES SACUDE MILÁN

La comisaría calla y los instructores se muestran optimistas mientras la ciudad es golpeada por misteriosos ajusticiamientos. Los dos cadáveres que se encontraron ayer en San Siro son los de los asesinos de los dedos cortados. Muere un radical de ultraderecha, ¿venganza interna o delito político?

Milán. Una matrioska de muertes, donde un misterio contiene otro. La carrera de los asesinos de Lodovica Répici y Marino Righi, esos dos ciudadanos intachables que fueron asesinados entre el lunes y el martes (ayer escribimos ampliamente sobre el tema, N. d. R.), ha tocado a su fin, después de que sus cuerpos sin vida fueran descubiertos en un vehículo abandonado en medio del inmenso aparcamiento del estadio, que se encontraba desierto la noche del jueves. Según una filtración no confirmada por la comisaría, que aún no ha contactado con los parientes de los dos hombres, se trataría de S.S. y F.R., también ambos, como las otras dos víctimas, sin antecedentes.

Todo apunta a que se trata de una ejecución —tiro en la nuca—, y en el vehículo, un monovolumen Peugeot 308, se han hallado pruebas concluyentes que vinculan los dos cadáveres con los homicidios del lunes y el martes, como podrían ser la pistola o el instrumental con el que cercenaron los dedos a las víctimas. El panorama que se les

dibuja a los investigadores es, por tanto, trágico y misterioso: dos ciudadanos corrientes asesinados de una forma brutal, con una macabra puesta en escena, y otros dos ciudadanos normales, sospechosos de dichos crímenes, ajusticiados a su vez. Ni el comisario Gregori, con el que contactamos por teléfono, ni el ayudante del fiscal Ghioni, encargado del caso, han aceptado hacer declaraciones, si bien al juez se le han escapado algunas palabras de optimismo moderado.

Pero si el misterio de los dedos cortados parece complicarse, otro derramamiento de sangre atemoriza a la ciudad y demuestra que el crimen ha recobrado su arrogancia. Cosimo De Giorgi, de veintiséis años, miembro de la derecha más radical de —además— inspiración hitleriana, ha sido hallado muerto en su domicilio de la avenida Piave. De Giorgi, que tenía antecedentes por violencia política, agresiones y menudeo, estaba atado a una silla y, por lo que parece, murió desangrado tras recibir un corte preciso en la arteria femoral. El encargado de la investigación es el ayudante del fiscal Cesare Livalli, quien, aunque no ha querido hablar con la prensa, ha publicado un breve comunicado según el cual están siguiendo todas las pistas, con especial atención a esa zona gris en la que conviven el extremismo de derechas, el menudeo y la delincuencia menor. Podría tratarse, en definitiva, de un ajuste de cuentas, como cabría pensar por el tipo de homicidio, pero tal vez —y esto es lo más temible de todo— estemos ante el regreso de la violencia política.

Siguen consideraciones sobre la seguridad de los ciudadanos, las dudas sobre una pista que podría señalar hacia el crimen organizado —demasiada gente sin antecedentes involucrada— y una alusión a otros dos crímenes sin resolver de los últimos meses en Milán: las víctimas del ataque al asentamiento gitano, en el límite entre Milán y Rozzano, el 25 de febrero, el día que murió un policía municipal destacado en el campamento, Natale Gilardoni, de treinta y nueve años, casado y con una hija, así como un niño gitano de dos años víctima de graves quemaduras, aparte de otros heridos.

El nombre del niño gitano no aparece. Hasta teniendo las mejores intenciones, si se mira bien, entre líneas y a contraluz, hay implicaciones étnicas, cuestiones raciales.

Carlo decide que se lo comentará a Paolo. Es un tío al que le gusta cuidar esos detalles.

En conjunto, una buena ristra de crímenes y muertes, preocupaciones, indignación moderada, confianza en las fuerzas del orden, pero diciendo las cosas sin pelos en la lengua; temor que no pánico. Un tratamiento que responde, aparte de a la habilidad de Paolo, a la naturaleza del periódico, democrático y sin estridencias, responsable pero severo.

Una de las pocas instituciones sólidas del país.

Carlo se alegra de que la comisaría no haya revelado los nombres de los ocupantes del Peugeot. Así, si por casualidad el dueño del laboratorio del electricista Rivetti —viudo reciente y asesino en sus ratos libres— lee el artículo, tardará varios días en correr a ver a Gregori y contarle que dos tipos le han pedido las llaves.

Paga el café y el cruasán —una de esas cosas congeladas y luego reanimadas en un horno eléctrico a las que en Milán llaman «cruasán»—, vuelve a doblar los periódicos, se coloca bien la Glock entre el hueso sacro y la cinturilla de los pantalones, y se dispone a llamar a Nadia.

Ella, sin embargo, llama primero.

Está excitada y acelerada, casi sin aire:

—Lo sé todo.

—¿Todo de qué?

—Todo, Carlo, una locura, no te lo vas ni... Venga, quedemos ya, nos comemos un bocadillo y te cuento... ¡Joder, qué historia!

—¿Dónde estás?

—En via Cusio, en el número trece, el laboratorio de Rivetti. ¿Cuánto tardas?

—Diez minutos, si no tardo en aparcar.

—Cierro y te espero fuera. Aunque luego tengo que volver para ordenar las cosas.

—¿Tú cómo estás?

—Mmm... así así... —titubea Nadia—. Tengo hambre.

—Entonces, déjate de bocadillos y vamos a darnos un homenaje, que no nos persigue nadie.

—No, ya no nos persigue nadie...

VEINTICUATRO

Clinton da vueltas en busca de aparcamiento.

Una, dos, tres vueltas, entre la avenida Monza y via dei Transiti. Hay edificios buenos y tugurios. Es una zona de la periferia que, con los años, ha acabado en el centro, por encima de la plaza de Loreto, que es una de las puertas de la ciudad. Si vas hacia el nordeste desde el Duomo, tomas la avenida Venezia y sigues por Buenos Aires, en días soleados como éste, al fondo de la avenida Monza se ven nubes blancas que en realidad son montañas.

Hego tiene el codo por fuera de la ventanilla y mira a su alrededor. No por interés, aunque siempre se aprende algo. Hay un coche que va a salir de su plaza y Clinton espera en doble fila para aparcar en el hueco. Por detrás, tocan el claxon.

El edificio es antiguo y huele a fritanga por las escaleras.

Hego y Clinton se han arreglado, lo que significa que el primero va como siempre, con la chaqueta más grande de la cuenta y la corbata que no pega ni con cola, y el otro lleva una camiseta recién lavada, amarilla, que le marca los músculos del pecho y le queda ceñida por los bíceps.

Y el sombrero, claro.

Nada de timbres. Golpean la puerta.

—¿Quién es? —Una voz débil, temerosa.

—Amigos de Sergione.

—No está.

Hego mira a su compañero. Lo han hablado: nada de modales bruscos, la

mujer no tiene nada que ver, si acaso es otra víctima. Le toca hablar a él.

—Ya lo sabemos, señorita Marzia. Por eso hemos venido. Queríamos hablar con usted. Es importante. Sólo pretendemos que nos escuche y nos vamos.

Con voz tranquila, sin meter prisa, sin esos imperativos secos y violentos de la policía: «¡Abra! ¡Ahora mismo!»

—Un momento —responde.

La puerta se abre.

Hego y Clinton ven el estupor en la cara de la mujer. Está claro que no esperaba encontrarse con dos gitanos.

Clinton se quita el sombrero, como avergonzado, le tiende una mano y la mujer se la estrecha sin pensárselo. Cuando hace otro tanto con Hego, éste hace el gesto de besársela suavemente, como los caballeros de verdad, que en realidad no besan la mano, no, la rozan, y sólo con un lado de la boca. Pero ¿cómo va a saberlo Marzia?

La casa no es una casa.

Hego sonríe porque parece una caravana. Una cama, una mesa con dos sillas, una máquina de coser, un frigorífico bajo, un fregadero, una cocinita de gas con dos fuegos, que parece más bien un hornillo de camping. Todo en un puñado de metros cuadrados. La única ventana que hay está abierta. Y la puerta plegable en plástico que se ve, posiblemente del baño, está cerrada.

«He vivido en celdas más amplias», piensa Clinton.

Cuando recobra la compostura, ya no parece estar tan intimidada.

—¿Qué queréis?

No es muy alta, aunque tampoco se diría que es baja. Bien hecha, todo en su sitio. Está estropeada, es cierto, cualquiera encerrado ahí dentro lo estaría y, además, saben que ha pasado una temporada en la cárcel, que su situación no es de las mejores, que... Tampoco los rasgos duros de su cara parecen pertenecerle, sino ser más bien de alguien que necesita protección, cuidado, pero que, como nadie le da nada parecido a eso, se hace la dura. Las comisuras de los labios, torcidas ligeramente hacia abajo; los ojos, medio entornados.

Suspicaz.

—Nuestra prima Miriana nos ha dado recuerdos para usted —le cuenta Hego, todo cortesía, haciendo una pequeña inclinación.

Por un momento, los rasgos de Marzia se relajan y se vuelve... no guapa... no tanto pero...

—Sí, Miriana me ayudó. Es una buena chica... ¿Cómo está? ¿Cómo están los niños? Lo que lloraba por sus niños...

—Está bien, señorita Marzia —responde Clinton—. Y los niños también. Ella nos dijo dónde encontrarla.

—Estamos buscando a Sergio —interviene Hego.

—Estupendo, pues si lo encontráis, avisad, que tengo que decirle un par de cosas —bufa, furiosa.

Pero ve entonces que los dos hombres siguen de pie —aunque no es que haya mucho sitio donde acomodarse— y se apresura a despejar de ropa y cachivaches las dos sillas.

—Sentaos, por favor.

Ella se acomoda en la cama medio deshecha.

No deben interrogarla ni hacerle preguntas. Pero ella tiene que hablar y ellos escuchar.

—Verá, señorita Marzia, Sergio no le conviene. Usted es guapa y joven y merece algo mejor. Aunque eso —se apresura a añadir Hego antes de que la mujer replique— es cosa suya y nosotros no debemos...

—Tenemos asuntos pendientes con él y nos gustaría al menos quedar en paz —apunta Clinton.

—No hablamos ya de sacar algo... —sigue Hego.

Son la viva imagen de la honradez comercial, dos buenas personas que buscan la compensación de un canalla que probablemente los haya engañado, de un cabrón como una casa. Cualquiera se pondría de parte de ellos.

Y Marzia, ni te cuento...

De hecho, habla. Hace mucho tiempo que no tiene con quién.

—Yo lo quería mucho... Y puede que siga queriéndolo, quién sabe... Lo conozco desde que tenía diecisiete años, nos juntábamos, nos dejábamos, nos perdíamos de vista un tiempo y nos volvíamos a encontrar. Me pegaba, quiso

que me prostituyera, hasta intentó que hiciera películas guarras... —Pone tal cara de asco que incluso Clinton se pregunta lo guarras que debían de ser—. Y una noche nos pararon los carabineros... Una noche que él iba a hacer una entrega. Fui con él porque me dijo que era una cosa rápida, y luego te llevo a cenar, al cine, esas cosas... Como la gente normal... Yo no suelo hacer muchas cosas de las que hace la gente normal...

Tiene las manos en el regazo, como algunas ancianas cuando cuentan historias.

Ellos, callados.

—Total, que nos paran los carabineros en la calle Ripamonti. Y él, como un gato... me mete un paquete en el bolso. Cuando lo encuentran, se pone a gritar: «¡No la conozco! ¡Me he ofrecido a llevarla a su casa! ¡Putas asquerosas, quieres meterme en líos!» No sabía qué decir, así que le seguí la corriente... Aunque después de la primera noche a la sombra... ¿se dice así?... después de la primera noche a la sombra me dije: «Lo cuento todo...»

Ellos, callados.

—Pero a la mañana siguiente, antes de hablar con nadie, llegó el colega este, el abogado... De Rosa, eso... De Rosa. Me dijo que si admitía que la droga era mía, me caían dos meses, como máximo tres o cuatro, mientras que, si se enteraban de que era de él, con sus antecedentes y todo el rollo, podían caerle hasta cinco años... y eso, con suerte... Y luego, con cara de pocos amigos, me dijo que si, por el contrario, decidía hablar, bueno, pues que Sergione tenía muchos amigos fuera... Además, también con suerte, cuando me liberaran a los dos meses, aunque podía ser menos incluso, saldría con todos los honores y un poco de dinero y quizá, por qué no, hasta con trabajo. Él mismo conocía a alguien que buscaba una dependienta, por ejemplo... ¿Qué iba a decirle?

—¿Y cuánto tiempo estuvo?

Una risotada amarga, parecida a un pequeño bufido nasal.

—Cinco meses y medio.

Hego se mira las manos como si buscara un punto de partida, como si sus nudillos de corteza de haya, de bosques bohemios y carromatos, pudieran ayudarlo.

—Tenemos que encontrarlo —dice—. Seguramente usted sepa qué lugares frecuenta, si tiene amigos íntimos, sus trapicheos...

—¡Yo de los trapicheos de Sergione no sé ya nada ni quiero! —estalla, enfadada.

Clinton entiende. Cinco meses y medio son más que suficientes.

—En su casa no está... He ido a buscarlo, claro. Los números de teléfono que tenía ya no funcionan. El coche está aparcado abajo lleno de multas... Amigos... En realidad no tenía tantos. Los de la política, esos de las cabezas rapadas que no soporto... Ésos tampoco se le acercaban mucho... Aunque eso sí, si había que pillar un gramo, Sergione ya les iba bien, pero si no... Les daba vergüenza ajena, eso es... —Se alegra de haber encontrado la expresión—. Les daba vergüenza ajena.

—Alguien... —El tono de Hego es una imploración que nada tiene de ruego. Es una especie de orden educada.

—Que yo sepa, amigos amigos, tenía sólo dos. Uno, un rubito de buena familia, con un piso en el centro, ropa pija, no sé si me explico... De Carli... De Giorgi... No me acuerdo bien. Un mal tipo, eso sí. —Clinton esboza una sonrisa torcida—. El otro... uno que toca la guitarra... bueno, la guitarra no... lo de las cuatro cuerdas... ¡El bajo! Eso, ¡el bajo! Lo llaman el Guita, porque es muy alto muy alto...

Cosas que ya saben.

—¿No tendrá alguna foto para que los veamos? —Hego sabe que es un riesgo, que podría cerrarse en banda.

Y, de hecho, se lo piensa.

Pero acto seguido se levanta y abre un cajón de la cocina. Saca un cuaderno con la tapa rosa y corazoncitos pintados a rotulador, un poco desdibujados. Hojea lentamente el contenido.

—Aquí estábamos en Sirmione... este año... antes de la cárcel...

Marzia sale con el pelo corto y una sonrisa de verdad, se la ve guapa.

Él, fuerte —pero de músculos, no de grasa—, con cara de chulo, el pelo a cepillo y gafas de sol.

—Ésta la hicimos en un concierto... A mí esa música no me gusta... Yo escucho a Eros y a Vasco... ¡Ay, mirad, aquí sale también el Guita! —Le pasa a Hego una instantánea a color, algo oscura, aunque las caras se distinguen bien.

—Y a este... Guita, ¿dónde podríamos encontrarlo? —pregunta Clinton.

—¡Ah, eso es fácil! Trabaja de camarero.

Parece como si estuviera jugando con ellos. Pero ¿a qué? A los espías, a policías y ladrones, a los indios... Nunca tiene quien la escuche... Ellos dos, en cambio...

—¿Sabéis dónde está la Triennale? El edificio que está en el parque Sempione, el museo. Dentro hay un bar elegante... y una librería también, y las exposiciones... Trabaja en el bar... Si sigue todavía... Pero decía que el curro estaba bien, no creo que lo haya dejado. Por eso no lleva las pintas que llevan los demás, con los tatuajes, las esvásticas y esas cosas... Tiene que parecer decente. No es tan mala gente como el otro...

Clinton hace una mueca.

Normalmente decide él quién es mala gente y quién no lo es.

Hego se levanta y Clinton, por tanto, lo imita.

—Gracias, señorita Marzia. Y perdone la molestia... Sé que somos sólo unos pobres gitanos y no hacemos negocios grandes, es poco dinero. Pero precisamente porque es poco... —dice Hego, que de pronto parece un desamparado.

Se ha guardado en el bolsillo la foto del concierto, Marzia no se ha dado ni cuenta. Tablas.

—¿Quiere que le digamos algo a Sergione si lo encontramos...? ¿Le gustaría que le diésemos algún mensaje?

La mujer vacila un instante. Se le ponen los ojos brillantes y le tiembla ligeramente el labio inferior, pero es sólo un momento.

—No, no le digáis nada —responde con un resoplido.

Vuelven a la furgoneta. Clinton tiene que maniobrar para salir del hueco,

encerrado como está entre dos coches, pero de pronto se detiene.

—¿Te importa conducir? Arranca cuando suba.

Se apea de la furgoneta y, mientras Hego se pone al volante, abre por la parte trasera, coge unos alicates grandes y deja abierto el portón lateral, por el que los hombres descargan el cobre y la chatarra en el campo.

Da dos pasos, sin mirar a su alrededor, sin vacilar, y, de un golpe seco de alicates, corta la cadena que sujeta a un poste de la luz un ciclomotor algo escacharrado, por no decir destrozado.

Un golpe. Un sonido metálico que ya se ha esfumado, perdido entre el rumor de la ciudad. Después levanta el ciclomotor como si fuera una bici de niño, sin esfuerzo, y lo mete en la furgoneta. Cierra el portón y sube.

Se van.

Avenida Monza, Loreto, a la izquierda por la avenida Abruzzi.

Luego es todo recto y los árboles de la ronda dan sombra.

—Ya puedo conducir —se ofrece Clinton.

Pero Hego sonrío.

—No, me divierte.

Está pensando en una casa que parece una caravana, en cinco meses y medio de cárcel y en las cosas que también tiene el amor.

VEINTICINCO

La herida que divide el barrio de Isola, en el centro de Milán, es la vía del tren. Para llegar a la calle Farini, hace falta, por tanto, cruzar un puente, pero no sin antes atravesar una especie de jungla de rascacielos erigidos en plena crisis a modo de alegato en favor de la modernidad.

Así, entre el Milán siglo veintiuno pijo-y-falopero del paseo de Como y el Milán siglo veintiuno proletario-y-trabajador del barrio de Isola, surge una excrecencia de cristal y cemento que bien podría estar en Dallas, Seattle, Shanghái o cualquier otra parte del mundo, archipiélagos incluidos.

Evidentemente, nadie necesita esas oficinas, ni esos metros cuadrados, ni sus ventanales ni ascensores. Se construyen para que los bancos den crédito, crédito que se utiliza a su vez para construir más oficinas que se quedarán vacías y que servirán para pedir otros préstamos a bancos, que se emplearán luego para... Si queréis, podéis abatirme con un rifle para elefantes, pero, de todas formas, nada va a cambiar...

Cuando por fin llega a via Cusio, Carlo descubre que es de sentido único y que tendría que haber entrado por el otro lado. Nadia está esperándolo sin la mochila, tan sólo lleva el Mac en la mano y tiene cara de impaciencia.

—¡Sí que has tardado! —se queja.

—Te lo compensaré.

Conduce veloz en pos del almuerzo, con Nadia impaciente pero callada. Ésta dice que, antes de nada, tienen que brindar y que no abrirá la boca hasta que se haya bebido un vaso de vino blanco frío.

Cuando llegan a via Cadore, empieza la odisea para aparcar. Una vuelta, dos vueltas. A la tercera, se queda un sitio libre con rayas amarillas,

reservado a los residentes. Aparca.

—Es para residentes —le advierte Nadia.

—¿Y no somos todos residentes de este gran mundo?

Pero entonces la chica comprende adónde pretende llevarla.

—¿Aquí?

—¿No teníamos algo que celebrar?

—¿Por qué no me pagas dos meses de alquiler y nos comemos un bocata? Así ahorras —dice, riendo.

El Porticciolo es uno de esos restaurantes en los que el pescado está más fresco que el que sigue nadando en el golfo de Tigullio. Dicen.

Los dos piden pasta con almejas. El camarero, que es además el dueño, dice que vale, pero que tienen unos erizos que no hace ni dos horas que han llegado. Quieren erizos. Espaguetis, no, *linguine*, no espaguetis, ya se sabe cómo es ir a comer con chicas...

—Como tú veas —le dice Carlo. Y al *maître*—: Y un Pigato bien fresco.

Nadia detiene al camarero.

—No... ¿Tienen Ribolla Gialla?

—Por supuesto —dice el otro. Cómo no...

Carlo reconoce un recuerdo romántico cuando lo ve, y comprende que si Nadia quiere ese vino es por razones con las que nada tienen que ver los erizos, los *linguine*, el mar, la comida, el brindis y tal vez nada en el mundo entero.

De vez en cuando, un ligero velo cubre los ojos de la chica, cuando le viene una imagen a la memoria, un pequeño fantasma, un ángel, al aflorar un recuerdo... Carlo sabe cómo son esas cosas, que por cualquier nadería sientes una espina, que se convierte en una hoja de cuchillo, que se transforma en...

—Venga, anda, cuéntamelo todo, que me muero de curiosidad y...

—Gracias por lo de anoche —dice Nadia.

Carlo pone una cara que significa: «No me des las gracias, *mi casa es tu casa*,¹⁰ no hagas que me ponga colorado, puedes volver cuando quieras y, tranquila, que sé por lo que estás pasando, me importas.» Tal vez demasiado para una sola cara.

Así que dice:

—Has provocado que la cabeza moldava de Katrina se llene de ideas raras. Creo que le pide por mí a una de sus muchas vírgenes, con plegarias del tipo: «Que don Carlo encuentre muchacha buena...»

Nadia se echa a reír, pero, de pronto, para. Ha recordado que ella ya había encontrado a una buena muchacha... En fin, hay que andarse con pies de plomo.

Por suerte, llega el entrante de marisco más espectacular que se haya visto jamás.

—Vamos por orden, que, si no, me pierdo —dice Nadia.

Carlo, con el mar en la boca, no tiene intención alguna de interrumpirla.

—A ver. La historia es una auténtica locura. El local es un almacén, y el dueño tiene razón cuando dice que no sabría cómo sacar tanto chisme. Miles de cacharros, cables, aparatos, instrumentos... Un montón de trastos viejos y llenos de polvo que a saber cuánto llevan ahí metidos, casi todo inservible, desde calculadoras Olivetti antiguas, ésas que van con manivela y... en fin... —abrevia—. Y luego, como si la hubieran desenterrado de la montaña de cosas, hay una mesa despejada y perfecta, con un ordenador y tres cajones, ya está.

Carlo escucha mientras come despacio. No recuerda qué día exactamente creó Dios los langostinos, tuvo que ser antes del hombre y después de las estrellas, porque, bueno, se ve que todavía estaba en forma.

Asiente para pedirle que prosiga.

—Lo primero que he mirado ha sido el ordenador, claro. Sin contraseña. Algo raro para alguien que se dedicaba a instalar sistemas antirrobo.

—A lo mejor se reservaban las historias sobre seguridad para los clientes...

—Total, el correo, un montón de mensajes del compañero, el rubio, ¿cómo se llama...? Saputo, tu asesino, y de Rivetti a él. Y luego notas complicadas de entender, vamos, que tengo que hacer una copia de seguridad y estudiarlo todo... Aunque a lo mejor no hace falta, porque en el primer

cajón he encontrado un cuaderno, y en el cuaderno está toda la historia, que empieza con un vídeo. El que te voy a poner ahora. —Nadia coloca el Mac sobre la mesa con un gesto teatral—. Son ciento noventa segundos, pero vale la pena y me ahorro un montón de explicaciones.

Lo enciende y pulsa el *play*.

La cámara está fija y resulta evidente que es de videovigilancia, de esas que encuadran toda la calle.

Oscuridad.

—Avenida Tibaldi —indica la chica.

La fecha aparece en la esquina inferior derecha de la imagen: «26.02.13 – 00.21 h.»

Unos segundos de nada, niebla, imágenes granuladas.

Después, una lucecita roja del faro posterior de una moto, un *scooter* o un ciclomotor.

—Margherita Colorni —dice Nadia, señalando la lucecita roja de la pantalla con la pala de pescado.

Avanza en línea recta por la avenida. Una luz blanca, fuerte, veloz, se aproxima por la derecha. El *scooter* tiene el semáforo en verde, pero las luces blancas se saltan uno rojo a todo trapo y doblan por la avenida Tibaldi.

Cuestión de nanosegundos. La moto sale disparada a varios metros de distancia y la silueta oscura que va encima vuela, literalmente, como un trapo mojado, un maniquí que se cae de un camión, un peluche zarandeado por un niño nervioso. Un vuelo de unos veinte metros. Se ve cómo el casco blanco va hacia un lado y la cabeza que tendría que llevarlo, junto con el cuerpo dislocado, hacia el otro.

Una visión que deja sin aliento.

El coche asesino, un BMW oscuro, un modelo de berlina muy largo, se detiene. Pero entonces llegan por detrás otros dos coches, que iban a pocos metros de la moto por la avenida y tienen que pegar un frenazo. El primero es un Alfa Romeo MiTo blanco cuya matrícula aparece entera en el encuadre, aunque no se lee; se para justo detrás del BMW con los intermitentes puestos. Segundos después, llega otro coche que también se detiene, un deportivo;

Carlo no reconoce la marca, pero la matrícula también está de cara a la cámara.

Nadia le adivina el pensamiento, porque dice:

—Sí, las matrículas se leen, sólo hay que aumentar la imagen, porque tiene bastante resolución.

Del MiTo baja una silueta con una gabardina blanca. La chica la señala, de nuevo con la punta de la pala.

—La señora Répici —anuncia.

Del otro coche bajan dos tipos. Uno cruza andando la avenida Tibaldi y se pierde en la niebla, como si tuviera prisa por desaparecer. El otro se dirige al BMW.

—Marino Righi —informa Nadia.

Ambos, Répici y Righi, se dirigen a paso rápido hacia el cochazo responsable del accidente, del que se baja un tipo grande y gordo. Los tres hablan. Parecen discutir, si bien, evidentemente, es imposible saber qué dicen, pero al asesino del BMW se lo ve exaltado, amenazante. Regresa a su coche y se va quemando rueda. Justo entonces, llegan más vehículos, que también se detienen. Répici vuelve a su coche y se va, primero despacito, acelerando luego y después a toda velocidad. Righi vacila un momento al lado de la portezuela mientras baja la gente de los otros coches, pero a continuación hace lo mismo: arranca y se va.

Nadie se ha molestado en cruzar la calzada para ir a ver a Margherita Colorni o lo que queda de ella, tirada entre la avenida y el carril central, el de los autobuses. Lo hacen los que acaban de llegar: los hay que se llevan las manos a la cabeza, unos se agachan al lado del cuerpo, otros abren los brazos, impotentes, bajan la cabeza o señalan el semáforo.

Se ha formado una pequeña multitud conmocionada.

Y la pantalla se funde a negro.

Tres minutos y diez segundos que demuestran un homicidio.

Los langostinos ya no están tan buenos, los *linguine* con erizos de mar frescos no saben a nada, el vino parece caliente y el agua con gas, desbravada. Todo sabe amargo.

Se quedan callados un momento, el tiempo que tardan el espanto y el

horror en asentarse en el fondo. El tiempo que tardan en surgir las preguntas.

—Pero... —intenta decir Carlo.

—Espera. Te cuento: la grabación estaba en el ordenador de la mesa, y no la habría encontrado tan fácilmente si no hubiese estado todo anotado en el cuaderno... El cuaderno me lo he dejado allí... Es que no sabía si podía llevármelo... Robo, ocultación de pruebas... Prefería hablarlo contigo antes. De todas formas, tenemos las llaves y podemos pasarnos más tarde; me he dejado algunas cosas, la mochila con el iPad... ¿Preparado para oír la historia?

Carlo rellena las copas.

Carlo Monterossi, el Hombre Desconcertado.

—Venga.

—Franco Rivetti recibe la noticia de la muerte de su mujer en plena noche, hacia las tres y media de la madrugada. La policía llega al lugar del accidente para el atestado, tardísimo... Más de media hora después de los hechos. Al parecer, antes de la colisión, hacia medianoche, hubo un tiroteo y un incendio en un campamento gitano no muy lejano, donde, entre otros, murió un miembro del cuerpo, así que imagínate el follón, la angustia, los nervios... De todas formas, la historia está clara, se ve la frenada, los cristales en el suelo... Pero no hay testigos.

¿Querrían algo más?

Mmm, dicen distraídos, dos cafés, de momento. Bueno, dos sorbetes, y luego los cafés.

—Autopsia y todo el rollo —continúa Nadia—. El día del funeral, tras las exequias, a la salida del crematorio del cementerio de Segrate, a Rivetti se le presenta un hombre llorando: Sebastiano Saputo. Le pregunta si puede hablar con él. Se van al coche del primero, el Peugeot, porque hace frío y está lloviendo. El tal Saputo le cuenta que era el amante de Margherita, que ella había estado en su casa esa noche, que, de hecho, vive en via Meda... El recorrido cuadra, lo he comprobado. Le dice que no podía soportar más ese peso, que tenía que contárselo, pero que Margherita quería a su marido, aunque también lo quería a él... Total, que no se decidía entre uno y otro, no

veía motivos para hacerlo. Pero, ya que ha muerto...

—¿Y todo eso lo cuenta Rivetti? —pregunta Carlo con incredulidad.

—Sí, en el diario —confirma Nadia, y prosigue—: No es el escritor del año, pero, bueno, cuenta cosas. Primero, la rabia, la desilusión... Margherita con un amante, nunca había sospechado nada... Después, el desánimo, la depresión. Y también la rabia contra el asesino del BMW. Y más desaliento. Pero, entretanto, Saputo da señales de vida; se ven cuando van al cementerio y, en cierto modo, acaban aceptándose. Les une la rabia ante esa canallada. No sólo el accidente, sino también la fuga posterior. No pasa un día en que no vaya uno u otro a hablar con la policía, para saber si hay noticias. Yo no diría que se hacen amigos, pero... en fin... los une el dolor por la ausencia de Margherita. Estando ella viva, habrían sido rivales, pero muerta...

Nadia se come a cucharaditas su sorbete, que empieza a derretirse. Habla de la pérdida de un amor que no es el mismo que ha perdido ella. Se acuerda, lo reconoce. Los ojos se le humedecen un poco. Pero no tarda en recuperarse. Endereza la espalda, se aclara la voz.

—Es a Saputo, que vivía por la zona, al que se le ocurre buscar una cámara de seguridad que lo haya registrado todo. A Rivetti le parece una gran idea. Ya son cómplices, por mucho que todavía no sepan adónde quieren llegar. Cuando consiguen la cinta, que es de una droguería que, después de sufrir un montón de robos, se había pertrechado en plan Fort Knox, confirman que sí que hay testigos.

—¿Por qué no fueron a la policía con la grabación? —pregunta Carlo.

—¡Lo hicieron! Fueron a los municipales... o como se llame, la policía local. Pero al cabo de unos días les comunicaron que habían ido a hablar con Répici y Righi, pero que los dos habían declarado que no habían visto nada, que no se habían quedado con la matrícula del BMW porque estaban en estado de *shock*, que no se acordaban... Si damos crédito a lo que escribe, podríamos decir que los municipales no se mataron investigando...

—Así que decidieron actuar por su cuenta.

—Sí. Primero, por las buenas. El diario explica que fueron juntos a ver a Répici y Righi, y luego también por separado, e incluso les enseñaron fotos de Margherita, las de la boda y todo... Les suplicaron, les pidieron

compasión, les rogaron por favor... Y los otros, nada. En un momento del diario, Rivetti cuenta que Répici se rió de él en su cara y le dijo: «Verá, querido, esto es obra de un delincuente de mucho cuidado, y prestar testimonio contra un delincuente es peor que tener un dedo metido en el culo. ¿Y todo para qué? ¡A su Margherita no se la devolverá un tribunal!»

—¡Joder con la viuda intachable! ¡Hay que ser hija de puta!

—Ya te digo... Righi, en cambio, a lo mejor porque era un poco menos cabrón. Confesó que los había amenazado, tal como lo oyes, en esos tres minutos de grabación. Algo así en plan «Si habláis, os rajo» y cosas por el estilo. Total, miedo. Se lo contó primero al amante, luego al marido y después a los dos, cuando fueron a verlo juntos y ya no tan de buenas.

Un semáforo ignorado. Un criminal al volante. Un quinqui peligroso y tarado que mata a una mujer e intimida a dos testigos, quienes, por lo demás, se dejan intimidar sin oponer mucha resistencia.

Carlo piensa rápido. Ordena los datos. Y la conclusión a la que llega exactamente es:

—Vale, pero ¿y yo? ¿Yo qué pinto en todo esto?

Él no estaba en la avenida Tibaldi a las 00.21 h del 26 de febrero; no es mucho pero, al menos, está seguro de ello.

Nadia lo mira y niega con la cabeza.

Otra vez el camarero. Sí, ya pueden traer el café, gracias, dicen los dos.

Nadia retoma el hilo:

—El diario no se explaya sobre el tema, pero hay algunas alusiones. Lo que está claro es que se entiende la rabia, la frustración, el odio, sí, el odio hacia el asesino del cochazo, pero también hacia esos dos cobardicas de mierda que no quisieron hacerle justicia a una mujer inocente, cuyo único delito fue volver a su casa en moto. Justicia, rabia, odio. No hace falta mucho más para decidir vengarte. Los dos empiezan a verse cada vez con más frecuencia, se apoyan el uno en el otro, Rivetti deja el trabajo, echa el cierre, vende todo lo que tiene. El otro ya casi no va a su laboratorio protésico, lo deja en manos de un socio. Los dos se vuelven un poco locos.

—Y el plan va tomando forma.

—Sí. Pasan varios meses y llegamos a la semana pasada. Es Saputo quien va a casa de Répici. El otro espera abajo, en el coche. Tiene que entrar y disparar, como hizo contigo. Pero pierde los nervios. La maltrata un poco, la obliga a contarle lo que pasó la noche de autos. Y ella le cuenta que Righi iba con otro tipo que se largó andando. Él lo sabe, ha visto la grabación. La mujer le dice que Righi lo llamó: «¡Carlo! ¡Eh, Carlo!» Pero el otro, nada. Répici le cuenta también que recibió más amenazas del tío del BMW. Llamadas nocturnas, que si zorra, que si puta, como digas algo te hago picadillo. Saputo, por supuesto, no se deja ablandar. Está cegado por el odio, igual que su socio; yo diría que se alimentan mutuamente. Le dispara en la cabeza, la del veintidós era de él, no declarada, heredada de una tía pudiente y paranoica. Después le corta un dedo, con cierta pericia, porque, al fin y al cabo, es del ramo de la medicina o similar. O porque está tan encabronado que no duda cuando hay que usar el bisturí.

—Perdona, Nadia, pero ¿todo eso está escrito, negro sobre blanco? — Carlo sigue sin dar crédito. La locura es una cosa. Pero la locura escrita, descrita y contada...

—No me estoy inventando nada. Está todo en el diario, a bolígrafo, manuscrito.

—Hay que llevárselo a Ghioni, a Gregori...

—Tú mandas. Yo te cuento y tú decides.

—Vale, continúa.

El pingüino del restaurante, impecable, intenta hacer entender a ese par de holgazanes que, por lo general, él a esas horas echa una cabezadita. Que para tener el pescado fresco que se han comido, se levanta al amanecer, no como ellos, que no dan palo al agua. Que a las tres y media el restaurante tendría que estar recogido y las mesas limpias. No dice nada, desde luego, es más: su expresión es amigable, no, no pasa nada, aunque en realidad quiere decir: «¿Os vais de una puta vez o qué?»

Carlo paga y salen.

Nadia mira la cuenta y se ríe con una especie de risa histérica, que contiene cierta sensación de insensatez, la confirmación de que Carlo es

imbécil, una maldición contra las criaturas del mar, todas y cada una —y contra quienes las llevan a la mesa—, y un atisbo de la querida lucha de clases de toda la vida. En circunstancias normales, tendría que trabajar dos semanas para reunir ese dinero.

—Eres un capullo —le dice—. Pero gracias.

Él le enseña la cuenta y le señala con la uña del pulgar la palabra «vino», el Ribolla Gialla que ha pedido ella. Tocada y hundida.

Nadia baja la mirada.

—Perdona, es que ese vino era... una especie de funeral.

—Ya me he dado cuenta —responde Carlo—. Pero más que un funeral... ha sido un brindis de despedida.

A continuación vuelven al coche paseando.

Carlo quiere saber.

—A ver, no es por ir de estrella, pero ¿cuándo entro yo en escena?

Nadia ríe.

—Tú eres un error de guión —asegura—. La noche siguiente, Righi va a lo de Rivetti. No sé por qué se repartieron las ejecuciones.

—Para ser cómplices hasta el final —sugiere Carlo.

—Puede ser, él no lo explica. Total, que va con la idea de no perder un minuto... No hay que hacer como en las películas, que se cuentan su vida, y luego la víctima aprovecha y se escapa. Así que entra y le dispara a bocajarro y ni siquiera le pregunta por el tal Carlo, el que se fue a la francesa. Hace el trabajito de los dedos: coge el de Répici, se lo mete en el culo al cadáver y después cercena el de Righi y lo guarda en el frasquito. Cuenta que sacó hielo del congelador porque el que había llevado estaba casi derretido.

—Esto es de locos...

—Después, cuando el muerto está muerto, da una vuelta por la casa, aunque no porque vaya buscando algo concreto, sino más bien para echar una mirada. Encuentra una carpeta azul llena de folios. Se pone a hojearlos, hasta que repara en un correo impreso...

Y, en ese punto, Nadia saca una hoja doblada en cuatro que tenía guardada en el bolsillo del vestido ligero que lleva.

Carlo la lee:

Querido Righi:

Vuelvo a decírselo: no tengo ninguna intención de declarar en el juicio. Conozco bien ese tipo de causas y son un auténtico incordio, una pérdida de energía y, con el tiempo, pueden derivar incluso en venganzas y represalias. Usted también haría bien en dejarlo estar, no tiene nada que ganar, como ya le he dicho.

Por lo que a mí respecta, la cuestión está zanjada y no hay más que hablar.

Saludos,

Carlo Monterossi

¿Queréis la imagen congelada? Carlo Monterossi petrificado en la acera de la avenida XXII Marzo. Inmóvil como cuando un setter ve una codorniz y pone el rabo en punta. Helado, congelado, al vacío.

No recordaba haber utilizado ese tono con el pobre Righi. Evidentemente, no era el primer correo; de entrada se lo habría dicho por las buenas y luego habría perdido un poco la paciencia. Lo que Carlo tiene en la mano —que le tiembla un poco, todo hay que decirlo— era, por supuesto, la última parada del vía crucis, con el que le comunicaba a Righi, con todo el respeto, que estaba tocándole los cojones y que lo dejara en paz.

—¡Me cago en la puta! —exclama.

—Exacto. ¿De qué causa habla?

—¡De una locura! ¿Te acuerdas de esas verbenas que organizaba con Ka Millo, el rapero sordo? Pues el tal Righi se empeñaba en invitar a gente de la tele. Resulta que algunos le habían dicho que sí, «vale, vamos a Villar del Quinto Pino a hacer tu espectáculo», probablemente para que dejara de darles la lata, pero ya te puedes imaginar que luego no aparecían ni de broma. A él se le había metido en la cabeza denunciar a esos imbéciles y quería que yo testificara... Se lo iba a pedir a más gente... De este correo en concreto no me acordaba, pero debe de ser el último de una serie, porque creía haber sido... ejem... ¿más amable? ¿Menos directo? Como quieras decirlo.

—Pero ¿te das cuenta de la movida? Los otros sumaron dos más dos: un Carlo que se aleja a pie del lugar del crimen y un Carlo que dice que no testificará en su vida, y encima con nombre y apellido...

—¡Bingo!

—¡Exacto! —exclama Nadia entre risas—. ¿Y si te digo que ahí no termina la cosa?

—¿Cómo?

—Como que los dos saben quién es el conductor que se dio a la fuga.

—¿Y eso?

—Ahora verás.

¡Oh, no! ¡Quedan dos asaltos! ¿Y por qué no suena el gong?

Así se siente Carlo. Demasiados golpes en un único combate. Demasiadas cosas a las que prestar atención.

Pero Nadia sigue avanzando como una locomotora.

—Cuando Saputo salió corriendo de tu casa con los ojos ardiendo y una herida en la ceja, tuvieron una bronca gorda. Está todo en el diario. Ya se sabe, esas desconfianzas entre cómplices, que si yo he hecho más que tú, que no, que yo más, que tú la has fastidiado, fue idea mía... Cosas así... El caso es que Saputo revienta y le dice: «Yo sé quién es, sé quién es ese cerdo, el asesino de nuestra Margherita. Porque contactó conmigo. Me dijo que dejáramos de tocar las pelotas con esta historia.» Total, que el asesino del BMW lo llamó para intimidarlo también a él, a él que estaba enloquecido por el dolor, o tal vez simplemente loco, y decidió desafiarlo. Le dijo: «Los testigos ya no son un problema, así que ahora te toca a ti.» Pero el asesino le salió por la tangente y le ofreció dinero. Quizá también a él le venía bien la desaparición de los testigos, o a lo mejor sólo quería tenderles una trampa. El caso es que se presentó, con nombre y apellido, cosa que no me explico. Y quedaron.

Carlo tiene la impresión de que alguien debió de arrojar ácido en las canalizaciones y aquellos dos se lo habían bebido todo. Ha visto a locos de atar pero lo de esos dos...

—¿Y...? —pregunta.

—Pues que deciden verse. Quizá pensaban liquidarlo, pero el otro es más listo, más astuto y, sobre todo, no es un aficionado.

El Ok Corral en el aparcamiento de San Siro, de noche...

—Cuando dos hombres con una pistolita se encuentran con un hombre

con una pipa que te abre la cabeza como una sandía...

—Exacto. Ganó él, dos a cero.

—Joder, qué historia —dice Carlo. Vale, no aspira al premio a la ocurrencia más ingeniosa del año, no nos engañemos, pero, por ahora, es lo que hay; no se le ocurre nada más.

—Sergio De Magistris —dice.

—¿El qué?

—El nombre del colega. El asesino del BMW, y a estas alturas el... ¿cómo lo llaman los periódicos? El asesino de San Siro. El cerdo número uno, vamos.

Se quedan un rato callados. Carlo conduce despacio, para ir asimilando las ideas.

Y toma una decisión.

—Vale, vamos a volver a via Cusio, lo recogemos todo y lo llevamos a la comisaría. Tal vez sea mi momento de hacer las paces con las instituciones sin tacha y sin miedo, esas que protegen al ciudadano echando una cabezadita en la puerta de su casa.

—¿He de ir yo también? —pregunta Nadia. Tiene tantas ganas como un gato de bañarse.

—Yo diría que sí. Para algo te pago, ¿no?

—¡Serás cabrón!

—Venga, Nadia, has resuelto el caso en un día... Ellos podrían haber estado dos o tres años... Ven a fardar un poco, en plan Miss Marple versión jovencita... Y te presento a una agente...

—Venga, no te pases —dice ella, que no está para bromas.

Carlo aparca milagrosamente a la primera vuelta y luego atraviesan el patio interior de camino al laboratorio de Franco Rivetti, que en paz descansa, aunque mejor no, que era una mierda.

Pero se encuentran la puerta abierta.

—¿La habías cerrado?

—Sí.

—¿Seguro?

—¡Vete a cagar!

Eso mismo, a ver si aprende a no hacerles preguntas inoportunas a las chicas.

Bajan corriendo los pocos escalones que llevan a ese vertedero electrónico y comprenden en el acto que alguien lo ha revuelto todo. Han sacado los cajones del escritorio, los han volcado, el contenido está esparcido por el suelo. El cuaderno-diario con la confesión-reconstrucción de Rivetti ha desaparecido. El ordenador está destripado, con la pantalla reventada, el disco duro arrancado de la placa base y también en paradero desconocido.

Para colmo, Nadia se pone a gemir como una primeriza en la sala de partos.

—¡Mi iPad! —No, tranquilos, que dice más cosas, como por ejemplo—: ¡Joder, joder, joder, mi iPad, me cago en la puta... Asesino hijo de perra, será mierda... Mi iPad...!

Pero entonces abre el Mac que ha llevado todo el tiempo bajo el brazo, lo enciende y arranca un programa.

Aparece una lucecita azul sobre el plano de Milán. Va corriendo por el mapa, sobrepasa la plaza Maciachini, dobla por via Fermi, se detiene, tal vez en un semáforo en rojo... Hasta que desaparece.

—¡Lo ha apagado! ¡El cabrón lo ha apagado!

Los ojos de Nadia ya no son ni verdes ni grises. Son dos heridas de odio y rencor que no auguran nada bueno.

—Venga —le dice Carlo—, debemos tranquilizarnos e ir a la policía.

—Las fotos, tenía fotos dentro. —Llora de rabia.

Carlo Monterossi, el Hombre Delicado, comprende el problema y, bueno, no quiere parecer un insensible. Lo sabe todo, entendámonos, y sobre todo sabe bien que el amor también tiene estas cosas, en palabras de Flora De Pisis.

Como estrechar alianzas entre el marido y el amante de la mujer, transformar a gente buena en asesinos locos, hacer sollozar a Wonderwoman pensando que ha perdido las fotos de su amada que, por lo demás, también se ha perdido... Sí, la amada que se ha largado con un hombre, ni más ni

menos...

En definitiva, todo muy bonito e instructivo, en cierto modo incluso romántico.

Sin embargo: «Ya vale. Intentemos no perder el norte», piensa Carlo.

—Vamos —dice.

Son ya más de las cinco, razón por la cual los dos kilómetros en línea recta que los separan de via Fatebenefratelli pueden convertirse en una etapa del París-Dakar a paso de peatón. Carlo decide desviarse, tomar la ronda interna, rodear por la estación central, via Vittor Pisani y luego...

Luego la luna trasera del coche estalla, la estela de un cometa hecha de cuadraditos de cristal empieza a volar por todas partes, el retrovisor interior se suelta y gira en el aire como un bumerán, junto a la cajita gris del telepeaje, que se desintegra. El parabrisas no hace como si pasara sólo por allí y se parte también en mil pedazos. Más esquirlas, más cristal volador. Nadia se dobla en dos y pega el pecho a las piernas, como si hiciera abdominales en el gimnasio, con las manos en la cabeza. Carlo se tira encima de la chica, porque, al tener el volante delante, no puede hacer el mismo movimiento que ella. El coche sigue solo, hasta que choca contra algo, no saben qué, y el airbag del asiento del conductor salta y le pega a Carlo en el hombro; todo esto mientras se oyen disparos y la ventanilla izquierda, donde un segundo antes estaba la silueta de su cabeza, estalla a su vez y más cristales se ponen a jugar al corro de la patata. Sienten un golpe por detrás, señal de que al coche que los seguía no le ha dado tiempo de frenar.

Se suceden cláxones, sonidos varios, gritos, intermitentes, portezuelas que resuenan, manos que los sacan, primero a Carlo, que tapa a Nadia, y luego a ella, que está doblada hacia delante, protegiéndose las rodillas y el Mac.

La chica tiene sangre en la cara, al igual que él, pero está casi seguro de que han sido los cristales. Cuando sus pies tocan el asfalto, intenta incorporarse, pero siente un dolor lacerante en la espalda: en el movimiento espasmódico que le ha dictado el instinto, el cañón de la Glock le ha hecho un corte profundo un poco por encima del hueso sacro. Habría que decirles a los de la Asociación Nacional del Rifle que las armas no son buenas.

Nadia está de pie, parece en trance.

—Estoy bien. Estoy bien... estoy bien... estoy bien...

Después hunde la frente en el pecho de su amigo, sin dejar de apretar el Mac entre los brazos, un intruso entre ambos, y empieza a llorar como Carlo nunca ha visto llorar a nadie.

«Es la segunda vez en dos días», piensa Carlo.

Y también: «A lo mejor se convierte en un trabajo a tiempo completo.»

VEINTISÉIS

Clinton habla con el joven Helver.

—¿Tienes moto?

El chico abre los ojos como platos.

—No.

—Pues ahora sí.

Atraviesa el campamento con el chiquillo, que trota tras él.

Una Piaggio gris, sucia, medio oxidada, con un retrovisor roto, escondida en la furgoneta blanca. Bueno, blanca...

La sonrisa de Helver sí que es blanca.

Pero el niño sabe que los regalos no existen. Como mucho, son premios. Y los premios vienen después, no antes. De modo que... inversiones. No sabría cómo explicarlo con palabras, pero el concepto está claro.

Clinton le enseña una foto. Una cara en una foto. Le explica lo que tiene que hacer, que debe estar atento. Se lo explica detenidamente.

No quiere asustarlo, pero tampoco que se crea que es un juego.

El chiquillo asiente.

Clinton le hace una pregunta.

—¿Te vas a llevar el cuchillo?

El niño sopesa los pros y los contras, sabe que es una especie de examen.

—Sí.

—Buen gitano —dice Clinton, que le pega un puñetazo en la espalda. Suave.

VEINTISIETE

Esperan en el coche, la vista clavada en la puerta del restaurante. Con el tiempo se convierte en un acto natural: prestar atención sin que lo parezca. Charlan como dos amigos que intercambian unas últimas palabras antes de que uno baje y el otro prosiga hasta su casa. Llevan así una hora, pero no les resulta pesado: la vigilancia es un arte que se domina y perfecciona muy lentamente, una cuestión de horas de vuelo, de costumbre, de no tener prisa, de no contar los minutos.

Hace falta estacionar en un hueco grande para poder salir al vuelo, sin perder tiempo con maniobras cuando llega el momento. En Milán no es fácil.

Y entonces los ven salir. Un grupito, apretones de manos, despedidas, nos vemos.

Abogados.

El suyo, su abogado, se encamina al coche con una rubia de unos cuarenta y pico, traje de chaqueta, tacones de la altura justa, colores bien combinados; una mujer de catálogo, de gama alta, puede que hasta cotice en bolsa.

Se suben a un SUV de Lexus que es fácil de seguir porque, con cada frenada, se ilumina por detrás como un árbol de Navidad, o igual que esos camiones articulados con el San Cristóbal; neones y luces estroboscópicas en vez de faros de freno.

Ellos, detrás.

No hay tráfico.

—Como consiga llevársela a la cama, vamos a tener que retrasarlo —dice el rubio.

—No tiene pinta —contesta el socio.

—¿Quién, él?

—No, ella.

El Lexus se detiene ante un elegante portal de via Vincenzo Monti. La mujer se apea y el abogado espera a que entre en el edificio para seguir.

Ellos, detrás.

Se sienten cómodos, relajados. Recuperan un poco de adrenalina cuando el hombre se acerca a su casa, un bonito edificio de via De Amicis. Lo adelantan entonces, aparcan, bajan y se quedan en un rincón sombrío donde la oscuridad es algo más densa.

Llega el Lexus, la barrera se levanta y la rampa de bajada al garaje se lo traga. Ellos detrás, a pie.

Cuando el abogado apaga el motor y se dispone a quitarse el cinturón, abren las portezuelas y se suben. El rubio, en el asiento del copiloto; el otro, en el trasero.

—Cucú —dice el rubio.

El socio no dice nada.

El abogado Ferdinando De Rosa no mueve ni un músculo de la cara, no muestra sorpresa y, menos aún, miedo. Vuelve la cabeza sólo un poco para mirar al rubio y observa de reojo por el retrovisor al de atrás.

—Tengo un poco de dinero en efectivo y el reloj —dice. Nada más. Es una provocación, para comprobar el nivel de nerviosismo de la pareja. Sabe perfectamente que no son unos quinquis.

—¿Has oído? Ahora resulta que robamos relojes...

El del asiento trasero no dice nada. Se hace el misterioso. Es más: emite un sonido inconfundible —y sabe que el abogado lo reconocerá—, uno mecánico que contiene todos los discursos del mundo, desde la invención de la pólvora en adelante.

El clic de amartillar un revólver.

Normalmente provoca escalofríos.

Pero el abogado De Rosa sigue sin inmutarse. El hombre de mármol.

El rubio abre la guantera que tiene delante y saca una Beretta de cargador

bifilar, calibre 9.

Se la pasa al de atrás.

—El *made in Italy* que triunfa en el mundo entero —dice.

—Pon las manos sobre los muslos y no las muevas de ahí —ordena el de atrás.

El abogado obedece con movimientos muy lentos. Se nota que sabe cómo actuar, y que no es la primera vez. Bien. Por lo general, los follones los arman los aficionados.

El rubio lo agarra por la corbata, un modelo en seda de Hermès —una lástima ese amarillo—, y la pasa entre los radios del volante, como si jugara, un poco bravucón.

Y entonces pega un tirón hacia abajo.

La cabeza del abogado se propulsa hacia delante y golpea con fuerza el volante. La nariz. Algo de sangre. Una lástima por el interior de color crema del Lexus.

Sigue sin decir nada, pero se le han humedecido ligeramente los ojos. Un golpe así en toda la nariz tiene que doler mucho.

Es el turno del socio.

—Hablamos aquí o subimos y hablamos en tu casa, o bien no hablamos nada y dentro de dos días tenemos funeral.

—Hablamos aquí —responde el otro.

—Estamos buscando a un cliente tuyo —le explica el rubio.

—Un tal De Magistris, Sergio De Magistris. No sé si lo ubicas... —apunta el socio.

—Rasgos distintivos: no es un lumbreras.

—Sabemos que le has salvado el culo en un par de ocasiones.

Se dispone a tocarse la nariz para limpiarse la sangre, pero el socio le apoya el cañón de la 38 detrás de una oreja.

—Deja las manos en los muslos.

—Es del treinta y ocho, cañón corto, gatillo sensible. Como a mi amigo le dé por dispararte, tus parientes van a tener que ir a tres hospitales distintos para el reconocimiento... Pero no te preocupes, que no es de naturaleza

nerviosa —dice el rubio.

—Depende —matiza el otro.

El abogado suspira.

—Está bien, ahorradme el numerito.

—Pues empiece, abogado, y así nos vamos todos temprano a la cama.

—No sé dónde está De Magistris. No estamos en contacto. La última vez que lo vi fue cuando visité a su novia en la cárcel... Bueno, la habían detenido. Se chupó cinco meses por su culpa. A él le habrían caído tres o cuatro años, por tener antecedentes, así que parecía una buena jugada.

—Buena para él —opina el rubio. El abogado se encoge de hombros—.
¿Cómo te pagó?

—No me pagó.

—Ah, ¿te dedicas a la beneficencia? Qué bien. ¿Y por qué con un capullo así y no con Cáritas?

—Es un poco más complicado.

—Pues explícanoslo.

—Para ser exactos, no es un cliente mío.

—No nos vengas con mierdas, abogado. Los homicidios en tentativa que se convierten en agresiones, los gramos de coca que se convierten en consumo personal... Son cosas que valen un dinero.

—No he dicho que trabaje gratis, sino que no paga él.

El rubio se vuelve hacia su socio.

—¿Has visto? ¡Estamos jugando a las adivinanzas! ¡Es un concurso!

—Anda, sí. A mí suelen gustarme, siempre los veo por la tele. ¿Y tú qué escoges, De Rosa: la bala número uno, la bala número dos o la bala número tres?

—Si te quedas con la dos, la uno va de regalo —apunta el rubio.

El abogado suspira.

—Está bien. Pero escuchadme atentamente: no defiendo a De Magistris, de hecho, sé muy poco sobre él. La historia de la Marzia esa... Senzapane, me parece que se apellidaba. Fue un accidente, no estaba previsto, digamos. Si lo impliqué fue porque, de lo contrario, habría salpicado a otras personas a las que sí defiendo. En una especie de... reacción en cadena. Nadie se fía de

De Magistris. Parece un tipo duro pero, como acabe entre rejas, no dura ni un día, podría decir cualquier cosa... inventada, por supuesto.

—Por supuesto...

—Por eso, la mejor manera de que De Magistris no diera ciertos nombres era apartarlo de los problemas... En la medida de lo posible, porque es un auténtico gilipollas.

Los dos reflexionan. En el fondo, tiene sentido. A veces se defiende a gente para impedir que haga más daño dentro que fuera.

—¿Y quiénes son esos caballeros a los que defiendes manteniendo a De Magistris apartado de los marrones?

—Militantes.

—¿Militantes de qué?

—Militantes de la derecha revolucionaria.

—Ah, pero ¿la derecha revolucionaria existe? —inquire el rubio.

—¡Qué cosas! Y yo que creía que no eran más que una panda de subnormales con la cabeza rapada —dice el otro.

Silencio. Piensan.

—Entonces, pongamos que conoces a uno que conoce a De Magistris, y que ahora nos dices unos cuantos nombres y, tal vez, ya que nos hemos hecho íntimos, alguna que otra dirección, y así nosotros nos vamos por donde hemos venido.

—¿Puedo saber qué queréis de él?

—Historias —dice el rubio.

—Sí, historias nuestras —recalca el otro.

De Rosa es de los que piensan rápido y ya ha hecho sus cálculos.

Pero los otros dos son aún más rápidos.

Habla el de atrás. Sin apartar la pistola ni un centímetro de la oreja del abogado.

—Te voy a decir lo que estás pensando —empieza.

—Es que lee el pensamiento —explica el rubio.

—Yo sé lo que estás pensando, abogado, porque es lo mismo que

pensaría yo si estuviera en tu pellejo. Pensaría que si De Magistris es como dices, o sea, un grano en el culo para tus camaradas, que en cambio son señoritos, tal vez tampoco sería tan terrible si alguien lo quitara de la circulación. O sea que, en el caso de que el amigo Sergio tuviera un accidente, no te veo mandando flores al funeral, digamos. Así que lo que yo pensaría, si fuese tú, es esto: estos dos señores...

—Estos dos hombres tan apuestos... —dice el rubio.

—Podrían hacerme un favor si encuentran a ese capullo. No tengo interés en seguir defendiendo a alguien que no me paga y que amenaza con meter en líos a mis amiguitos del Tercer Reich, y así me quedo tranquilo, porque donde va a acabar, no puede dar muchos nombres.

—Exacto, donde va a acabar, como mucho te da los números de la lotería, si eres de los que tienen ese tipo de sueños.

—Puedes hasta decirnos algún nombre de fuera de tu círculo. Nosotros no estamos muy puestos en política —le sugiere el rubio.

Pueden ver cómo trabaja el cerebro de De Rosa.

—¿Puedo haceros una pregunta yo ahora?

—Por favor, abogado, nosotros estamos abiertos al diálogo.

—De Giorgi... ¿Habéis sido vosotros?

—¿Quién?

—¿Hablas del nazi ese de pacotilla que murió en su casa desangrado? —pregunta el socio.

—Si es que lo digo siempre... que hay que tener cuidado con las cuchillas... ¡Maquinillas eléctricas, hombre! —exclama el rubio.

—¿Te parecemos gente que use armas blancas? —pregunta el socio.

—No, a nosotros nos gusta el ¡bum!

—Entonces no sois los únicos que estáis buscando a De Magistris.

—En la prensa han dicho que son cosas vuestras, una movida interna de... ¿cómo lo has llamado? Ah, eso, de la derecha revolucionaria.

—Quién sabe, a lo mejor no se le daba bien el paso de la oca...

—Chorradas... —dice el abogado.

Vuelve el silencio. Los dos meditan sobre la posibilidad de no ser los

únicos en esa cacería. De Rosa piensa en cómo librarse de ellos. Son gente avispada, porque el razonamiento de librarse de De Magistris con la ayuda de alguien que lo quiere muerto no está nada mal. Aunque no cuadra con la carnicería de De Giorgi... Y, además, es siempre un riesgo.

Decide correrlo.

—Ermanno Dapré —dice el abogado.

—¿Ése quién es?

—¿Tu tío?

—Tiene una productora audiovisual, DVD, internet, historias de ésas. En via Soperga, cerca de la estación. De Magistris anda metido en negocios con él, o, por lo menos, tengo entendido que le compró un porcentaje de la empresa. Socio minoritario. La coca por la que empapelaron a Senzapane era el último lote de una partida más grande que vendió bien...

—¿Y cómo sabes tú todas esas cosas? ¿Te las ha contado la Gestapo?

—Rumores... El caso es que se vio con dinero por una vez e hizo una pequeña inversión. No sé más. Pero si es socio de Dapré, seguro que él sabe dónde está o cómo encontrarlo. Vosotros, tranquilos, que si alguien le debe dinero, De Magistris se dejará ver...

—Ah, la condición humana... —suspira el rubio.

—Creo que incluso colocó en la empresa a uno de los suyos. No sé, supongo que, ya que ha invertido, querrá tener a alguien de confianza controlando el tinglado...

—Nombre.

—Dante, no sé más. Son sólo rumores.

—¿Y cómo se llama la empresa esa de las grabaciones? —pregunta el socio.

—Peace and Love.

—¡Qué bonito! ¿Tenemos que vestirnos de hippies? —dice el rubio.

—Vamos a ver si nos está tomando por tontos —interviene el otro.

Le pasa el iPhone a su compañero. Con la izquierda, porque está apuntando con la derecha. El rubio abre el buscador y escribe cuatro palabras: «peace love vídeo soperga».

—Nada —dice—. ¡Aunque sale uno en California!

—Probad con «Piss & Love» —dice De Rosa—. Pe, i, doble ese.

Los otros dos se miran. El rubio escribe: «piss love video soperga». Y entonces lee en voz alta:

—Piss & Love, producción audiovisual, cástings, videochats, citas, via Soperga, 31, 20126, Milán... Muy bien, abogado.

—Como nos hayas engañado en alguna cosa, volvemos —añade el socio.

—Si alguien fuera de mi círculo puede encontrarlo, es él, Dapré.

Un gesto imperceptible.

—Pon las manos en el volante —dice el de atrás, que presiona el cañón de la pistola con más fuerza contra la nuca.

—A las diez y diez, como en la autoescuela —indica el rubio.

Éste saca entonces dos bridas de plástico, de las que se usan para unir cables, y le ata las muñecas al volante.

El socio extrae el cargador de la Beretta y se lo guarda en el bolsillo. Comprueba que no quedan balas en la recámara. Baja y deja la pistola sobre el techo del Lexus.

—Bueno, nosotros nos vamos... —se despide el rubio.

—Bonito coche —dice el otro.

VEINTIOCHO

—No puedo dejaros solos ni un minuto.

Oscar Falcone atraviesa la gran sala de urgencias, abre los brazos y los mira como un padre a dos niños que se han desollado las rodillas y están medio doloridos y medio mortificados.

A Nadia no le han quedado marcas en la cara, pero tiene las manos, con las que se ha tapado la cabeza cuando el aire se ha convertido en cristal pulverizado, llenas de pequeños cortes y embadurnadas de tintura de yodo, igual que las mujeres árabes cuando se pintan con henna.

Tiene los ojos grises y está sentada muy erguida en una butaca incómoda, con su Mac en el regazo. De vez en cuando lo abre, consulta algo, sacude la cabeza y vuelve a cerrarlo.

Carlo tiene un corte junto a la ceja derecha —con seis puntos de sutura y un esparadrapo más grande que la provincia de Sondrio—, una muñeca luxada que le late como el bajo de un grupo heavy y el hombro izquierdo de un bonito azul cobalto que pronto se volverá negro como el humo. El airbag. Básicamente, la herida más grave es la que se ha hecho él solo, unos centímetros por encima del trasero, con su propia pistola, lo que hace que su ego de llanero solitario agache un poco la cabeza.

Primero las chicas.

Oscar se acerca a Nadia y le hace una pregunta con la mirada; la chica responde con un gesto negativo. Él saca del bolsillo un iPhone y se lo da.

—Utiliza esto —le dice—, es más fácil.

Nadia no habla, sólo asiente y se lo agradece con los ojos. Que siguen

grises, pero no como la carrocería de un Audi; recuerdan más bien la hoja de una guillotina.

Después se pone a trastear para ajustar el teléfono, con movimientos rápidos, como un chino con un ábaco. «No hay nada que hacer —se dice Carlo—, estos chicos han nacido con un Commodore sesenta y cuatro bajo el brazo, mientras que nosotros hemos tenido que descubrir el fuego y golpear dos piedras.»

Le toca a él. Carlo Monterossi, el Hombre Tiroteado.

—He arreglado lo del coche —les dice Oscar—. Va a llevar un tiempo, porque la Científica lo ha requisado, pero mañana te darán uno de cortesía, aunque sea domingo. Les he dicho que te lo lleven mañana por la mañana a tu casa... Pero ten cuidado, que los cristales no están blindados.

Tiene gracia, pero nadie se ríe.

El subinspector Ghezzi los mira desde el pasillo con un vasito de plástico en la mano. Va vestido de cura. Pero no con sotana. De clérigan riguroso, sonrisa del tipo «Que la paz sea con vosotros» y gafas anticuadas, con montura de asta. Carlo intenta imaginar qué misión de Serpico lo obliga a infiltrarse en los círculos turbios de las sacristías y los oratorios, pero, como es de esperar, no lo consigue.

Más que protegerlos, parece estar vigilándolos. Y, en cualquier caso, tiene órdenes de empaquetarlos, ponerles un lazo y mandárselos a Gregori en cuanto los médicos confirmen que no morirán en las próximas horas.

Oscar se les acerca entonces. Nadia lo ha puesto al tanto por teléfono mientras medicaban a Carlo. La versión corta, porque sabe que el recital de verdad, con el vestidito, el público y la maestra malvada está por llegar.

El joven Falcone se agacha frente a ellos, sentado sobre los talones, una postura en la que no aguantaríais ni veinte segundos, el tiempo justo de llamar a alguien para que os ayude a levantaros.

—Marzia Senzapane, via dei Transiti, ocho, tercera planta —murmura—. Era la novia del tal De Magistris, o es... no lo sé. Fue a prisión por culpa de él y salió hace poco. Imagino que debe de estar un poquito cabreada. Eso es lo único que he averiguado, todavía estoy investigando.

Entonces se calla y se incorpora al ver que el subinspector don Ghezzi se les acerca.

Nadia mira a Oscar a los ojos y asiente. Quiere decir: «Gracias, recibido.»

Carlo, en cambio, pone la misma cara que si se hubiese encontrado una cabeza de caballo en la cama. A ver: los han seguido, les han disparado —a él dos veces, por cierto—, los han metido en una batidora de cristales, es probable que sigan buscándolos, tal vez vuelvan a dispararles, y la ley de la probabilidad dice que tarde o temprano darán en el blanco... Y esos dos, Nadia y Oscar, no piensan ni por un segundo en asimilar el golpe; en irse a la playa, a la montaña, a un monasterio tibetano, a Suiza, Vancouver, a la pensión Aurora de Martinsicuro, en Abruzolandia; o en desaparecer varios meses, correr a casa de algún pariente y emparedarse en el sótano. O en decirles a las fuerzas públicas que sirven y protegen al ciudadano: «En fin, gente, encargaos vosotros.»

¿Cómo es posible?

Carlo recompone el gesto y no dice nada, porque llega un médico con los partes y las altas y los larga.

Se despiden de Oscar y, acto seguido, don Ghezzi se encarga de su custodia y los coloca en los asientos traseros de un Alfa Romeo que debió de limpiarse por última vez la víspera del atentado de Sarajevo. Puede que lo lavara el propio Gavrilo Princip, antes de liquidar al archiduque, a saber...

Desde las urgencias, que están en la avenida Bastioni di Porta Nuova, a la comisaría, en via Fatebenefratelli, hay menos de tres minutos. Dos y medio, si conduce un reverendo que no atiende a cosas terrenales como los semáforos y los stops.

Lo suficiente para que Carlo vea la puesta de sol rosa que se extiende sobre Milán y la luz transversal que alarga la sombra del arco de la plaza Cavour y se acuerde de la voz de Dylan cantando aquel viejo tema de Curtis Jones:

*Well, if I should die 'fore my time should come,
And if I should die 'fore my time should come,
Won't you bury my body*

*Out on Highway 51?*¹¹

VEINTINUEVE

Salen cuatro de un portal y se paran a charlar en voz baja. Al cabo de un minuto, salen otros dos, uno alto, pero alto, y muy delgado, y una chica con la cabeza rapada. Casi todos la llevan igual.

Los Zyklon B.

El alto tiene el pelo normal, ningún rastro visible de tatuajes, una camiseta blanca con una guitarra y la frase «Gibson way of life».

Cuando al poco el grupito se va, él se queda con la chica. Unos minutos más. Un beso rápido y también ella se marcha; se monta en la moto, se pone el casco y desaparece.

El chico vuelve a entrar por el portal.

Helver ha hecho un buen trabajo.

Clinton está haciendo planes para el niño. Si le apeteciera viajar por Europa...

Siguen al alto-alto por el portal, pero, en lugar de subir las escaleras, atraviesa un patio interior y se dirige al sótano. Lo siguen sin hacer el más mínimo ruido.

Entran luego en una estancia grande y con las paredes forradas. Pequeñas pirámides de gomaespuma gris en los muros, un montón de cables por el suelo, varias sillas, hedor a humo añejo y marihuana, latas de cerveza, dos guitarras eléctricas, un bajo, una batería y una pequeña mesa de mezclas.

El reino del Guita.

—Bueno, bueno, bueno —dice Clinton, cerrando a sus espaldas la puerta, que también está forrada con pirámides de gomaespuma. Da la impresión de

que podría hasta gritarse allí...

Pero el tipo alto-alto no grita. Se queda boquiabierto y mira a los dos gitanos mientras intenta comprender qué está pasando.

Es Hego quien rompe el silencio.

—Siéntate.

La silla no tiene reposabrazos, así que las piernas del chico acaban atadas con cinta de embalar a las dos patas anteriores y las manos inmovilizadas en la espalda, con otras dos vueltas de cinta.

La de la boca no hace falta.

Como tampoco hacen falta los relatos de Hego, ni que Clinton le recite el imaginativo catálogo de torturas de las tierras del Este.

Porque éste es más listo que el otro y lo pilla al vuelo.

—Yo no tengo nada que ver —dice, intentando que la voz no se le quiebre, aunque no lo consigue.

—¿Tienes miedo? —pregunta Hego.

—Sí.

—Haces bien —contesta Clinton.

—Estamos buscando a Sergio, Sergione. Amigo tuyo, ¿verdad?

—No... no exactamente... Sergione no es amigo de nadie.

Se ve que está pensando: «Conque éstos son los que han matado a Cosimo. Como a un perro, lo han dejado desangrarse hasta morir.» Y cavila qué hacer para no acabar igual.

La policía fue a hacerle algunas preguntas, intentaban averiguar si a De Giorgi lo habían matado los suyos o algún otro. Él, por su parte, había desestimado el filón político: los cabrones de los centros sociales, como mucho, te dan una paliza, no van a tu casa a asesinarte. Y entre los camaradas, nadie tenía nada contra Cosimo, más bien lo apreciaban, lo tenían por un tío competente, hecho y derecho. Tuvo que ser por otra cosa, pero ¿cuál?

Ahora tiene la respuesta delante: esos dos.

Y buscan a Sergione, esa mala bestia.

Está pensando cómo entregárselo y salvar el pellejo.

—¿Cómo te llamas?

—Cesare... Cesare D'Anna.

—¿Edad?

—Veinticuatro.

—¿No eres joven para quemar a mujeres y niños?

—¡Yo no he hecho nada!

—Cuéntanos noche en campamento.

Le dejan hablar.

Ese día había salido de trabajar a mediodía y De Giorgi lo llamó, andaba buscando a alguien para un trabajito y él necesitaba dinero. Le faltaba poco para el bajo nuevo, llevaba semanas ahorrando... «Yo paso de eso», le contestó. Pero el otro insistió: «De eso nos ocupamos nosotros, lo único que necesitamos es alguien que vigile, que esté pendiente de quién viene, que pegue un buen silbido si ve algún intermitente. Vamos y volvemos en una hora, y listo.»

Aceptó.

Sergione no le gustaba, no le gustaba a nadie, la verdad. Pero uno no tira a la basura mil euros que pueden ganarse con esa facilidad, y además no tenía que hacerle nada a nadie. Y, bueno, tampoco es que fuera contrario a esas operaciones... gitanos, negros...

No se censura, no se calla nada. Sabe que con esos dos no le conviene. Pero insiste en que él no disparó ni tiró cócteles molotov, que no hizo nada. Se limitó a seguir a los otros dos —Sergione con el coche, De Giorgi en el Vespino del hermano y él con la moto de la novia— y lo único que hizo fue cumplir órdenes. Estuvo montando guardia por si aparecía alguien. Lo dice tal cual:

—Lo único que hice fue cumplir órdenes.

Hego sonrío. Esa frase...

—Nuestras órdenes son encontrar a Sergione —interviene Clinton—. Si nos ayudas, nos vamos, si no... —Se encoge de hombros, como diciendo... «órdenes».

Hego vuelve a sonreír.

—Yo no sé dónde está... Sergio va por libre... A mí me llamó De Giorgi... Sergione... ¡Ah, sé que tiene una novia! Eso, la novia... ¡Eso es! Ella podrá deciros...

Los otros lo interrumpen:

—Sí, eso ya lo sabemos —suelta Clinton.

—Tienes que decirnos algo más —lo presiona Hego.

Ahora sí que tiene miedo de verdad. No sabe cómo, pero está convencido de que los atajos no van a servirle de nada; o les da una pista buena o acabará como su amigo. Le duelen los hombros, porque los brazos le tiran hacia atrás; nota un hormigueo por las muñecas, no se siente las manos.

Hego sabe que el chico lo ha captado todo, pero también que todavía no está preparado.

Habla con su voz tranquila, como siempre:

—Dime por qué odias a gitanos.

D'Anna vacila.

—¿Y bien? —insiste Clinton.

El chico empieza con timidez...

—Roban...

—¿Sólo por eso? —pregunta Hego, haciéndose el sorprendido.

—Roban y ensucian... No trabajan... A ellos les dan viviendas protegidas, mientras que nosotros, los italianos, pasamos hambre. Tienen mocosos por un tubo... y los mantenemos nosotros, ¡con nuestros impuestos!

Bien, está calentándose.

—Y también roban niños, ¿verdad? —tantea Clinton.

—Eso ya no lo sé... Pero se cuenta, sí, también se cuenta eso. ¡Sí, roban niños! —Está exaltado.

Ha perdido los papeles. El odio juega malas pasadas. El odio te jode.

Hego sigue hablando en voz baja, parece divertido:

—¿Tienen tantos niños y encima os roban los vuestros?

El chico está ahora confuso. No entiende. ¿Por qué no le hacen preguntas

sobre Sergione? ¿Qué significa todo ese teatro?

Clinton saca el cuchillo del bolsillo.

—No le debes nada a Sergione, así que ¿por qué no nos dices algo para que alegremos? Tienes bajo nuevo, puedes tocarlo toda la vida, si dices algo...

Nadie está midiendo el tiempo, pero las gotas de sudor que surcan la cara del chico son como los granos de un reloj de arena.

Un brillo le atraviesa entonces la mirada. Un destello.

—¡Sí que sé una cosa!

—¿Qué cosa?

—Negocios... Hace negocios con un anticuario. Una vez lo acompañé, vino también su novia, esto... Marzia, sí... Fuimos a Sirmione, cerca del lago...

Hego recuerda la foto. No estaban de vacaciones. Por mucho que ella lo creyera así...

El amor...

—¿Drogas?

—No... Bueno, no sé... No creo. Nosotros no entramos con él en la tienda, nos quedamos fuera. Un marqués, eso, era un marqués con una tienda de antigüedades. En Sirmione. Él nos dijo... —Hego aguza el oído—. Nos dijo: «El marqués es un blando, pero a mí me hace rico», o algo así... Me acuerdo porque Marzia decía: «¡Un marqués, ni más ni menos!»

—Cuéntame sobre tienda.

—No sé... Tenía un único escaparate, pero me dio la impresión de que era un local grande... Sergione dijo que había un montón de cosas dentro... No recuerdo la calle... en el centro... Fuimos con el coche de Sergio.

—¿El Golf?

—Sí, el Golf...

—¿Cuándo fue eso?

—Después de la movida en el campamento gitano... Poco después, a primeros de marzo, creo.

—¿Y cómo es que casi no conoces a ese tío, pero te vas de excursión con

él? Raro, ¿no?

—No... Sí... A ver, le llamé para pedirle el dinero que me debía... Quería mi pasta y punto. Y él me dijo: «Vente conmigo que hoy voy a cobrar una historia.» Quedamos cerca de su casa y, cuando llegué, estaban los dos, él con la novia... Sí, así fue.

—¿Y te dio el dinero?

—Sí, me lo dio...

—Es verdad, el bajo nuevo... ¿Es ése? —pregunta Clinton.

Levanta del suelo un bajo Gibson, en color madera y con una forma bonita. Lee lo que pone en el golpeador: «Gibson Thunderbird 50th Anniversary BG.»

—Bonito. ¿Es muy caro?

—Mil ochocientos.

Clinton lo apoya con cuidado en el suelo.

—¿Y sólo te dio mil por quemar a niño de dos años? —pregunta Hego.

—Yo no hice nada... Yo no quemé a nadie... ¡Sólo vigilaba!

—Ya, nosotros, ladrones, y tú, vigilante —dice Clinton.

—Háblame de ese marqués —le pide Hego.

—Eso... ¡Lo que os he contado! Un anticuario al que él llamaba «el marqués», viejo... Creo que muy viejo, sí, aunque eso sólo me lo imagino por lo que decía Sergione... Cosas sueltas... No le pregunté. Me dio el dinero y volvimos a Milán.

—¿Te dio el dinero al salir de tienda?

—Sí... No...

—¿Sí o no? —pregunta Clinton.

—Sí, me lo dio cuando salió de la tienda, pero no me dio la impresión de que viniera de allí... A ver... Me pareció más bien que quería comprobar si todo iba bien... si el negocio con el viejo funcionaba... Y luego me pagó. Sí, eso, eso es.

—Eso es —repite Hego.

Hego se levanta de la silla, abre la puerta forrada y sale.

Clinton se guarda el cuchillo en el bolsillo y mira a su alrededor, en la habitación.

Hay una bolsa de plástico amarilla en la que pone «Esselunga». Tiene dos cervezas dentro. Clinton saca las latas, que están calientes.

Se acerca al chico con la bolsa en la mano.

Se la pone en la cabeza y se la ata bien ceñida bajo la barbilla.

El otro sacude con fuerza la cabeza, pero no puede hacer nada.

Nada de nada. Ni siquiera respirar.

Clinton apaga la luz y sale.

TREINTA

La función que lleva representándose en el despacho del comisario Gregori desde las 20.25 h de ese memorable sábado milanés es un estupendo cruce entre la comedia italiana, un documental sobre la *burokratsjia* soviética brezhneviana del Período Azul y una de Buster Keaton, todo ello aderezado con una pizca de Gógol para los más cultos, quienes a estas alturas, por supuesto, ya han abandonado la sala.

Para empezar, Carlo y Nadia no han acordado nada, y eso ya es una notable contradicción en el seno del pueblo. Carlo se decantaría por la *realpolitik*, un moderado razonable con ascendente en democristiano, o sea, un «truncar, calmar, calmar, truncar», con el fin de largarse lo antes posible. Ella, en cambio, que no está acostumbrada a que le disparen todos los días, no tiene ninguna intención de andarse por las ramas. Así que lo primero que dice es:

—Tengo hambre.

Estas palabras agitan a la tropa, porque, a decir verdad, ellos dos son las víctimas y, en consecuencia, deben tratarlos con guantes de seda. Pero, al parecer, en el corazón del templo de la ley y el orden, que está a su vez en el corazón de Milán, que está en el corazón de una de las regiones más ricas de Europa y, por ende, del mundo entero, encontrar algo que echarse a la boca a esas horas —es decir, justo a la hora de cenar— es una empresa tan imposible como ganarle al Real Madrid con un equipo de hockey sobre hierba.

Deciden mandar a varios agentes para que vayan a buscar comida; Carlo se contenta con el café imbebible de la máquina, Gregori pone los ojos en blanco y el resto hace una mueca de «Pero ¿ésta qué coño se cree? ¿La reina de Saba?».

Gregori está aposentado en su trono tras el escritorio, el ayudante del fiscal Ghioni, más «empanado» que nunca —en esta ocasión en tonos beis—, ocupa un silloncito medio hundido, y el subinspector Semproni está sentado en el borde de una silla junto a la puerta, preparado para salir corriendo en cuanto haya que contrastar y cotejar información. Cuando le han dado permiso, Ghezzi se ha retirado con un suspiro de alivio y casi ha remedado una tímida bendición, y de momento parece ser el que mejor se lo ha montado. Olga *la Gordita* trastea en el ordenador de siempre, el del período egipcio, al que le habla como a un perro viejo y lleno de achaques: «Venga, arranca, anda, arranca, vamos, bonito, vamos...»

A Carlo Monterossi ya lo conocen, de modo que el plato fuerte es Nadia. La gordita la mira con disimulo, para ver de qué clase de animal se trata. Para Gregori, es «una testigo material de los hechos», mientras que el hombre de pana se da pisto profesional, en modo «Yo, el administrador de la Justicia», pero está a punto de pasar al cortejo: sólo tiene ojos de pana para ella.

Los de Nadia, sin embargo, están más grises que las cuchillas de una motosegadora, aunque menos compasivos.

Mientras, el balance de la jornada.

Carlo y Nadia están muy bien, gracias, y se han librado de una bien gorda, en palabras de Gregori. Bueno, están mejor que el joven senegalés que, cuando cruzaba via Vittor Pisani, se ha llevado una bala en un costado; para ser precisos, la misma que atravesó las ventanillas del coche y a punto estuvo de impactarle en la cabeza a Carlo mientras se abalanzaba sobre el asiento del copiloto. El conductor del Seat que iba detrás tiene un traumatismo craneal por chocar con la cabeza contra el parabrisas, mientras que el vehículo de Carlo —cuyo conductor tuvo el buen juicio de doblarse sobre la espalda de Nadia— colisionó contra un poste de la luz a una velocidad estimada de unos cuarenta kilómetros por hora. El golpe provocó que la farola destinada a la iluminación de la vía se descolgase, pegara contra la acera y estallara en un millón de pedazos, que hirieron a Florinda Guezoni, una boloñesa de setenta y un años que se dirigía a la estación y que está decidida a denunciar al ayuntamiento.

Ni al Coyote le habría salido mejor.

Gregori recuerda en ese momento que es el comisario y le pregunta a Nadia:

—¿Usted quién es, señorita? —La chica recita sus señas personales—. ¿Puedo preguntarle qué relación mantiene actualmente con Monterossi?

Se presenta como «colaboradora y amiga».

En definitiva: que no se mueve un ápice, no los ayuda y les da a entender que va a costarles sangre, sudor y lágrimas.

Esto hace que el hombre de pana beis entienda que va a tener que darles algo:

—Los testimonios sobre los agresores concuerdan. Dos en un *scooter* grande, con casco, claro. Les dispararon desde atrás y luego, cuando los adelantaron, por el lado izquierdo del coche... —Y hasta ahí Carlo podría haber llegado solo. Pero hay más—: Tenemos el informe de balística. Se encontraron dos casquillos en el suelo, aunque en total fueron cuatro tiros. El primero, el que llegó por atrás, acabó casi intacto en el reposacabezas del pasajero... —Nadia mira a Carlo, pálida—. Y ya podemos decir con certeza que la pistola es la misma que mató a Rivetti y Saputo. Calibre nueve Parabellum modificada... Una Luger, ni más ni menos.

«Perseguidos por la Wehrmacht en pleno centro de Milán —piensa Carlo—. No está mal.»

Luego vienen las preguntas: ¿tienen idea de quién ha podido ser? ¿Adónde iban? ¿De dónde venían? ¿Por casualidad trabajan en algo que pudiera requerir la intervención de un asesino para eliminarlos? ¿El blanco era Carlo o la señorita? ¿O los dos? Y, por lo demás, ¿a qué se dedica la señorita?

Ghioni, por cierto, se la come con los ojos e intenta de todo para impresionarla.

Por desgracia, entre que sólo es un hombre y que roza el patetismo, Nadia lo mira igual que Cortés a los aztecas: con dos partes de desprecio, una de disgusto y una pizca de burla descarada, que el otro es incapaz de ver porque lo ciega su estúpido narcisismo.

Llegan unas botellitas de agua mineral, junto a una bandeja de *tramezzini* que participaron en la retirada de Rusia.

Carlo aprovecha para poner toda su sagacidad sobre la mesa. O sea, decide cortar de raíz: esa confrontación no va a ninguna parte, se dice, como mucho a una molesta jaqueca. Además, le duele horrores la herida que se ha hecho en el trasero con su propia arma, un dolor agravado por la circunstancia de que la Glock 17 sigue en su sitio.

Para que nos entendamos: Carlo Monterossi, nacido en, con domicilio en, etcétera, etcétera, está hablando con un comisario y un ayudante del fiscal de la República, en presencia de una oficial y un subinspector de seguridad pública, en una sala de la comisaría central, con una pistola cargada, con una bala en la recámara, metida por la cinturilla del pantalón.

A un buen número de guionistas de la televisión estadounidense los han fusilado por mucho menos.

Resumiendo: es él quien decide desbloquear la situación.

—Señores, tenemos que contarles algo. Justo cuando nos han... disparado, veníamos a verlos con ciertas novedades... Por favor, Nadia, si no te importa...

No es sólo que no le importe, es que no esperaba menos. Ha llegado la hora de su espectáculo, y Carlo agradece al destino tener entrada de primera fila y ser amigo de la estrella.

—Si puedo hablar sin que me interrumpen, habremos acabado dentro de diez minutos.

Todos asienten. Ghioni con más ahínco que nadie.

Y Nadia empieza el relato desde el principio, las primeras investigaciones, las reconstrucciones, los personajes. A cada palabra, un sobresalto en el patio de butacas: ninguno de esos detalles era conocido por los miembros de las fuerzas del orden, quienes, sin embargo, creían haber escarbado en las vidas de las víctimas como perros truferos.

Olga *la Gordita* golpea con furia sus tablillas de cera. Semproni

interrumpe a cada tanto para contrastar datos.

El estupor irrumpe en la sala y toma a sus rehenes.

Al llegar a lo de los dos asesinos de andar por casa, se oye el golpe de las mandíbulas contra el suelo. Y en el colmo del dramatismo, el descubrimiento del laboratorio de Rivetti, cuya existencia nadie sospechaba. Cuando Nadia deja las llaves del semisótano de via Cusio en la mesa de Gregori, las caras del comisario, del ayudante del fiscal y del subinspector se vuelven gris verdoso. Gregori parece humillado, y de los ojos del ayudante del fiscal surge un brillo de desaprobación revestido de pana.

Semproni echa mano de las llaves y desaparece.

Nadia cuatro, policía cero.

Y sólo están en el descanso.

El relato pasa entonces al móvil, a los dos asesinos, el marido y el amante de Margherita Colorni, y a su plan diabólico y su ejecución. A la confesión escrita que Nadia leyó y luego alguien robó tras poner patas arriba la guarida secreta de Rivetti.

La chica no añade detalles, no novela, no agrega florituras ni embellece nada. Vamos, que no maquilla su historia. Solamente se explaya sobre la extraña alianza —tal vez incluso amistad al final, y sin duda locura— de aquellos dos hombres.

El dolor, la rabia, el odio.

En definitiva, el amor también tiene estas cosas.

Y al final, como si fuera la vuelta victoriosa al terreno de juego, en medio del alborozo general, Nadia habla del vídeo del accidente en la avenida Tibaldi. O, mejor dicho, del homicidio en la avenida Tibaldi, y pregunta si el amable público querría echarle un vistazo.

—Pero ¿cómo? —pregunta Gregori con ingenuidad.

—¡Pues en YouTube! —responde Nadia, con los ojos más grises que nunca.

Incluso Carlo la mira como debió de mirar César a Bruto por última vez.

Pero ella miente como un angelito: al no poder copiar el vídeo que había

encontrado en el laboratorio, el único modo de ponerlo a salvo que se le había ocurrido —un movimiento que sin duda se reveló acertado, a la luz del robo posterior— fue subirlo a la red.

—¿Ha colgado usted en internet pruebas de un homicidio? —pregunta Gregori, como si hablase con el mismísimo Totò Riina. Le parece increíble haber encontrado por fin algo que reprocharle a una tía que en dos días de trabajo ha hecho más que sus hombres en una semana.

Pero Nadia lo congela con una sonrisa de esas que hicieron famosa a Toledo, donde se forjan las hojas más afiladas del mundo.

—¿Pruebas? ¿Qué pruebas? ¿Hablamos de una grabación que se entregó a la policía local de Milán a mitad de marzo...? —Cuenta con los dedos—: ¿Hace seis meses?

La gordita se queda del color del papel higiénico de doble capa, Gregori se deja caer en el sillón directivo y el magistrado de pana no consigue apartar los ojos de Nadia.

Perdido sin remedio, se jura que algún día esa mujer será suya.

Tiene las mismas posibilidades que vosotros de ganar los mundiales de críquet, pero no es el momento de decírselo.

Olga se afana en el ordenador de Keops para poner el vídeo, pero el navegador no quiere abrirse, y cuando consigue arrancar, la conexión es débil y aparece un menú que no se veía desde los tiempos de Togliatti: «Espere, por favor.»

Están todos ansiosos.

Nadia resopla y pregunta:

—¿No hay wi-fi?

La miran como si estuviera bailando desnuda encima de la mesa del comisario, algo que, por lo demás, a Ghioni no le importaría.

De modo que vuelve a resoplar, enchufa a su Mac el iPhone que le dio Oscar y, diez segundos después, Ghioni y la oficial Olga Senesi se apiñan a la espalda de Gregori como si estuvieran en el cine.

Carlo, que ya lo ha visto, se queda en su sitio.

Nadia hace con ellos lo que hizo con él en el restaurante: esa de allí es Rápici, ese otro, Righi, etcétera, etcétera.

Tres minutos y diez segundos después, Nadia recupera el Mac, se sienta en la silla y se queda callada.

Los demás se miran consternados.

El primero en reaccionar es Ghioni, que ahora parece ya la caricatura de la imitación de la parodia de alguien que mueve ficha.

—¡Señorita! ¡Sus habilidades deductivas son asombrosas! ¿Ha pensado alguna vez en unirse a la policía?

—Sí —responde Nadia—, pero luego lo descarté, gracias a la *grappa*.

Punto.

Nada sobre De Magistris y las últimas líneas del diario.

También a Oscar lo ha dejado fuera del relato.

Nadia mira a Carlo como preguntándole: «Eso es todo, ¿no?»

Él asiente, aunque tendría que pensarlo mejor, pero digamos que se impone el cansancio.

Podría decirse que la velada concluye ahí. Tienen tanto que ordenar, pensar, catalogar, hacer constar en acta, que a ninguno se le ocurren ni siquiera las preguntas más obvias.

El único que lo intenta es Gregori:

—¿Nada más? ¿Seguro?

Carlo niega con la cabeza, como diciendo: «¿Acaso no le parece suficiente?»

Nadia recoge sus cosas como hacen los profesores de universidad al terminar la clase. Ghioni intenta un último ataque desesperado:

—Señorita, sabemos dónde encontrarla, pero ¿podría dejarnos su número de móvil, por si surgen preguntas urgentes?

—Por supuesto —responde con una sonrisa. Y le da el número con las dos últimas cifras cambiadas.

Ya sólo quedan unos detalles sobre su seguridad: apostarán una patrulla, esta vez de uniforme, día y noche bajo sus respectivos domicilios.

—La señorita será mi huésped un tiempo. Así que pueden ahorrarse la patrulla.

La cara de Ghioni se derrumba cual Torre Gemela y parece estar tramando ya la invasión de Afganistán.

Lllaman a un agente a voces por el pasillo y le encargan que los acompañe a casa y compruebe que la patrulla de vigilancia y protección está abajo, en su puesto. Carlo y Nadia le piden que se desvíe hasta Barona, donde se encuentra el piso vacío de amor de Nadia, que sube y baja a los diez minutos con una maleta pequeña.

A las doce menos cuarto están tirados de cualquier manera en los sofás blancos de la inmensa casa de Carlo. Dylan grazna como de costumbre —las *Basement Tapes*— y les hacen compañía dos cervezas, unas alitas de pollo picantes recalentadas en el microondas, unos nachos y un aguacate que Carlo ha transformado en guacamole.

Quién sabe, es posible que Katrina sea la mismísima Mary Poppins.

Poco después de las doce, se dan las buenas noches y van a acostarse.

A las tres y unos minutos, Nadia grita en pleno sueño que el cristal le corta, que ve sangre y que Francesca se ha ido con un hombre, mientras llora a moco tendido, con lagrimones que contienen toda la injusticia del mundo y parte del universo.

Carlo corre a su habitación y la abraza hasta que se calma.

Carlo Monterossi, el Hombre Comprensivo.

Katrina los encuentra a las diez y veinte de la mañana dormidos en el sofá del salón, con las camas deshechas, la cocina sin recoger, la botella de whisky vacía y la jaqueca más intensa al este de Gibraltar.

Feliz domingo.

TREINTA Y UNO

El vehículo de cortesía llega antes del mediodía. Es una cortesía considerable, porque el coche está reluciente de nuevo y es idéntico al de Carlo, que debe de descansar en alguna parte, como los tanques iraquíes en el desierto. Eso sí, éste es el modelo más reciente, la evolución, la versión mejorada, algo que sólo se aprecia en detalles infinitesimales conocidos únicamente por unos cuantos flipados y en los miles de euros de diferencia.

Pero ¿quién es Carlo Monterossi para criticar el capitalismo, la lógica comercial, el mercado del automóvil?

Es buen cliente y ellos lo tienen en cuenta: ése es el mensaje.

El emisario del concesionario es amable, puede que demasiado, como demuestra el que esté trabajando para él en domingo. Le cuenta que su coche ha quedado bastante tocado, y Carlo tiene la sensación de que están intentando encasquetarle ése y embolsarse la sustanciosa diferencia.

Total, ¿por qué no?

El hombre le da las llaves y se va.

Carlo va a aparcarlo en su plaza de garaje. Huele a nuevo.

Cuando vuelve, ya ha llegado Oscar Falcone. Está charlando con Nadia y parecen esperarlo para empezar un consejo de guerra.

—Gracias por no implicarme —le dice Oscar.

—Gracias a ti. Me he ganado unos cuantos elogios de Sherlock Holmes que no me tocaban —responde Nadia.

El golpe teatral del vídeo subido a YouTube hace que a Oscar se le dibuje una sonrisa de aquí a allí.

—Estaban cosiendo a Carlo y yo me aburría —alega ella.

Ahora tiene los ojos verdes. Por la noche, mientras lloraba por su amor perdido, los tenía de un verde imposible.

Carlo organiza una especie de *brunch* mientras los otros dos se divierten comentando la escena de la víspera. Las miradas de Gregori cada vez más humilladas, la concupiscencia del hombre de pana, y la gordita, la mujer que susurraba a los ordenadores.

Nadia dice que deberían ir a buscar a la tal Marzia Senzapane.

A Oscar lo carcome la idea —lo repite dos veces— de que De Magistris no haya dejado rastro; le resulta especialmente extraño porque, hasta el momento, no ha dado muestras de ser muy espabilado.

—Eso sí, el tío tiene un par. Un tiroteo en el centro de Milán, a plena luz del día... —Y entonces lanza la bomba—: He estado en su casa.

Nadia ríe y tararea con la boca cerrada la música de James Bond.

Carlo pone los ojos en blanco.

El caso es que se siente en parte responsable de esos dos: una que se ríe en la cara de media comisaría con su numerito de Wanda Osiris tecnológica y el otro que va por ahí allanando moradas; la de un asesino, para más inri.

Ha llegado la hora de abrir el debate desde su posición de reformista-razonable.

Comienza con mucha pompa, porque sabe que no tardarán en desmontarle el discurso. Tiene la palabra el diputado Monterossi. Algo en plan: «Queridos colegas.»

—A ver, atendedme. Yo ayer en la comisaría no quise decir nada porque era el espectáculo de Nadia y estuvo muy bien. Pero no me parece una gran idea saber el nombre del cerdo que se dedica a dispararnos y no decírselo a la policía.

Lo miran con esa cara de compasión con la que suele mirarse a los analfabetos, a los que no saben inglés, a los que no tienen cuenta en Gmail y —en este caso, sólo Nadia— a los hombres.

Se da cuenta, pero prosigue:

—Os lo digo por dos razones. La primera, por nuestra seguridad personal.

La segunda es una cuestión de responsabilidad mía... Cuando te encargué este trabajo —le habla a Nadia—, el contrato no incluía que te dispararan con una Luger. La tercera razón...

—¿No eran dos? —lo interrumpe Oscar, pero Nadia lo mira como diciendo: «Déjalo, es tontito.»

—La tercera es un poco más... técnica. Pongamos que encontramos a ese cabrón. ¿Qué hacemos? ¿Le pedimos que, por favor, no vuelva a dispararnos? ¿Le contamos toda la historia y le decimos: «¿Comprende, señor Mierda, el trato que le proponemos? Vale, ahora que está todo claro, hasta luego»? ¿A vosotros os parece creíble?

Deja de hablar y los mira. No es por presumir, pero se considera un orador bastante bueno. Le parece que ha dicho todo lo que quería y bien, en particular el punto tres: su tesis es que si De Magistris está en el norte, él intentará largarse al sur, y si el otro va a la montaña, él preferirá la playa.

En resumen, y no es por menospreciarse, él no es más que un tío que escucha discos de Dylan, bebe whisky bueno de vez en cuando, escribe chorradas para televisión y tiene la modesta ambición pequeño-burguesa de seguir con vida el máximo tiempo posible.

Intervienen a continuación los diputados de la oposición:

—Entretanto, lo buscamos —dice Nadia.

—Entretanto, lo buscamos —corroborra Oscar.

¿Más preguntas?

—Sí. ¿Tienes muesli? —pregunta Nadia.

—¿Queda café? —pregunta Oscar.

Ríen.

Idiotas.

Carlo espera el discurso:

Por culpa de comportamientos como el suyo, de esa prudencia, de esa tendencia a la vida tranquila, de esa mediocridad de barriga llena, esas dos personas no tendrán nunca una pensión, se verán obligadas a trampear entre diferentes trabajitos absurdos y mal pagados y no podrán permitirse una casa, y menos aún una familia. Entonces ¿es incapaz de luchar? ¿Llama a su

mamá? ¿Qué habría hecho Pertini?, ¿habría ido a hablar con el comisario Gregori? ¿Eh? ¿Y Corto Maltés? ¿Y los hermanos Rosselli? Con esa tendencia que tiene Carlo a no hacer nada por su cuenta, a no pelear, lo único que consigue es alimentar la gran avalancha de mierda que los sepultará. ¿Es eso lo que quiere?

Y hasta ahí la variante uno, la socioeconómica.

Después está la dos: la confianza en las instituciones.

Pero ¿acaso no los ha visto? ¿Le parece gente capaz de encontrar a De Magistris? No estamos hablando del que puso la bomba en la plaza Fontana, por poner un ejemplo, ni de un asesino en serie inteligentísimo de una peli de Hollywood; no, hablamos de un capullo de mierda que dispara con una pistola de anticuario. ¿La policía? ¿Esa gente que no sabe encender un ordenador, que manda faxes como en los tiempos de los visigodos?

Eso mismo.

Le sueltan el discurso, pero sin palabras.

A base de mover cabezas, de sonrisitas entre ellos, de guiños, de expresiones de cierta compasión impregnada de ternura.

Van, por tanto, al grano:

—Háblanos de la casa —pide Nadia.

—Un sitio feúcho —Oscar—, vivienda de protección oficial, con buena ubicación, eso sí, delante del parque Trotter... bueno, detrás. Y no hay mucho que contar. Vacía. Algo de ropa por los armarios, pocas cosas en la cocina, no mucho más... Muebles viejos que seguramente ya estaban cuando compró la casa, más alguno de Ikea. Unos cuantos libros, sobre todo de historia, batallas, los héroes de El Alamein, ya os podéis imaginar, los diarios del Duce, los falsos, los que hizo Dell'Ultri con transfers... Nada más... Lo que sí... —Aguzan el oído. Nadia mastica con parsimonia el muesli con yogur griego—. Lo que había por las paredes... No he encendido las luces y no he podido verlo bien, pero... en fin, era parafernalia nazi, medallas, cruces de hierro, insignias... cosas por el estilo. Enmarcadas y colgadas en la pared..., nada más que destacar... La impresión que me da es que se largó después del accidente, como mucho a los pocos días. Por eso la casa está vacía... Pero no como cuando uno se va de viaje, sino como cuando se

muda... Más o menos. Lo que no entiendo es por qué volvió... Justo cuando supo que los testigos potenciales estaban cayendo como moscas.

Es realmente una pregunta lógica. Se queda suspendida en el aire, planeando, se instala sobre la lámpara de la cocina y los observa desde arriba y, al ver que nadie tiene respuesta, se duerme.

Las preguntas hacen esas cosas a veces. Por lo general, se las deja estar y se pasa a otra cosa.

Por ejemplo, al teléfono de Carlo, que suena.

Los sorprende a todos:

—¿Diga?

Agudo, ¿eh?

Al otro lado, una voz de pana se disculpa por la molestia o, mejor dicho, un auténtico fastidio si se tiene en cuenta que es domingo, pero lleva desde esta mañana intentando ponerse en contacto con la señorita Federici y no lo consigue. Es una cuestión relacionada con su declaración, una tontería, seguramente Carlo sabe cómo son esas historias burocráticas... Pero, al parecer, el número no existe. ¿Es posible? Normal, con la alteración que provoca una jornada tan convulsa como la de ayer... Entonces ¿están bien? ¿Han asimilado el trauma?

Lo dice todo de una vez, con cierta angustia.

Es increíble que haya por ahí sueltos ayudantes de fiscal de trece años.

Pero como Carlo es un hombre de mundo y ha sido blanco en numerosas ocasiones de las burlas de generaciones que él y otros privilegiados han perjudicado para siempre —y que no se privan de hacérselo notar—, se permite una pequeña venganza.

—Claro, señor Ghioni, está aquí, se la paso.

Le tiende el teléfono a Nadia, que le saca la lengua y le enseña el dedo corazón.

Carlo y Oscar se ríen haciendo burla, señal de que lo de tener trece años es algo contagioso entre hombres, incluso por teléfono.

La chica, sin embargo, se convierte en todo esto a la vez: Eleonora Duse, Marilyn Monroe, Audrey Hepburn, fusionadas en una sola mujer fatal, que no está nada mal, por cierto, con la falda de flores y esos ojos verdes.

—Claro... Sí... ¡Qué va! —Ríe—. Es sólo un amigo... No... Esta noche... Bueno, sí que estoy cansada pero... ¿por qué no? ¡Qué amable! Sí, por supuesto que conozco La Lanterna... ¿A las ocho? ¿Puede ser a las ocho y media? No, no, allí nos vemos... De acuerdo... Gracias, señor Ghioni... Marco, sí, es verdad... Marco. Gracias...

Oscar sigue riendo. De hecho, ríe cada vez más.

Carlo un poco menos.

—¿Vas a cenar con el hombre de pana?

No son celos, tranquilos. Es desilusión. O sea, primos hermanos.

Los otros dos se miran y se echan a reír como niños viendo dibujos animados.

Una risa que le dice a la mesa, a las tazas vacías del café, a la caja del muesli, al bote de la mermelada, a lo que queda de huevos revueltos, al zumo de naranja y al mundo entero:

«Carlo Monterossi no puede ser más tonto.»

TREINTA Y DOS

Oscar se marcha en cuanto termina la reunión de conspiradores.

Carlo y Nadia se estrujan el cerebro pensando cómo burlar el control de los guardianes del orden apostados abajo, gente que daría su vida por proteger a un ciudadano honrado, respetuoso de la Ley, de nacionalidad italiana y raza caucásica, para ir a buscar a la señorita Marzia Senzapane.

Pero, como es un domingo de septiembre, hace una bonita tarde con sol y nubes que se mueven con rapidez, lo único que se les ocurre orquestar en materia de estrategia, táctica y técnicas de exfiltración es decirles que van a tomarse un helado por la zona de via Moscova y que no tardarán mucho en volver.

Les basta poner un pie fuera del portal, en la acera a la sombra, para comprender que no va a ser necesario: uno está leyendo el periódico en el asiento del conductor y el otro, apoyado en el maletero, fuma aburrido como una ostra; no los ven, o, si los ven, no hacen ni caso, y si hacen caso, no podría importarles menos.

Visto lo visto, Carlo hace ademán de dirigirse al coche, hacia la rampa del garaje, pero Nadia lo agarra del brazo y lo arrastra, literalmente, hasta la boca del metro, línea verde, estación Plaza de la República.

Ni seis minutos después, tras un trasbordo rápido en Loreto y tres paradas, cuando el tren reduce la marcha, se levantan de sus asientos y se sitúan junto a la puerta del vagón. Una voz a sus espaldas lo llama:

—¿Señor?

Carlo se vuelve y ve a la mujer de setenta años que estaba sentada a su lado, con el pelo azul, una bolsa de La Rinascente en el regazo y la Glock 17

cogida con dos dedos por la culata, como si fuera una rata apestada.

—Se le ha caído.

Carlo balbucea un gracias abochornado y se guarda la pistola en el mismo sitio, que sigue doliéndole muchísimo.

Nadia lo mira como se mira la uña de un dedo gordo del pie flotando en la sopa.

Se reencuentran con el cielo en Pasteur, caminan unos cien metros y entran en el portal número ocho de via dei Transiti, que está abierto o, mejor dicho, destrozado y descerrajado, con los interfonos arrancados y una selva de carteles de «SE ALQUILA» e incluso «SE ALQUILA CAMA».

Tres tramos de escaleras y llaman. Una mujerona de unos doscientos kilos abre mínimamente el batiente, por el que salen gritos infernales, y les dice que se han equivocado y que si buscan a Marzia, es en la puerta de enfrente. Cierra y vuelve a librar su propia batalla de Flandes contra chiquillos irreductibles que, por lo demás, ella misma ha lanzado en paracaídas a este mundo.

Marzia Senzapane abre en cuanto Nadia le dice que «Somos amigos», algo que hace justo la gente que tiene pocos, o no tiene ninguno, y quieren más.

Siguen esos minutos interminables en los que se entra en casa ajena, no se sabe qué hacer o cómo poner las manos, no se encuentran las palabras adecuadas y, mientras, se mira, se observa, se intenta entender el lugar.

Pero no hay mucho que entender: es un cuchitril. Un agujero que apesta a cerrado y a soledad y miedo.

Pero no miedo a que Sergione vuelva a hacerle daño, ni siquiera a que se presente alguien uniformado para llevarla de vuelta a la cárcel, o a que suceda algo malo.

No. El miedo de verdad: a quedarse sola para siempre.

Marzia despeja dos sillas y va a sentarse de piernas cruzadas en la cama.

Es guapa, con una belleza que tiene ya un pie puesto en el estribo del tren y se dispone a partir, quizá por siempre jamás, para desaparecer tras la

primera curva de la vida adulta, que, la verdad, ha resultado ser una auténtica mierda.

No, no sabe nada de Sergio y —suspira— intenta convencerse día tras día de que es mejor así.

Además, no son los primeros que lo buscan. Ya han preguntado otros dos por él, dos gitanos. Muy amables, eso sí, uno era muy educado, le besó la mano y la trató como a una señora.

Pero, aunque no tiene problema en charlar un rato —no suele visitarla nadie—, empieza a hartarse de que se presente tanta gente en su casa, no para verla a ella, sino a ese desgraciado que hizo que le metieran cinco meses y medio en Opera, módulo dos, entre yoquis, camellos y otra gente de bien.

—Pero ¿se puede saber por qué lo buscáis?

Por lo general, quien hace una pregunta así piensa: «¿Ha pasado algo malo? ¿Tendrá problemas?»

Pero Marzia Senzapane no, porque que Sergione haya podido meterse en líos no sería ninguna novedad, y en cuanto a posibles tragedias, en fin, de momento tiene bastante con las suyas propias, gracias.

Nadia todavía no ha dicho una palabra. Se ha limitado a mirar, observar, medir la habitación y su vacío, a estudiar la bonita cara de Marzia, que está algo estropeada, pero sigue viva, incluso con un punto de impertinencia, una sonrisa amarga que, a fin de cuentas, continúa siendo una sonrisa.

Pero ha llegado su momento y lo sabe.

—No es que lo estemos buscando... Digamos más bien que ha hecho cosas que no tenía que hacer y está cometiendo un error. Por un lado, queremos avisarlo, y por otro, decirle que pare.

Marzia le lanza una mirada de incredulidad. Sergione no es un tipo por el que se interesen los servicios sociales.

—No necesariamente por las buenas... —concluye Nadia.

Silencio. Tanto Carlo como Nadia saben qué necesita esa Marzia que tienen sentada de piernas cruzadas sobre una cama deshecha, en esa casa

deshecha, en una vida que, con veintiséis años, también a ella le parece deshecha. Saben qué necesita, pero no cómo dárselo. Ni cómo decírselo.

Nadia continúa dando rodeos.

—Verás, Marzia, lo que nos gustaría es entender... Por ejemplo, lo que te hizo a ti, pero también... también por qué has dejado que te lo haga. Entender qué clase de persona es él en realidad... y en qué líos te ha metido. En resumen... queremos conocerlo mejor, a través de lo que puedas contarnos...

La chica alarga una mano y la pone lentamente sobre la de Marzia, como se hace con los niños, un gesto que quiere decir: «¿Ves? No mordemos, estamos de tu parte.»

—Pero ¿vosotros quiénes sois? —pregunta Marzia.

—Él trabaja en televisión —explica Nadia—. Y yo... un poco también... Hago trabajos raros... Vamos, que no somos policías, si es eso lo que quieres saber.

Marzia ríe con ganas.

—¡Eso ya lo veo! ¡Todavía no habéis gritado! —Ríen con ella—. ¿En qué cadena?

—En una y en otra... —dice Carlo, sin querer concretar.

—¿Has visto alguna vez «Crazy Love»? —pregunta Nadia.

—¡Claro! Me encanta... ¡Dios, la gente que sale está fatal! Aunque también hay historias bonitas, ¡de personas que se quieren de verdad!

Levanta la cabeza imitando el gesto de una diva, suave y sinuoso, se lleva una mano abierta al cuello, como agarrando un collar precioso imaginario, adelanta los labios en un remedo de voluptuosidad y exclama con voz profunda:

—¡El amor también tiene estas cosas!

Los tres ríen.

—Pues ese programa lo inventó él —dice Nadia señalando a Carlo, a quien le gustaría evaporarse y que ya no sabe qué pensar.

Pero entonces... ¿sabéis lo del elefante que llega y se lo carga todo? ¿El que tira los vasos en la fiesta? ¿El que vuelca el plato en el escote de las señoras? ¿El que le dice «dele recuerdos a su marido» a una viuda recién

salida del funeral? Pues ese mismo.

Carlo Monterossi:

—¿Y qué querían los gitanos?

Nadia lo atraviesa con los ojos grises, los de acero inoxidable. ¿Es tonto del culo? ¿No entiende que está creándose una atmósfera? ¿Que esto es una charla, no un interrogatorio?

Pero Marzia no acusa el golpe.

—Estaban buscando a Sergio, igual que vosotros... Aunque no sé si igual. Me contaron que habían hecho negocios con él y que los había engañado o algo así. ¡Toda una novedad! Aunque, a mí, lo de que hiciera negocios con unos gitanos, no sé... Pero, vamos, que os digo lo mismo: Sergio no está en su casa, su coche parece abandonado, yo salí de Opera hace dos semanas... no, tres, y ni lo he visto ni he sabido nada de él. —Se ríe con amargura y se mira las manos, que tiene sobre el regazo—. Ya cuando me lo preguntaron los gitanos, comprendí que yo de él... En fin, que lo conozco desde... hace diez años ya. Pero no sé nada. No sé dónde puede estar. A los gitanos les hablé del Guita, un conocido suyo... que toca la guitarra... no, el bajo... Es increíble, ¿verdad? Lo único que sé de mi novio es que quedaba con un tío del que ni siquiera conozco el nombre verdadero...

Carlo y Nadia no dicen nada. Ven cómo el desaliento reptaba por el suelo, trepa a la cama, se agazapa entre las sábanas trasnochadas, se le encarama en un hombro, en su avance viscoso y silencioso, y se queda allí, decidido a no irse jamás.

—Les enseñé unas fotos a los gitanos. El más mayor era muy amable... No era mayor mayor, pero... parecía sabio...

Se levanta y coge el cuaderno rosa con los corazoncitos pintados a rotulador.

Nadia se quita los zapatos y se sienta al lado de ella, arrodillada sobre la cama, y van pasándose las fotos, se señalan detalles, ríen un poco.

—Pero ¡qué pelos llevabas!

»¡En ésta sales muy guapa!

»¿Y aquí dónde estabais?

Y así, Marzia Senzapane, de veintiséis años, con camiseta rosa pastel deshilachada, faldita vaquera de mercadillo de barrio, las uñas de los pies rojas y el pelo que le cae sobre los ojos castaños, empieza a hablar.

Les cuenta algo que tal vez no le haya dicho a nadie, pero que se repite día y noche, metida en ese cuchitril; que se recita en voz alta, como si repasara la lección, por si algún día alguien quisiera oírlo.

Algo que toca y canta para ella sola.

Y no es una canción de amor.

Cuenta que, cuando conoció a Sergio, estaba haciendo segundo de formación profesional, rama secretariado, y él era ya todo un matón que vendía hachís en la puerta del instituto y tenía moto.

Y ella era mona, muy mona, y él era casi popular, vamos, de esos que destacan. Y de ahí, a las decenas de veces que se habían liado y separado, cómo habían pasado días enteros follando en casa de él, enamorados, ella al menos; o, por el contrario, sin saber nada durante semanas, ella llorando por su amor perdido, y él haciendo a saber qué con otros capullos como él.

Siguió la época en la que estuvo trabajando, cosiendo dobladillos de trajes y vaqueros en un taller de costura de ahí cerca, en via Padova, que luego se quedaron unos chinos. Y eso es lo que está haciendo ahora, en realidad, el dobladillo de una falda por aquí, ajustando un pantalón por allá, cuando la señora de dos toneladas, la vecina de al lado que hace un rato batallaba con los mocosos, acepta demasiados encargos.

De modo que están Marzia, ese apartamento que parece un nicho, la máquina de coser y para de contar.

Pero sí, claro, también está el fantasma de ese hijo de la gran puta que llegó incluso a meterla en su casa una temporada, y ella creyendo que era el comienzo de algo parecido a un matrimonio, por mucho que él se metiera coca y le pegase, y una vez, no, dos, hasta la mandó a urgencias y tuvo que decir lo que dicen todas... que si el armario de la cocina... que si me caí por las escaleras...

Así que decidió volver a ese cuchitril de via dei Transiti. Pero siguió queriéndolo y creyendo que ese comienzo llegaría, en algún momento y lugar. Y lo cierto era que él iba y venía, como si fuera su novia, por mucho

que todo el mundo supiese y viese que él tenía también sus amiguitas por ahí.

Se sabía y se veía, pero ella no quería ni ver ni saber porque se aferraba a esa mala bestia como una acróbata a un trapecio, y encima sin red.

Mientras manosea las fotografías manoseadas mil veces y casi borradas por las miradas y el roce de los dedos, dice que sí, que claro que recuerda algún momento feliz. La excursión a Sirmione, con el restaurante de lujo donde comieron pescado. Y aquella vez que la llevó a la montaña, a Brianza en realidad, porque tenía que entregar no sé qué, y a la vuelta se pararon a mirar las estrellas y follaron en el coche, lenta, suavemente, sin hacerle daño por una vez, y sin prisas.

Pero luego... Después vino la vez que la mandó dos días con una puta de Affori para que le enseñara a hacer la calle. Aisha, se llamaba, que también la trató bien, pero ella no quería, y cuando vio al gordo sudoroso con el que tenía que... Vamos, que casi vomita y lloró y lloró, dos días se pasó llorando, hasta que Sergione fue a recogerla diciendo: «No vales ni para dejarte follar, no vales para nada.»

Y luego lo de las películas caseras, que, según él, era muy distinto a prostituirse, pero ella ya había visto el percal. Un hombre le dijo «tú ponte aquí y mira cómo se hace, la próxima vez hablamos», y ella había salido corriendo, asqueada.

Todo esto cuenta Marzia Senzapane, de veintiséis años mal pero que mal invertidos. Y llora un poco, y ríe otro poco, y gesticula y se lleva las manos al regazo como las viejas, y estruja las fotos mientras Nadia la mira con los ojos más verdes que Carlo le ha visto en la vida.

Hasta la noche en que fue a recogerla con el Golf y le dijo «baja, baja, que te llevo a divertirte, nos vamos al campo, a Sant'Angelo Lodigiano, que hay una *trattoria* que te va a gustar; arréglate, en plan tía buena». Y una vez más, se había dicho: «Aquí está, el comienzo, por fin, aquí está de nuevo el comienzo que he estado esperando, quizá esta vez sea la buena.»

Pero aún no habían salido de la ciudad, iban por via Ripamonti, cuando los pararon los carabinieri. Disco, a un lado, carnet y papeles, la señorita también, documentación. Y él cogió y le metió algo en el bolso, y puede que los otros vieran el gesto o puede que no, pero, por si acaso, él estaba ya

gritando «yo no la conozco, no conozco a esta puta.» Y los otros miran el bolso y encuentran un paquetito de coca, y acaban los dos en el cuartel, pero él sale unas horas más tarde y ella no, ella ya no sale.

Llega un tío elegante que dice «soy el abogado, me manda tu Sergio», y empieza a darle razones por las que, en el caso de él, tirarían las llaves y adiós Sergione, mientras que, en su caso, sería muy distinto: «Un par de meses dentro y luego te encuentro un trabajito, de cajera, ya verás, una nueva vida, verás qué bien.»

Y después, al salir, cuando se libró de aquella pesadilla de calor y sudor, de bofetones por no querer comérselo a las jefas y las jefecillas, de ruido de llaves y puertas, de luces eternamente encendidas, de ropa sucia y duchas que se cuentan con los dedos de una mano... Después de eso, volvió a su cuchitril de via dei Transiti, que sólo un milagro había impedido que el dueño realquilara, y había buscado a Sergione. Sí, para decirle cuatro cosas, pero... pero también... ni ella lo sabe. También por amor tal vez. También porque..., quizá sí, quizá por eso: el amor.

Y se echa a llorar mientras Nadia le acaricia el cabello.

Nadia se levanta entonces y camina descalza sobre las viejas baldosas blancas y rojas para agarrar a Carlo de un brazo, llevarlo hacia la puerta y decirle:

—¿Te importa...?

Y éste se ve de vuelta en la avenida Monza, él, el guionista ingenioso, el listillo irónico, el maestro de la agudeza rápida, el que embellece historias, el cabroncete *bon vivant*, y va caminando con un nudo en la garganta que lo presiona como un garrote de hielo.

Anda con sus zapatos pijos, su traje caro y sus calzoncillos de marca, por su vida cómoda, sabiendo que necesitaría más de una, más de diez y más de cien para hacer justicia por Marzia Senzapane, de veintiséis años, y por todas las Marzias Senzapane del mundo, por sus hermanas, amigas y abuelas, y por sus madres llenas de moratones.

Carlo Monterossi, el Hombre con Blues.

Cinderella, she seems so easy
«It takes one to know one», she smiles

*And puts her hands in her back pockets
Bette Davis style
And in comes Romeo, he's moaning
«You Belong to Me, I Believe»
And someone says, «You're in the wrong place, my friend
You better leave»
And the only sound that's left
After the ambulances go
Is Cinderella sweeping up
On Desolation Row¹²*

TREINTA Y TRES

Allí los domingos son días especiales.

Llevan horas comiendo, y ahí siguen, con la mesa larga aún sin recoger delante de la caravana grande.

Los hombres hablan y beben vino tinto, muy oscuro, casi negro.

Hay también vasitos más pequeños, para el aguardiente.

Alguien toca.

Los niños juegan alrededor, los más pequeños.

Las mujeres hablan, relatos en corrillos alegres. Una vieja desdentada ríe con ganas y se da palmadas en los muslos.

Clinton ha colocado una tabla de madera al fondo del campo, ha contado quince pasos hacia atrás y está enseñándoles a tirar el cuchillo. De diez lanzamientos, diez en todo el centro.

Los jóvenes miran, hablan, ríen, piden probar.

Helver está sentado un poco apartado, observando. Quiere marcar las distancias con los demás chiquillos.

Él sabe quién es Clinton y qué hace con Hego.

Él es amigo de Clinton.

Hego habla con el viejo, que no para de beber té hirviendo. Sujeta el vaso entre el índice y el pulgar, justo por el borde, para no escaldarse. Es sólo una costumbre, porque tiene manos de madera y ya nada lo quema.

Hego se levanta y se une a Clinton. Le pone una mano en la espalda.

—Mañana vamos al lago.

Clinton sonrío.

—¿El eco?

Hego sonrío a su vez.

—Exacto, el eco.

TREINTA Y CUATRO

Los de que ya no existen las clases sociales, que la sociedad es más compleja, que el discurso ha cambiado, que eso son esquemas obsoletos, que son categorías superadas. Ésos, esos capullos tendrían que estar allí ahora.

Porque cuando Nadia vuelve a casa de Carlo, abre la puerta y deja pasar a Marzia, la distancia sideral entre los dos mundos se manifiesta como lo que es: una cuestión de años luz y de tierra bajo los pies. Parquet brillante en lugar de arenas movedizas.

Las dos siguen charlando sin parar, y ríen en ese idioma especial que hablan las chicas cuando cortan de cuajo con el resto del mundo.

Carlo va a buscar un pollo a un local de peruanos; que sean dos. Pollos andinos de chuparse los dedos, asados y vueltos a asar, se deshacen en la boca, especiados y jugosos; con salsas de colores improbables que los indios de via Casati te entregan en bolsitas de celofán cerradas con un nudo, junto a una montaña de patatas al horno y dos botellas de Inca Kola, que es un refresco amarillo canario, amargo y con mucho gas, pero que divierte beber.

Los firmes guardianes del orden que velan bajo su casa ni siquiera lo ven, ni cuando sale correteando a toda prisa, ni tampoco cuando vuelve con dos bolsas blancas enormes, cargado como si estuviera de vuelta del mercado de Cuzco.

Vigilar y proteger. Buen trabajo.

Carlo pone sobre la mesa de esa especie de plaza de armas a la que llama «salón» unas cervezas y todo lo necesario. Aparece también Oscar, y se crea cierta atmósfera festiva que intenta ahuyentar todo lo que han oído en el día,

un ambiente de recreo.

No les disparan, no los persigue ningún asesino ni nadie va a abandonar a nadie. Oscar repasa los discos mientras cuenta historias de las suyas, cuidándose de escoger las menos truculentas.

Marzia ríe y se pregunta qué clase de gente es ésa, de dónde ha salido.

Nadia no le quita los ojos de encima, que están verdes, dispuestos a volverse gris como la hoja de un puñal si alguien amenaza de algún modo a esa nueva hermana suya, esta señorita que está renaciendo, esa pequeña proletaria sin revolución. Pero, por supuesto, ahí no hay peligro, y lo sabe.

Carlo hace una llamada a la portería de la planta baja y se les une Katrina, al principio cortada, luego más suelta, para, a la media hora, convertirse en una más, con permiso de la Virgen de Medjugorje.

También ella se pone a contar historietas, relatos del Este y chistes.

Como el que se murmuraban los amigos de su padre de tapadillo, hace muchos años:

—¿Hay algo más frío en las tuberías del gran socialismo moldavo que el agua fría? ¡El agua caliente!

Al final están todos cansados, saciados, satisfechos y por fin en paz. Katrina se va.

—Señor Carlo, mañana vengo temprano y arregla todo.

Carlo informa brevemente a Oscar sobre el relato de Marzia, haciendo hincapié en los gitanos que buscan a De Magistris.

Oscar lo piensa por un momento y pregunta:

—¿Ese tal Guita no se apellidará D'Anna?

—No sé, ¿por qué?

—Porque a un tal D'Anna... Cesare D'Anna, lo han encontrado muerto esta mañana en el local donde ensayaba con su grupo.

—No sé si será él, Marzia no sabe el nombre verdadero... Dice que tocaba el bajo.

—Sí, el bajista de los Zyklon B, una banda de nazis de mierda. Qué coincidencia, ¿no? Y si sumamos al tal De Giorgi, que encontraron muerto hace dos días, después de haberse desangrado...

—¿Qué tiene que ver?

—¿Estás tonto? ¿Crees que hay una plaga entre los nazis? ¿Una epidemia? Es evidente que alguien se ha puesto manos a la obra... Tal vez alguien que busca a De Magistris. Bastó que Marzia diera el nombre del Guita para que éste se extinguiera como los dinosaurios.

—¿Y tú cómo lo sabes?

—Por la sección de sucesos del *Corriere*. El artículo sale mañana.

—No le digas nada a Marzia.

—No sé por qué iba a decírselo.

Oscar se levanta, como si fuera a marcharse. Pero, antes, se vuelve para decirle a Carlo:

—Voy a investigar una cosa que se me ha ocurrido. Bueno, a lo mejor no tiene nada que ver, tengo que comprobarlo, pero ya puestos...

—Ten cuidado —le dice Carlo Monterossi, el Hombre Protector, mientras lo acompaña a la puerta.

Pasan por la cocina, para dejar unos platos, y por delante de la habitación de invitados.

La puerta está entornada, la única luz proviene de la mesita de noche.

Curiosean para ver dónde han acabado las chicas.

Están durmiendo abrazadas, con las melenas mezcladas en la almohada, un brazo de Marzia en la barriga de Nadia, una pierna de Nadia apoyada en las de Marzia.

Carlo cierra la puerta muy despacio y despide a Oscar.

Éste baja las escaleras a saltitos, mira arriba, hacia el rellano, donde sigue su amigo, y ríe.

—Anda, Carlo, ¡que el amor también tiene estas cosas!

Imbécil.

Aunque bueno, tampoco tanto.

Carlo mira la hora: son las dos pasadas. Bah, qué más da. Levanta el teléfono y llama a un número que tiene en la memoria, entre los favoritos.

—¿Katia?

—Joder, pero ¿qué hora es? Estaba dormida.

—Pues despierta.

TREINTA Y CINCO

En CLAC S.L. hay un sofá. Feo a más no poder pero cómodo. Lo compraron hace unos años, una inversión obligada durante un caso muy latoso que los obligó a largas vigiliias, largas esperas, noches interminables en la oficina, turnos de guardia y cabezadas dignas de faquires, hasta que llegó el momento oportuno.

Y pudieron terminar el trabajo. A veces hay que saber esperar. Pero siempre es mejor hacerlo en un sofá cómodo.

En esos momentos el sofá lo ocupa el hombre de la chaqueta, aunque no la lleva puesta. Está colgada en el respaldo de la silla, junto con la funda tobillera y el Smith 38 de cañón corto.

Todo lo demás lo lleva puesto: camisa, corbata, pantalones y zapatos.

El rubio se lo encuentra de esa guisa, dormido como un tronco en el sofá, con la luz del lunes anunciando una nueva semana, que podría ser la buena, esa en la que el capullo de De Magistris se dejara ver.

No despierta a su compañero. Prepara café, se lo lleva a la mesa junto con los periódicos y se pone a ver a velocidad $\times 32$ las grabaciones de las cámaras internas del despacho, para comprobar si ha entrado alguien de noche.

Una costumbre. Tan inútil como cualquier otra medida de seguridad, de esas que basta con saltarse una vez, por aburrimiento o pereza, para cagarla: ese día el carnicero de Rostov está esperándote tras la cortina y te come antes de que puedas decir: «Buen provecho.»

En la grabación ve que su colega ha entrado a las cuatro y diez, ha dejado la chaqueta y la funda y se ha echado en el sofá.

Son las diez pasadas.

—¿Queda para mí? —pregunta el socio.

—Sí, está recién hecho.

—Entonces me ducho primero.

Vuelve con una camisa limpia, el pelo mojado y una taza de café tibio en la mano.

—¿Has dormido bien? —pregunta el rubio. La sonrisita no es ni burlona ni irónica. Es la suya.

—Mejor que en casa.

—Tarde o temprano habrá que afrontar la situación.

La historia lleva años siendo la misma. El rubio suelta alguna gracia, el otro la encaja. De vez en cuando, el otro se desfoga y se queja un poco, y el rubio asiente.

La frase del rubio es: «Yo ahí no me meto.»

Pero, bien pensado...

Si te pasas la vida matando gente con otro tío, lo suyo es tener al lado a alguien lúcido y preciso como una cuchilla, no a un despojo que ha dormido vestido en el sofá y que, cuando tiene que apretar el gatillo, está pensando en sus problemas conyugales, en la comida, en los platos volando.

El rubio desecha la idea. Es injusta. Porque ese par de veces que las cosas han ido mal, ha sido su socio quien le ha salvado el culo de movidas bastante serias. El caso Melioni. El caso Ferranti.

Pero, sea como sea, es un pensamiento que tiene.

Por no hablar de la irritación que le produce ver venir el peligro: el riesgo de que una pareja tan perfecta, un reloj suizo, con más de diez encargos al año, todos llevados a cabo honrosamente, pueda irse al garete por una tontería como ésa.

Por una chorrada como el amor.

El de la corbata se ajusta la funda al tobillo y sonrío.

—Déjalo.

—¿El qué?

—Lo que sea.

«¿Has visto? —se tranquiliza el rubio—. Acaba de abrir los ojos y ya está al quite. Me preocupo demasiado. Demasiadas pajas mentales.»

El otro, en cambio, ya tiene algo en mente.

—Hay algo que no me cuadra.

—Cuenta —dice el rubio, prestando atención.

Cuando a uno de los dos se le enciende una alarma, le suena una campanita o una sirena, lo de menos es saber si es real o no. Ya notarla, intuirlo o incluso imaginársela ha de ponerlos alerta. Instinto. Cautela.

—De Rosa tiene razón. No somos los únicos que buscamos a De Magistris.

—¿Lo dices por De Giorgi?

—Por él y por el tal D’Anna que encontraron ayer. A ver... Estamos buscando a un nazi, ¿no? Y resulta que, de pronto, mueren más nazis que en los juicios de Núremberg. Raro, ¿no?

Silencio.

El socio se hace el nudo de la corbata y continúa:

—Piénsalo. Uno desangrado, otro asfixiado, pero los dos atados a una silla.

—Interrogatorio.

—Exacto.

—Sigue —lo alienta el rubio.

—Nosotros hemos dado una vuelta: el bar, el abogado... Los otros han dado otra... Por los grupos nazis...

Piensa en voz alta, va encajando piezas.

El rubio hace otro tanto.

—Admitamos que tienes razón. No te niego que este virus que mata nazis atados a sillas es raro... Admitamos que es lo que tú dices... Hay sueltos muchos cabrones de éstos, y De Rosa nos dijo que De Magistris no es muy querido en sus círculos. Nuestras fuentes también hablaron de elemento incontrolado, lobo solitario, mierdas por el estilo. Entonces ¿por qué De Giorgi? ¿Y ese tal D’Anna? Quien lo está buscando... o ha tenido mucha

potra, o dispara a ciegas, o tiene buena información.

—La novia —sugiere el socio.

—Puede ser —concede el rubio.

—Seguro.

—¿Entonces...?

—Hoy nada. Vacaciones de relax, para pensar. Descansamos, nos vamos a comer al lago. Miramos las cartas que tenemos en la mano y pensamos cuáles pueden tener los otros. Mañana vamos a ver a Dapré y dejamos a la señorita De Magistris para lo último.

—Conduzco yo —se ofrece el rubio.

Van a recorrer las avenidas Buenos Aires y Monza para tomar la autopista a la altura de Sesto San Giovanni.

—Para aquí —dice el socio de pronto.

Se le ha ocurrido una idea. A veces los planes cambian.

Se toman otro café en un bar de chinos y van andando hasta via dei Transiti, en dirección a via Padova. Entran en el número ocho, suben al tercero y llaman.

Nada.

Vuelven a llamar. Nada.

Hasta que la mujer elefante abre la puerta a sus espaldas y dice:

—Si buscan a Marzia, no está. —Y antes de que puedan decir nada, añade—: Se fue ayer con una amiga. Tiene que hacer unos dobladillos para hoy, esperemos que vuelva pronto.

Finalmente se van a comer al lago, salida Como Norte, luego la nacional hasta Moltrasio y, una vez allí, la Osteria dei Cacciatori.

Tiene vistas al lago desde arriba, se come bien y se habla de todo.

De casos pasados así como de casos que vendrán, de De Magistris, también de tomarse unos días de descanso cuando finiquiten ese trabajo, mientras esperan el siguiente.

—Y digo yo que, si alguien se carga a De Magistris, a no ser que lo pillen con las manos en la masa, nosotros pasamos la cuenta, ¿no? —pregunta el rubio.

—Bueno, no sé si sería ético.

—Ya, puede que no.

—Es más ético si le disparamos nosotros.

TREINTA Y SEIS

—Buenos días. Estamos buscando al marqués de Sensini Ferni.

Durante todo el viaje, en el tren de Milán y luego en Desenzano, así como más tarde en el autobús a Sirmione, por la ribera del lago y las calles del pueblo, donde los turistas van a la caza de un almuerzo, han tenido la impresión de estar fuera de lugar y contexto. Dos gitanos dando vueltas por esa postal satinada, todo perfecto, todo reluciente. Hasta las miradas preocupadas de los viandantes y los tenderos relucían: por lo afiladas.

¿Gitanos? ¿Allí?

Ahí, sin embargo, en la penumbra densa de la tienda, tan fresca como llena de objetos antiguos —o tal vez simplemente viejos, amontonados sin orden ni concierto, o con un orden que se les escapa—, por paradójico que resulte, parecen menos fuera de lugar. La chaqueta grande de Hego, su corbata incongruente y la camisa blanca de rayas anchas parecen salidas de uno de esos baúles o cómodas macizos, perfectas para reflejarse en esos espejos velados, con marcos majestuosos, que los multiplican: dos, cuatro, ocho gitanos.

—Estamos buscando al marqués de Sensini Ferni —repite Hego.

Clinton se ha quitado el sombrero, como por respeto al lugar.

No, no es respeto: es apuro.

El joven les hace un gesto con la mano, como diciéndoles: «Fuera, venga, fuera.»

Y añade con acritud, en una especie de corrección de su gesto poco afortunado:

—Estamos cerrando.

Hego se ha acercado y puede mirar a los ojos al joven, que en realidad no lo es tanto: más de cuarenta, deportista, esbelto, ágil.

—El marqués, por favor.

—El marqués... —empieza a decir.

—Hazlos pasar, Edoardo.

Una voz lejana, que precede a un hombre viejo como el mundo, que asoma por una habitación al fondo y los mira con interés y atención. Pero no con el interés y la atención que han cosechado desde que han salido de la estación de Milán.

Es otra cosa, indefinible.

El viejo se apoya en el quicio de la puerta.

—Pasen, señores... Pasen aquí a mi despacho... Yo soy el marqués, el marqués Ercole de Sensini Ferni... —dice, antes de dar media vuelta y desaparecer una vez más.

El joven abre los brazos, resignado, y sale de la tienda.

Siguen al viejo. Una habitación, más amplia que la anterior, y luego otra. Todo atestado de objetos. Viejos, antiguos, antiquísimos. Mesas, muebles y mueblecitos, tocadores y marcos, lámparas de mesa, vitrinas llenas de joyas, figurillas, marcos pequeños y muebles imponentes, librerías enormes y más habitaciones y puertas.

El anciano entra por una y lo siguen.

Hasta un escritorio enorme de madera reluciente. Ébano taraceado con colores más claros, rojos, blancos, posiblemente de marfil. El viejo se acomoda tras esa maravilla, en un sillón de madera tapizado con brocado rojo. Les hace una seña para que se sienten enfrente, en otras dos butacas que parecen gemelas.

El viejo se mete dos tubitos en la nariz y acerca una bombona de oxígeno al sillón.

Eso, se dice Hego, no le quita ni una pizca de autoridad. La barba blanca cuidadísima, el traje de color crema de corte antiguo, el pañuelo azul en el bolsillo a juego con la bufanda, de florecitas de lis blancas, mirada profunda

al tiempo que lejana.

Hego pasa una mano por el tablero del mueble, admirado.

El viejo sonríe.

— poca napoleónica, una joya.

Hego asiente. No es un entendido, pero sabe del peso de los siglos. Del anciano y de la mesa.

—Perdonen a Edoardo... Es mi nieto. Cuando yo ya no est e, dentro de poco al parecer, tardará menos de dos años en cargarse todo esto. —Hace un gesto vago a su alrededor—. Quizá sea mejor así...

Nadie dice nada. Clinton est  inmóvil, incómodo. Hego comprende que con aquel anciano va a ser un duelo. Está preparado.

Es el marqués, por tanto, quien vuelve a hablar, y lo hace mirando a Hego a los ojos, con una mirada que atraviesa los bosques de Bohemia, las llanuras polacas, las inmensas extensiones germánicas, con y sin nieve, que penetra los humos de las batallas y llega directa, como la hoja de un florete empuñado con elegancia.

—Tal vez sean ustedes a quienes llevo tanto tiempo esperando. —Ríe suavemente—. En realidad creía que iba a venir alguien con kip , o puede que dos energ menos con chaqueta y corbata... fingiendo ser clientes... Pero no... gitanos. Está bien...  y gitanos de qué tipo, si puede saberse?

—Sinti —responde Hego.

El viejo asiente.

— En qué puedo ayudarles, caballeros?

Le toca a Hego sonreír.

Lo ha entendido.

Clinton no, pero ya entenderá.

—Estamos buscando a Sergio De Magistris. S  que tiene negocios con usted.

—Sí, tiene negocios conmigo... Negocios... —Pone cara de disgusto y añade a continuación—:  Quieren saber toda la historia?

—Si termina con las señas del hombre al que estamos buscando, s  —responde Clinton.

Hego lo hace callar con un gesto y dice:

—Sí, queremos saber la historia.

A partir de ese momento, Clinton deja de existir para el anciano. Están sus ojos y los de Hego, porque verdugos puede haber muchos, pero confesor sólo hay uno.

—Me dedico a esto... prácticamente desde siempre. Provengo de una familia noble, de esas que ayudaron al fascismo y se beneficiaron... Nobles, sin blanca, incapaces de oficio alguno... salvados de forma milagrosa... Sí, fue un milagro obrado por un régimen duro, vulgar y proletario que despreciaba a la nobleza... —Ríe y al hacerlo produce un sonido de aspiración—. Tengo noventa y dos años, señores. Noventa y dos. Saben qué significa eso, ¿no? Significa que a los catorce, como mucho, viví el Imperio, a los diecisiete, las leyes raciales, no había cumplido veinte cuando estalló la guerra... Y con veinticuatro todo terminó. Incólume para mi vergüenza, ajeno a batallas, ileso, siempre oculto en la retaguardia, con hermanos y hermanas en la corte de Saló, aquí al lado, ilusionados con la idea de una nueva frontera... ilusionados con el arma final de Hitler... e ingenuos..., ingenuos a más no poder... —Hego no había nacido aún, aunque sabe—. Yo no, yo no tenía ilusiones. Nunca había creído en semejante carnicería... Aunque no por espíritu crítico... no, ni tampoco por sentido de la justicia... Es más, me parecía natural que los más fuertes acabaran con los más débiles, para tener más espacio, más riqueza, más poder..., En fin... Moctezuma no invadió España, fue a la inversa... Fue Carlos V quien exterminó los pueblos de aquellos lares. El más fuerte, la mejor raza...

Hego no habla. No se mueve. No aparta la vista de los ojos claros del anciano.

—¿Una adhesión? No, ni siquiera eso... Más bien un acto natural... Es de lo más natural comprender la fuerza del más fuerte si se tiene la suerte de contarse entre ellos, ¿no creen?

Silencio.

—Fue así como, al terminar la guerra, me encontré con mucho dinero contante y sin saber hacer nada. Sí, sí... Había estudiado... historia del arte,

filosofía... mis queridos teutones... Por lo demás, con el fin de la guerra en toda Europa... una Europa derrotada, digamos... Nobles de todas las estirpes, tanto de linajes centenarios como recién creados, familias importantes y otras que habían sido ascendidas recientemente con algún título nobiliario... se dedicaron a... vender. Vendían las joyas de la familia... Aunque las joyas de verdad fueron lo primero en desaparecer... No, vendían muebles de palacios enteros, armarios, tocadores, mesitas, sillas, sillones... objetos como éste... —Pasa una mano por el tablero del escritorio taraceado—. Una pesca milagrosa.

El viejo se ríe con sorna: de aquellos nobles que vendían sus tesoros por comida caliente, pero también —Hego lo juraría— de sí mismo.

—Ni se lo imaginan, señores... Compré mesas Luis XVI por lo que cuesta una noche de cervezas. Y cuando los nobles se extinguieron, cuando las familias se desmembraron y se disolvieron, los herederos se encargaron de dismantelar mansiones y castillos, pisos nobles y casas solariegas... Lo que han visto al entrar es casi todo baratijas para turistas... Yo hablo de mesas, sillas, *trumeaux*, lámparas, *boiseries*, espejos y marcos a los que generaciones y generaciones de criados habían sacado brillo durante décadas, siglos... Para que la duquesa no viera polvo, para que el conde estuviera a la altura en las recepciones en palacio...

Hego espera. Sabe que llegará el momento. Hace fresco y la penumbra es relajante. Además, no hay gitano al que no le guste oír una buena historia. Y él nunca tiene prisa.

—Pero la guerra no sólo trajo eso... También otras... antigüedades, que se volvieron antiguas a marchas forzadas. Cosas muy banales, la verdad... Las pistolas de los altos mandos de la Wehrmacht tenían la culata de plata, ¿lo sabían? Con el tiempo, desde Argentina, desde Chile, desde todos los lugares adonde fueron a ponerse a salvo... miles y miles de desterrados alemanes, oficiales, suboficiales... quisieron recuperar sus cruces de hierro, las divisas de sus regimientos, las medallas por su servicio en los tanques, por su lealtad al régimen... Sí, sí, al huir sólo querían olvidar... labrarse una nueva vida... Pero luego, ya cómodamente refugiados en sus nuevas vidas en Buenos Aires, Bariloche, Manaos... empezaron a sentir que les faltaba alguna evidencia de su pasado... glorioso, por así decirlo... Inocuo

coleccionismo de anticuario... para veteranos... Como... como el que comercia con dentaduras.

El viejo tose, se saca un pañuelo blanco del bolsillo de la chaqueta y se limpia la boca, escupe, recupera el aplomo y continúa:

—Pero ese mercado abrió... otro... Un mercado que podría calificarse de... malsano. Morboso. Con el paso de los años, las medallas perdieron valor... Bueno, a ver, una cruz de hierro de primera clase seguía colocándose muy bien... una Treudienste del Partido Nationalsocialista... Incluso una cruz del quinto regimiento del Cuerpo de Caballería Cosaca de las Waffen... Sí, sí... Pero ese pasado... glorioso..., la gloria que se les había escapado de las manos, para ciertos coleccionistas, dejó de medirse en armas y chatarra llena de lazos... Había llegado la hora del saqueo de los campos... Sí, los campos de exterminio.

Hego cierra los ojos. Espera.

—Todos los campos tenían su museo de los horrores. Ojos en formol, cerebros... Pero, ante todo, objetos, sí, objetos... Jabón hecho con huesos de presos... Piel... Piel humana curada, sí... con la que hacían lámparas... cubiertas de libros y cuadernos... agendas... de cuero... Repugnante, ¿verdad? Todo desapareció... Lo robaron todo, lo ocultaron, lo escondieron a saber dónde... Y lo prepararon para que saliera a la luz, muy lentamente, a lo largo de las décadas sucesivas... —Silencio—. Comercié con todo eso durante años, mintiéndome a mí mismo y diciéndome que no eran más que nostalgias enfermas de viejos locos dispuestos a pagar cifras astronómicas... ¡astronómicas!... por una libreta encuadernada con piel de niño judío muerto cuarenta, cincuenta, sesenta años atrás...

—O gitano —apunta Clinton.

—O gitano —repite el viejo sin dejar de mirar a Hego—. Para el transporte y la manipulación de ese material, utilizaba a un viejo italiano de esta zona, hijo de un pez gordo de la policía de Saló. Un tal Dante... No sabría decirles mucho más sobre él... Trabajaba bien... y con eso me bastaba...

El viejo se detiene, como si buscara la manera de continuar, o se encontrara en una encrucijada del relato, en un punto difícil de explicar.

—Hace unos años... yo era ya muy mayor... caí gravemente enfermo... un cáncer. Me libré por los pelos, un milagro a mi edad, decía el médico, quien por supuesto no creía en milagros... Cuando salí de esa pesadilla, ya no podía soportar esos objetos, ese tráfico, esos... fetiches. La muerte, a la que había visto por primera vez, dejó de ser algo teórico, dejó de ser una cuestión... ¿histórica? ¿Cultural? No... era sólo muerte..., una mierda inexorable. Un fin indigno, cagarse encima, desangrarse poco a poco, apagarse... Aquellos objetos me la recordaban, la evocaban... Soñaba con ellos cada noche.

Hego escucha. Sigue con los ojos cerrados. Clinton se arrellana en el sillón; quizá esté empezando a comprender también.

—Pero aun así... aun así no conseguí parar... denunciar, acabar con ese tráfico horrible... No. Lo dejé todo en manos de ese Dante y de su joven secuaz, Sergio De Magistris... Fui pasándoles poco a poco los contactos, las fuentes... Les pasé los clientes... que no eran ya viejos jefes con un pie en la tumba... Entendía que lo hacían por adhesión ideológica... Ya no había un intermediario cínico... inmoral, que ponía en contacto locos con locos... Ahora estaban los locos directamente al mando... Y a día de hoy no sabría decir qué es peor, si mi cinismo o su exaltación... Mi manera de mirar para otro lado y fingir que no veía nada, o su forma de verlo todo estupendamente y complacerse de ello... Creo que el tráfico sigue todavía... Vamos, tengo la certeza porque de vez en cuando me llega algún rumor... Pero estoy cansado. Estoy cansado de lo que hice... No es que me arrepienta, ¿saben?... No tengo derecho... El arrepentimiento siempre me ha parecido una escapatoria demasiado ruin... No. Sólo estoy cansado.

El viejo se recuesta en el respaldo del sillón, con los brazos extendidos y las yemas de los dedos aún sobre el borde del escritorio. Pero es como si se hubiera vaciado. Aspira su oxígeno y da la impresión de degustarlo.

—De Magistris estuvo aquí... en marzo, me parece —dice Hego.

—Sí —admite el anciano. Hego espera, no hace falta preguntar—. El capítulo final. El negocio estaba en sus manos, y creo que su intención era saltarse también a Dante, que no sé si está enfermo, o muy viejo, no sé...

Quería los archivos. Una agenda con los nombres de gente que vende cosas, de gente que puede poseer algo, de quienes, a finales de los años cuarenta y principios de los cincuenta, limpiaron los sótanos de los burgomaestres de alguna ciudad, de sedes de la policía aliada, de comandos soviéticos de ocupación o de ayuntamientos polacos... Los nombres los conocen... Mauthausen-Gusen, Treblinka, Dachau...

Hego lo detiene con un pequeño gesto respetuoso.

—Sí, los nombres los conocemos...

—También Auschwitz-Birkenau —sigue el viejo. Sabe que Hego sabe, que no debe ser mezquino, y no se deja nada atrás—. Vino aquí en plan agresivo, exigiendo... para que le diera la agenda, dispuesto a amenazarme. Se la di casi antes de que me la pidiera... Como si me quemara en las manos, como cuando un ladrón se deshace del botín... No se lo esperaba... Vino con malas formas y yo lo largué con su botín, sin oponer resistencia... Es más, encantado de perderlo todo de vista... Él, y el otro, Dante... la agenda y todas esas cosas monstruosas, esos... recuerdos...

—¿Y dejó de tener pesadillas? —quiere saber Hego.

—No, por supuesto que no —contesta el viejo con una risa llena de dolor.

—¿Dónde podemos encontrarlo? —pregunta Hego.

—A él no lo sé... Ni tampoco al viejo Dante... Sé que durante una época les enviaban las cosas a una dirección de Milán, pero luego... Algo debió de torcerse, o ya no se fiaban, o encontraron un sitio más... seguro... Tengo una dirección que me dio De Magistris en marzo, cuando vino de visita... por si alguna... pieza... acababa aquí.

El anciano coge un libro grueso de lo alto del escritorio, lo hojea lentamente, arranca una hoja y se la tiende a Hego.

Éste la lee y se la guarda en el bolsillo de la chaqueta varias tallas más grande. Cierra los ojos. Están cerca. Lo huele.

—Bien. Hablemos de negocios —dice el viejo con la voz más clara, como si se hubiera despertado de golpe.

Se levanta y desaparece en una de las muchas habitaciones; se oyen sus pasos arrastrados por el suelo mientras los dos tubitos de oxígeno se quedan apoyados en la bombona, al lado del escritorio.

Vuelve casi jadeando con un estuche en la mano.

—Tengan... Esto por todas las molestias... Lo tengo guardado desde hace mucho... Gitanos, ¿eh? Qué coincidencia.

Hego abre el estuche.

Un collar... no... una gargantilla... una plata delicadísima, una filigrana fina como una telaraña, con jade, esmeraldas engarzadas, un colgante de ámbar que parece iluminarse como una bombilla y que refleja incluso la poca luz que hay en la estancia. Y otras piedras que Hego no conoce. Es una pieza antigua, lo siente en las manos. Un objeto que ha perdurado a través de los tiempos.

Contempla al viejo con la pregunta en la mirada.

—Robado a una reina sinti, una niña, creo... En el cuarenta y tres en el campo de Sobibor... No se sabe cómo consiguió esconderlo hasta llegar allí... pero... primero las guardias, luego los oficiales... Lo conseguí en el... ochenta u ochenta y uno, creo... Como ven, caballeros... los estaba esperando.

Hego guarda el collar en el estuche, que desliza a su vez en el bolsillo donde antes ha metido el papel.

—Gracias —dice.

—No hay de qué. —El viejo sonrío—. Es lo mínimo.

Gira sobre sí mismo con cierta dificultad y alarga una mano hacia una cajonera. Saca una pistola larga, con aspecto de ser peligrosa.

Hego y Clinton la conocen, la fama le precede.

—¿Le importa coger aquel cojincito... el rojo... ese de allí? —le pide el viejo. Es la primera vez que le habla a Clinton y éste obedece.

Con un movimiento preciso, el anciano mete la bala en la recámara y baja el seguro. Después apoya la Luger sobre el cojín, en lo alto del escritorio.

—Lo único que le pido es que sea rápido —dice.

Hego se levanta y sale de la habitación.

Al cabo de dos minutos, se oye el sonido sofocado de un disparo y el golpe de algo que cae. Y Clinton sale.

TREINTA Y SIETE

—Como le hagas daño a esa chica, aunque sea un arañazo así de enano, después de lo que ha pasado, te saco los ojos con los tenedorcitos de las ostras y te los meto por el culo.

Tal cual.

Nadia puede destacar en muchos aspectos, pero jamás ganaría el premio a Miss Diplomacia.

Por no hablar de que, desde el principio de esta historia, todo el mundo está empeñado en meter cosas en el culo de Carlo, que empieza a hartarse.

Marzia sigue dormida.

Ellos dos están desayunando en la cocina —Katrina ya ha pasado y está todo reluciente como una pista de hockey—, y Carlo ha cometido el error de explicarle su idea a Nadia antes del segundo café. Ésta tiene los ojos gris metalizado, de color sierra circular.

Le tocaría hablar a Carlo, si lograra interrumpirla.

—Tú y los mierdas de tus amigos, que seríais capaces de cagaros en la vida de quien sea por dos puntos de *share*, que no tenéis problema en transformar cualquier tragedia en espectáculo, y todos los millones de mierdas que os ven.

«Bien —se dice Carlo—: hay margen de maniobra.» Carlo Monterossi, el Hombre Optimista.

Ya se sabe cómo va, hay que ser capaz de ver el vaso medio lleno.

Empieza entonces con su filípica, que tendría que ser una defensa de sus intenciones, pero que, sin darse cuenta ni esperárselo, se convierte en una

especie de operación de contraguerrilla.

Desde luego que sí, el cinismo y el asco. Pero también él en la avenida Monza, bajo el sol nebuloso de una tarde de domingo de septiembre, cuando se sintió como se sintió, es decir, rendido para siempre ante Marzia y su relato.

Y todas esas gilipolleces sobre las cosas que también tiene el amor... y ya está, ¡me cago en todo! Porque si el amor también tiene estas cosas, que acabas entre rejas y te atizan como a un tambor, entonces ¡que se vaya a tomar por culo el amor! Y tal vez haya llegado la hora de decirlo alto y claro. Y no a ellos, que saben idiomas, que leen el periódico, que tienen cuenta en Gmail, que se mueven por el mundo como los ratones en el queso, que dan plantón en el restaurante a ayudantes del fiscal de la República como un juego, un capricho, por mofa... No, a ellos no... Sino a las miles y miles de Marzias del mundo, o al menos de este pobre país. Las que se dejan zurrar por el primer cabrón que pasa porque «el amor también tiene estas cosas»... Así que digámoslo bien alto, coño, que esa historia es un fraude, es una manera de justificar a esos carniceros y condenar a las víctimas, de crucificarlas, porque, cuando hay amor, lo hay todo: hasta el código rojo en urgencias.

Y ya no hay quien pueda contenerlo. Casi grita cuando dice:

—Nos utilizan para hacer bulto el día del estreno, para subir la audiencia, para aumentar los precios de los anuncios de compresas, detergentes, dentífricos anticaries... Pues joder, muy bien, utilicémoslos nosotros a ellos por una vez.

—No te van a dejar —opina Nadia.

—Me dejarán, porque me quieren a toda costa —replica.

—Tergiversarán la historia de un modo obsceno.

—Su historia la trabajaremos nosotros, lo que significa que no vamos a cambiar una mierda, o lo mínimo indispensable.

—El contexto tiene más peso, perderemos —dice Nadia.

—No —contesta Carlo, con aplomo—, y te voy a explicar por qué: porque tú te crees que son unos cínicos, pero te equivocas, te quedas corta. Son mucho, mucho, mucho más cínicos de lo que sospechas. Ellos dirán: «¿Ah, sí? Nosotros hacemos un programa donde se repite hasta la obsesión

que en el amor vale todo, pero ¿resulta que llega una señorita que asegura que eso es mentira? ¿Cómo lo encajamos? ¡Lo encajamos...! ¡Ideal! Que está bien, que, después de echarnos encima todo tipo de críticas e injurias, con una cabriola, ¡opa!, nos convertimos en los paladines, los defensores, la policía rosa de las mujeres engañadas.» Me veo a Flora De Pisis diciendo «Dame la uno» y soltando su arenga contra la violencia en el amor, diciendo que no es amor, o incluso diciendo: «El amor también tiene estas cosas... Pues bien, señores y señoras, no dejemos que las tenga.» Se acabó. Sintonía. Triunfo.

Nadia lo mira como si estuviera violando a un cachorro de foca.

—Y luego, otra cosa —sigue Carlo—: ¿tú has visto cómo nos lo ha contado? Tú la has escuchado. Alguien estaba escuchándola y eso era lo máspreciado para ella, su liberación. Pues ahora que se lo diga a unos cuantos millones de personas, y a lo mejor hasta a él directamente. Que mire a la cámara y que retumbe en veinte millones de salones italianos cuando diga: «Sergio De Magistris eres un mierda y ya no te quiero.»

Nadia se tambalea.

Sigue con los ojos grises, pero esta vez sólo del tono de la doble hoja de una Gillette.

Lo que no dice Carlo es que, tal vez así, De Magistris salga de su escondrijo, o vuelva a desaparecer, o quizá alguien se ponga a buscarlo seriamente, es decir, alguien con uniforme, a ser posible —tan difícil no debe de ser— algo más despierto que esos de ahí abajo.

Y podría ser el fin de la historia, adiós muy buenas, y cada uno vuelve a su vida. Aunque tal vez Marzia no, quizá encuentre algo mejor...

—Pero una última cosa —dice, bajando la voz y rebuscando en el fondo de los bolsillos su tono más meloso y susurrante—: ¿Por qué no se lo preguntamos a ella?

No sé si habréis compartido alguna vez espacio con una tigresa salvaje, muerta de hambre, furiosa, nerviosa, que os odia, que no se fía de vosotros, que se siente amenazada y está pensando en despedazaros vivos.

Pues imagináoslo: Carlo en la cocina con Nadia.

Tal cual.

Median entonces otras dos cafeteras, el muesli con yogur, el hojear nervioso de los periódicos, sin que nadie salga herido de muerte.

Y aparece Marzia.

Lleva puesta una camiseta de manga larga gris de Carlo, sus propias bragas, va descalza, con las uñas de los pies rojas, cara de «Dios, cómo he dormido» y una sonrisa que les anuncia: «A partir de ahora, siempre habrá sol. Bueno, un poco de lluvia para la agricultura, pero sólo en el campo.»

Le dan de comer, la reciben con cariño, le aseguran que la jornada se parecerá a la noche pasada, y todo sin palabras.

Nadia y Carlo se miran entonces.

Y como los tigres son siempre gente valiente, habla ella:

—Marzia... te queríamos preguntar...

Cuando lo oye y lo asimila todo, a la chica le queda una única preocupación, que es a la vez un estremecimiento y un miedo tan grande como la deuda pública.

—Entonces ¿por eso estoy aquí?

En traducción, con la ayuda de la mirada aterrada que le lanza a Nadia, quiere decir: «¿Por eso eres mi amiga y has estado a mi lado, me has hablado y me has escuchado? ¿Por eso me has abrazado y me has hecho dormir con la espalda apoyada en tu hombro?»

Nadia comprende enseguida la dimensión de la alarma.

—No, yo me he enterado ahora. Y tampoco es que esté convencida. De todo lo demás, no cambia nada.

—Es sólo una idea —interviene Carlo—. Si no te parece bien, puedes decir que no... ¿Te apetece ir a «Crazy Love» y contar lo que nos contaste ayer? ¿Decirles a las mujeres que te escuchan que no se dejen hacer lo mismo? Sin trampa ni cartón, como nos lo contaste a nosotros.

Tiempo muerto de un minuto. Como en baloncesto. Silencio. Reflexiones. Pensamientos.

Cuando pasa, Marzia Senzapane se queda mirando a los dos.

En ese preciso instante, está dejando para siempre a Sergio De Magistris,

quitándose de encima su olor y su sabor, su mundo, su arrogancia, la violencia, la mierda que lo recubre. En ese momento, está liberándose de verdad.

—Sí —responde.

Se inclina entonces hacia Nadia y la besa en la boca, lengua incluida, tanto tiempo que hasta Carlo, que presume siempre de no dejarse engañar por el romanticismo y otros productos comerciales, finge estar atareado con algo para dejarlas a solas.

Pero ¿estáis viendo qué trompo?

Echar a patadas en el culo al amor enfermo por la puerta para que vuelva luego sano, vivito y coleando, triunfante, por la ventana.

La de cosas que blablablá...

TREINTA Y OCHO

Se cuenta que allí, entre la estación central, la avenida Brianza y la calle Soperga, una vez, en 1924, después del asesinato de Matteotti, alguien encontró un aparcamiento libre.

El rubio no se lo cree pero, aun así, pone su sonrisita burlona, sigue otro medio kilómetro y encuentra un hueco en via Venini.

Desandan el camino, bajo un cielo que amenaza lluvia y una brisilla ligera que revuelve la basura por el suelo.

En la placa de la entrada se lee: PISS & LOVE VIDEO PRODUCTION. Después hay que atravesar un pequeño patio interior y bajar por unas escaleras hasta una puerta de madera con el mismo letrero.

Llaman, se abre la cerradura eléctrica, entran y se ven en una habitación con un mostrador blanco, estilo recepción de hotel, moqueta desgastada, un par de asientos de esos de tubos metálicos, unos cuantos estantes y lámparas de neón.

Hasta que llega un tipo con aire apocado, una especie de mensajero, creen, o un currante.

—Estamos buscando al señor Dapré.

—Soy yo —dice, con cara de ligera sorpresa.

Si es millonario, lo disimula bien.

Los sorprendidos ahora son ellos, que esperaban encontrarse con una especie de perdonavidas tecnológico, un conductor de Mercedes con gafas de sol incluso de noche, y en lugar de eso, tienen delante un hombrecillo desaliñado, con una chaqueta gastada no sólo por los codos, la camisa medio por fuera de los pantalones y zapatillas de deporte.

—Ermanno Dapré —repite, por si no lo han entendido. Y añade—: ¿Los

señores son...?

—Los señores son los que hacen las preguntas y usted el que responde — dice el socio.

—Parece complicado, pero se pilla rápido —apunta el rubio.

—En realidad, estamos buscando a su socio —le cuenta el de la corbata.

—¿Socio? —Su sorpresa parece real, pero, en fin, cuanto antes se acabe esta competición de a ver quién parece más sorprendido, mejor.

—Sergio De Magistris —aclara el rubio.

El hombrecillo pone una cara a medio camino entre el miedo y el disgusto, aunque domina lo primero.

—¿Están buscándolo o los manda él?

—Estamos buscándolo.

Parece aliviado.

—No es mi socio... no exactamente —dice, como si quisiera recalcarlo bien. Y de hecho lo recalca bastante porque sacude la cabeza con cierta energía, y no para hasta pocos segundos antes de desnucarse.

—Perdone, es lo que nos habían contado... En cualquier caso, veo que lo conoce...

—Sí, lo conozco, y no sabe lo mucho que me pesa...

Pues nada, De Magistris se ha ganado otro amigo. Desde que están buscándolo, no han dado con nadie que se alegre de oír su nombre.

El hombre de la corbata evalúa la situación mientras el rubio mide la habitación a pasos lentos, curioseando por las estanterías, mirando los catálogos que hay sobre la mesita, inclinando la cabeza para leer el lomo de los DVD ordenados en los estantes a ambos lados de la puerta.

Movidas porno, recursos para el hágalo usted mismo.

—¿Y está en contacto con De Magistris? —insiste el socio.

—¿Puedo saber por qué lo buscan?

—Queremos ofrecerle un trabajito —dice el rubio.

—Uno de esos de tiempo indefinido... —añade el socio.

El rubio es incapaz de resistirse:

—Sí, de esos que se hacen tumbado y duran para siempre.

—¿No serán ustedes de Operaciones Especiales ni nada por el estilo?

Los dos se miran. Hay que ver el giro que pueden dar los acontecimientos, adónde puede llevarte una pregunta inocente...

El rubio mira a su socio y dice:

—¡Macho! De ladrones de relojes a agentes de Operaciones Especiales... Esto tiene que ser un ascenso, ¿no?

El socio se encoge de hombros.

—¿Operaciones Especiales? A mí me parece más bien un caso para la brigada tecnológica o para los de Antivicio... ¿eso existe todavía?

—No creo... —contesta el hombre. Ya no entiende nada.

—¿Tiene algún sitio donde podamos hablar tranquilamente? —pregunta el rubio, harto de estar de pie delante del mostrador.

—Pasen dentro.

«Dentro» no es exactamente un despacho. Es más bien un almacén con sillas, cajas, muchos sobres de color papel de embalar, cajas más grandes, algunas apiladas en montones, otras a medio llenar y montañitas de DVD que esperan para ser envueltos.

El rubio coge un puñado de una silla y va mirando los títulos: *Échalo todo*, *Un vaso de rubia*, *Las noches húmedas de Patrizia*, *Hasta la última gota*. Todos con el logo de Piss & Love Production. En las cubiertas, hombres y mujeres que mean unos encima de otros con cara de satisfacción, como si realmente se murieran de ganas de mear.

La sonrisita de ahora es burlona al cien por cien. Deja los DVD sobre una caja cerrada y se sienta. Los otros dos ya se han puesto cómodos.

—A ver, De Magistris —dice el socio.

No es una pregunta.

—No sé dónde está.

Una mueca, esta vez del socio.

—Vale, pues entonces cuéntenos con detalle dónde, cómo, cuándo... Ya sabe, esas gilipolleces que les enseñan a los periodistas —interviene el rubio.

—Lo conocí... hace un año... puede que menos... Sería Navidad... Al principio, creía que era amigo de una de las... actrices, digamos.

—Digamos —repite el rubio con su sonrisita burlona.

—¿Pero...? —pregunta el socio.

—Pero no era así... Les pregunté a las chicas y nadie lo había visto antes.

—Y a él... a ver si lo entendemos, ¿le interesaba el género? Es decir, ¿a él también le gustaba mearse? —pregunta el rubio.

—No, no... él... simplemente venía...

—¿Ah, sí? ¿A hacer qué?

—Pues... se interesaba por el negocio...

Es la ley de la oferta y la demanda, ya sabéis: la paciencia es un bien muy valioso, pero si se cultiva demasiado, pierde valor.

De modo que el socio decide pisar el acelerador.

—Vamos a ver, Dapré, hablemos claro: por lo que a nosotros respecta, que cada uno mee donde le dé la gana, mientras ningún perro nos confunda con una farola; somos bastante liberales. Así que deje de jugar a la defensiva, olvídese de Operaciones Especiales y cuéntenos todo de una vez.

—Puede incluso que nadie salga herido —dice el rubio—. Es raro, pero a veces pasa.

—No, lo de Operaciones Especiales lo decía porque...

Por la puerta que da al vestíbulo, la habitación donde estaba el mostrador, aparece un hombre.

—Ermanno... Ah, perdón... Ermanno, voy a ir preparando las luces y las máquinas... Media hora y empezamos.

—El cámara —explica Dapré—. Hoy rodamos algunas escenas.

Recuerda entonces que a aquellos dos la historia de las películas no les importa un carajo. Suspira y empieza a hablar:

—La empresa no va muy allá que digamos... O sea, no es un sector fácil... Hoy en día el porno... es más bien especializado. Además, con la crisis del DVD, que en realidad viene de lejos, pero ahora ya es sangrante... Con internet y todo eso...

El rubio mira a su socio y le dice, como explicándole de qué va la vida:

—Tienes que manejar el ratón con la izquierda...

—El caso es que se dejaba caer por aquí... Charlaba, preguntaba, se informaba... Y una vez llegó y me ofreció dinero... Me dijo que me lo prestaba para que se lo devolviera cuando me viniera bien... Yo necesitaba

hacer unas inversiones...

—¿En pañales? —pregunta el rubio.

—En un servidor, *routers*, montar un par de páginas... Ya sólo se vende así, o en *streaming* o por envíos postales... —Señala las cajas y los sobres.

—Vamos, un príncipe azul —comenta el rubio.

—No exactamente...

—¿De cuánto dinero estamos hablando?

—De veinte mil.

—Siga —pide el socio.

Esta vez asoma por la puerta una señorita. Una rubita algo pálida, bajita, pero nada mal.

—Ermanno... Ah, ustedes perdonen...

—Hola, Valeria. Franchino está preparándolo ya todo...

—Entonces voy a cambiarme —dice, y desaparece.

Dapré retoma el hilo.

—Total, que me dio el dinero, y les juro que realmente me hacía falta... Pero a cambio me pidió... en fin, un punto de apoyo.

Los dos socios lo miran como si estuvieran ante la Sibila de Cumas, declamando uno de sus acertijos.

El socio se agacha, hace ademán de rascarse un tobillo, un segundo, el tiempo justo para que el hombre vea la funda y la culata del Smith & Wesson.

Acto seguido, sonrío como si le hubieran presentado a Pippa Middleton y le pregunta:

—¿Sería tan amable de explicarse un poco mejor, señor Dapré?

—¡Mejor que eso...! Que no le importaba una mierda el negocio lo había pillado hasta yo... Me encasquetó aquí a un tipo, un viejo cojo que daba miedo, siempre callado, amenazante, como enfadado con el mundo permanentemente. Se llamaba Dante.

—¿Dante qué más?

—Dante a secas... Lo llamaba «Capitán».

—¿Y...?

—Y les mandaban cosas aquí. Cajas, paquetes. Cosas que venían de fuera... del extranjero, creo, porque en los paquetes había cosas escritas en otros idiomas... El Dante ese se dedicaba a comprobar que la mercancía llegaba bien, la cargaba luego en un coche y se la llevaba...

—O sea, que el colega le dio veinte mil euros a cambio de una dirección a la que mandar mercancía que luego se llevaba, ¿es eso? ¿Una especie de almacén provisional?

—Exacto. Y también hacía albaranes de entrega, como si la mercancía saliera de aquí. Esperaban a que hubiese unos cuantos paquetes y luego cargaban y se los llevaban... Una vez cada dos semanas, aunque no era algo fijo, había cosas que, en cuanto llegaban, se las quitaban de encima rápidamente... Creo que escogieron este sitio porque aquí llegan y salen muchos paquetes...

—Una tapadera.

El hombrecillo asiente.

—¿Y todo esto cuándo?

—Pues digamos que... octubre, puede que noviembre... hasta marzo...

—¿Podría tratarse de droga?

—Pues al principio creí que sí... Pero... Eran paquetes raros... A veces eran cajitas... Pero otros eran cuadrados, tipo cuadros... O más grandes, con embalajes complicados, con el sello de FRÁGIL...

—Señor Dapré, a ver si lo he entendido —dice el socio, como si le hablase a un niño de la fotosíntesis en un examen oral—. A ver si lo he entendido: le llega un desconocido cualquiera, pero que salta a la vista que no es un filósofo de la Sorbona, se planta aquí, le da dinero, le encasqueta una especie de mayordomo malvado y lo utiliza como oficina postal. ¿Es correcto? ¿Y usted?

—Necesitaba el dinero...

—¿Y usted? —pregunta el rubio, como si el hombre no hubiera dicho nada.

—Yo no estaba nada contento. Porque, además, el viejo ese andaba por aquí como si fuese el jefe de todo esto y molestaba a... las actrices... Se ponía en plan chungo y las chicas ya no venían tan a gusto a trabajar...

—¡Qué raro! ¡Con lo bonito que tiene que ser venir aquí a ducharse! —

comenta el socio.

—Ustedes no lo entienden... Estas producciones son muy... especializadas. La gente que trabaja en ellas... hablamos de diez, quince personas... forman una especie de familia.

—Una familia que no tiene váter en casa —le explica el rubio al socio.

—Miren... yo sé lo que piensa la gente... pero... es un trabajo como otro cualquiera...

—Una rama de la fontanería —vuelve a explicar el rubio, como si su socio fuese retrasado.

—Ustedes bromeen, pero hace falta... intimidad... y también tener vocación —insiste Dapré.

—Hay que tener talento... —dice el rubio, siempre didáctico.

—Yo creía que era más bien cosa de puntería —responde el socio.

—Pero ¡si hasta quiso traerme a una!

—¿Quién?

—¡De Magistris! Me trajo una chica... Me la presentó como su novia... Era absurdo. Quería que... interpretara... Pero verá... esto no lo puede hacer cualquiera... En cuanto la mujer vio lo que hacían las chicas, salió pitando. —Niega con la cabeza y toma aliento—. Bueno, piensen lo que quieran, pero es algo bastante... íntimo, que se hace entre gente que se conoce... El viejo... como que enrarecía el ambiente, eso es. Y luego, cuando aparecía De Magistris, se comportaba como si fuera el jefe. Al viejo le daba órdenes tajantes, «Capitán, aligera», «Capitán, carga el coche». Él se ponía en el ordenador y se dedicaba a hacer albaranes de transporte... Supongo que para estar en regla en caso de..., en fin, en caso de que alguien le diera el alto.

Se asoma otro tipo por la puerta.

—Perdona, Ermanno... ¿Ha llegado ya alguien?

Dapré le hace un gesto impaciente para decirle «Sí, sí, están allí», y el hombre desaparece.

—¿Y usted no se preguntó qué había en los paquetes?

—Claro, miles de veces.

—Pero...

—Pero un día lo averigüé...

Los dos lo miran como si fuera idiota. «¿Se puede saber por qué no lo ha dicho antes?», piensan. Y no sólo lo piensan.

—¿Y va a esperar a Nochevieja para decírnoslo o cree que podría ser antes? —pregunta el rubio.

—Es que no sé lo que había en los paquetes... Sé lo que había en uno...

—Te dije que te trajeras el pijama —le dice el rubio al de la corbata—, porque vamos a tener que quedarnos a hacer noche.

—Hubo una fuga de agua aquí en el almacén... a principios de marzo.

—¿Seguro que era agua?

—Agua. Total, que se mojó una caja grande de las tuyas. Tenía algo escrito... en alemán, creo... La levanté para ponerla a secar, pero el fondo estaba empapado y se rompió.

—Joder, qué suspense —dice el rubio.

—Pistolas —aclara por fin el hombrecillo—. De esas alemanas... que salen en las películas de guerra...

—¿Lugers? —pregunta el socio.

—No sé.

—¿Cuántas?

—Como unas veinte. Parecían antiguas... pero... envueltas en papel parafinado, y como engrasadas. Tenían pinta de funcionar... peligrosas.

—Sí, son bastante peligrosas —señala el socio, que está pensando.

¿Qué diablos pintan ahora unas pistolas de la Luftwaffe? Aunque sí, para los imbéciles que juegan al Tercer Reich, una Luger... Es como si un niño se llevara al patio el balón de Pelé.

—¿Y qué pasó?

—Pues que, cuando llegaron y vieron que el paquete estaba abierto por abajo, todavía empapado, comprendieron que no lo había abierto adrede. Pero empezaron a desconfiar y no tardaron en llevárselo todo. De Magistris me dijo que tenía que largarse un tiempo... perderse, me dijo... Pero que, tarde o temprano, volvería a por su dinero. Por eso antes he...

—¿Y el otro?

—El otro... Dante... el Capitán... se quedó unos días. Pensé que estaban

esperando más paquetes... Y, de hecho, en cuanto llegaba algo, se lo llevaba... Una semana, diez días y luego también desapareció.

—¿Y llegaron más cosas después?

—No.

—¿Y sabe adónde las llevaban?

—No, pero tiene que estar escrito en los albaranes, supongo... ¿no?

El rubio mira al socio. El socio mira al rubio. Después los dos miran a Dapré. Que los mira a ellos.

El socio habla separando bien las sílabas para que el hombrecillo le lea los labios, como si fuera sordo.

—Y us-ted... se-ñor Da-pré, ¿no ten-drá co-pias de e-sos al-ba-ra-nes?

—Claro que sí: ¡en el ordenador!

Le mandan imprimir unos diez albaranes de entrega, se los guardan y salen.

Fuera está lloviendo y acaban chorreando.

Cuando llegan al coche, parece como si se hubieran caído en un pozo.

—¡Me cago en todo!

—Pues yo tengo que mear —dice el socio.

—A mí no me mires.

TREINTA Y NUEVE

La reunión de la cúpula suprema del famoso programa de televisión «Crazy Love», esos directivos que estarían dispuestos a meterse fuego a lo bonzo por colar un anuncio en un corte publicitario, se desarrolla en torno a una monumental mesa de cristal, en la séptima planta de la sede principal de la Gran Fábrica de Mierda.

Es un comité central, un politburó, una reunión en el despacho oval, una cumbre del Partido Comunista chino y un Consejo de Administración de Apple.

Están Katia Sironi; el productor del programa, Daniele Ferrentini; Flora De Pisis y su ayudante Camilla Nosequé. Y Carlo Monterossi, ¿quién si no?

Ferrentini es un tipo alto y nervioso, con el mismo peinado que el payaso malo de los Simpson, pero un poco más tonto. Camilla Nosequé es una arpía joven con gafas, a la que Carlo sólo le ha oído pronunciar una frase en su vida: «Sí, Flo», con alternativas tan interesantes como «Claro, Flo» y «Ahora mismo, Flo», además del resto de las variaciones de la frase que podéis imaginaros.

Flo, huelga decirlo, es su majestad imperial, la santísima y adoradísima Flora De Pisis, que en esos momentos va sin maquillar ni peinar y vestida con chándal y chanclas.

No lo hace adrede: está tan convencida de que su verdadera vida se desarrolla en el aire, cuando aparece en directo bajo luces blancas que le borran las arrugas, que cada vez que tiene que presentarse ante menos de cinco millones de personas es como si estuviera sola, en el baño, recién levantada después de una noche de parranda. Aparenta más años de los que tiene, que por lo demás son más de los que le echa la prensa, que, para colmo, son más de los que ella reconoce, y más de los que querría tener.

El emisario de confianza de Carlo, su monumental agente, no tarda en poner las cartas sobre la mesa.

—Estamos aquí por cortesía y porque Carlo se ha visto topado con una bonita historia que podría irle bien al programa. —Mira a su alrededor para ver si el concepto ha calado. Con cerebros así, es mejor asegurarse—. De modo que voy a separar la discusión sobre el programa de este miércoles del resto de nuestras negociaciones.

Todos asienten.

Flora De Pisis no consigue contener la expresión de triunfo porque, apenas una semana después de su llamamiento desconsolado, están ahí arrastrándose y proponiendo historias. Ferrentini piensa en el dinero. Camilla Nosequé está en *stand by*, porque Flo todavía no ha dicho nada y, en consecuencia, no siente la obligación de asentir.

Y allá va vuestro héroe a tomar la palabra: Carlo Monterossi, el Hombre que Aporta la Idea.

Explica con pelos y señales la historia de Marzia mientras añade aquí, omite allá, limpia un poco por los rincones, quita alguna arista, pero no demasiadas, lima lo mínimo imprescindible, pasa el papel de lija, da una buena mano de copal y entrega el paquete.

—¿Cómo da en cámara? —pregunta Flora.

Camilla asiente. La pregunta le parece, cuando menos, genial.

Carlo abre el Mac y les enseña el archivo que ha grabado Nadia en casa, con Marzia diciendo las típicas cosas, su nombre, por qué quiere ir a la televisión a contar su historia, etcétera, etcétera. Una especie de audición. Demuestra que la chica da bien en televisión, incluso con esa iluminación improvisada, que no dice «coño» cada dos palabras y no tiene deformidades repugnantes que harían que el respetable cambiara para ver la serie del otro canal (igualmente repugnante, por lo demás).

Flora asiente, lo que supone ya una especie de aprobado.

Camilla asiente a su vez.

Ahora viene la parte difícil.

Porque, al cabo de una hora, cuando las ideas que Carlo ha expuesto al contar la historia de Marzia se hayan abierto paso por el cerebro de Flora De Pisis, como el Vietcong en la selva, apartando lianas y evitando las zonas pantanosas, hasta el claro donde están destacadas sus dos neuronas, preguntará: «Perdona, Carlo, pero ¿yo en esta historia cuándo digo lo de “El amor también tiene estas cosas”?»

Vamos, que Carlo ve el iceberg cuando el *Titanic* de Flora aún no ha zarpado, Di Caprio no ha subido a bordo y Kate Winslet todavía es una chica formal. Eso le da ventaja, siempre que consiga explicarle bien las dudas que aún no le han surgido.

—Hay una cuestión... eh... filológica —dice. Lo miran como si hubiera hablado en armenio—. Y es algo que afecta un poco a la naturaleza del programa y... —Sí, Carlo da la impresión de haber sacado sobresaliente *cum laude* en arribismo— y, sobre todo, también a ti, Flora.

Al mencionarla, acapara toda su atención, porque en esa sala nadie aprecia el culto a la personalidad. A la personalidad de otros, claro.

De este modo, Carlo explica que, por una vez, se desviarán ligeramente de la línea marcada y que, en esa ocasión, el gran final tendrá que ser distinto. Y Flora sí, claro que sí, lo normal... rendirá honores a las propiedades mesméricas y sobrenaturales del amor, pero, por una vez, hará un gesto de rebelión ante un caso en el que amor es igual a injusticia. Carlo deja el concepto sobre la mesa. Lo borda, lo almidona, lo plancha, lo dobla con cuidado, hasta que parece el ajuar de bodas de la princesa de Bélgica. Katrina estaría orgullosa de él. Después vuelve a explicarlo con otras palabras. Y luego lo ilustra de nuevo.

Sabe que es una lata, pero tiene que ser así.

Flora De Pisis se queda callada unos instantes.

Pero Carlo cuenta con tres bazas fundamentales. Primera: a Flora le fascina la idea de uno de sus rapapolvos a lo Eleonora Duse, que le permite cambiar de registro. Segunda: la tiente sobremanera la posibilidad —por mucho que Carlo la crea remota— de convertirse en una especie de heroína de las mujeres frustradas y sometidas, y recuperar así un poco de terreno frente a la odiosa crítica biempensante. Tercera: le resulta irresistible entrar

en la sala de guionistas y proclamar a lo Juana de Arco que Monterossi ha vuelto al redil gracias a su plegaria en directo, para gran escarnio de quienes la criticaron por ese llamamiento indecente.

Pero no es de las que se rinde con facilidad.

—¿No crees que podría desvirtuar el programa?

Carlo se lo esperaba.

—¡Qué va! Mientras sólo sea una historia de las cuatro del programa... Es justo el tipo de excepción que confirma la regla, y por eso no debería ser la última historia de la noche; hay que tenerlo en cuenta al hacer la escaleta. Además, está el efecto sorpresa de verte plantear dudas. O sea, no sería «El amor también tiene estas cosas», sino, más bien: «¿El amor también tiene estas cosas?» En parte una pregunta. ¿Ves el matiz?

Se da asco a sí mismo.

Pero sigue adelante. Como decía el presidente Mao, hay que «apalear al perro que ahoga», y Carlo decide soltar entonces el comodín, la carta ganadora y la escalera real, todo junto:

—Ahí, Flora, tienes que ser valiente...

Juego, set y partido.

Camilla asiente con tanta energía que, si no se controla, podría llegar a romper el cristal de la mesa con el tabique nasal.

Flora De Pisis se levanta, aunque pierde unos segundos poniéndose las chanclas, lo que resta un poco de dramatismo a la escena, y rodea la mesa para ir a darle un abrazo a Carlo.

Lo que hay que aguantar.

A continuación, pasan a las cuestiones técnicas.

¿Quién va a trabajar la historia?

—Yo —dice Carlo con cara de no admitir objeciones—. En parte, porque conozco a la chica, y en parte, porque ya conocéis mi... —mira a Katia Sironi—... mi toque. Embellecida sí, pero sin pasarse, dejémosle margen a la espontaneidad; no es una actriz, es una buena chica... Será más convincente.

Nadie tiene nada que objetar.

Acto seguido, hacen pasar a la sala a dos guionistas cargados de folios, bolígrafos, lápices, diagramas. Filippo Restani y Andrea Giusti. Son los escaletistas, los que saben decirte si es mejor que algo salga al aire a las veintidós y siete minutos o a las veintitrés y doce. Una ciencia que es cualquier cosa menos exacta, puesto que depende de innumerables variantes: si está lloviendo, de cuántos minutos se ha pasado el telediario, si los espacios publicitarios duran lo que tienen que durar, si en las otras cadenas hay una competencia despiadada, o así así, o si ya han salido todos con las manos en alto diciendo: «Flora, cómenos vivos una noche más.»

Habla Restani:

—A ver, entonces, las cuatro historias son las siguientes. La señora Gianna, abandonada por su marido el mismo día que da a luz a cuatrillizos, marido que se presenta en casa un mes después con la amante de veintidós años preguntando si puede adoptar a dos de los críos. —Flora asiente, arrastrando consigo la cabeza de Camilla—. Luego viene el señor Gaetano: después de miles y miles de cartas enviadas al penal de Vercelli, ha decidido casarse con la señora Carla Fusi, condenada a cadena perpetua por haber matado a sus tres maridos anteriores. «Porque la quiero y haré que cambie», dice. —Más cabezas arriba y abajo—. Y por último, tenemos el enredo de Pavia, la mujer traicionada que se lía con el marido de la amante de su marido (su ex, para ser exactos), y ahora viven todos juntos. Y luego la historia que ha traído él.

Señala a Carlo con respeto, como si fuera el rey de Prusia, y a él, la verdad, no le parece ni siquiera mal.

Evitarían poner a la presidiaria al principio del programa porque en la Gran Televisión Pública han programado una serie policíaca sueca. Carlo no se lo explica, pero se traviste de Camilla y asiente como los demás.

Su historia, por el contrario, la meterían al final del segundo bloque, para que Flora tenga más tiempo para pronunciar su discurso sobre el amor con el corazón en la mano, en plan sí, todo bien, pero sin exagerar.

Así que Marzia saldrá entre las 22.10 h y las 22.40 h.

Carlo piensa: «Estupendo, perfecto, justo lo que queríamos.» Pero no mueve un músculo, inescrutable, indescifrable.

Carlo Monterossi, el Hombre con un Póquer en la Mano.

No queda ya mucho que decir.

Katia toma la palabra:

—Se entiende que Carlo todavía no ha salido de la reserva... En el sentido de que todavía no ha asegurado que vaya a formar parte del equipo toda la temporada. Pero, dados los resultados... mmm... no tan espectaculares del primer programa... ha decidido echar una mano.

¿Entendido, gente? ¿Habéis visto cómo le queda a Monterossi el trajecito del Séptimo de Caballería?

—Así que yo me voy aparte con Daniele a hablar los detalles —concluye.

Cuando dice «detalles», Katia Sironi frota el índice con el pulgar, un gesto que ya no se hace ni en los casinos de Quito ni en los burdeles de Bangkok, donde se considera ligeramente vulgar.

Pero Carlo no ha terminado.

—Perdone, Ferrentini, ¿tiene un minuto? —El otro se vuelve como diciendo: a ver qué quiere éste ahora—. Esta chica, Marzia, no quiere ningún tipo de compensación por participar. Pero... pero no estaría mal si saliera algún trabajito para ella en el ámbito de la producción. Es una costurera muy buena, las chicas de vestuario la acogerían con los brazos abiertos.

Ferrentini, en cambio, extiende los brazos como el que se rinde al primer impacto de mortero en el valle. Katia Sironi está a punto de encerrarlo en una habitación insonorizada para torturarlo a propósito de la retribución, propia de un príncipe, de Carlo, y mil euros más por programa para el personal de vestuario le parecen una nimiedad.

—Pero ¿sería ético? —pregunta Flora De Pisis.

Carlo la mira como si un león acabara de pedirle a un camarero una gacela de tofu.

—¿Perdona?

—No, digo que ¿si es... correcto... si es ético que alguien que viene de invitada luego se quede trabajando en el programa que la invitó?

El señor Monterossi tiene que encomendarse a la Santa Paciencia. Vacía todos los bolsillos que tiene, cuatro en los pantalones, cinco en la chaqueta contando los interiores, más el de la camisa de vestir, y saca toda la sorpresa,

aunque también la tranquilidad y la serenidad de la que es capaz:

—Perdona, Flora... Hemos hecho que una madre se tire por el balcón con un chiquillo en brazos... Hemos emitido un tiroteo en un bar en el que hubo dos muertos... y ahora ¿tenemos problemas éticos por pagarle un sueldo a una costurera?

Silencio.

—Tienes razón —dice entonces Flora.

Camilla asiente.

Se levanta la sesión.

CUARENTA

Un bar-estanco de via Padova.

Tras la barra, dos hermanos, ambiente familiar, incluso entre los parroquianos.

El rubio y el socio han quedado allí porque está a medio camino de sus visitas de la mañana.

El rubio ha ido a via Mosso, a casa de De Magistris, por si hubiera alguna novedad.

El otro ha ido a comprobar si la novia ha vuelto a su piso.

Hacen el balance sentados a las mesitas redondas, con dos cafés por delante.

—De la tal Marzia, nada, ninguna pista —cuenta el de la corbata—. No se le ve el pelo desde el domingo, estamos a martes y la mujer elefante está cabreada por lo de los dobladillos. No sabe adónde ha podido ir. Llevaba semanas sin salir de casa y de pronto... ¡puff!

—¿Y qué cuenta Miss Zampabollos de los que fueron a verla el domingo?

—Poco. El hombre era pijo, de mediana edad pero con buen porte, y ella, más joven, guapa. El hombre se fue primero y la chica se quedó, hasta que salió con Marzia. Y eso es todo.

—Joder, tendríamos que haberla trincado antes.

—Cierto. Pero también es verdad que si ya habían hablado con ella los otros dos, sean quienes sean, llegábamos tarde de todas formas —dice el socio, que se queda pensativo.

—Pues por casa de De Magistris sí que ha pasado alguien —cuenta el rubio.

—¿Y eso?

—Había pequeñas señales en la cerradura. Poca cosa, un trabajito bien hecho, la verdad, pero, vamos, que alguien ha entrado.

—¿Y tú?

—También he entrado. Está todo igual. Vacío neumático. Nada. Él no ha vuelto por allí. Fijo.

—Y los que han entrado...

—No sé... Habrán echado un vistazo... Ah, sí. —El rubio cierra los ojos, como para reconstruir la escena y acordarse mejor, intentando evocar una imagen en su mente—. Sí... el cuadro. El cuadro del salón, el que tenía las divisas nazis... estaba descolgado y apoyado en la pared.

—A lo mejor buscaban una caja fuerte.

—Mmm... una caja fuerte en esa casa...

El de la corbata apura el café y le hace un gesto al chico tras la barra, uno de los hermanos: otro.

—La cosa no marcha —dice.

—A ver —lo alienta el rubio, que sabe lo que debe hacer cuando su amigo está dándole a la cabeza: atiende, apremia, pone las comas.

—Supongamos que los que buscan a De Magistris son los mismos que liquidaron a los dos jóvenes nazis, el bajista y el otro...

—Te sigo.

—A ver, a Senzapane tuvieron que ir a verla antes, ¿no? No fue el domingo, quiero decir.

—Sí.

—Y la verdad es que al pijo y a la chica que fueron el domingo... como que no los veo cortándole la arteria femoral a un tío atado como un salchichón.

—Vale.

—Por eso tengo la sensación de que estamos jugando a la caza del zorro. De Magistris se esconde y huye, y le va detrás una jauría de perros: nosotros, los degüellanazis y esa otra pareja de la que no sabemos nada. Demasiados.

—A lo mejor De Magistris es una especie de tocapelotas al por mayor y se ha ganado un buen puñado de enemigos —dice el rubio.

—Sí, eso está claro, pero que todos se pongan a buscarlo a la vez...

Llega el segundo café.

El de la corbata hace un gesto, como para apartar sus dudas. Si no puedes resolver un problema, déjalo estar.

De hecho, cambia de tema.

—¿Qué sabemos de la dirección?

—Un chalet, planta baja y primera, bastante aislado, cerca de unos terrenos deportivos. Jardín, puerta fácil, sin perro, un par de cámaras como mucho, no parece habitada, o sea... a veces sí, a veces no... Dos hombres que vienen y van, uno gordo y otro anciano y cojo.

—Son ellos.

—Sí.

—Mañana por la noche hacemos una inspección ocular.

—¿Cargados?

Pregunta si, aparte de ir a echar un vistazo, lo harán pertrechados, por si pudieran rematar el trabajo. De vez en cuando pasa, y no está mal.

—Sí, porque esto va a ser una cuestión de tiempo.

—Sí, muchos perros detrás del mismo zorro.

Pagan y salen al sol multiétnico de via Padova.

CUARENTA Y UNO

Llevan todo el día desaparecidas, y cuando regresan a la casa, parecen Rihanna y Beyoncé de vuelta de una tarde de compras.

Se desploman en uno de los sofás y siguen con las risitas.

Marzia parece otra, da la impresión de estar viva.

Y, aparte, se nota que han ido a la peluquería y a hacer todas esas cosas que se hacen las mujeres y que consiguen que estén..., en fin..., distintas.

Eso sí, Nadia no deja de mirar algo en el iPhone, no lo suelta.

Nadia le enseña a Carlo las bolsas con sus adquisiciones, le sonrío con los ojos verdes y le dice:

—Las dietas estaban incluidas, ¿no? ¿Te acuerdas?

—Mientras no hayáis saqueado Bulgari... —responde él.

La chica lo mira entonces con expresión inquisitiva. Quiere saber si ha ido todo bien y tiene que ir preparando a Marzia para su gran función del día siguiente.

Carlo se encoge de hombros como diciendo: «¿Qué hay que preparar? Va todo estupendamente.»

—Ya hablaremos esta noche —dice para tranquilizarlas a ambas—, simplemente para evaluar la situación y hacer un pequeño repaso. No vamos a cambiar nada. Lo único que tiene que hacer Marzia es responder a las preguntas, seguir el hilo que irá trazando De Pisis y contar lo que nos ha explicado a nosotros. Nada de teatro ni de melodramas. Si realmente hay un drama, saldrá por sí solo, y nosotros sabemos muy bien que lo hay.

—Tú estarás conmigo, ¿no? —le pregunta Marzia a Nadia, con un deje de

pánico en la voz.

—Sí, estaré allí.

—Y yo te veré aquí en la tele —dice Carlo.

Después le pregunta a Marzia si por casualidad le iría bien un trabajo. No, nada, dice, porque justo ahí, en el programa, pura casualidad, están buscando a una chica nueva en vestuario... No sabe muy bien, pero... si le apetece...

Marzia abre mucho los ojos.

—¿En serio?

—Sí, de verdad... Habría que ver los detalles, pero... Sí, creo que es seguro...

La chica inclina un poco la cabeza y se le humedecen los ojos. No se cree que esté viniéndole todo así, como un tren. Nadia, que no la suelta, la tele, los amigos nuevos... amigos simplemente. Y encima un trabajo.

Se levanta, recoge unas cuantas bolsas y dice:

—Ahora vuelvo.

En cuanto desaparece, Nadia se acerca a Carlo, amenazante como un comando de jemes rojos, pero menos simpática. Tiene los ojos grises.

—¿De qué vas, de héroe o qué? Te crees el príncipe azul con la pobre Cenicienta... El caballero medieval... Dispones de la vida de la gente como te sale de los huevos, ¿no? Tenga, señorita, un trabajito, quédese con el cambio. —Esta vez no, de verdad que esta vez Carlo no lo entiende. O se niega a hacerlo—. Es usted un cabrón de mierda, señor Monterossi —bufa Nadia.

Marzia entra entonces. Se ha cambiado y se ha puesto la ropa nueva. Tiene el toque de Nadia, no hay duda, aunque sin pasarse. Lleva una camiseta con escote y falda corta, que no cortísima, unos zapatos bonitos, ni altos ni bajos, y un jersey abierto por delante que le dice al mundo: «¡Mirad qué chica más mona! ¿Cómo es posible que no la queráis?»

Entra y gira sobre sí misma.

Después se lanza al cuello de Carlo y lo abraza.

—¡Un trabajo, joder, un trabajo! ¡Gracias!

Los ojos de Nadia están gris aeronáutico militar.

Marzia se le acerca entonces.

—Joder, ¿te das cuenta? ¡Un trabajo! Podría pagar un alquiler a medias, podríamos vivir juntas. ¡Ay, Nadina, que lo conseguimos, que lo conseguimos!

Y el beso tipo *Encadenados*, tipo *Casablanca* o tipo vosotros veréis.

Cuando se despegan, Carlo se acerca a Nadia y le susurra al oído:

—¿Nadina?

Ésta le saca un dedo, pero los ojos han vuelto al verde, y a Carlo le parece oír algo, un suspiro, una palabra, un susurro, parecido a:

—Perdón.

Lo más probable es que se lo haya imaginado.

¿Falta algo?

Ah, sí. Del altavoz sale Dylan, que canta:

Sometimes I'm thinkin' I'm

Too high to fall.

Sometimes I'm thinkin' I'm

Too high to fall.

Other times I'm thinkin' I'm

So low I don't know

*If I can come up at all.*¹³

CUARENTA Y DOS

El rubio baja el parasol. No ve con la luz transversal de la puesta de sol, y cuando se va a esas horas por la autopista Milán-Varese, te da directamente en los ojos como un rayo láser.

El socio va adormilado en el asiento del pasajero. Calma chicha, relax total, dos amigos que se van de vacaciones.

Todo mentira, y lo saben perfectamente.

Siempre es así justo antes de una operación. Los movimientos se ralentizan, se relajan, se tranquilizan por obligación. Es una calma que toma carrerilla, como los pasitos que dan los corredores de los cien metros antes de colocarse en sus puestos y escuchar el disparo de la pistola.

Precisamente.

Han estado en la oficina desde mediodía. Preparando una especie de plan, mirando los mapas por Google, estudiando vías de acceso y de escape. No va a resultar fácil, porque Samarate es un pueblecito de un centenar de casas, con calles estrechas y pequeñas en las que ves por la ventana a todo el que pasa, y el chalecito que buscan está algo apartado del centro, pero tampoco tanto.

El rubio lleva un abrigo ligero con muchos bolsillos, su Sig-Sauer, pulida, que no reluciente, en una funda bajo la axila, y una K100 Grand Power 9×21 en un bolsillo posterior. Un modelo reciente, eslovaco, en polímero, como la mayoría de las actuales, y con capacidad de disparo a ráfagas controlado. La ha ajustado a dos tiros. Pam, pam: cuando todavía no ha llegado el primer proyectil, ya ha salido el segundo para unirse a la fiesta.

Una buena pistola, sin ser su querida Sig.

Digamos que está en el banquillo.

El socio lleva su chaqueta de siempre, la corbata, una camisa blanca, el Smith & Wesson en el tobillo y un tubo de goma de treinta centímetros de largo lleno de balines de plomo. Viaja ligero. Es de los que se fustigan, en plan: «Si no lo consigo con cinco tiros, es que me lo tengo merecido.»

El rubio no está de acuerdo. Él querría otros cinco, y luego otros cinco más, y más... hasta conseguirlo.

Salen de la autopista y doblan a la izquierda, hacia el aeropuerto de Malpensa, el gran aeropuerto de Milán, que se levanta en Varese, el que debía convertirse en el centro neurálgico del tráfico aéreo italiano, después en una fábrica de sueldos para directivos, más tarde en el último baluarte de los secesionistas que mandan sólo en su casa, y ahora no es más que el campo de petanca más grande del mundo.

Samarate es uno de esos pueblos que se concentran en torno al aeropuerto y que, como es obvio, acaban todos muy apretados. Dan varias vueltas al tuntún, como si se hubieran perdido, y pasan despacio ante el chalet. Sólo hay un BMW Z4 blanco. Algunas persianas están medio bajadas, otras del todo; no hay rastro de vida.

Listo.

Siguen hacia el aeropuerto. El socio se baja frente a la oficina de Hertz mientras el rubio deja el coche en la zona de estacionamiento breve.

Se queda esperando unos minutos. Cuando llega el otro, se sube al Ford Focus azul que su socio ha alquilado a nombre de Francesco Rista y ha pagado con la tarjeta de crédito del mismo Rista, residente, al parecer, en Roma, en via della Giuliana, una calle que ni el rubio ni el socio saben dónde está, pero da igual. A menos que haya una verificación más cuidadosa en las próximas veinticuatro horas, está todo asegurado a prueba de bombas.

Dan media vuelta y repiten el recorrido. Junto al Z4 ha aparecido un monovolumen Skoda de color indefinido, una especie de color amarillo tirando a marrón. Sigue todo cerrado, pero han subido un poco una persiana.

Dan otra vuelta lenta.

La cancela es baja, igual que la verja del recinto. Hay dos árboles que podrían cubrir bien a quien bajara por ese punto, pero justo por eso habrán puesto ahí las cámaras. Sin embargo, por detrás de la casa, la verja da a un callejón con vistas a los campos. Se puede entrar o por la puerta principal o por dos balconeras que dan a un pequeño jardín. Una tiene la persiana bajada, no hay nada que hacer. Por la otra, quizá.

El sol ya se ha puesto y empieza a oscurecer, aunque en Samarate nunca anochece del todo: las luces del aeropuerto crean una especie de manto permanente de un azul no muy oscuro, artificial, aeronáutico.

El socio y el rubio dan media vuelta, se paran en un pub y se comen un bocadillo pequeño cada uno. Agua mineral. Café. La música está alta.

Regresan al Ford azul y lo dejan a tres calles del chalet.

Se miran y se hacen una seña imperceptible. Bajan y se ponen en marcha.

Son las nueve y diez.

CUARENTA Y TRES

—¡Qué maravilla! Pero ¡qué cosa más bonita! Doña Gianna, por favor, ¡ha hecho usted cuatro obras de arte!

Sólo hace unos minutos que ha empezado el programa y Flora De Pisis roza ya el éxtasis mientras, por la pared de plasmas que tiene detrás, pasan las fotos de los cuatrillizos de la primera invitada de la velada. Un parto difícil, un embarazo interminable, con los cuatro apretados ahí dentro y él, el marido, Vittorio, que se había portado y la había cuidado.

Sí, es cierto que desaparecía de vez en cuando, dos o tres días incluso, pero por trabajo, decía.

Doña Gianna cuenta entonces aquel jueves en el hospital. Ella con los niños y la hoja de alta, y él que no llega para recogerlos y llevarlos a casa, donde está todo listo: la cuna tamaño extragrande, el cambiador, todo limpio como Dios manda, la abuela esperando ansiosa, la leche en polvo, los pañales, las habitaciones reestructuradas para acoger a una familia que se multiplica. Y mucho.

Pero Vittorio, el marido, nada, que no llega.

La cara de Flora De Pisis se ha convertido en una máscara de terror. ¿Cómo puede un hombre... cómo puede un ser humano... a ustedes les parece normal, señores y señoras? Sacará todo el repertorio, del «¿Qué me cuenta?» al «No me lo puedo creer», pasando por los numerosos matices del horror maternal, que son muchos.

Nadia sigue el programa sin prestar mucha atención desde la salita que hay para los invitados y sus acompañantes. Marzia está en manos de los

maquilladores, perfectamente vestida ya para su función. Ni muy de señora, ni muy de chica. De joven sencilla, sin pájaros en la cabeza, no de alguien que quería la luna y tenía ambiciones infinitas, de alguien que sólo quería a su hombre, pero él...

Nadia mira el iPhone cada dos minutos.

Marzia vuelve a aparecer, guapísima, aunque a Nadia le gusta más cuando está un poco despeinada, desgreñada, más real. Pero conoce el juego y sabe que, para la que podrían haberle armado, los magos del maquillaje y la peluquería se han contenido bastante y han seguido más o menos sus indicaciones. Le da un beso suave en la sien.

—Tú tranquila. Ya falta poco —le dice.

Marzia tiene los ojos castaños y más profundos que los cenotes de Guatemala. Fosas sin fondo a las que los mayas arrojaban a las víctimas de sus sacrificios humanos, y a las que ella está lanzando todas las esperanzas que tiene.

Se sientan.

A esas alturas, de doña Gianna brotan lágrimas como de un manantial de montaña.

El tal Vittorio no dio señales de vida. Ni una llamada, ni un mensajito, nada. La mujer llamó a hospitales, policía, carabineros. Un teniente muy guapetón le dijo que el ejército no podía hacer nada ante un marido que no vuelve a casa. Ella le contó entonces lo de los cuatro mocosos y él dijo que lo entendía.

Y claro que lo entendía: es posible que él también hubiese huido.

Flora De Pisis se pone seria.

Las lágrimas de doña Gianna han abierto dos Cañones del Colorado en la Arizona arenosa de su colorete, y tiene la voz lastimera y la boca pastosa.

Recupera un poco la compostura cuando cuenta que otro jueves — recuerda que era jueves, porque es cuando va la muchacha— apareció Vittorio, que entró con sus llaves y se presentó en la casa como si nada.

Él acompañado de una señorita joven, muy joven, vestida como...

—¿Puedo decirlo? —pregunta doña Gianna, muy tímida y atemorizada.

—Puede decir lo que quiera, Gianna —la alienta Flora De Pisis.

—¡Como una puta, vamos!

Dicho está.

Y total, que la señorita vestida como iba vestida se queda aparte mientras el otro le pide a su mujer que le enseñe a los niños, y ella atónita, paralizada, sin palabras ante aquel regreso tan disparatado y teatral.

«¿Y si nos llevamos a dos?», pregunta Vittorio.

Hay un instante de suspense. En casa, la audiencia no sabe si es el momento estelar de la presentadora, que está ya rodeada por las luces blancas de las grandes ocasiones, o si la historia dará otro giro, más lágrimas, más insultos al sentido común, a la familia, a la decencia, a la humanidad en su conjunto y —aunque el público no se percata— a su propia inteligencia.

Pero el rostro de De Pisis se queda en modo interrogativo.

Y la mujer recupera el hilo. Cuenta que, en vez de atizar al marido con un objeto contundente, o de degollarlo con el cuchillo cebollero o freírlo en aceite hirviendo, corrió a abrazarlo y le dijo: «Te perdono, Vittorio, te perdono de corazón, porque te quiero y siempre te querré mientras me quede un soplo de vida.»

Vamos, que como pueden ver millones de italianos, será por poco tiempo. Porque, en su mística devoción por un capullo como el Empire State de grande, se diría que a la señora le queda poco menos de un soplo de vida, es más, a nadie le extrañaría que, en cuestión de minutos, se ahogue en el lago de sus lágrimas.

—¿Y él? —pregunta Flora De Pisis, y por su expresión parece que querría aliviar su agonía, cuando en realidad daría un brazo por alargarla.

Y él, balbucea doña Gianna muerta, enterrada y resucitada varias veces, él agarró por el brazo a aquella... aquella... ya nos entendemos, y volvió a largarse, sin ni siquiera decir adiós.

—Sin siquiera darse cuenta de que los niños son clavaditos a él —añade, como si eso fuera lo más sorprendente de todo.

La luz se vuelve entonces incandescente, alienígena, cegadora como la Vía Láctea recién ordeñada. Flora De Pisis consigue un primer plano resplandeciente, que le permite aparentar la raíz cuadrada de los años que tiene, y se dirige al público, a las mujeres que escuchan, pero también a los hombres, sí, a vosotros... y...

Nadia se levanta para dar una vuelta por el pasillo. De nuevo, echa un vistazo rápido al móvil.

Marzia la sigue y la coge de la mano. Se sientan en un silloncito incómodo, en medio de un pasillo en semipenumbra al que no llega el audio del programa, sólo el eco de un aplauso muy largo, fragoroso, seguido de la sintonía que anuncia la publicidad.

CUARENTA Y CUATRO

«¿Habré hecho bien?», se pregunta Carlo.

Carlo Monterossi, el Maquillador de Vidas.

¿Será una buena idea lanzar a la chica al foso de los leones? ¿Y por qué, a todo esto?

Tal vez porque él combate con sus propias armas, y no con Lugers ni con la Glock de pijo que lleva.

¿De verdad? ¿Es por eso?

¿Y para demostrar qué? ¿Que al final la vida de verdad, la que no está maquillada, la que nadie adapta para la pantalla, la que no suavizan las luces, es más verdadera que la de plástico?

En la práctica, una apuestita cultural de burgués aburrido con el pellejo de una chica que ya ha jugado a los coches de choque con la vida.

¿Tenía entonces razón Nadia?

¿Es él? ¿Es así? ¿Es ese caballero medieval que juega con la vida de la plebe, que transforma en espectáculo la batalla por la dignidad, por la decencia...?

¿Y por qué esas dudas siempre le llegan tarde, cuando ya no puede echar marcha atrás, cuando la preocupación por sus acciones se convierte primero en miedo y luego en pánico?

Ya sólo le queda esperar, cruzar los dedos, morderse las uñas, animar, esperar que vaya todo bien, que Marzia Sin Pan y Sin Justicia pueda brillar como una joya en medio de toda esa mierda. Igual que un diamante.

Sí, eso. Un diamante.

*Someday little girl, everything for you is gonna be new
Someday little girl, you'll have a diamond as big as your shoe.*¹⁴

CUARENTA Y CINCO

Un gesto invisible. Primero el socio y luego el rubio, seguidos.

Y han llegado ya al jardincito. Van agachados para evitar las ventanas. Otro gesto invisible. La balconera de allí. Detrás de la casa.

El rubio dobla a la izquierda y el otro a la derecha.

El primero tiene empuñada la Sig-Sauer, pero con el brazo relajado, pegado al cuerpo. Pasa ante la puerta de entrada, agachado, pero avanzando con rapidez.

Una idea.

Intenta girar el picaporte... Nunca se sabe... Cerrado, claro. Continúa entonces, tal como han acordado. Alguien acaba de encender la luz de la ventana de arriba. Espera no hacer sombra. Acelera, agachado en todo momento para que no lo vean desde dentro, y se apoya en la pared a un metro de la esquina del chalet. Si han hecho bien los cálculos, al doblarla debería encontrarse las dos balconeras, una cerrada con la persiana bajada y la otra no. La idea es entrar por ésa.

Qué gran idea, ¿eh?

«Doblar una esquina, una esquina de nada —piensa el rubio—, para encontrarme con mi socio, que ha dado la vuelta por el otro lado; una forma de entrar, un trabajo que acabar y nos largamos a casa.»

Aguza el oído. Nada, ni un ruido.

Toma el aliento, como antes de una zambullida, dobla la esquina de la casa con la Sig por delante y vuelve a quedarse congelado, la espalda contra el muro. Detrás, el chalet, y delante, dos árboles que tapan parte de la verja de hierro. A su derecha, las dos balconeras. Avanza con cautela. Si no le fallan los cálculos, tendría que encontrarse con su socio, a no ser que se haya

parado tras los arbustos.

Otro paso. Y uno más. Ahí está la primera balconera, la que está cerrada. Un paso más.

—No te muevas y deja las manos bien a la vista.

No tiene nada contra la nuca. No están en una película, nadie apoya un arma contra su víctima, o al menos no quien sabe utilizarlas. Pero es consciente de que haber, hay.

Le asombra la lucidez que experimenta en ese momento. Tanta, que comprende que no es valor: es miedo.

—Tira la pistola. Muy despacio.

El rubio aparta el dedo del gatillo de la Sig y la coge por la culata con dos dedos. La tira despacito, procurando que caiga en el césped y no en el cemento.

—Date la vuelta, despacio.

Se da la vuelta.

Tiene ante él a un viejo con cara de malo. Ojos claros, patillas demasiado pobladas. El pelo encanecido. Lleva un mono azul de mecánico, de esos de obrero que ya no se ven. Es más bajo que él, flaco. Pero parece fuerte. Empuña una pistola extraña, con el cañón fino y la empuñadura sólida. Desde luego, no es de esos chismes modernos que hacen ahora, no. Ésa ha conocido la guerra, las fábricas de Krupp, el viejo acero alemán, los tiros en la nunca. Una Luger.

«No tiene sentido», piensa el rubio.

El viejo lo rodea hasta colocarse a su derecha.

—Venga —le dice—. Despacio.

El rubio obedece y camina hacia la esquina del chalet por la que acaba de pasar, aguantando la respiración mientras piensa que el viejo está llevándolo hacia la puerta de entrada.

—Las manos en la nuca. Ve paso a paso y cuenta tres entre uno y otro.

«Tipo listo», piensa el rubio. Así es imposible cualquier disparo imprevisto. Un método lento pero seguro, el rubio no lo conocía y, en cierto modo, sabe apreciarlo.

Doblan la esquina. Tiene el cañón de la Luger a un metro de la nuca. No la ve ni la oye, pero sí, la siente.

Un paso... uno, dos, tres... otro paso... uno, dos...

Y un ruido. El que esperaba el rubio y que el viejo, en cambio, no se ha oído en ningún momento. Un clic, un ruido sordo, como... como...

Ajá, eso, pone su sonrisita típica: como de balines de plomo saliendo por un tubo de goma. Y enseguida, un sonido más prolongado: el viejo derrumbándose, como si funcionara a pilas y se le hubieran acabado en el peor momento. Como un saco de patatas, dicen en las novelas policíacas, pero el rubio es de ciudad y no ha visto un saco de patatas en su vida.

—Me debes una —le susurra el socio.

—Una bien grande —responde el rubio.

Arrastran al viejo hasta los dos árboles y lo esconden de cualquier manera entre el follaje.

El rubio recupera la Sig, se la guarda en la funda y se lleva también la Luger mientras su compañero rebusca en los bolsillos del mono. Un juego de llaves.

—Vamos a ver al cabrón —dice el socio, que se pone bien la corbata.

El rubio mira la Luger bajo el cielo azulado de las luces del aeropuerto.

Sacude la cabeza, saca el cargador y vuelve a moverla con más fuerza. Parabellum de punta cava. Si se tiene buena puntería, se puede matar a un elefante. Un hombre también puede salir mal parado, porque el agujero de entrada es de calibre 9, pero el de salida parece el cráter del Etna.

Hace ademán de tirar la Luger entre el follaje, pero se lo piensa mejor y la deja en el suelo con cuidado. Después se guarda el cargador lleno de trituradoras de nueve milímetros en el bolsillo.

—Vamos —susurra.

El socio le saca ya dos pasos.

CUARENTA Y SEIS

El campamento está oscuro. Noche cerrada. De las caravanas sale alguna que otra luz, pero no hay nadie fuera porque está lloviendo. Una fogata lucha contra las gotas que caen. Va a perder, no cabe duda, pero por ahora resiste y despidе un humo gris claro que se extiende por el aire.

Hay tres hombres discutiendo con Clinton al lado de la furgoneta blanca. Ninguno alza la voz, pero los gestos son enérgicos entre una mezcla de idiomas y, de vez en cuando, alguna palabra en español que se le escapa a Clinton.

Está claro que no quieren prestarles la furgoneta. Esos dos que van siempre a la suya fastidian los negocios, y esa noche tienen trabajo, necesitan la furgoneta.

Hego y el viejo cuchichean en una esquina, cerca de la caravana grande, bajo la lluvia que cae lentamente, mientras observan la escena.

En cierto momento, el viejo se acerca a la furgoneta. Habla con uno de los tres y hace valer su autoridad. Le pone una mano en el hombro y lo lleva un poco aparte. El otro asiente y luego va a hablar con sus dos compañeros.

Se alejan un poco, vencidos. Pero Clinton los alcanza con dos zancadas. Extiende el brazo y les estrecha la mano a los tres.

No están convencidos, pero aceptan.

Clinton se sube a la furgoneta y abre la puerta del copiloto para que se monte Hego. Éste se sienta, cierra y sube la ventanilla.

El viejo regresa a la caravana grande y se vuelve para mirar la furgoneta, que se va dejando tras de sí un humo negro que presenta batalla al gris claro

de la fogata empapada.

Tras la ventana de plástico de su caravana, Helver ha seguido toda la escena. Le ha gustado que, antes de irse, Clinton haya querido estrecharles la mano a los otros tres; uno era su padre.

Tras otra ventana de plástico de otra caravana, Mirsada mira la ventana de Helver. Le ha cambiado el colchón a su hermano pequeño para poder asomarse a esa ventana siempre que quiera.

Se pelearon, pero acabó ganando ella.

CUARENTA Y SIETE

El hombre de la corbata se acerca a la puerta de madera, la que el rubio intentó abrir antes. Ahora lleva el pequeño Smith & Wesson en la mano derecha y las llaves que le ha robado al viejo en la izquierda.

Pero se la encuentran entornada y no hacen falta llaves, de modo que se las guarda en el bolsillo del pantalón.

Entran. Hay un vestíbulo pequeño. A la derecha, una gran puerta cristalera abierta de par en par a un salón amplio. Está oscuro y no se ve nada, por mucho que desde fuera entre una penumbra más clara. Parece una estancia espaciosa y probablemente gire en ele y ocupe toda la planta; las balconeras que se veían por fuera también deben de dar a esa habitación.

A la izquierda hay una puerta entornada, con una rendija por la que sale luz. Enfrente, unas escaleras que suben a la planta de arriba.

El rubio entra en el salón, despacio, mira a su alrededor y vuelve al vestíbulo haciendo un leve gesto: «Nadie.»

El socio le responde con otro que quiere decir: «Cúbreme.»

Apoya un pie en la puerta entornada y la empuja con un golpe seco, la pistola muy recta por delante, dispuesto a disparar a todo el que no se alegre de verlo o hable mal de su hermana.

Pero se encuentra con Sergio De Magistris, sentado a una mesa de formica con una lata de cerveza y una pistola desmontada delante. Está sacándole brillo. Parece otra Luger.

—¡Hombre, por fin! —exclama el socio.

—Doy una vuelta —dice el rubio, que desaparece.

Sergio De Magistris lleva puesta una camiseta negra con unas letras

estampadas medio borradas. Levanta las manos como por instinto. La gente tiene la estúpida convicción de que con las manos en alto nadie te dispara. Es una leyenda, claro está, pero no hay nada como un hombre para creer en leyendas, ¿verdad? Y encima ese ejemplar de la especie humana no tiene demasiadas luces.

—Levanta. —De Magistris obedece manteniendo las manos a la vista—. Pégate a la pared.

Da dos pasos de lado, con movimientos lentos, y se apoya en la pared. Aparte de la camiseta negra, lleva unos vaqueros desgastados muy ceñidos y botas militares negras. Pelo ni corto ni largo y una constitución fuerte, sin estar gordo. Músculos trabajados, entrenados, alimentados en el gimnasio. Aspecto fornido, en definitiva.

Si tiene miedo, lo disimula bien.

Vuelve el rubio.

—Nada por arriba. Aquello parece un museo.

Se acerca entonces a De Magistris, lo pone de cara a la pared y lo registra. Una cartera hinchada en el bolsillo derecho de los vaqueros, en el trasero. Una navaja en el delantero. Calderilla, llaves del coche. El llavero es un hacha doble. Acaba todo sobre la mesa.

El rubio aparta una silla y la pone frente al radiador, con mucho cuidado de no situarse entre el agujero negro de la pistola del socio y los dos agujeros negros que son los ojos de Sergione.

—Siéntate —ordena el de la corbata.

El rubio saca entonces unas bridas de plástico de un bolsillo del chaquetón y le inmoviliza las muñecas en una barra del radiador. Como si lo hubieran crucificado, pero sin llegar a extender del todo los brazos, o, lo que es lo mismo, un Cristo en una cruz corta.

La habitación es amplia, pero está casi vacía. Hay una ventana, la que se ha iluminado cuando el rubio ha pasado por debajo mientras rodeaba el chalet. Está la mesa de formica azul y unas sillas del mismo color, como de cocina humilde. Pero no hay nada más de cocina. Detrás de la puerta, una percha en la pared con un mono azul colgado, igual que el del viejo. Un mueblecito bajo, blanco, pegado a una pared, con viejas revistas amontonadas, cajas, cartones de embalar plegados. Usados, porque se ven

restos de cinta adhesiva.

—¿Dónde está Dante? —pregunta De Magistris.

Tiene una voz que no le pega nada, ni con el cuerpo de luchador ni con el cerebro de babuino. Voz juvenil, casi dulce, nada agresiva.

—Se ha ido a la cama —dice el rubio.

—Puede que esté soñando contigo —añade el otro.

—¿Se puede saber quiénes sois?

—Somos los de la limpieza —dice el socio sin soltar el Smith & Wesson, aunque con el brazo ya relajado.

—Sí, quitamos la mierda de las calles —continúa el rubio.

—¿Sabes de qué estamos hablando? De gente que trabaja como el culo y luego encima pide un suplemento.

De Magistris asiente. Lo ha pillado.

—Gente que deja gatos muertos en coches ajenos —añade el rubio—. Hay personas que son alérgicas, hombre, deberías tener cuidado.

Sergione no dice nada. Se limita a mirarlos. Decir que está tranquilo es mucho decir, vale, pero...

El socio tiene una especie de iluminación. Algo no le cuadra.

Se lo había imaginado como un musculitos sin cerebro, y sobre todo sin huevos. Un canalla, un imbécil que juega al tiro al blanco con gitanos y se carga sin querer a un municipal.

No sabría decir por qué, pero se lo había imaginado echándose a llorar e implorando, pero mira...

El rubio retira una silla y se sienta a la mesa. Se queda mirando los trozos de la Luger.

—¿Y esa manía que tenéis por las antiguallas? —pregunta. De Magistris calla—. Tú sabes lo que viene ahora, ¿verdad? —prosigue el rubio.

—Que estamos aquí tres, pero sólo dos vamos a salir andando —dice el socio.

Quien, sin embargo, sigue dándole a la cabeza.

Eso es lo que parece esa cocina que no es una cocina: una garita de guardia. Y también Sergione más que un delincuente parece... un soldado, sí, un soldado. Y por mucho que no se ponga a lloriquear ni a implorar piedad,

tampoco tiene cara de ser jefe ni de maquinar nada. No lo ve tratando con traficantes de pistolas de época... ¿En qué idioma, además? Tiene cara de saber como mucho italiano, y mal.

Algo no cuadra, se repite.

—Démonos prisa —dice entonces.

En la cara de De Magistris asoma por primera vez algo parecido al miedo verdadero. Se dispone a hablar, abre por fin la boca.

Pero la voz que se oye es otra y procede de atrás.

—Las manos en alto, despacio, y la pistola en la mesa. Tú, de pie.

Obedecen.

«Algo no cuadra», se repite el socio, como reprochándose no haberse dado cuenta antes.

Y es una voz que ya han oído.

Se vuelven muy lentamente, hasta que lo tienen justo enfrente.

El abogado Ferdinando De Rosa y su Beretta de cargador bifilar.

Bonita pareja.

El letrado no mueve un músculo ni pone expresión alguna, ni de alegría, ni de victoria ni de burla.

—Mis dos payasos preferidos —se limita a decir.

CUARENTA Y OCHO

A las diez y media de la noche, Marzia Senzapane, la joven que llena el encuadre con su belleza afligida, que no desesperada, ya ha contado gran parte de su historia.

Flora De Pisis parece conmocionada; forma parte del trabajo y, a decir verdad, nadie sabe turbarse como ella, en ese extenuante vaivén de sonrisas de ánimo y expresiones de horror, de ternura extrema y reproche mudo, subrayado por las luces casi estroboscópicas que le suavizan los rasgos.

Sin embargo, si alguien de entre los millones de pobres enganchados a «Crazy Love» prestara más atención, notaría que hay algo más, algo distinto. Es una diferencia que en ese momento se le escapa hasta a ella, la presentadora, la reina de la noche del miércoles, la diosa del amor catódico que también tiene —ya lo sabéis, ¿no?— estas cosas.

Algo chirría, algo se sale de los raíles habituales del guión.

Y es que Flora De Pisis está acostumbrada a hablar con víctimas, en los dos sentidos de la palabra: como objetos de injusticia y como vestales obstinadas del victimismo. Las historias que presenta, que airea, que comenta en directo con sus protagonistas, han sido escogidas y revisadas con ese fin: que la víctima de la injusticia le estreche la mano a la que, en el fondo, ha aceptado la injusticia —que es la misma persona—, para concluir al final, entre el alborozo de aplausos y lágrimas, que «el amor también tiene estas cosas».

No de lo que haga el marido infiel, la mujer adúltera, la amante malvada, el canalla en serie, el maníaco. No, de ellos no, víctimas del amor.

Y así, como es imposible arrestar al amor, interrogarlo en una sala de la

comisaría, condenarlo por no sé qué artículo del código penal ni aplicarle el 41 bis, todos llegan aliviados y contentos al último corte publicitario.

Conque el culpable es el amor... «Y a nosotros qué, anda, Gino, vamos a la cama que mañana sonará el despertador.»

Hoy tiene ante sí un animal distinto, porque Marzia es sin duda una víctima que ha padecido lo que ha padecido, pero rechaza de plano el victimismo, y prueba de ello es que aún no ha soltado ni una lágrima tras veinte minutos, tiempo récord y plusmarca mundial en los programas de De Pisis.

Marzia habla en un italiano sencillo, sin palabras extrañas ni inflexiones demasiado marcadas. Tiene las manos en el regazo, como las viejas cuando cuentan cosas, pero las mueve de vez en cuando, para apartarse un mechón o recalcar alguna idea, dejando ver que por dentro hay una vida que lo único que quiere es explotar; es más, que merece explotar.

Mientras relata los dos días que pasó con la prostituta de Affori, Aisha, y la ocupación que el malvado Sergione le había encontrado —puta, ni más ni menos—, Flora De Pisis comprende qué es lo que no funciona.

Lo que no funciona es que la de Marzia es la historia de la señorita Senzapane, sí, una experiencia íntima expuesta ante el respetable. Pero no lo es del mismo modo que el resto de las historias del programa, como la señora de los cuatrillizos, el colgado que se quiere casar con la presidiaria, aquel loco de atar que tomó rehenes o la mujer que descubrió que su marido se lo montaba con el perro, pero seguía queriéndolo.

Hasta Flora De Pisis —sí, «incluso» Flora De Pisis, señores del jurado— comprende en algún rincón de su ser, en un rinconcito de su consciencia sepultada por el cinismo, que hay algo distinto.

Que la historia de Marzia no es la de una mujer, sino la de las mujeres en plural.

De decenas, centenares, miles de mujeres, desde hace décadas, siglos, miles de años. Y que esa Marzia ha sido víctima sí, pero de un error absurdo, de una broma atroz: pensar que ser utilizada de esa manera, tener atenciones aunque sean esporádicas, esa forma de «cuidarla» —aunque sea para

mandarla a hacer la calle o a mear en la cara de alguien ante una cámara— pueda ser algo llamado «amor».

Marzia ha resuelto la cuestión.

Flora De Pisis, en cambio, ve cómo se le resquebraja encima toda la estructura de su construcción teórica, su filosofía, su *Weltanschauung*.

No le interesa que Marzia se rebele ante Sergione, quien ha sido proclamado ya un auténtico mierda ante millones de italianos que conocen su nombre y apellido, fechorías, maldades, mezquindades y asquerosidades humanas. Y del que millones de espectadores han dicho ya: «¡Hostia, será cabrón!»

No.

Lo que perturba a la presentadora es el riesgo de que su invitada se rebele contra el amor en sí y de por sí, algo sencillamente inconcebible que puede socavar las bases del trono y del altar, por así decirlo, en los que se asientan ella y su popularidad.

Por esa razón, la pequeña pero enorme batalla que se libra en estos momentos es entre la heroica Marzia Senzapane, joven costurera sin oficio ni beneficio, y la mismísima esencia del programa más visto de la televisión nacional.

Es verdad que hubo atisbos de... felicidad. Pero ¿era eso felicidad? Una excursión a Sirmione. Y luego la vez que la llevó a su... en fin, museo, almacén. Destellos de algo parecido a la normalidad, digamos.

Pero Marzia sigue su relato y llega a la patrulla de carabineros.

Aunque antes se explaya sobre aquella inesperada invitación a cenar, a Sant'Angelo Lodigiano, a las afueras de la ciudad, que, dentro de sus parámetros, debía de sonarle a Saint-Tropez o Cortina d'Ampezzo; debía de parecerle que tenía el cielo al alcance de la mano. La meta de sus luchas.

Por fin, por fin, por fin una señal de ese amor desesperado que prometía ser más amor y menos desesperado. ¡Ya era hora!

Y eso le encanta a Flora De Pisis.

Pero llegan de nuevo las turbulencias: la traición, la trampa incluso, seguida del miedo, la cárcel, los golpes, el asco y la desilusión y la sensación

de saberse abandonada por todos, en particular por Sergione, que, para ella — increíble pero cierto—, era ni más ni menos que ese «todos».

Y después, el regreso a su pisito, a su soledad y su angustia. Y por debajo, oculta tras las cenizas empapadas de lágrimas, esa idea todavía viva, en los últimos estertores, de buscar a Sergione y tal vez, en el fondo, de volver a intentarlo, otra vez, y otra, hasta fin de las existencias.

Por supuesto, eso también complace a Flora De Pisis, que se recobra de las dudas y del desfallecimiento teórico de poco antes y pone en marcha su número de circo.

—Otra vez, amigos de «Crazy Love». Una vez más nos encontramos ante ese extraño poder que nos lleva a hacer cosas que jamás admitiríamos, que va más allá de lo imaginable, que mueve lo que parece inamovible... Igual que lo que nos ha explicado tan bien Marzia esta noche, conteniendo el llanto para que su testimonio fuese lo más claro posible... Nosotros sabemos que el amor tiene estas cosas, lo contamos todas las semanas, lo repetimos hasta la obsesión, pero no es a eso a lo que nos referimos. ¿Acaso no es la pregunta más importante de nuestras vidas? Una pregunta, un signo de interrogación, una cuestión que debemos resolver: ¿el amor también tiene estas cosas?

El signo de interrogación se queda suspendido en el aire, como un acróbata que no quiere o no sabe bajar al suelo.

Incluso los telespectadores más distraídos se han dado cuenta de que hay un registro distinto, una variable nueva del discurso. Ese signo de interrogación supone otro millón de signos de interrogación.

¿Puede el amor justificarlo todo? ¿Tiene sentido? ¿Es concebible? ¿Aceptable?

Flora es consciente de haber movido levemente el planeta de su eje, aunque todavía no sabe valorar la magnitud del gesto.

Para compensar, mira a la cámara como si desafiase al mundo y hubiera dicho una verdad que por fin pondrá en manos de la humanidad algo absoluto, en medio de un destello de luz brillante, cegadora y blanquísima que hace que sus rasgos sean inmunes al paso de los años.

Es su victoria, su triunfo, su primer paso en la luna.

Pero, justo cuando está a punto de lanzar al país una frase indeleble, la interrumpe una voz agradable y cordial.

Es Marzia diciendo:

—Bastaría con no llamarlo «amor».

Por primera vez en las tres temporadas del programa, en la carrera de décadas de Flora De Pisis, en la tradición de la Gran Fábrica de Mierda, y quizá hasta en la historia del mundo, el aplauso que arranca al público del plató es natural, espontáneo, vivo, real, envolvente.

Las palmas de las manos golpean una contra la otra en un gesto de liberación, aprobación, orgullo, rebelión incluso, ante todas las putadas que han tenido que aguantar.

Y ha sido esa muchacha, que ha estado a un tris de que nos la encontráramos prostituyéndose en una comarcal, la que ha llegado y nos ha quitado el velo.

Flora De Pisis comprende todo eso en una fracción de segundo. Sabe que el aplauso no es para ella, que hay algo que no cuadra. Pero también es consciente de que, si alguien recibe semejante ovación, ella debe confraternizar con ese alguien; así, aunque sea de rebote, ese reconocimiento tan sonoro, tan festivo, será también suyo.

Se acerca, por tanto, a Marzia, le coloca una mano en el hombro y le dice:

—Pero estoy segura de que el amor, el de verdad, el bueno, no el que hace daño, te llegará, Marzia, porque eres una mujer excepcional.

A lo que ésta, mirando directamente a cámara, y por ende a los ojos de unos diez millones de personas, dice:

—No, si ya me ha llegado.

Al instante Flora De Pisis ve recomponerse su universo. Ese último golpe de efecto vuelve a levantarla, resucita como un boxeador en el ring que se recupera y recobra la energía del primer combate. El jarrón de cristal que se le había caído de las manos y se había partido en mil pedazos vuelve a estar entero e impecable, como por arte de magia.

Se ilumina prácticamente sola, porque el regidor se retrasa con los focos.

—¡¿Veis?! —dice casi a voz en grito—. ¿Veis cómo la vida se venga por su cuenta? ¡Chapó, Marzia, chapó!

Se vuelve entonces hacia el público, al del plató, al de casa, al de la galaxia y más allá, si pudieran escucharla. Abre los brazos como para envolverlos a todos en su dicha y dice:

—Marzia, ¿y podemos saber quién es ese nuevo gran amor? ¿Cómo se llama?

La chica se sonroja, está cada vez más guapa, y responde:

—Sí, se llama Nadia.

CUARENTA Y NUEVE

Ahora son ellos quienes están atados al radiador.

Sentados en el suelo y con la espalda contra el calorífero. La muñeca derecha del socio sujeta a un tubo de hierro y la izquierda unida a la derecha del rubio, cuya izquierda está inmovilizada en otro tubo, todo ello con bridas de plástico que cortan la piel. Una especie de doble crucifixión.

Sobre la mesa, la Sig-Sauer, el Smith & Wesson, que parece de juguete, y la K100, la joven eslovaca. Empiezan a tener una buena colección, a la que se suman la Luger desmontada y los teléfonos, que De Magistris ha destrozado aplastándolos con el tacón de las botas.

El abogado De Rosa se les ha sentado enfrente, con una elegancia que desentona en esa habitación desangelada y húmeda. De Magistris ha ido a rescatar al viejo, que presiona ahora contra la nuca una bolsita de plástico con hielo y mira a los hombres atados como si estuviera decidiendo cuánto durará su agonía.

Que, por lo demás, es justo lo que está pensando.

Al rubio le chorrea algo de la nariz, sangre, mocos, agua. De Magistris no tiene el aplomo del viejo y no se ha podido contener en cuanto se ha visto con las manos libres.

—Me gustaría saber quién os manda —dice De Rosa, que sigue sin traslucir emoción alguna.

—¿Por qué no se lo preguntas a esa mala bestia? —responde el rubio, intentando limpiarse la nariz en la manga del chaquetón.

—Porque él tiene toda la vida por delante y vosotros no —contesta el

abogado—. Es bueno confesarse. ¿Es que no fuisteis a catequesis?

—No. Vete tú a saber, a lo mejor hasta somos judíos —interviene el socio.

En los ojos del viejo se enciende una chispa. Se apaga enseguida, pero están seguros de haberla visto: se ha encendido.

Silencio.

—Verán, señores, aquí nuestro amigo Dante, al que han golpeado, es un auténtico experto en... convencer a la gente. Comprendo que, dada la facilidad con que lo han engañado hoy, no lo tengan en gran consideración, y he de confesar que a mí también me ha decepcionado. Pero su... currículum... es indiscutible... Nació demasiado tarde para divertirse con los juguetes de papá, la Decima MAS y las brigadas negras de la época, así que tuvo que resarcirse con los años. América Latina, África... Allá adonde iba Dante, la gente empezaba a hablar... ¿verdad, Dante?

El viejo asiente. Ya no tiene la cara tan pálida.

Los dos piensan.

¿Para qué resistirse en este punto? Ya habrá tiempo luego de apretar los dientes si es necesario. De Rosa sólo tiene que pedirle al otro que les haga cantar, y ¿qué sentido tendría dejarse zurrar cuando pueden retrasarlo unos minutos? Porque no van a ser sólo golpes...

El rubio suspira y dice:

—Aquí tu matón metió en problemas a un tipo importante. Se fue a un campamento romaní a pegar tiros como si estuviera en la feria... para facilitar el desahucio, por así decirlo. Pero no se le ocurrió otra cosa que armar un buen jaleo, matar a un guardia que no era gitano ni lo parecía, y herir y cargarse a otros cuantos. Y aun así, el desahucio no se llevó a cabo.

—Y eso ya en sí es una cagada bien gorda —sigue el socio—. Pero, por si no fuera suficiente, volvió a visitar al que le había hecho el encargo para pedirle dinero por no enmarrarlo.

—El ejecutor que chantajea al instigador —apunta el rubio—. Adorable, ¿verdad? Incluso éticamente, diría yo...

—Así que el hombre, al que no le hizo gracia lo del gato muerto en el

coche, ni tener que cagar cincuenta mil euros, ni que hubiese por ahí suelto un capullo que pudiera meterlo en problemas, nos llamó.

—Porque sabemos hacer algunos trabajos —dice el rubio.

—Por lo general —concluye el socio con un punto de autocrítica, dada su posición actual.

—Por lo general —recalca el abogado, sonriendo.

De Rosa toma la palabra:

—Es que... son como niños. Les gusta la disciplina, sí, pero de manera... indisciplinada, digamos. No han nacido en una época ordenada, nadie les enseñó quién manda y han tenido que aprenderlo poco a poco. Hay que tener paciencia con ellos... Si me hubiese avisado de ese trabajito extra, no lo habría frenado, pero a lo mejor, en lugar de estar llorando a un municipal de raza blanca, estaríamos festejando la desaparición de un puñado de parásitos... En cuanto al chantaje... Ahí les doy la razón, eso no está bien, no es... ¿cómo han dicho? Ético. Lo sé.

Silencio.

Sergio De Magistris hace como si la cosa no fuera con él y nadie estuviera hablando de lo tonto que es. Como los niños cuando los adultos se pelean, él se esfuerza por entretenerse con algo. Rebusca en una mochila negra, saca un cuaderno, un iPad y un cacharro electrónico con unos cables enchufados que no se sabe qué es. El viejo no para de presionar la bolsa de hielos contra la nuca.

—Pero la ética, ya se sabe —prosigue el abogado—, es una debilidad burguesa. Para mí el error más grave es poner en riesgo el negocio principal, por así decirlo, por culpa de una actividad secundaria... Encomiable en lo ideológico, no lo niego... pero, en suma, poco prudente...

—¿Y el negocio principal es el tráfico de Lugers viejas y parafernalia nazi? —quiere saber el rubio.

—Venga, abogado, que estemos aquí de esta guisa no quiere decir que seamos tontos —dice el socio.

—Les recuerdo, señores, que no están precisamente en posición de hacer preguntas. Por el contrario, si algo pueden hacer es dar respuestas. Los

camaradas D'Anna y De Giorgi no se merecían lo que les sucedió. Al fin y al cabo, sólo seguían órdenes.

—Bonita frase... ¿Es nueva? —pregunta el socio.

—Pero ¿no te hemos dicho ya que no es nuestro estilo? Hemos seguido otras pistas y lo sabes, porque el nombre del... del meódromo ese... nos lo diste tú —señala el rubio.

—Cuando eras más sociable —añade el socio.

—Cuando creías tener por secuaz a un cretino normal, no a un imbécil que va dejando por ahí la dirección de la guarida secreta —termina el rubio.

—Veo que no pierden el gusto por hacerse los graciosos y eso les honra. Pero, verán, las cosas que se dicen con una del treinta y ocho en la nuca no siempre son las más sinceras. Ni les creí el otro día ni les creo ahora. O en realidad, y me parece la mejor hipótesis, es verdad, no tienen nada que ver con el homicidio de los dos camaradas, pero saben quién ha sido. Y ahora, van a ser buenos y nos lo van a decir.

—¿Y si no sabemos nada?

—Pues sería una pena. Pero seguro que algo nos dicen, se lo garantizo.

El viejo sonrío como no querríais ver sonreír a nadie nunca.

El rubio siente que se le eriza el vello de la nuca. Se pregunta si le habrá pasado también a su socio.

Es increíble las cosas que te vienen a la cabeza en ciertas circunstancias.

CINCUENTA

Cuando Marzia sale del plató, se ve rodeada de abrazos, apretones de mano, hurras, miradas de admiración, agradecimiento y afecto por parte de todos los trabajadores del programa. Nunca habían visto nada igual, con Flora De Pisis caída sobre el cuadrilátero y resucitada in extremis.

Pero Marzia sólo busca los ojos de Nadia, que los tiene verdes. A ésta no le gusta nada el rollo de la televisión, esa pornografía de los sentimientos le revuelve el estómago, pero la chica que tiene delante... y bueno, una declaración de amor ante todo el país... Ha de reconocer que le han temblado un poco las piernas.

Estrecha con fuerza a su Marzia y le susurra dulcemente:

—Impresionante, has estado impresionante...

Y justo entonces le suena el teléfono.

Es Carlo llamando desde el sofá de casa.

Carlo Monterossi, el General que Vio la Batalla desde la Colina.

—Muy bien, muy bien... ¿Cómo está nuestra estrella?

—Está aquí conmigo... Yo diría que... aturdida —comenta Nadia entre risas.

—¿Más que tú?

—No seas gilipollas.

—Ah, claro, se me olvidaba que a ti se te declaran todos los días por mundovisión...

Nadia ríe con ganas.

—¡Idiota!

Carlo se acuerda de algo.

—Pero, oye, ¿qué me dices de lo del... museo, el almacén ese del que ha hablado Marzia? Que la llevó a no sé qué sitio...

—Es verdad —dice Nadia—, espera.

Se oye un parloteo lejano, ruido de fondo, otra gente hablando, el volumen de la televisión a modo de hilo musical, jaleo.

—Dice que es un sitio... no sabe dónde... cerca de un aeropuerto, a las afueras de Milán. Que fueron por la autopista... Un sitio donde guardaba cosas, cachivaches, medallas, banderas, cosas así... Le enseñó algo, pero ella no entendió de qué se trataba...

—¡Jolines, pues lo podría haber dicho antes! —estalla Carlo.

—¡Jolines, pues será porque no le pareció que fuera importante!

Ha sido casi un gruñido. Carlo sabe lo que significa: no te acerques a los cachorros si está cerca mamá tigresa. Ni a Marzia si está Nadia.

En cualquier caso, no es momento de discutir.

—Vale —dice Carlo—. Salúdala de mi parte y dile que soy fan suyo... Cuando volváis, lo celebramos.

—En realidad...

—¿Sí?

—En realidad, pensábamos estar un rato solas... tú me entiendes...

La entiende.

Claro que la entiende.

Carlo Monterossi entiende que algunas veces dos personas que se aman quieren estar a solas para decirse y hacer las cosas que se dicen y se hacen dos personas que se aman.

Claro, lo entiende. Vamos, que se acuerda, cómo no va a acordarse.

Sí, qué tonto...

—Claro, mujer, normal. Además, estoy que me caigo... De todos modos, la nevera está llena... ¡Eso sí, no arméis mucho jaleo!

¿Cómo se le da el papel de mentiroso? ¿Bien? ¿Debería trabajar un poco la entonación? ¿Definirla? ¿Matizarla? ¿Debería contactar con el señor Stanislavski? Ah, ¿que murió?

Pero no ha pasado ni medio minuto y tiene todavía el teléfono en la mano cuando le suena.

Es Nadia otra vez, pero parece otra. Carlo apostaría vuestra paga extra a que tiene los ojos grises.

Ah, que no tenéis paga extra... Ya...

—¡Carlo!

—Sí, dime...

—¡Lo ha encendido!

—¿El qué...? ¿De qué estás...? —Un flash.

—¡Que ha encendido el iPad, joder, acaba de encenderlo!

—¿Y lo ves en el plano?

—Sí... Samarate... No sé ni dónde está... ¡Ah! Al lado de Malpensa... ¡del aeropuerto!

—Paso a recogerte.

—No, tardaríamos mucho... Espera... Déjame que calcule... Tengo que pensar... Vale, en Loreto dentro de un cuarto de hora.

¿Será eso a lo que llaman «adrenalina»? ¿Ese arrebató que le hace levantarse de un brinco, ponerse la chaqueta y deslizar la Glock 17 por la cinturilla del pantalón, en la zona del hueso sacro, donde todavía le duele?

¿O es pura retórica y en realidad habría que llamarlo «estupidez»?

Porque, a efectos prácticos —se cuestiona Carlo mientras cierra la puerta y se lanza escaleras abajo a lo Patrick de Gayardon—, si se para a pensarlo, incluso sin ser muy severo consigo mismo, pero manteniendo la lucidez justa, ¿qué cojones se cree que está haciendo?

¿Piensa llevarse a sí mismo, a una pistola que no sabe utilizar y a una chica enamorada a una cita con alguien que les ha disparado? ¿Con el mismo tío que ha asesinado a dos personas de un tiro en la nuca en el aparcamiento del estadio? ¿El de la Luger y las balas de anticuario? ¿El que llevaba a su novia a la escuela de prostitución como el que lleva a la parienta al cine?

Carlo sale del portal mientras sigue enumerando los pros y los contras. Por ahora el resultado no es nada halagüeño: los pros juegan en casa y van perdiendo veinticinco a cero.

Ha llegado ya a la entrada del garaje cuando oye una voz:

—¡Señor Monterossi!

Es uno de los agentes de guardia. Uno que no había visto hasta ahora, un crío. Tal vez por eso se esmera tanto: aún no lo ha golpeado el hacha de la rutina, del aburrimiento, de la mediocridad alentada y recompensada, del «Total, qué más da».

En otras circunstancias, Carlo le estrecharía la mano y le diría: «Me caes bien, muchacho.» Adulto. Paternal. Agradecido por tantas atenciones y por la tranquilidad que le proporciona la diligente eficacia del Estado. Algo que puede pasar una vez en la vida.

Pero no es el momento, tiene un poco de prisa.

—¿Adónde va? —le pregunta el joven.

—¡Ay, agente! Buenas noches. No, nada... Que me he dejado una cosa en el coche, abajo en el garaje... Voy y vuelvo, dos minutos como mucho...

Carlo Monterossi, el Hombre que Miente.

Fraternal, cordial, campechano.

«Tranquilo, muchacho, no te molestes.»

«Ya habéis hecho suficiente por mí...»

El otro policía está en el coche patrulla, leyendo algo y haciendo como si no existieran. Con todo el crimen que ronda por las calles y que campa a sus anchas, y él se ve obligado a pasar días y noches apostado en casa de ese... ¡en fin!

Huelga decir que, en el caso de que lo llamaran para ir allá donde el crimen campa a sus anchas, se escaquearía sin pensárselo dos veces y no movería ni un dedo.

En el joven, en cambio, todavía arde la pasión.

—Lo acompaño —le dice—. Nunca se sabe.

Carlo maldice para sus adentros. «Me cago en...»

Pero entonces suena el teléfono del joven diligente, que vacila por un instante, pero Carlo lo alienta con un gesto, como diciéndole: «Responde, hombre, no pasa nada»...

—Que ya... pero estoy de servicio... Sí, ya sé que... Martina, por favor, ahora no...

Carlo esboza una sonrisa de comprensión absoluta, de hombre a hombre,

que significa, en este orden: disfruta mientras seas joven, yo no corro ningún peligro, no te preocupes, gracias por la molestia, Martina merece tu atención más que yo, quédate tranquilo, chao.

Y, con un tranquilizador gesto de despreocupación, se dirige al garaje.

Diez minutos después pega un frenazo ante la boca de metro de la avenida Monza, más relajado que Fangio en un adelantamiento imposible, recoge a Nadia prácticamente al vuelo y siguen su camino.

Carlo lo comprueba, por costumbre más que nada.

Nadia tiene los ojos grises grises.

CINCUENTA Y UNO

Hego tiene el mapa doblado sobre las rodillas. Está convencido de que van en la buena dirección, aunque lo confunda la maraña de rondas, circunvalaciones y salidas.

Clinton no habla. Está preocupado. Circulan por una carretera provincial, acaban de pasar Settimo Milanese y de cruzar la Nacional 11 y todavía queda para la autopista que buscan.

Quizá habría sido mejor atravesar Milán, piensa Clinton, menos probabilidades de controles... Lleva el cuchillo en el bolsillo, y eso tiene un pase. Pero también la Luger del viejo de Sirmione, y eso ya no cuela.

Además, el motor hace un ruido que no le gusta nada. Sí, ruidos hace para dar y regalar, pero ése es nuevo. Y está también el misterio del segundo hombre, ese tal... ¿Dante? Vaya nombre de mierda.

¿Miedo? No. Pero le gustaría saber más, sólo eso.

—Espacio —dice Hego.

Ven un coche de carabinieri atravesado en el arcén, un guardia con la metralleta en ristre y el otro con el disco en la mano.

Pasan.

A la izquierda tienen ahora un sitio que se llama Pero, seguido de otra maraña de carreteras.

Hego mira afuera, a la oscuridad salpicada de faros e interrumpida por zumbidos veloces, de gente que corre más que ellos.

El ruido de la furgoneta se acentúa. Una percusión rítmica, algo que rasca.

Hego mira a Clinton; también se ha dado cuenta.

Como para no darse... El motor pierde potencia, Clinton cambia de marcha y el vehículo, en vez de acelerar, aminora.

Maldice por lo bajo y Hego endereza la espalda en el asiento.

Están parados en el arcén, en la oscuridad de un recoveco que da a unos sembrados, bajo un cartel verde en el que se lee: A8 MILÁN-VARESE, KM 3.

Clinton ha abierto el capó. Aunque entiende de motores, está claro que eso no se arregla uniendo unos cables o dando dos martillazos.

Hego no ha bajado. Piensa que es la historia de siempre: ellos tienen coches y los otros, tanques; ellos, ciclomotores moribundos, y los otros, zetas de la policía; ellos, cuchillos, y los otros, pistolas automáticas; ellos furgonetas agonizantes para robar un poco de cobre y los otros, cochazos enormes con el maletero lleno de bidones de gasolina.

Cierra los ojos: Moctezuma y Carlos V. El viejo anticuario no estaba tan equivocado.

Piensa también que tienen que largarse cuanto antes, que en cualquier momento puede llegar un coche patrulla, pararse, preguntar, registrar...

Pero, en vez de eso, frena ante ellos un coche gris. Un Passat que tiene ya sus años y que se queda runruneando con su motor diésel a medio metro de Clinton.

—Subid.

Clinton se monta detrás y Hego baja de la furgoneta y se acomoda en el asiento del copiloto. El coche arranca y se incorpora al tráfico. Al volante va un joven de unos treinta años.

Nadie dice nada durante un rato, uno o dos kilómetros.

Cuando el silencio se vuelve demasiado insoportable, el joven habla:

—Me llamo Oscar. Llevo siguiéndoos desde Sirmione. —A continuación, como sintiendo el peso de las miradas de los otros dos, añade—: No sé muy bien adónde vais, pero sí a qué... Os llevo.

Hego le dice el nombre del pueblo.

Clinton habla entonces:

—¿Puedo pedirte un favor... Oscar?

—Sí.

—¿Tienes teléfono?

—Sí.

—Apágalo.

Hego se relaja y estira las piernas, porque tiene más sitio que en la furgoneta. Cierra los ojos y se ríe para sus adentros.

El dios de los gitanos...

CINCUENTA Y DOS

—No responde.

Nadia está intentando llamar a Oscar pero nada, salta el contestador y ya le ha dejado dos mensajes.

Ha confiado la custodia de Marzia a las chicas de vestuario, sus nuevas compañeras, que la han acogido como a una hermana y la han invitado a una fiestecita. Nadia le ha dado las llaves de la casa —de Carlo—, con la idea de que se vean allí después.

Sí, buena pregunta. ¿Después de qué?

Es como para hacérsela.

Y entonces empieza el espectáculo inigualable de vuestro piloto favorito, que conduce su coche nuevo a la velocidad del sonido para ir hacia el puntito azul que parpadea en el iPhone de Nadia mientras ordena en su cabeza una secuencia interminable de razones aplastantes para no ir.

Carlo Monterossi, el Hombre con la Cabeza en Su Sitio.

Lo que le gustaría decir, y dice, suena más o menos así:

¿Se dan cuenta de que están yendo a buscar a un asesino armados tan sólo con una pistola que no saben usar y una buena dosis de cultura general?

¿Que el amigo ya ha matado a dos personas, por lo que ellos saben —que tampoco es mucho—, y en realidad podría ser un exterminador profesional?

¿Que, siendo modestos, Carlo podría comprarle a Nadia no uno, sino dos, siete o veinticinco iPad tan sólo con la imposición de sus manos pertrechadas de tarjetas de crédito?

Y, además, ¿acaso las madres de estos dos aventureros accidentales nunca les dijeron que no se habla con desconocidos y menos aún se planta uno en su

casa para decirle: «Eh, ladrón, devuélveme mi tableta»?

¿Que existe un número de tres cifras, en concreto el 113 de emergencias policiales, que podría resolver con la aprobación de la Ley, del Estado, de la magistratura y de una abrumadora mayoría de ciudadanos, el problema que han decidido afrontar ellos solos por su cuenta?

Ya, Carlo no es tan tonto; sabe que Nadia no lo hace por el iPad, ni tampoco por las fotos que contiene, y quizá ni siquiera por la afrenta de que le robe alguien al que odia. Y tal vez tampoco lo haga para vengar a Marzia o para mirar a la cara a ese canalla asesino y noquearlo con sus ojos grises. No. No lo hace por ninguna de esas razones, sino justamente por todas ellas juntas, y puede que por alguna más; conociendo la historia, ya os podéis imaginar...

Perdón, tenéis razón, eso tendría que hacerlo Carlo, pero está conduciendo a ciento ochenta por hora y no quiere distraerse.

Nadia se decide por fin a abrir la boca.

—Sal por ésta y tuerce a la izquierda —dice, un segundo antes de que lo diga la señorita del navegador.

Se encuentran entonces con una oscuridad ligeramente azulada por la aurora boreal que hay al fondo —el aeropuerto, sin duda— y con un laberinto de callecitas y casas bajas, chalets con jardincitos y...

—Ahí está —dice Nadia.

Carlo detiene el coche.

—¿Qué margen de error tiene ese cacharro? —pregunta, esperando una debacle tecnológica.

—¿A esta distancia? Un par de metros. Baja, anda.

Ya se sabe, siempre termina uno dándose de bruces con la discusión política. Pero ahora no es el momento. No hay tiempo para debates parlamentarios, preguntas, llamamientos desconsolados ni amonestaciones serias.

Tenemos a Carlo Monterossi, un reformista miedoso y prudente que se dice «¿Qué cojones estamos haciendo?», y a Nadia Federici, una

revolucionaria indomable que dice «Hagámoslo».

Nadia baja y se dirige a la pequeña cancela blanca.

Carlo la sigue. La chica rodea el chalet, agachándose cuando pasa ante una ventana, y dobla una esquina. Él la sigue porque piensa que, si hay algo peor que morir juntos a manos de un maníaco nazi, es que sólo la mate a ella. Para que luego digáis que no es un caballero.

Pero entonces la pierde de vista.

Y Carlo Monterossi, el Hombre Frío como el Acero, hace algo que no creyó que fuera a hacer en su vida, o al menos no le parecía más probable que tirarse en ala delta desde lo alto del monte Cervino o desviar un avión de pasajeros: saca la Glock de pijo, la amartilla con un clac que lo hace temblar hasta a él y llama a su compañera en voz baja, con un susurro:

—Nadia.

—¡Chist!

La chica aparece por una balconera entornada y lo arrastra dentro.

«Dentro» es un sitio oscuro de difícil clasificación. La luz azulada que se cuela del exterior permite intuir unas estanterías. Pero no, no son estanterías, son vitrinas, eso. Y un montón de cosas que no distinguen bien colgadas por las paredes; objetos pequeños que relucen débilmente, mueblecitos con todos los lados de cristal, como los de las joyerías. Aunque siguen sin identificar el contenido.

Avanzan unos pasos. Despacio.

Es un salón muy amplio, en forma de ele. Están en el brazo largo de la letra, de una docena de metros, quizá más, y cuatro o cinco de ancho, y se dirigen a la esquina, tal vez hacia la otra habitación —el otro brazo de la ele— que debe de dar a la fachada. Desde ese punto, tras una puerta cerrada, les llegan voces. Voces calmas, preguntas y respuestas, preguntas y silencios.

Cuando dejan atrás las balconeras y doblan la esquina, se hace la auténtica oscuridad, impenetrable.

Para no perder de vista a Nadia, que va abriendo camino, Carlo alarga la mano y le toca el hombro. La chica pega un respingo, o, siendo sinceros, salta como un gato por el susto. Carlo, a su vez, asustado por el susto de Nadia, da

un brinco atrás y extiende los brazos para no perder el equilibrio, de modo que la mano con la que empuña la Glock golpea una estructura de cristal que se parte en mil pedazos provocando un estrépito horroroso. Un millón de canicas lanzadas contra el suelo de mármol, como una cascada, como una...

Se enciende la luz, dos tipos los miran con dos pistolas negras que los miran aún con mayor fijeza. El suelo sí es de mármol, pero, en lugar de canicas, hay cristales rotos y pequeños trozos metálicos que parecen... — Carlo no se atrevería a jurarlo, pero es posible— divisas de las SS.

—Tira la pistola —le ordena un viejo vestido de mecánico.

—¿Eh? —balbucea Carlo, que se percata entonces de dos cosas realmente inconcebibles: primero, que eso esté diciéndoselo a él y, segundo, que, en efecto, tenga una pistola en la mano.

En lo tercero en lo que se fija es en que Nadia y él están de pie, con las manos en alto, armados tan sólo con su cara de perplejidad y pavor, mientras que los otros también están de pie, pero armados con una cara de cabreo y unos objetos metálicos negros de aspecto más bien peligroso.

Malos dos, buenos cero.

El viejo del mono azul adopta una expresión de indiferencia glacial. El otro será Sergio De Magistris; aunque no lleva gafas de sol, como en la foto de Sirmione, tiene el pelo más largo y está aún más cuadrado.

Tranquilos, sigue pareciendo igual de cabrón.

A su espalda aparece un tercero. Todo un figurín, de otra categoría.

—¿Y éstos quiénes son? —pregunta.

Son ya siete en la cocina, y empiezan a ser multitud.

Carlo y Nadia tienen los tobillos atados a las patas de la silla, y las manos, sujetas en la espalda, con bridas para cables eléctricos rodeándoles las muñecas, que les duelen a rabiar.

Hay otros dos tipos, otros dos prisioneros: un rubio con cara de chulo —y por cómo le moquea la nariz, se ve que le han atizado bien— y uno que parece un hombre apuesto. Carlo se fija en el detalle incongruente de la corbata.

De pie ante los cuatro, el figurín, el viejo y Sergione. Al muestrario de armas sobre la mesa se ha añadido la Glock, que han dejado al lado del iPad de Nadia.

El viejo desaparece un momento y vuelve con dos sillas más estilas.

El jefe de los malos y De Magistris se sientan mientras el viejo se queda al lado de la puerta, a medio metro de Nadia.

—¿Son estos dos? —le pregunta el hombre elegante a los dos que están atados al radiador.

—Sí —responde el rubio.

—¿Y los otros?

—De los otros no tenemos ni idea —dice el de la corbata—, pero lo que está claro es que son más espabilados que estos dos.

Carlo resopla: es siempre un placer que te reconozcan los méritos.

El hombre elegante les habla a los recién llegados.

—¿Quieren explicarnos esta intromisión?

No levanta la voz, no muda la expresión del rostro, no parece experimentar emoción alguna, como si tener a tiro a cuatro personas atadas fuera para él una tarea cotidiana y en absoluto la más complicada.

Carlo se vuelve para mirar a Nadia y saber a cuál de los dos le toca hacer el resumen de los capítulos anteriores. Pero ella no está mirándolo.

Porque está desafiando al viejo con la mirada, y éste la observa a su vez con una expresión que da realmente miedo.

El muy asqueroso se le acerca y le pellizca un lóbulo, se lo estira, le pasa el índice por la mejilla hasta la comisura de los labios y le dice:

—Dejémoslo estar, señorita. Ya habrá tiempo luego de divertirse.

¿El napalm es gris? No, por saberlo, porque los ojos de Nadia, etcétera, etcétera.

—Capitán —le dice el hombre elegante al viejo—, ve a limpiar el salón.

El hombre obedece y se marcha cojeando.

A Carlo no le queda entonces más remedio que soltar la retahíla, sin maquillar nada, aunque con alguna supresión por aquí y por allá. Que la chica no tiene nada que ver, que él es víctima de una confusión de identidad. Y luego cuenta lo del accidente en que De Magistris mató a una mujer, los dos

asesinos que se convirtieron en víctimas, el robo en el laboratorio de una de las mencionadas víctimas, el diario donde se cuenta todo —y que está justo ahí, en la mesa, por si alguien quiere contrastar datos— y el tiroteo que acribilló su coche. Ah, y lo del puntito azul que los ha llevado hasta ahí porque a alguien le ha dado por encender el iPad.

—¡Joder, qué historia! —exclama el rubio.

Tiene una sonrisita en la cara que no se sabe si es un rasgo natural o es producto de años y años de sarcasmo, pero que, en cualquier caso, le sienta bien.

—¿Van a hacer la peli? —pregunta el otro.

Al figurín, en cambio, se lo ve realmente sorprendido. Suspira hondo mientras De Magistris parece querer desaparecer y evaporarse por arte de magia como un ambientador doméstico.

El rubio no puede contenerse, es evidente que es su forma de ser.

—Venga, Sergione, que con la centésima cagada te dan una muñeca.

—Una marioneta del Führer —apunta el otro.

Para estar molidos a palos y atados a un radiador, tienen su gracia.

—¡A callar!

Por primera vez desde que han llegado Carlo y Nadia, el hombre de mármol ha levantado la voz y ha dado muestras de algo similar a un sentimiento: rabia, diría, así a ojo.

—¿Usaste las Lugers? —pregunta a Sergione.

—Sí —responde éste.

Ahora su jefe parece estar a punto de arrancarle la cabeza.

—Lo del campamento gitano y el chantaje, pase —sisea—, pero esto es demasiado. Esto ya no es ni insubordinación, ¡es traición!

Carlo y Nadia se miran. ¿Dónde han acabado, en una película de Leni Riefenstahl? ¿Un campamento gitano? ¿Un chantaje?

—¿Nos hemos perdido algún capítulo? —pregunta Carlo al rubio.

—Sí, pero, tranquilo, que seguro que lo reponen —le responde el otro.

De todos los que están en la habitación —cuatro atados y dos con pistolas—, el que parece más humillado en esos momentos es el grandote, quien, casualidades de la vida, también es el más tonto. Y tal vez incluso el que

tiene más miedo. Con todos ustedes, De Magistris.

—¿Has encendido ese chisme? —le pregunta el elegante.

—Sí —responde, con cara de haberle robado el bastón a un ciego.

—Has encendido un GPS aquí dentro. —No es una pregunta, es una constatación que antecede a un pensamiento: «¿Y ahora qué hago yo contigo?»

Bueno, bueno, increíble: de todos los jaleos que ha montado el imbécil ese —incluidos los homicidios, los tiroteos a plena luz del día en el centro, la bala en la cabeza del municipal, el niño muerto en el incendio, la buena mujer que volvía a su casa en moto y a la que se cargó de un choque seco con el BMW—, lo más grave parece ser haber encendido el iPad.

El rubio ríe con ganas y dice:

—Sergione, colega. Primero te queríamos liquidar dos. Luego cuatro si contamos a los Bonnie and Clyde de aquí. Y ahora somos cinco con tu jefe.

—Te falta encabronar al cojo para hacer pleno —dice el socio.

Nadia mira a Carlo como diciendo: «Pero ¿tienen un repertorio o se les van ocurriendo al vuelo?»

De la otra habitación llega un rumor de barrer cristales. Es lo único que se oye en un silencio que pesa más que un remolque lleno de granito.

Entonces el viejo vuelve, se apoya de nuevo en el marco de la puerta y alarga una mano hacia la camiseta de Nadia. Se la mete por el escote y estruja.

—Bueno, ¿qué, hora de divertirse?

—¡Ya está bien, capitán! —espeta el jefe. Ha ladrado la orden.

Todos se miran, por turnos.

¿Y ahora?

CINCUENTA Y TRES

Muy bien, ¿y ahora?

Pues ahora la puerta de la cocina, que no es cocina ni es nada, se abre de golpe. Y ya antes de que esté abierta de par en par y dé contra la pared, la cabeza del señor elegante estalla como la piñata golpeada por un niño con suerte. Pero, en vez de caramelos, salen despedidos dientes, trozos de huesos, cosas rosa y cosas grises.

Dejando a un lado el alivio de los prisioneros, una visión desagradable.

Luego se oye otro estallido ensordecedor y el cristal de la ventana se parte en mil pedazos.

Antes de comprender lo que ha pasado, ven a Sergione con una pistola que le apunta entre los ojos y al viejo con las manos en alto y la punta de un cuchillo contra el mentón, pinchándole donde cuesta afeitarse.

El cuchillo lo empuña un gitano con una chaqueta que le va grande, camisa de rayas y una corbata que no pega ni con cola. La pistola que amenaza con abrirle un tercer ojo a De Magistris la empuña otro gitano en camiseta, bien servido de músculos y tocado con un sombrero.

Carlo y Nadia se miran, aturdidos por la confusión.

Los otros dos atados al radiador se miran. Darían un brazo por poder soltar una gracia.

Pero el que habla es el gitano de la chaqueta.

—Sólo nos interesa él —dice, señalando a De Magistris.

Ahora, ahora sí que tiene miedo Sergione.

Y no consigue apartar los ojos de su jefe, su ex jefe, si somos precisos, porque, aunque siga todavía grotescamente sentado, le falta media cabeza.

El viejo parece haberse vuelto de madera. Ni un papadeo, nada.

Y entonces, golpe de efecto, entra Oscar Falcone, como el que llega a una fiesta con algo de retraso.

—Hola —dice.

Nadia y Carlo ponen la misma cara que los pastorcillos de Lourdes mientras su amigo coge una navaja que hay en la mesa y los libera de las bridas. La sangre, en cuanto vuelve a circular, les pincha como alfileres por las venas. Se frotan las muñecas.

—Éstos son mis amigos —explica Oscar a los dos gitanos.

El de la chaqueta asiente, y pasan a las presentaciones.

—Hego y Clinton —dice Oscar—. Nadia y Carlo.

Nadie se estrecha la mano ni se dice «encantado» ni ninguna otra historia propia de la gente refinada.

Reina un hedor a sangre y pólvora que provoca arcadas.

—¿Y nosotros? —pregunta el rubio. Hego evalúa la situación por un instante—. Pagamos bien —añade.

—Información —dice el socio.

—Tú enganchas al pez pequeño y nosotros te damos al gordo —propone el rubio.

—Una especie de cadena alimentaria —concluye el otro.

Parecen de fiar.

Hego le hace una seña a Oscar, que libera también a la pareja. Están ya todos de pie, salvo el cadáver, que se ha quedado sentado. Parece una fiesta.

Pero ya se sabe que las fiestas siempre acaban torciéndose de alguna manera, de modo que ocurre algo que nadie esperaba. La chica se acerca a la mesa y coge la Glock. Da media vuelta, se acerca al viejo y le apunta a la frente, a un metro de distancia. Con todos sus respetos ante una dama, Hego se aparta y se lleva el cuchillo con él. El gris del cañón de la pistola y el de los ojos de Nadia disputan un partido que bien podría acabar en empate.

Todos contienen la respiración. El viejo retrocede lentamente hasta la entrada, a apenas unos pasos de la puerta de la cocina. Nadia y el agujero negro de la Glock lo siguen milímetro a milímetro.

El rubio se acerca por detrás a la chica, despacio, con mucha calma.

—Así no, señorita —le dice—. Con el codo doblado como lo tiene no puede controlar el retroceso. Sin contar con que el casquillo sale por aquí y quema lo suyo.

Todos observan la escena como si estuvieran en el cine, demasiado perplejos para decir nada.

El rubio le pone la mano izquierda en el costado a Nadia, como un maestro de baile que enseña los pasos a una alumna, y le habla con suavidad, con dulzura.

—Mire, señorita, déjeme que le enseñe. —La Glock se desliza de la mano de Nadia a la del rubio, que añade—: ¿Lo ve? Así.

Aprieta el gatillo y dispara.

Otro estruendo horrible. La cabeza del viejo sale disparada hacia atrás y el cuerpo la sigue, hasta que todo en la habitación acaba a oscuras, sobre el suelo recién barrido.

Excepto el rubio, su socio y los gitanos, todos tienen los ojos como platos. Pero el que más, Sergio De Magistris, que está atado a una silla con bastantes vueltas de cinta de embalar alrededor del cuerpo y suda como un maratonista en el último kilómetro.

Dejando a un lado el hedor a muerte, parece una fiesta de verdad, sólo falta la bebida, aunque, para compensar, abundan los temas de conversación.

Nadie hace caso a Sergione, que sigue atado.

Carlo, Nadia y Oscar forman un corrillo y este último se apresura a contárselo todo a los otros dos.

Que volvió a casa de De Magistris porque se había quedado con la mosca detrás de la oreja, porque la otra vez se había fijado en que en la parte trasera del cuadro con las divisas y medallas nazis había un pequeño adhesivo donde ponía: «Sensini Ferni, Antiquedades, Sirmione.» Y que había ido a echar un ojo por el pueblo y había visto a los dos gitanos saliendo de la tienda. Desde ese momento, no los había perdido de vista, hasta esa noche, que les ha hecho de taxista —Tango 13 para servirles—, y ahí lo tienen.

Nadia lo abraza, aunque no se la ve muy contenta. Carlo, por su parte, está encantado: haber pasado de atado a desatado le parece ya un gran avance, aunque se da cuenta de que debe desviar la mirada con circunspección si no quiere que se encuentre con muchos cadáveres.

Oscar le lee el pensamiento, lo mira y dice:

—Y todavía no ha terminado.

—Ya, pero tampoco hace falta quedarse hasta el final —dice Carlo.

En el otro corrillo, otra conversación. El rubio se taponaba la nariz y comenta con Clinton el arsenal que hay en la mesa. Recoge sus armas. El gitano Hego habla muy serio, con el de la corbata.

Este último llama al rubio, que se une a la conversación, le pasa el pequeño Smith & Wesson y asiente, parece estar de acuerdo. Se acerca entonces a la mesa, arranca una hoja del cuaderno, del diario de Rivetti que en paz descansa, busca un boli y escribe unas líneas.

Hego se guarda la hoja en el bolsillo y les estrecha la mano a los dos. Sin sonreír ni decir nada.

Negocios.

—¡Venid a ver esto!

Nadia ha encendido las luces del gran salón en él, por el que avanza mirando las vitrinas, estanterías y banderas colgadas de las paredes.

En una vitrina algo más grande que la que se ha cargado Carlo, hay expuestas decenas de pistolas de esas que tanto ruido han hecho en esta historia. En el centro hay una con la culata dorada y una tarjetita al lado en la que pone: «H. Göring, 1936.»

Hay también divisas de cuerpos motorizados, de aviadores, de paracaidistas. Medallas, cruces de plata, cintas, esvásticas de todos los colores: de las que se ponen al cuello o se cuelgan en el pecho, en esmalte blanco y rojo, de oro, de plata.

Todos dan vueltas por la amplia habitación, por un lado valorando la relevancia histórica de la colección, por el otro, sopesando su significado en términos de horror.

Tan sólo el gitano Hego está parado ante una vitrina sellada, con un cristal muy grueso. Está mirando una lamparita con una pantalla de color indefinido, entre marrón claro y marfil oscurecido por el tiempo. En la misma vitrina, una edición de *Mein Kampf*. La cubierta de cuero tiene el mismo color y la misma textura que la pantalla.

Todos lo miran. Y, conforme van entendiendo, se alejan. Oscar se lleva una mano a los ojos y Nadia tiembla un poco, con un escalofrío que no se le pasa.

La chica da entonces otra vuelta por la habitación, antes de agarrar a Carlo de la mano y alejarse de esos horrores expuestos tras los cristales.

—Mira eso —le dice.

Colgada en la pared, también tras un cristal enmarcado, hay una bandera negra que parece hecha a mano. En blanco, estilizada, una especie de corona de laurel con una gran hoja en el centro de... bueno, Carlo no sabría decirlo...

Nadia se muerde el labio.

—Como sea la original... —casi susurra.

Carlo la mira con expresión interrogativa. ¿Qué?

Pero la voz que responde a su espalda es del gitano Hego.

—Señorita conoce la historia. Señorita lista. —Y a Carlo—: Décimo sexta Panzergrenadier-Division Reichsführer-SS —dice, escupiéndolo como si pronunciara el nombre del diablo.

—Agosto del año mil novecientos cuarenta y cuatro, Sant'Anna di Stazzema, Vinca, Marzabotto... —murmura Nadia.

—Nosotros los conocimos un año después. Budapest —añade Hego.

Carlo siente de pronto unas ganas tremendas de largarse de esa casa. De ese hedor a gente muerta, muerta hace media hora y hace setenta años. De ese museo de los horrores, de la Luger con la culata dorada de Hermann Göring y de banderas asquerosas de carniceros de mujeres y niños, del chalet de Samarate, del cielo siempre encendido del aeropuerto de Milán que está en Varese. Alejarse cuanto antes de la silla en la que Sergio De Magistris está cociéndose en su jugo, en su meado y en su miedo.

Sólo quiere irse.

Carlo Monterossi, el Hombre que Huye.

Mientras tanto, el de la corbata se dirige a la puerta. Se vuelve como para despedirse y se nota que le gustaría soltar una última gracia, una buena ocurrencia, para rebajar la tensión. Pero sacude la cabeza y sale sin más.

El rubio se dispone a seguirlo, pero antes se acerca a Nadia.

—Señorita, yo sé que habría preferido hacerlo usted. Pero créame, que yo de esto entiendo, es mi trabajo, y lo he hecho muchas veces... Le he evitado años de pesadillas.

Entonces le guiña el ojo, le da un beso suave en la mejilla y desaparece también por la puerta de madera, en el azul eléctrico de la noche.

Carlo, Oscar y Nadia se miran.

Clinton y Hego los miran a ellos.

—Por favor, señores, ha sido un placer conocerlos, en particular a su amigo —dice Hego, señalando a Oscar—. Pero ya no tienen nada más que hacer aquí. Lo que queda es cosa nuestra.

—Si prometen dejármelo en el campamento, les presto el coche —les ofrece Oscar.

Pero Clinton agita las llaves del Z4 blanco como si fueran una campanilla.

—Gracias, pero preferimos los deportivos.

Vuelven a la cocina que no es cocina ni nada. Nadia recupera su mochila y guarda el iPad. Vacila por un momento ante el cuaderno de Franco Rivetti, la confesión en papel que los ha llevado hasta ahí. Pero lo deja en la mesa. Carlo recoge su Glock. Le falta una bala, pero no le parece que pese ni un gramo menos, todo lo contrario.

Mientras hacen todo esto, Sergio De Magistris, atado en su silla, con una tira de cinta americana en la boca, los mira con los ojos desencajados de terror. Apesta. Tiene la camiseta negra empapada en sudor. Mira a los tres como si pudiera esperar algo de ellos, una última oportunidad, una escapatoria insospechada.

Carlo ha leído no sé dónde que las reses ponen los ojos de una forma similar cuando llegan al matadero, pero vete tú a saber, la gente habla por hablar.

Nadia pasa por delante sin siquiera mirarlo. Ya en la puerta, se vuelve y le dice:

—Esta noche has salido en la tele. Eres famoso.

Clinton los acompaña hasta la puerta de la entrada y la cierra tras ellos.

TÍTULOS DE CRÉDITO

El programa «Crazy Love» que contó con Marzia Senzapane como invitada y que marcó el giro humanitario de Flora De Pisis, consiguió registrar un *share* del 38,6 por ciento, con casi once millones de espectadores.

Katia Sironi le comunicó todo esto a Carlo Monterossi por teléfono, entre risas telúricas, pero por suerte Protección Civil informó de que los daños no habían sido importantes y le rogó a la población que volviera a sus casas.

Carlo tiene ahora ante él, sobre la mesita del salón, el nuevo contrato por no sé cuántos programas del Gran Tonel de Mierda, anexos con todas sus comas, cláusulas, apartados, subapartados, partes escritas en arameo, jeroglíficos y números —no romanos, los de verdad— que le prometen en negro sobre blanco que seguir vendiendo basura a la gente le resultará muy provechoso.

Nadia y Marzia viven felizmente juntas en la casa —ahora llena de amor— a la que la primera no quería volver. Carlo no sabe nada de los audaces entramados profesionales de Nadia, que estará llevando adelante seis o siete contratos de usar y tirar mientras alimenta su odio por la generación que derrochó derechos que también le correspondían a ella.

Ahora que ha visto lo gris que puede ser el gris de sus ojos, Carlo cree que los varones italianos de más de cincuenta años harían bien en comprarse un chaleco antibalas, más que nada por prudencia.

Sabe que la chica ha hecho algunas pesquisas para localizar al rubio de la risita burlona, pero no cree que haya conseguido nada. O bien lo ha dejado estar o se ha rendido. Dos cosas que no van con ella.

De Oscar Falcone no ha vuelto a tener noticias, porque él es así, el

hombre misterioso.

La Glock 17 de pijo, con todos sus proyectiles menos uno, hizo con Carlo un último viaje hasta la región del Oltrepò Pavese, donde aprovechó para comprar vino y embutido del bueno y se quedó un rato largo mirando el río y pensando cosas muy profundas que no piensa contaros, ni ahora ni nunca.

Sólo esto: la tenía en el bolsillo cuando se sentó en la ribera, y para cuando volvió al coche, algo más ligero, ya no la llevaba.

La crítica televisiva se aplicó con esmero sobre el giro del programa más odiado, que ha pasado a ser aceptable, e incluso recomendado por ciertas firmas de semanales femeninos. Se equivocaban ayer, aunque tampoco tanto, y se equivocan hoy, bastante.

A Carlo le da igual porque, ahora que es del ramo, lee con más gusto la crónica negra, y Milán no ha dejado de ser esa sentina de crimen y crueldad que ha sido en las últimas semanas.

Después del misterioso incendio del chalet de Samarate, donde fueron hallados ni más ni menos que tres cadáveres —un famoso abogado, un extremista de derecha y un tercer cuerpo que no ha sido posible identificar—, se han producido más muertes violentas que han seguido perturbando la tranquilidad de la gran ciudad del diseño y la moda.

Un conocido abogado, un tal Edoardo Finzi, asesor de medios y de grandes empresas, residente en Monza y con el despacho en la plaza de San Babila, se lanzó al vacío por una gran ventana de su oficina del sexto piso y chocó contra el suelo con no poca virulencia, para espanto de palomas, turistas y dependientas de los comercios aledaños. La jefatura de Milán se inclina por el suicidio de resultas de una depresión, por mucho que, a decir verdad, rara vez se corta uno la oreja antes de tirarse por la ventana. El macabro hallazgo, que descubrieron los investigadores sobre el escritorio de la víctima, constituye un detalle de lo más horripilante. Si bien no tanto como el hecho de que no se encontrara ninguna arma blanca, ni en el lugar de los hechos ni en los bolsillos del fallecido.

Más misteriosa aún es la muerte de Candido Cafiero, conocidísimo y popular empresario del sector del ladrillo, especulación, construcción, licitaciones y obras públicas. En su caso costaría hablar de suicidio, puesto que un corte profundo y decidido lo hizo sonreír de oreja a oreja, a la altura de la garganta. Hallado a bordo de su Maserati Quattroporte GTS por el vigilante del garaje de un inmueble de via Belfiore, cerca de la avenida Vercelli, donde estaba la sede de su empresa, Cafiero apretaba entre las manos —en un gesto bastante incongruente— una botella llena de gasolina, circunstancia ante la que los investigadores reconocieron su «perplejidad», si bien se apresuraron a señalar que también se sentían «confiados».

Katrina sigue ocupándose de Carlo con una dedicación conmovedora. Ha encajado bastante bien que «la señorita guapa» no duerma ya en la casa, aunque fuera en otra habitación, y él ha evitado contarle que la señorita en cuestión se ha convertido en dos, y que él es lo último que les pasa por la cabeza. A modo de agradecimiento, le ha regalado el anhelado peregrinaje a Medjugorje, el del folleto que tanto tiempo estuvo en la nevera gracias a los poderes magnéticos de Supergoofy. Doscientos treinta euros y cuatro días de devoción, tres de los cuales apretujada en un autocar de señoras temerosas del Señor —y de la Señora— como ella. Le ha prometido que rezará por él durante todo el viaje de ida, pero el regreso, si se lo permite, se lo reservará para sus cosas, reparto que a Carlo le ha parecido más que justo.

Él, en cambio, sigue ahí.

Los sofás blancos, la luz ni intensa ni tenue, pensando en lo que pasó y en el resto de las maneras en que podría haber acabado el asunto. En una mezcla de exaltación por el peligro esquivado, autocompasión, orgullo, miedo retroactivo y temores varios que no viene a cuento enumerar, porque seguro que tenéis cosas mejores que hacer; es tarde y el tiempo es oro.

Carlo se pregunta si debe poner su firma —más las iniciales en cada hoja— en ese contrato que quiere robarle el alma.

Y luego se pregunta... si las cosas no hubieran salido como salieron... Si ella habría ido al funeral. O a informarse al hospital... No, era sólo un amigo...

O incluso a reconocerlo a la morgue, con la persiana que se levanta, el hombre que aparta la sábana y el ayudante del fiscal de pana mirándola para observar su reacción.

Y, quién sabe, incluso intentándolo con ella luego, el muy cabrón.

—Sí, es él...

¿Tiene sentido pensar eso?

Pero ¿y qué? ¿Acaso todo lo demás tiene sentido?

Carlo cierra los ojos. Los sofás, las lámparas, la mesa grande para cenar con los amigos, la botella de Oban, el vaso de agua con el hielo que se derrite. Todos a coro le dicen que no, no tiene sentido.

Dylan canta ni alto ni bajo:

I know it was all a big joke

Whatever it was about.

Someday maybe

*I'll remember to forget.*¹⁵

Seguís pensando que Milán es una ciudad gris como ella sola. Allá vosotros.

Pero hay amaneceres —y no son tan raros— en los que un azul celeste que corta la respiración se pelea en el horizonte con un rosa que se niega a irse, y es una danza que vale la pena ver.

Hego está hablando en voz baja con el viejo al lado de la caravana grande. Casi todo el mundo sigue durmiendo, y no quieren hacer ruido.

La bolsa de deporte que Clinton encontró bajo una cama, en la primera planta del chalet de Samarate, contenía treinta y un mil euros. Hego se ha quedado con tres mil, y casi disculpándose por ello, pero tiene que ir a Estocolmo con Clinton, para un trabajo, y allí está todo carísimo, por lo que cuentan.

El viejo extiende los brazos como diciendo: «Pues, claro, hombre.» Con lo que queda hay de sobra para una furgoneta nueva.

Clinton permanece aparte, y hasta que termina el coloquio no se acerca para estrecharle la mano al viejo. Hego, en cambio, lo abraza y le da tres besos en las mejillas. Es un saludo que contiene sangre, fuego, huidas en

plena noche, gritos de mujeres asustadas y niños que lloran, pero también algo más grande.

Justicia.

Clinton se encamina hacia el coche y arranca el motor, que ronronea suavemente, como un gato listo para volverse león; basta con apretar el pedal.

Lo dejarán, con las llaves dentro, en el aeropuerto. Algún chico del asentamiento irá a recogerlo, y todos saben que no resistirá la tentación y que, a la vuelta, dará un buen rodeo.

Hego mira a su alrededor por última vez. Una caravana propia, un campamento como ése, por qué no... Algún día...

Se monta entonces al lado de Clinton en el Z4 blanco, que con movimientos lentos se desliza entre los charcos del camino de entrada.

El joven Helver los mira y los saluda con la mano.

Hego le sonrío. Clinton le hace un gesto con el puño que quiere decir: «¡Gitano bueno! ¡Volveremos a vernos!»

Helver aprieta con más fuerza la mano de Mirsada, que observa también el coche blanco mientras se aleja. El chico sabe que en su vida ha tenido nada mejor en la mano.

Mirsada lleva una camiseta verde manchada por delante y tiene el pelo por los hombros y dos ojos negros llenos de todo.

En el cuello, una joya de plata muy fina, con esmeraldas engarzadas, jade y un colgante de ámbar que refleja la pelea del azul y el rosa en el cielo.

Helver le ha contado que hace mucho perteneció a una reina sinti.

Y se lo ha regalado a ella; no a otra, a ella.

El amor también tiene estas cosas.

NOTAS

¹ Bob Dylan, en «I Ain't Gonna Go to Hell For Anybody»: «Sé manipular a la gente como el que más, / forzarla y quemarla, / doblarla y darle la vuelta. / Puedo fingir que estoy enamorado casi de cualquiera, / atraerlo, controlarlo, estrujarlo y provocarlo.».

² Bob Dylan, en «Is Your Love in Vain?»: «¿Me amas o sólo haces gala de tu bondad?».

³ Bob Dylan, en «Knockin' on Heaven's Door»: «Hay demasiada oscuridad para mis ojos. / Creo que estoy llamando a las puertas del cielo.».

⁴ Refrán gitano: «Muchos hijos, mucha fuerza.»

⁵ En español en el original. (*N. de la t.*)

⁶ Bob Dylan, en «Neighborhood Bully»: «No tiene escape ni guarida. / Es el matón del barrio.»

⁷ Bob Dylan, en «Positively 4th Street»: «Hay que tener cara / para decir que eres mi amigo. / Cuando yo estaba hundido, / te quedaste allí sonriendo.»

⁸ En español en el original. (*N. de la t.*)

⁹ Bob Dylan, en «Girl From The North Country»: «Dime si aún cae su larga melena, / como una cascada sobre su pecho. / Dime si aún cae su larga melena, / así la guardo en mi recuerdo.»

¹⁰ En español en el original. (*N. de la t.*)

¹¹ Bob Dylan, en «Highway 51 Blues»: «Bueno, si tengo que morir antes de tiempo, / y si tengo que morir antes de tiempo, / ¿querréis enterrar mi cuerpo / en la autovía .

¹² Bob Dylan, en «Desolation Row»: «La Cenicienta parece muy fácil. /

“Pues tal para cual”, sonrío, / y se mete las manos en los bolsillos de atrás, / a la manera de Bette Davis. / Romeo entra quejándose: / “Tú me perteneces, creo yo.” / Y alguien dice: “Amigo mío, te equivocaste de sitio. / Más vale que te vayas.” / Y el único sonido que queda / al partir las ambulancias / es el de la Cenicienta barriendo / en el Pasaje de la Desolación.»

¹³ Bob Dylan, en «Black Crow Blues»: «A veces creo que no caigo / porque estoy en las nubes. / A veces creo que / no caigo porque estoy en las nubes. / A veces pienso que estoy / por los suelos y no sé / si volveré a levantarme.»

¹⁴ Bob Dylan, en «Under the Red Sky»: «Algún día, pequeña, todo será nuevo para ti. / Algún día, pequeña, tendrás un diamante tan grande como tu zapato.»

¹⁵ Bob Dylan, «Tight Connection to My Heart»: «Ya sé que todo fue una broma, / da igual la razón. / Tal vez algún día / me acordaré de olvidar.»